



Cód de Barras

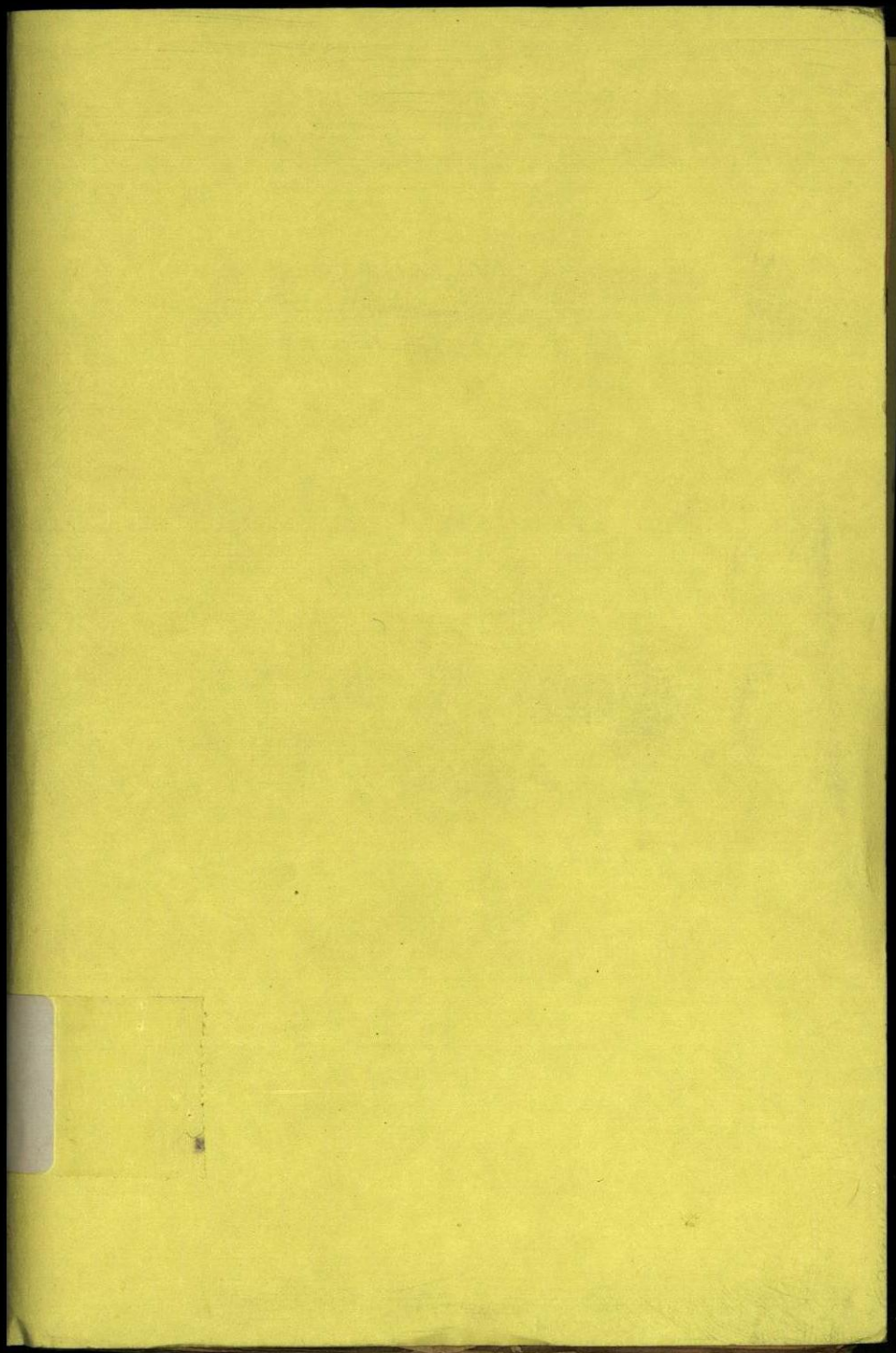
1020103824

FODDO Y SUS CRITICOS

PQ8519

.R6

Z3



PQ8519

.R6

Z3

25123

BIBLIOTECA LATINO-AMERICANA

DIRIGIDA POR

Hugo D. BARBAGELATA

CLARÍN — VALERA — RUBÉN DARÍO —
CASTELLANOS — UNAMUNO
— GARCÍA CALDERÓN — PÉREZ PETIT —
LE SENNE — DE MIOMANDRE, *etc., etc.*

* * * * *

RODÓ Y SUS
CRÍTICOS



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Venta exclusiva:

AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA

PARIS, 7, rue de Lille -- --

BUENOS-AIRES, Rivadavia 1571

9837

PA 8519
R6
Z3



1020103824



FONDO
ALFONSO REYES

PARIS

IMPRESA DE M^r VERTONGEN

RUE ST-LAZARE, 50

1920



A manera de Prólogo

I

Era hombre grande. Su estatura estaba en relación con su intelecto; se acercaba a los dos metros. Destacábase su cabeza erigida en cualquier grupo que se encontrase, y cuando caminaba, apoyando el antebrazo sobre una parte de su cuerpo, dejando la palma de la mano hacia afuera y el otro brazo moviéndose como un remo, no había necesidad de observar su mirada aquilina y la nariz que la completaba para figurarse un cóndor de los Andes agitando una de sus alas antes de emprender rápido vuelo.

Hasta poco tiempo antes de su muerte, vivió siempre en Montevideo, ciudad que recorría con frecuencia, a pie, en todas direcciones, indiferente a las miradas de los

He refundido tres de mis artículos sobre Rodó en uno solo. Se han suprimido en los mismos las repeticiones. El primero es una silueta que sirvió de prólogo a los Cinco Ensayos del Maestro, publicados en Madrid, en 1915. El segundo es una traducción hecha, por un diario uruguayo, de otro prólogo redactado directamente en francés para una colección de escritores latino-americanos de la casa Alcan, de Paris (1917). El tercero, en fin, es una reproducción de un artículo necrológico escrito con motivo de la muerte del autor de Ariel.

transeuntes que lo conocían y lo observaban, aunque jamás esquivando el encuentro con los muchos amigos que tenía, ni el saludo de los jóvenes intelectuales que se hacían un deber en descubrirse a su paso.

Allá en sus cortos años, fué niño mimado de casa antigua y rica. Educóse en la primera escuela laica y libre que existió en su país, y sólo en el hogar recibió esa enseñanza católica que nuestras madres dan, exenta de clericalismo, aunque llena de religiosidad y de preceptos morales. Los que le predijeron seguro porvenir le recuerdan aún cuando, de la mano de su tío Don Cristóbal, vera efigie de Muley-Habas, iba, camino de la iglesia, moviendo su cuerpo sobre sus delgadas canillitas y luciendo valioso traje de terciopelo con cuello blanco de encajes, al que realizaba un sombrero, que el tierno adolescente echaba con donaire hacia atrás, para dejar descubierta la frente en la que, acaso, ya bullía aquel *algo* misterioso de Chénier.

En la edad en que se empiezan a conocer los sinsabores y los encantos de la vida, José Enrique Rodó, huérfano de padre, no visitaba más iglesias, ni recorría despreocupado las calles de su ciudad natal. Los estudios universitarios absorbieron para entonces sus actividades, tan bien empleadas, que a los veintiún años sorprendió, más de una vez, a los que lo escuchaban en sus disertaciones sobre literatura, sobre historia, sobre viajes, hechas con aplomo y convicción pero sin pedantería.

* * *

Ni entonces ni después se le conocieron amores, aunque en su primera juventud tuvo trato con las musas, y se notaba en él menos desaliño en el vestir que para el final de sus días. (1)

En un soneto de aquella época nos relata de la manera siguiente cuáles fueron las primeras lecturas que le impresionaron :

De la dichosa edad en los albores
Amó a Perrault mi ingenua fantasía,
Mago que en torno de mi sien tendía,
Gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
Fué Lamartine mi cariñoso guía.
Jocelyn propició, bajo la umbría
Fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano armay escuda
Al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

Amé a Cervantes. Sensación más ruda
Busqué luego en Balzac... y hoy; cosa
[extraña!

Vuelvo a Perrault, me reconcentro y
[río...

(1) Refiérese que, a un amigo que lo interrogaba sobre su pertinaz soltería, Rodó contestó una vez : « Los soñadores, como los sabios, deben mantenerse célibes. Si la mujer pretende llegar al nivel del soñador o del sabio, nunca habrá mesa servida en la casa; y si quiere mantenerse extraña a los sueños o a la ciencia, ella morirá de aburrimiento o matará a disgustos a su marido. »

Río dijo. Reía probablemente a solas o en círculo de íntimos, pues por lo general reía poco y sin estrépito. Los que fueron sus discípulos durante el tiempo que dictó sus interesantísimas clases de literatura en la Universidad de Montevideo no le vieron reír nunca en la cátedra, y todos admiraban la gravedad sin petulancia de aquel maestro de veintiséis años, que tenía modales de profesor y erudición de sabio.

Por capricho, por no rendir el examen de filosofía que le faltaba, no se graduó bachiller en aquel centro, y para iniciarse en la política dejó cátedra y clases en 1901.

En periódicos estudiantiles deshojó las primeras flores de su ingenio, hasta la hora en que, con los hermanos Martínez Vigil y con Víctor Pérez Petit, dió a luz la *Revista nacional de literatura y ciencias sociales*, de honda repercusión en el Uruguay y en todo el continente americano.

Preparóse a las tareas de ese nuevo cargo, formando *academias* entre sus compañeros, especie de tertulias de intelectuales, en las que los concurrentes se imponían temas que desarrollaban y criticaban luego en reuniones sucesivas.

En el último libro de Rodó, en *El Mirador de Próspero*, se hallan reproducidos varios de los trabajos publicados en la citada revista. Otros estudios semejantes, de éxito ruidoso, como *El que vendrá* y *La novela nueva*, fueron recogidos en un folleto en el año 1897. Todos aquellos, más los que le siguieron, no dan una idea

exacta de la idiosincrasia de su autor, quien si no odiaba el yo, como Pascal, tampoco gustaba hablar de sí en sus producciones.

* * *

De la época de la *Revista Nacional* data la fama de Rodó, y desde entonces su morada de la calle Cerrito, en la *ciudad vieja* de Montevideo, fué el centro uruguayo a donde llegaban más publicaciones americanas y mayor número de cartas escritas por literatos del Continente.

La correspondencia del artífice de *Ariel* era numerosa, y el sólo la atendía, sin secretario alguno, no dejando carta interesante sin respuesta, ni impreso sin revisar, ni manuscrito sin un destino en su archivo, amontonado a la buena de Dios, aunque los manuscritos y los impresos que se hallaban en él estuviesen ornados de arabescos, que eran los comentarios marginales cuya lectura arrancaba al destinatario.

No quiso ser periodista sino a ratos, cuando la lucha por la vida lo llevó a las oficinas de un diario o cuando pensó que « ser escritor y no haber sido, ni aún accidentalmente, periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad o selección, una patente de egoísmo; significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama a los que tienen una pluma en la mano, a la defensa de los intereses comu-

nes y de los comunes derechos, en las horas de conmoción o de zozobra. »

Su país, no siempre justo con tan grande hombre, lo atrajo de manera irresistible. « Nuestra pobre tierra-escribía una vez a un compatriota ausente de ella-necesita de la consagración de todos nosotros, y hay que quererla mucho. »

En esa tierra, estuvo siempre dispuesto a oír a los que lo consultaban, dando un consejo acá, alentando allá a alguien que se iniciaba en las letras, no despreciando nunca las oportunidades que se le ofrecían de encaminar al que se lanzaba a la lucha sin mentores o de alentar al que, falto de apoyo en su carrera, sólo recordaba vocaciones perdidas y fuerzas que no produjeron los frutos prometidos.

Fué Próspero siempre y también Mecenas por instantes. Afirman los que fueron sus colegas en el Parlamento uruguayo que cuando iba a la Cámara, a recoger su sueldo de diputado, éste se hallaba, con frecuencia, reducido a una pequeña suma, porque el resto ya no era suyo sino de los dueños de diversos vales que Rodó había suscripto, con el fin de obtener dinero para sus gastos particulares y para otros, mayores, de sus amigos. Y de esas liberalidades las hubo que no son para contadas.

Pero, aunque, como el gran orador romano, no olvidó nunca al pequeño Uruguay, la patria suya, recordó siempre también que América era la más grande, que ella contenía a todas las demás. « Quere-

mos una literatura que sea una fuerza positiva en la formación de una *conciencia americana* y que, llevando de frente ese pensamiento, abarque la complejidad de los intereses intelectuales y morales de nuestra cultura- respondió poco tiempo antes de morir a un periodista argentino que lo reportaba. Por mi parte-añadió-acarició ese ideal de *americanismo* desde mis primeros trabajos. No fué otra la idea inspiradora de *Ariel*, ni es distinta tampoco la que me ha guiado últimamente en ensayos como el de *Bolívar* y el de *Montalvo*, los que pienso continuar con otros referentes a personalidades de parecida significación americana. »

Nunca protestó contra los editores poco escrupulosos que reprodujeron sus obras sin su permiso. Mas le disgustó que se las publicaran mal corregidas; del mismo modo que le desagrababa mucho se citasen sus pensamientos y su nombre en páginas efímeras donde los mediocres se codean con los grandes, lo vulgar con lo selecto.

* * *

Más bibliófilo que bibliógrafo, Rodó sólo hizo cátedra en sus libros o en su propia casa.

Amante de la buena mesa, charlaba en ella con amenidad de mil tópicos distintos: políticos, científicos, literarios o sociales, y no se preocupaba de que los que lo escuchaban o los que rebatían sus opiniones

fuesen o no hombres de letras. En el restaurant o en el café no hizo distingos entre camaradas, y posiblemente fué en esos lugares en donde su imaginación menos trabajaba. Fumaba un cigarrillo en cada comida; bebía agua mineral después de la cena, y por la noche frecuentaba poco teatros y conciertos. Tampoco era muy afecto a las visitas; no por falta de educación, sino de tiempo.

Las librerías montevideanas fueron como estaciones de sus diarios paseos, para los que no tenía ni hora ni itinerario fijos, pues, cual la encarnación del Ydomeo de *Los seis peregrinos*, el joyero de *Motivos*, iba por las calles como escoltado por « un cortejo de ideas » formadas con « las impresiones recogidas en lo vario del mundo, absorta su mente por algún sueño grande de su alma ».

Como el vino que a los ojos de Merión imprime « un toque de luz cálida », la política sedujo un tanto a Rodó. La sangre española que le transmitió su honrado padre pudo empujarlo hacia aquella, no así sus naturales tendencias ni la sutileza de su espíritu, que le hacían despreciar a los sayones, a los jóvenes claudicantes, a los intelectuales mercenarios de que aquella está repleta. Así y todo, dejó la política para el *club* y para la prensa, nunca para sus libros, aunque una vez dentro de ella le consagrarse inteligencia y energías, ora presentando proyectos como diputado, ora escribiendo artículos de propaganda

como periodista, ora redactando manifiestos y discursos que produjeron sus efectos.

* * *

En mitad de su carrera literaria, la gran catástrofe mundial, que mucho lo preocupara, estalló, cuando el pensador aprontaba sus valijas para emprender un viaje a Europa, en donde deseaba editar sus obras completas ya conocidas, con un volumen más de *Motivos de Proteo* y con otro sobre *La Lírica en España*.

Antes de realizar su proyecto de viaje al Viejo Mundo, preparó en Montevideo materiales para su obra futura, y se consoló creyendo que « sobre las huellas del desastre florecería una nueva vida, y, como necesario complemento de ella, nuevos ideales literarios, nuevas formas artísticas »; creyendo también que « si todo eso ha de venir, puede esperarse que esté próxima la hora en que la conciencia hispano-americana, movida por el sacudimiento universal, afirme definitivamente su personalidad y demuestre su aptitud para incorporarse al grupo de los pueblos creadores de civilización y de cultura. »

Magister dixit, y aunque sin la unción de aquellos discípulos de las escuelas parisienses que Carlo-Magno fundara, es prudente inclinarse ante las creencias, acaso augurales, del moderno Próspero, célebre como su homónimo de Aquitania por su carácter y por sus escritos.

II

¿Será lícito que al iniciar mi conversación con un público, ante quien he de ser yo mismo quien me presente, empiece por decir que José Enrique Rodó era un hombre superior en nuestra América Latina?

Un día abandonó las clases universitarias para volar independiente en el vasto campo del arte y el pensamiento. Su entrada en él fué un triunfo. Más que el *veni, vidi, vici* del César, pudo adoptar como divisa la altanera exclamación del autor de *Childe Harold*: «Mi despertar fué famoso». Y supo mantenerse fiel siempre a ese despertar. Aplicándole el juicio que él dedicó al escritor ecuatoriano Montalvo, puede decirse de Rodó que «aportó al ejercicio de la literatura todo el fervor, la perseverancia, el respeto y el celo de un sacerdote». No dejó pasar un solo día sin oficiar ante sus altares; no dejó pasar un solo día sin escribir la página que, releída y corregida al punto, iba a juntarse a las anteriores y formar con ellas esos libros «en perpetuo devenir», en gestación incesante.

Súbitamente, esa gestación fué interrumpida por la muerte, que sorprendió al pensador, a los cuarenta y cinco años de edad, recordándonos una vez más la inquietante sentencia de Menandro: «El hombre predilecto de los Dioses, muere joven, oh Parmenion!» En nosotros, discípulos de Rodó, produjo su prematura muerte la sensación de que, de pronto, se

extinguieran innumerables luces de nuestro espíritu.

* * *

Rodó vivió siempre consagrado al culto de la Belleza. Amó sin desfallecimientos lo verdadero, lo bueno y lo bello, esos «tres hijos» de Emerson, «nacidos en un mismo día, y reaparecidos, bajo nombres distintos, en todo sistema de pensamiento». De ahí, la admirable uniformidad de su obra, tan semejante a esas ondas sucesivas que, persiguiéndose y ensanchándose, engendran, al confundirse, la formidable ola que ya no se deforma al crecer, sino que se amplifica y eleva hasta imponerse y triunfar.

Poseía Rodó el raro sentido de los matices, que tanto le complacía ensalzar en sus escritos. Supo explicar, como ninguno de sus compatriotas, los méritos y la verdadera influencia del romanticismo en literatura. Nada menos podía esperarse de quien tanto estimó el talento de Paul de Saint-Victor, cuya obra *Los Hombres y los Dioses* fué divulgada en la patria de Rodó, merced a sus alabanzas y a sus consejos.

Su estilo, influenciado por los autores franceses de las épocas anterior y posterior al naturalismo y por los escritores de la edad de oro de la literatura española, es ático, profundo y personalísimo. Tiene el brillo del oro pulido y el temple y la

flexibilidad del acero toledano. Las palabras son, bajo la pluma de Rodó, como la maleable arcilla que el artista moldea a su gusto; las maneja sin jamás extraviarse, encontrando siempre la expresión justa, el adjetivo conforme, el sonido que conviene a la conclusión de las frases. Pinta, esculpe, cincela y esmalta, con el gusto del más fino escritor, sin corromper el idioma, conservando un cierto arcaísmo intencionado, sin dejar, por un momento, de ser personal y *americano*.

Simpatizando poco con los retóricos, « cuya fría labor consiste en reunir penosamente en un mosaico de convencional corrección palabras jamás animadas por el tibio soplo del alma », no dejó nunca, sin embargo, de pulir, borrar y añadir, como Boileau aconseja. Pero pulía, borraba y añadía, dentro de su propia mente. La definitiva expresión del pensamiento era en él siempre posterior a la idea creadora; tan constante era su cuidado de la belleza de la forma y de la música del verbo.

De este modo creía realizar la tarea que a sí mismo se había impuesto, « de dar a la prosa castellana color, brillo y melodía; de inyectarle sangre, de darle nervios, de completar la reacción que los románticos y realistas del último siglo no realizaron más que a medias, en la sintaxis y en el léxico ». Creía, además, como el evangelista San Marcos, que « todo se puede decir en parábolas »; y en parábolas nos ex-

puso él sus aforismos y nos desarrolló sus tesis. Su talento y su erudición hacen inagotable el manantial de sus parábolas; la manera como nos las cuenta, las hace inolvidables.

* * *

Al surgir Rodó a la vida literaria, la tradición de la cultura de Montevideo, su ciudad natal, se condensaba en el clásico Acuña de Figueroa y en los románticos que, con Adolfo Berro, habían cantado las miserias y dolores de los humildes y que, con Juan Carlos Gómez — el compatriota que tal vez le sedujo más — habían revelado la audacia y la serenidad de hombres siempre dispuestos a luchar por el triunfo de la Justicia y por el Ideal.

La formación cosmopolita de la capital uruguaya, en la cual predominan los extranjeros de origen latino, fué causa de que, en materia filosófica, tuvieran siempre sus habitantes una gran amplitud de espíritu, estimulada, de mucho atrás, por su primer caudillo Artigas e influenciada más tarde por los libros de Saint-Simon, Lerminier, Cousin, Jouffroy, Villemain, Saint-Beuve, Laboulaye, Lamennais y Quinet, durante la interminable lucha que los uruguayos sostuvieron contra el déspota argentino Rosas.

En los años siguientes al nacimiento de Rodó, los más equilibrados espíritus de su patria buscaban consuelo a la tiranía que entonces imperaba en ella, entregán-

dose a discusiones filosóficas que, en el fondo — como esos antiguos relicarios a cuya vista no se sospecha siquiera la gran riqueza que encierran — ocultaban íntimos anhelos políticos. Aquellas discusiones orientaron las ideas hacia rutas nuevas y atrajeron la atención de la juventud, que observaba su desarrollo sin acertar a decidirse por vía determinada.

Sólo un novelista semi romántico, semi historiador, y un poeta un tanto revolucionario, contribuyeron a dar una tendencia nacional y moderna a las letras uruguayas, antes de que Rodó viniese a infundirles alientos renovadores, que, por ondas concéntricas, habían de purificar el ambiente moral de un extremo al otro del Continente hispano-americano.

Apareció en la hora en que una desorientada juventud, confundiendo simbolistas con parnasianos, se afiliaba a la causa de un decadentismo irracional, no alcanzaba a entender el naturalismo y se extenuaba, en fin, buscando nuevos derroteros. Esta hora de intensa duda fué la que él escogió para revelarse, para decir a esa generación inquieta, como Horacio a Leuconoe, que lejos de preocuparse tanto con la muerte, debía buscar la mayor suma de recursos aptos para intensificar la vida. Y tan grande y oportuna fué su influencia, que se creería escrito para él este elogio dedicado por Mæterlinck a Emerson: « Il est venu pour plusieurs, au moment où ils avaient moruellement besoin d'explications nouvelles ».

Sus ideas filosóficas arrancan del positivismo, que, según él, « es la piedra angular de nuestra formación intelectual ». El mismo declara en su estudio de las *Prosas Profanas* de Rubén Darío: « Yo soy un modernista también. Yo pertenezco, con toda mi alma, a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. »

En los últimos tiempos, sentíase atraído por el « poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux ». Esto nos obliga a hablar de las obras de José Enrique Rodó.

* * *

Sus obras, de las que algunas, como « *Ariel* », tuvieron hasta nueve ediciones, e incluso ediciones oficiales en países muy alejados del Uruguay, son las siguientes: *La Vida Nueva* (1897); *Rubén Darío* (1899); *Ariel* (1900); *Liberalismo y Jacobinismo* (1906); *Motivos de Proteo* (1909); *El Mirador de Próspero* (1913).

El primero de esos libros fué publicado cuando Rodó tenía veinticuatro años escasos, pues Rodó nació en Montevideo el día 15 de Julio de 1872. Y sin embargo, ya revela, en deslumbradores relámpagos, una

erudición que con el tiempo había de aumentar, y una tendencia bien marcada a dar a la lengua castellana aquella ligereza y sonoridad que sólo podía encontrarse, por entonces, en las poesías de su compatriota americano Rubén Darío. Ese librito titulado *La Vida Nueva*, está formado por dos artículos ya publicados en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, que, como se dijo, había fundado, en 1895, con los, hermanos Martínez Vigil y Víctor Pérez Petit, y cuya difusión fué grande, no sólo en el Uruguay, sinó en todo el continente americano.

En el segundo de los artículos comprendidos en el citado volúmen, con pretexto de juzgar las *Academias* de sus paisano Carlos Reyles, que acusaba a los novelistas de España de sacrificar al « exteriorismo » su tradición clásica, prueba Rodó, con sobra de argumentos convincentes, que los Valera y los Pérez Galdós, los Palacio Valdés y Leopoldo Alas daban con sus libros un elocuente desmentido a tal acusación, en horas, precisamente, en que se diseñaba un renacimiento del alma colectiva de la intelectualidad española. Y entre otros sanos consejos, que admiran si se tiene en cuenta su corta edad, decía al joven novelista uruguayo, en respuesta a sus tendencias demoleadoras: « No ha de considerarse cada nueva revelación como barrera impenetrable que fije a las miradas un límite último y preciso, sino más bien como un cielo nebuloso tras del que se co-

lumbren vagas e inciertas lontananzas. No ha de decir el innovador literario: *Esta es la verdad*, sino tan sólo: *La oportunidad es ésta*. No se enorgullecerá de haber amarrado a su palabra el porvenir; porque el porvenir es el secreto del plan ignorado de nosotros. Y cuando la escuela que ha creado sienta crujir bajo sus pies las hojas amarillas de la duda, ella ha de resignarse a que la que aparece tiñendo de luz nueva el horizonte, le diga como Hamlet a Horacio: *Hay muchas cosas en el cielo y la tierra que tú no sospechaste jamás* ». Estas frases son como el credo del crítico que nacía e iba a divulgar sus doctrinas, de sabia inspiración, desde el golfo de México hasta las costas de la Tierra de Fuego.

Este crítico había de revelársenos bien pronto en otro pequeño libro, que agrandó la esfera de reputación de su autor al mismo tiempo que contribuía al renombre de un poeta genial que figura, justamente, entre los grandes renovadores de la lengua castellana. El libro se titula: *Rubén Darío: Su personalidad literaria. — Su última obra*. La evocación de los versos que en él se analizan es para Rodó oportuno pretexto para discutir innúmeros problemas y emitir, a propósito de la obra de su contemporáneo, juicios definitivos sobre su vida y parte de sus producciones.

Prefiere Rodó, entre todas, las robustas obras del pensamiento: Renan, Taine, Guyau, son sus maestros favoritos. Por eso, no obstante su admiración, no podía

aceptar sin reservas el contenido de las *Prosas profanas* de Rubén Darío, obsesionado entonces por un modernismo, o, más bien, por un parnasianismo *sui generis*, que hacía exclamar a su crítico: «Jamás el áspero grito de la pasión devorante o intensa logra abrirse camino a través de los nervios de este artista. He aquí por qué, sin duda, antes de comenzar el estudio de las *Prosas profanas*, cuyos versos más notables procura parafrasear, declara sin ambages: «Presumo tener, entre las pocas excelencias de mi espíritu, la virtud, literariamente cardinal, de la amplitud. Soy un dócil secuaz para acompañar a los poetas en sus peregrinaciones, a donde quiera que nos llame la irresponsable voluntariedad de su albedrío; mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones. Busco de intento toda la ocasión de hacer gimnasia de flexibilidad; pláceme tripular, por ejemplo, la nave horaciana que conduce a Atenas a Virgilio, antes de embarcarme en el bajel de Saint-Pol Roux, o en el raro yat de Mallarmé». Y Rubén Darío, llegado ya al país de los Inmortales, no habrá lamentado nunca aquel memorable paseo a través de los jardines de su profana poesía.

* * *

Hemos recorrido la primera etapa, bien aprovechada, sin duda, de la corta vida literaria de nuestro maestro.

A partir de ella, Rodó se sintió atraído por más altos designios: quiso desde entonces hablar para sus conciudadanos de América, para los hijos de la *Magna patria*, tan bien pintada por él en una página inolvidable, para decir cosas humanas que tanto deben interesarnos, ya que su deseo era que «junto al hijo fiel de nuestra América que, entre otras características espirituales, lleva en su alma el reflejo de ciertas latitudes, se encontrara el discípulo de Renan o de Spencer, el espectador de Ibsen, el lector de Huysmans o de Bourget».

Ariel le valió incontestable nombradía. Ese libro ejerció una bienhechora influencia sobre los latinos del continente, en la época en que los vestigios de un romanticismo quejumbroso y de un positivismo egoísta, subordinaban todavía la vida intelectual a bajas especulaciones perjudiciales a la floración de una cultura idealista y superior.

Ariel tiene la forma de un discurso que el viejo Próspero dirige a sus jóvenes discípulos, que en los umbrales del siglo XX se preparan para entrar en la vida, y a quienes el homónimo del grave mago shakespeariano quiere hablar por última vez, para que su adiós quede «como una huella grabada en sus sentimientos y en sus ideas». En esta obra, el escritor filósofo nos revela su fe en el entusiasmo y en la esperanza, «joyas del espíritu joven, que, en la armonía de su historia y de la natu-

raleza, corresponden al movimiento y a la luz ». Anhela ver al espíritu cristiano adoptando « las modalidades de la elegancia griega », y desea que nazcan hombres imagen reducida de la especie », no « ejemplos mutilados de la humanidad ». He ahí el programa desarrollado en sus posteriores escritos, en tanto que con el ejemplo de su propia vida procuraba hacerlo real.

Lo mismo que Renan, no amó, Rodó, en principio, a la democracia; pero la defiende en *Ariel*, porque ve en ella la única solución posible para el bienestar humano. El ejemplo de los Estados-Unidos, « encarnación del Verbo utilitario, cuyo evangelio divulgado de los milagros de un triunfo material, se difunde por todas partes », no debe, según el, entusiasmar a los hispano-americanos. Estos no tienen por que sacrificar a una influencia exótica y opresora, su « inmutable originalidad ». Es menester que « el genio de la raza » presida a la refundición de los elementos que integrarán el definitivo americanismo del porvenir, fruto de la democracia, gestado en tradiciones latinas, ferviente del culto a la vida interior; algo muy distinto, en una palabra, al americanismo del norte, cuyos vicios y virtudes explica Rodó de magistral manera.

No sólo se impuso en América esta obra. Martínez Sierra, que figura entre los más notables escritores en la nueva literatura de España, afirmaba, hace algún tiempo: « Ese librito, bautizado con el nombre de

aquel genio del aire a quien Shakespeare atribuía la inspiración del bien, el ligero y alegre servidor de la vieja ciencia de Próspero, ha ejercido, sobre gran número de espíritus de la joven España, una incalculable acción bienhechora ». Y el severo crítico español Clarín exclamaba, cuando *Ariel* apareció : « Aconsejo el estudio de este espíritu americano, tan joven y ya tan sensato; tranquilo e imparcial, sin que por eso le falte entusiasmo; enamorado del porvenir, pero fervoroso admirador del pasado y conocedor profundo del presente ».

Aunque Rodó no hubiera escrito más que *Ariel*, este libro le habría consagrado maestro entre nosotros, porque, como justamente se ha dicho : « fué el Evangelio de la educación espiritual » en la América española. Por eso ha de sobrevivir a Rodó, y las generaciones venideras continuarán aprendiéndolo, con devoción, en nuestro Continente.

* * *

Nueve años más tarde, Rodó vuelve sobre el tema tratado en *Ariel*, y lo desarrolla en un libro « en perpetuo devenir », que había de afirmar una vez más su reputación de pensador y escritor. En ese intervalo participó ligeramente en la política y empleó sus momentos de ocio en redactar breves ensayos críticos y páginas que más tarde coleccionó en un volumen: *El mirador de*

Próspero. También en esa época publicó *Liberalismo y Jacobinismo*, abundantes artículos de polémica e impresiones del día, en que estudia brillantemente, con toda la amplitud de su sereno espíritu, los orígenes de la Caridad y la sublime persona de Jesús.

Liberalismo y Jacobinismo pertenece a la época en que Rodó intervino en la política activa. La política, esa sirena moderna que tantos estragos causa entre la intelectualidad de nuestras jóvenes repúblicas, tenía que atraer con fuerza a un tan generoso idealista en acción como era Rodó. Sufrió, pues, sus tentaciones, y aunque salió incólume de ella, le dejó, en cambio, más de una ilusión en holocausto. Quizá pensaba él en sí mismo cuando hablando de Montalvo, decía: «Liberal hasta los límites que marca la nobleza del sentimiento; pero, demagogo y plebeyo, nunca.»

En verdad, la tribuna política no era la más adecuada para Rodó, maestro cuya palabra tenía un alcance que ni él mismo sería capaz de calcular. Su deber era el de seguir hablando a la juventud como maestro, porque — como ya lo había confesado en los días de su triunfal iniciación — «hablar a la juventud sobre temas nobles y elevados, sean ellos cualquiera, es cultivar un género de elocuencia sagrada». Y así habló, en efecto. Habló mucho y serenamente, antes de recorrer la tercera etapa de su existencia: la de los viajes. Según él,

la idea de nuestra renovación, para ser práctica, ha de subordinarse a un precepto superior: viajar. «Renovarse es vivir. Viajar es renovarse». Creía también que «en el desenvolvimiento espiritual, en el progreso de las leyes, en la transformación de las costumbres, el viaje de un hombre superior es, con frecuencia, la frontera que separa dos épocas, el reloj en que suena una gran hora». Para él, en este reloj sonó, desgraciadamente, la hora que no tiene cuartos ni medias....

Pero, volvamos a sus *Motivos de Proteo*, que es el punto culminante de su erudición y de su ciencia. En ese libro está la realización material del principio que sin cesar nos repitió: «Renovarse es vivir. El que no avanza, retrocede». Ese es el libro — como él mismo vuelve a decirnos — del «perpetuo devenir», «un libro abierto sobre perspectivas indefinidas». La definición excusa al comentarista de entrar en la ardua tarea de determinar el género de la obra.

Motivos de Proteo es una amalgama de parábolas, sentencias, máximas, aforismos, en que se exalta la personalidad, se estimula la confianza en sí mismo y se fortifica la voluntad, que encierra el secreto de nuestro destino. Nos aconseja que en la vida tengamos «la esperanza como Norte y Luz, la voluntad como fuerza»; que apliquemos esta fuerza a nuestra propia persona, a fin de transformarnos, «de hacernos cada vez más constantes y mejores». Esta

obra, a todas luces *proteista*, en que la profundidad del concepto corre pareja con la rigurosa severidad del estilo, resiste a todo análisis. Bástenos aconsejar la lectura de alguna de sus parábolas y alguno de sus capítulos — sobre la vocación personal, sobre el Dilettantismo, sobre viajes, entre otros. La experiencia y la erudición, la ciencia adquirida en los libros y la aprendida en el cotidiano vivir, nutren, sabiamente mezcladas, cuatrocientas cincuenta páginas brillantes, filosóficas y literarias.

Tal vez haya quien acuse al autor de ese libro de ofrecer demasiado optimismo a sociedades en formación, saturadas de anarquía y de política; sociedades en que tanto abundan los audaces. Quizá no falte quien le acuse de no detenerse nunca ante la duda, o de no ser siempre original en sus concejos. Pero nadie osará negar la bienhechora influencia ejercida por *Motivos de Proteo* sobre la *élite* intelectual de la América latina, sobre esa *élite* a la cual pide Rodó que guíe por el camino de las futuras grandezas «a las agrupaciones y a los pueblos que son algo más que muchedumbres». Si él exageró el amor que deben al Ideal nuestras jóvenes nacionalidades, fué, sin duda, por el temor de que nos deslumbraran los seductores destellos de nuestro colosal vecino del Norte; y si a veces hizo suyas ideas ajenas, fué por interpretarlas y hacérselas gustar a su manera. Su «renovarse es vivir», con que da comienzo a sus *Motivos*, lo tomó de los *Fragmentos*

de un *diario íntimo*, de Amiel, que modelándolo, y ampliándolo, lo aplicó a su tesis, lo mismo, que amplifica ideas de Renán, Guyau o Emerson, en muchas páginas de la misma obra, juntando a ellas pensamientos esencialmente personales. He ahí una de las más claras conclusiones de aquel bello aforismo suyo. «Perdura en las paredes del vaso la esencia del primer contenido; de modo que el licor nuevo que viertes, se impregna de esa esencia; y cuantas veces mudas el licor, tantas otras veces se mezcla con el aroma propia del nuevo, el dejo del que fué servido antes que todos». Además, Rodó se iba haciendo cada día más *humano* y, sin buscarlo él, después de haber conquistado todo el público de la América española y una gran parte del de España, estaba a punto de ocupar una plaza entre los apóstoles del pensamiento universal, cuando la muerte, tan amenudo mentada por él en los últimos tiempos, nos lo arrebató en Palermo, en esa bella Italia en que tanto abundan los recuerdos del Renacimiento amados con veneración por el alma exquisita de Rodó.

* * *

Dejemos a un lado sus campañas políticas y su vida periodística. Fijémonos en la última de sus obras, que es como el inventario de las múltiples creaciones de un autor que, no contento con predicar la ac-

ción con la palabra se da él mismo en ejemplo. *El mirador de Próspero* es su título. Tres estudios admirables sobre *Bolívar*, *Montalvo* y *Juan María Gutiérrez*, se destacan entre otros que, no por menos importantes son menos profundos, tal como el consagrado a *Idola Fori*, obra del malogrado escritor colombiano Carlos Arturo Torres; como, asimismo, su discurso al autor de *Thais*, en quien veía « el espíritu fascinador de Francia, suprema eflorescencia de esta alma latina, que, a través de los siglos, vela sobre el mundo, para sostener por encima de los desbordamientos de la fuerza y las torpezas del utilitarismo, la augusta doctrina del ideal desinteresado ».

Si Rodó no sentía, como Pascal, desdén del yo, cuando menos gustaba poco de hablar de sí mismo. En su *Mirador*, sin embargo, deja entrever reflexiones a las que su persona no es extraña: sea cuando describe, en cincelada frase, *La gesta de la forma*; sea cuando critica la obra dramática de Roberto Payró; sea cuando se entretiene en señalar « disonancias en la armonía ». Su estudio sobre Bolívar, sólido y soberbio, histórica y literariamente considerado, es digno del héroe cuya grandeza canta. Otro tanto puede decirse de su ensayo sobre Montalvo. Después de *Rubén Darío*, en que siguió la manera de Gautier, éste es, sin disputa, su más sobresaliente estudio de crítica literaria. Como Sainte-Beuve unos veces, como Taine otras, estudia, de

incomparable manera, el hombre, la obra y el ambiente, partiendo del principio de que Montalvo es « la representación típica del escritor en toda la integridad de sus facultades y diciplinas que tal título supone ». Con ese pretexto, Rodó hace un exacto y delicado análisis de la época, como, propósito del pensador argentino Juan María Gutiérrez, describe la era de luchas por la libertad que siguió, en el Río de la Plata, a la declaración de la Independencia.

* * *

Aunque, como el esclavo de Terencio que él cita en *Ariel*, nada de lo humano puede dejarle indiferente, no por eso creía que Europa llegara a interesarse por sus escritos. « A lo sumo, podré tener una cierta influencia en España » — me decía una noche que fui a visitarle para que me diese el prefacio de uno de mis libros, que debía aparecer en París. Aquel día, sólo una cosa me pidió, a cambio de las benévolas páginas que para mí escribiera: me pidió que borrara la palabra *Don* que yo pensaba poner antes de su nombre en la cubierta de dicha obra. Ese *Don* le daba un aire demasiado grave, demasiado doctoral, que a él no le gustaba. Y no le gustaba porque Rodó era, en el fondo, un juicioso niño grande, que sentía el horror de los títulos y de los honores.

Ese niño grande, que tan raras veces se reía, tenía, sin embargo, un alma pura

como sus ideas, y, a menudo, rasgos de admirable ingenuidad. Cuentan que antes de empezar la redacción de cada artículo suyo en el despacho directorial del diario montevideano en que fué por dos años redactor en jefe, se divertía colocando frente a su silla un caimán disecado, en cuya boca ponía un cigarillo. Más de una vez ocurrió que, después de momentos de meditación absorta, se echaba a reír al encontrarse, de pronto, cara a cara con el animal colocado por él mismo en tan grotesca actitud.

En general, aunque sencillo y atento, no gustaba de la familiaridad y no siempre parecía escuchar lo que se le decía. Pero, cuando la conversación le interesaba, entregábase a ella por entero, poniendo en el diálogo interrupciones de admirable humorismo, que probaban, una vez más, la flexibilidad de su vasto espíritu.

Los intelectuales de la América Latina, cuya unidad continental no la concibió antes que Rodó más que el gran Bolívar, comprendieron a buen tiempo las provechosas lecciones del autor de *Ariel* y de *Motivos de Proteo*. La parte menos original de éstos, plena de anécdotas, retratos históricos y máximas morales, servirá siempre de enseñanza a los que no han leído mucho, mientras que ciertas parábolas, que en frases cautivantes encierran verdades universales, serán siempre el deleite de los que aman las cosas bellas y profundas.

* * *

Era común llamar a Rodó *el crítico*. Lo era, en efecto, si se concibe la crítica como él la concebía: « no solamente la expresión segura y ordenada de un juicio, sino una amplia forma literaria capaz de contener; aparte de tal o cual episodio de esos viajes que llamamos lecturas, una impresión, una producción refleja del arte, una nota de simpatía, el eco personal de un sentimiento que vibra en el alma de los tiempos ». A esta idea de la crítica responde la unidad primordial de su obra, que persiste en toda ella y que, aunque proteiforme y variada, por el estilo y por los asuntos que trata, no es por eso menos original y personal. Ella nos muestra que Rodó ha pasado por las angustias del Barrés de *Sous l'œil des Barbares*, por las afirmaciones del Bourget de los *Essays de psychologie contemporaine*, e incluso por las etapas que siguió, sobre los caminos paralelos de la Ética y la Estética, un escritor a quien seguramente no conocía: Robert Humières, cuyo admirable *Libro de la Belleza* aparecerá muy pronto.

Antes de emprender el primer viaje largo, que debió preceder a ese del que no se vuelve, Rodó ha sintió íntimos estremecimientos ante la gloriosa Francia, amenazada de una derrota que desde lejos parecía posible; entonces fué cuando volvió al periodismo, pocos días antes de la batalla del Marne, a tiempo de lanzar a nuestro

continente latino el soberbio manifiesto que todos mis compatriotas debían leer y releer. Es el canto del cisne de un gran maestro.

Después, sólo escribió correspondencias para una revista bonaerense, y en ellas, no sé por qué, revela que empezaba a sentir « el vacío aterrador de la vida ». Ahora sabemos ya que nuestra joven América, puesto que dió de sí este *hombre simbólico*, puede producir otros más.

José Enrique Rodó murió en Palermo, víctima de una tifoidea abdominal, el 1º de Mayo de 1917, el día de los obreros, para quienes antaño había proyectado una sabia *Legislación del trabajo en el Uruguay*. Sus últimas palabras fueron: *Dolore! Grazie!*

In Memoriam

Huyó de la Gloria, temeroso de sus infidelidades, y la Gloria le persiguló hasta el sepulcro. En pleno París, se usó de su nombre, ya inexistente, para dar realce a ceremonias de confraternidad franco-latino americana.

Quiso la infiel vengarse de su rival sin senos, que, traidoramente, hirió a su elegido en medio de la senda estrecha del camino de su vida, lejos de la patria, lejos del hogar, lejos de sus discípulos.

* * *

Alguien encuentra que la muerte escogió « para atraerle a sus misterios el fondo que mejor cuadraba con la sensibilidad artística de Rodó y con la historia abigarada y voluntariosa de su pensamiento: « Italia y Sicilia... Porque el Renacimiento italiano que, bajo sus ademanes clásicos, perseguía una actitud universal para el espíritu humano, mediante la uniformidad, en Sicilia se trocó en cosmopolitismo. »

Mas, no; no siendo en Atenas, debió morir aquí, en París, después de alguna de las reuniones hechas en su honor, en el centro de la cultura latina, en la ciudad que guarda los restos de los que fueron maestros suyos, rodeado de sus discípulos a los que hubiera tenido, quizá, el supremo consuelo de dirigirles aquella frase que él pone en boca de Gorgias, dispuesto a morir como Sócrates: « Mi vida es una guirnalda a la que vamos a ajustar la última rosa ».

* * *

En París, hubiera sido admitido en la *Sociedad de Hombres de Letras*; hubiera recibido el homenaje del Senado y de la Cámara de Representantes de Francia; hubiera profesado en la Sorbona; hubiera en fin, sido el gran heraldo de la cultura de todo un continente, si, menos modesto, no hubiese retardado con fatal insistencia la hora de su llegada a esta ciudad, en donde los Pierre Mille, los Latzarus y los

Chaumié se proponían presentarlo al público, ora desde las severas columnas de *Le Temps* o desde las literarias del *Figaro*, ora desde las páginas, inéditas para las producciones intelectuales latino-americanas, de la *Revue des Deux Mondes*.

Apenas pude presentarlo yo en *La Nouvelle Revue*, gracias a la insistencia de su distinguido director Henri Austruy admirablemente secundado por su digno colega Georges Lafond. Es ese el único consuelo que me queda. Mi sencillo artículo provocó *bravos*, como los que en breve epístola me dirigió Paul Adam.

Era un rayo del gran astro hoy extinto que ayer daba luz hasta para mí.

* * *

Había llegado al fin. El que bregó por verter el espíritu cristiano en los moldes de la llegancia griega, recorrió la Sicilia como Platón, quizá con la idea de escribir diálogos en ella o laicos sermones como el de *Ariel*. Mas nunca supuso, sin duda, que todo el ideal encerrado en su cabeza iba a consumirse en la enrarecida atmósfera del cuarto de un hotel.

Si amó la soledad de alta torre para producir, para darnos la quinta esencia de la prosa macerada en su cerebro de pensador y de artista, no buscó jamás el aislamiento, ni huyó de la multitud, ni tuvo en menos el trato de los buenos y de los elegidos. Sólo Paris, que le preparaba algo así como

una apoteosis, impresionó su modestia ingénita y le inspiró temores. Había llegando al fin.

* * *

Como todos los intelectuales de Hispanoamérica le deben algo, tanto los de mi generación, como los de la que la precede y los de la que la sigue, fué de ellos de los que se sirvió el Hado para hacer llegar hasta París y hasta sus compatriotas aquí residentes la triste nueva de su fallecimiento.

A manera de los antiguos chasquis se transmitieron sus admiradores americanos el eco doloroso de su repentina muerte, eco que partiendo de la Legación de Chile en Roma, llegó a la del Ecuador en París, pasando de ella a la del Perú en Bélgica, antes de oirse en la nuestra a la que yo mismo lo llevé de manera indirecta.

Hoy pueden ya leerse necrologías en los diarios españoles y franceses. Hoy va para un mes que Rodó no existe.

* * *

Los que en vida mucho le quisimos como maestro y como hombre, protestamos contra la Muerte injusta, que respeta a tante inservible que usurpa el nombre de nuestra América para apadrinar en Europa sus elucubraciones egoistas, mientras hiere traidoramente al único que podía proclamarse nuestro guía espiritual, nuestro caballero andante sin miedo y sin

tacha.

Cayó fiel a su bandera, volviendo práctica su sentencia de que « reformarse es vivir » y mostrando con hechos la universalidad de su aptitud literaria. Probó a los políticos mediocres de su tierra que pretendieron anularlo que en cualquier lugar del mundo era capaz de ganarse con provecho su pan. Se encaminó, sin una queja, a países gratos a su fantasía, para vivir en ellos la vida anónima de los hombres sin hogar. Se extinguió sin sufrimientos y sin ver en la cabecera de su lecho mortuorio una anciana madre y unas hermanas que lloraban.

* * *

Al concluir esta fúnebre oración hecha en su elogio, libemos — como antes lo hiciera Leucipo discípulo de Gorgias — por quien desde el primer sol que Rodó no verá, nos dé la verdad, la luz, el camino; par quien desvanezca las dudas que nuestro compatriota dejó en la sombra; por quien ponga el pié adelante de su última huella, y la frente aún más en la claro y espacioso que él... «Y si mostrarnos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro, por quien te venza con honor, en nosotros!»

Y que su ejemplo perdure por los siglos de los siglos!

HUGO D. BARBAGELATA.

ARIEL

Da cierto carácter de oportunidad al asunto de este artículo, la reciente visita de un barco de guerra argentino a España, acontecimiento que movió la opinión y el sentimiento público en el sentido más simpático y de más provecho, a mi ver, para todos. En esto de unión, en toda clase de lazos, entre españoles peninsulares y españoles americanos, soy radical, — yo que lo soy en tan pocas cosas, — y además, un soñador a prueba de frialdades y desengaños en la futura unidad de la gran familia ibérica, y en que después de realizada ha de parecer error inexplicable el que no se hubiera realizado antes. Con tal criterio y ánimo, puedo economizar toda la prosa que debía dedicar ahora a pintar el entusiasmo con que he visto las hermosas manifestaciones de afecto que acaban de cruzarse entre peninsulares y argentinos.

Estos grandes movimientos sociales, sobre todo cuando tienen por objeto algo más que puros intereses económicos, se reflejan también en las letras, en los países cultos, y en ello se puede estudiar una de sus fases más importantes. Como antítesis podríamos citar, como ejemplo, el doloroso fenómeno de separatismo catalán,

calificado por algunos, como el señor Silvela, de principalmente literario.

Pues también en la literatura americana podemos observar manifestaciones que nos hablan de las tendencias favorables y adversas que en el nuevo continente existen respecto de su trato con España. Si, hace muchos años, cuando menos se quería por allá a los españoles, recientes todavía los dolores de la separación, los literatos, especialmente los poetas, solían inspirarse en nuestros autores más célebres, como Quintana, Espronceda, Zorrilla; después se vio que nuevas generaciones iban olvidando esta sugestión española, para entregarse a la de otras literaturas europeas, principalmente la francesa. Este fenómeno era común a las letras y a otras esferas de la actividad social. No era todo desdén para España. Algo había, en la general tendencia nueva, muy natural y muy respetable. España no daba a sus hijos de América suficiente pasto intelectual. Abiertos aquellos pueblos a todas las inmigraciones, y anhelantes ellos de beber la civilización moderna donde la hubiese, otros países más adelantados que el nuestro, de letras más intensas y más conformes al espíritu moderno, atraieron la atención de aquellos espíritus, jóvenes los más, educados muchos de ellos por viajes y lecturas que les enseñaban una lengua en que poco o nada significaba España. No es esta ocasión de mostrar como aquella imitación de lo europeo no español, de lo francés principal-

mente, fué demasiado lejos, y con olvido de una originalidad a que deben aspirar todos los pueblos que quieren prepararse una personalidad en la historia. Sin contar a los *snobs*, ni mucho menos a los majaderos, hombres de positivo talento y cultivado espíritu se dejaron llevar por la corriente del *galicismo integral*, hasta el punto de llegar a escribir en un castellano que, aun sin grandes barbarismos gramaticales, parecía francés en el alma del estilo.

No quiere significar el pretérito que vengo empleando, que estos excesos hayan pasado como aquellos de los *sinsones* zorrillescos. No, todavía en los *azules*, en los decadentes americanos, predomina *la moda de Paris...* Después de todo, como en ciertos grupos de jóvenes peninsulares, que no tienen más envidia española que sus correligionarios de América.

Pero, también es verdad y ventura, que en el seno de esa misma juventud literaria americana, aparecen síntomas de una favorable y justa reacción, en armonía con análogas corrientes en otros órdenes de la vida; reacción que vuelve los ojos a España, sin desdeñarse del pasado, sin desdeñar las útiles lecciones recibidas en esta comunicación directa con países europeos más adelantados; pero comprendiendo que esa originalidad, que hay que buscar a toda costa, no puede ser de importación, sino que hay que sonarla en los misterios de la herencia, en el fondo de la raza.

* * *

José Enrique Rodó, uno de los críticos jóvenes más notables de la América latina, hoy catedrático de Literatura en Montevideo, representa, como el mejor, esta saludable tendencia que señalo; y hace años que viene escribiendo en tal sentido, así como otros, verbigracia, el poeta de Lima, señor Chocano, de cuyos versos valientes y generosos en favor de España, he hablado ya en « Los Lunes ».

Ahora, publica el señor Rodó un libro de pocas pero sustanciosas páginas titulado ARIEL, y aunque en él no trata directamente de esa nueva tendencia a reconciliarse con España, la España digna del siglo, si bien respetuosa con los siglos de su gloria; aunque ARIEL tiene otro fin inmediato, en el fondo y como corolario de su idea va a lo mismo.

ARIEL no es una novela ni un libro didáctico; es de ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses, y que en España es casi desconocido.

Se parece, por el carácter, por ejemplo, a los diálogos de Renán, pero no es diálogo; es un monólogo, un discurso en que un maestro se despide de sus discípulos. Se llama ARIEL, tal vez por reminiscencia y por antítesis del *Calibán* de Renán. Ya se sabe que Ariel es el genio sutil, — *A try Spirit* — que obedece a los mandatos de Próspero en *La Tempestad* de Shakespeare, mientras Calibán es *a savage and*

deformed slave, que en cuanto aparece en escena exclama: — *I must eat my dinner*: necesito comer. — El venerable maestro en el libro de Rodó se despide de sus discípulos en la sala de estudio, junto a una estatua de Ariel que representa el momento final de *La Tempestad*, cuando el mago Próspero devuelve la libertad al genio del aire.

My Ariel — chick —

That is the charge; then to the elements

Be free, and fare thou well! —

En la oposición entre ARIEL y CALIBAN está el símbolo filosófico-poético de Rodó. Se dirige a la juventud americana, de la América que llamamos latina, y la exorta a dejar los caminos de Calibán, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal, y seguir los de Ariel, el genio del aire, de la espiritualidad, que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia, y los puros misterios del infinito.

Admira ver la profundidad y la serena unción con que Rodó sabe llegar a la armonía, siempre inspirado por la justicia, siempre sincero, valiente y decidido en la defensa de sus propias ideas, pero leal con las opuestas sin desvirtualas; flexible, tolerante, comprendiéndolo *todo*, pero predicando lo suyo. Recomiendo a nuestros literatos decadentes y modernistas, y a los jóvenes « ácratas » y « libertarios », a los que todavía tienen salvación, no a los per-

didos por la ignorancia, el orgullo y a veces el vicio, — les recomiendo el estudio de este espíritu americano, tan joven y ya tan equilibrado; sereno e imparcial, sin mengua del entusiasmo, enamorado del porvenir pero con veneración por el pasado, y con el conocimiento positivo del presente.

Dos puntos capitales trata primero en general, para llegar después a lo más importante de su propósito, a la cuestión actual, histórica, de la asimilación del «americanismo» del Norte, por la América joven latina.

Combate el utilitarismo primero, en lo que tiene de exclusivo, de limitado; y jamás he visto demostrada con tanta elocuencia la falta de idealidad final, de propósito definitivo y digno del hombre, de esa tendencia que, perdiéndola en los pormenores de la vida ordinaria, nos oculta el vacío de sus últimas indeterminadas aspiraciones. Rodó examina los dos grandes ideales humanos históricos, el clásico, griego, y el cristiano; y encuentra un momento en que se dan la mano, se complementan: el momento de las primitivas iglesias que fundó San Pablo en Grecia; por ejemplo, Tesalónica y Filipos.

Lo mismo el cristianismo, en su pureza, que el *helenismo*, se oponen a la moderna barbarie utilitaria. Si algún lector recuerda, por acaso, un folleto mío que se llama *Apolo en Paros*, podrá comprender con cuánto gusto aplaudiré a Rodó en estas

ideas, que yo entonces procuraba hacer plásticas a mi manera.

Donde el joven profesor americano muestra asombrosa originalidad es al explicar, con elocuencia y profundo pensamiento, el íntimo sentido del *otio* clásico, de la vida que se saborea, no a lo edonista, sino con la reflexión, el sentimiento; no apresurándola en loca actividad, siempre en busca de *medios* sin último fin, sino poética, noblemente, como los dioses, con oportuno y sereno reposo.

Titiro, Virgilio, decía:

Oh Miliboee, deus nobis hoec otia fecit,
pero estos ocios que el poeta latino, de alma griega, tenía por don digno de un dios, el utilitarismo del día los desdeña, porque no penetra su valor profundo; porque no ve que el destino del hombre es, tanto como vivir, contemplar, sentir la vida.

Pero además, el utilitarismo geométrico, lógico, llega... a la negación de la caridad, al dogma del triunfo del más fuerte, de la lucha por la existencia, legítima también entre hombres. Pocos días hace, un sociólogo ilustre, Adriano Vaccaro, discutiendo con otro, francés, Mr. Richard, se sinceraba de la acusación de crueldad, de falta de altruismo a que se creía que le arrastraban sus doctrinas, conformes con la adaptación del transformismo, aun en sociología. Vaccaro ve la necesidad de no ser lógico, de no sacar las últimas consecuencias al utilitarismo, para librarse de las

teorías que otros, más lógicos, más consecuentes, predicán sin miedo, proclamando el abandono y aun el exterminio de los débiles, de los no *adaptados*; por ejemplo, del hombre delincuente nato, del niño no viable, etc, etc. ¿Quién no recuerda las doctrinas de ciertos periodistas italianos radicales, que llegan a pedir la persecución y supresión del criminal, aun antes del crimen, siempre que la *ciencia* le señale como caso necesariamente llamado al delito?

Rodó recuerda con oportunidad al más franco, al más genial de los pensadores inspirados en tales egoísmos, a Nietzche, con su clara y terminante idea del sacrificio de los más al placer y progreso de unos pocos; con su desprecio de las *ternuras* cristianas... Mas por fortuna, añade Rodó, tales ideas no prevalecerán mientras en el mundo haya dos maderos que se puedan colocar en forma de cruz.

Pero la democracia, es decir, la atención a los más, y por tanto a los peor dotados, tal como generalmente se entiende, no es remedio al utilitarismo, y antes suele ir en su compañía.

La democracia niveladora, aspirando al monótono imperio de las medianías iguales, la democracia mal entendida, la combate Rodó con fuertes razones y elocuencia, sin que por eso deje que le venzan doctrinas aristocráticas, ni siquiera cuando ofrecen el atractivo gracioso e insinuante con que las adorna, por ejemplo, un Re-

nán. En mi introducción a la versión española de « *Los Héroes* » de Carlyle, exponía yo ideas que coinciden en este punto con las de Rodó. La democracia es ya un hecho vencedor, es algo definitivo, y, además, bien interpretada, es legítima, es lo que piden el progreso y la justicia; se puede y se debe, pues, conciliarla con la idea de Carlyle, con la misión providencial del *heroísmo* impulsando la marcha de la vida. La democracia debe ser la igualdad en las *condiciones*, igualdad de *medios*, para todos, a fin de que la desigualdad que después determina la vida nazca de la diferencia de las facultades, no del artificio social; de otro modo : la sociedad debe ser igualitaria, pero respetando la obra de la naturaleza, que no lo es. Mas no se crea que la desigualdad que después determinan las diferencias de méritos, de energías, supone en los privilegiados por la naturaleza el goce de ventajas egoístas, de lucro y vanidad; no : los superiores tienen *cura de almas*, y superioridad debe significar sacrificio. Los *mejores* deben predominar para *mejor* servir a todos. Tal es, aunque él la exponga de otro modo, la doctrina de Rodó, al resolver las dificultades que para el progreso real de la vida podría ofrecer la democracia.

Perspicaz y elocuente se muestra en tan interesante materia, de capital importancia y actualidad, no sólo en América sino también en Europa.

* * *

Bien preparado con todo lo que antecede, llega el autor al punto particular y de interés histórico actual, el principal de su trabajo.

Ya se sabe que hoy los Estados Unidos del Norte procuran atraer a los americanos latinos, a todo el Sur, con el señuelo del panamericanismo; se pretende que olviden lo que tienen de latinos, de españoles, mejor, para englobarlos con la civilización *yankee*, se les quiere inocular el utilitarismo angloamericano. Y como los triunfos exteriores brillantes, positivos, del americanismo del Norte son tantos, en la América española no falta quien se deje sugerir por esa tendencia.

Y aquí es donde se muestra realmente admirable el crítico de Montevideo, hábil como nadie, hábil a fuerza de serena imparcialidad, al enumerar y analizar todas las innegables grandezas y ventajas del pueblo *yankee* sin omitir nada favorable, reconociéndoles hasta religiosidad sincera. « Los admiro, aunque no los amo », dice Rodó; y después, con penetración digna de Tocqueville, viendo más y mejor que Bourget, examina también todo el « pasivo » norteamericano, los defectos de su carácter, de su cultura, de sus ideales. Y estos defectos coinciden con el utilitarismo antes examinado. El interés material, el goce de bienes de pura sensualidad como fin último, y, en rigor, el ansia constante

de la lucha para conseguir los medios que que preparan felicidad tan odiosa y baja. Además, la falta de gracia, la ausencia del ocio helénico, de idealidad misteriosa; y con ésto, el nivel democrático de la medianía triunfante, de la *cantidad* soberana; el número por numen.

Ariel aconseja a la juventud hispano-latina que no se deje seducir por la sirena del Norte; el ideal clásico y el ideal cristiano deben guiarla, sin que deje de ser *moderna*, progresiva. Como se ve, lo que Rodó pide a los americanos latinos es que sean siempre... lo que son, es decir, *españoles*, hijos de la vida clásica y de la vida cristiana.

Con el mayor entusiasmo recomiendo a todos el sustancioso folleto del crítico, ya ilustre, de Montevideo.

Madrid, 1900.

LEOPOLDO ALAS.

(CLARIN)

ARIEL

Para excitar a la juventud americana a que aspire a la vida más alta, más pura, más espiritual y aérea, ha escrito José Enrique Rodó, de Montevideo, su *Ariel* (La Vida Nueva, III), que es una buena obra en el noble sentido de estas palabras. Ha repercutido en España, en cuanto esas cosas repercuten aquí.

Es un himno a la juventud, al alto entusiasmo, a la sed de ideal y de armonía y de belleza, inspirado en Guyau y en Renan sobre todo. Es una honda traducción al castellano — no sólo al lenguaje sino al espíritu — de lo que el alma francesa tiene de ateniense y de más elevado; es el aticismo sentido en francés por un hispano-americano. Es una llamada a la naturaleza, a la vida, a la sana contemplación, al mantenimiento de la integridad de nuestra condición humana, al culto de la belleza. Pide que el redentor y el misionero tengan « entendimiento de hermosura ». Pero lo máspreciado de *Ariel* es el empeño por conciliar la más alta preocupación de los intereses ideales con el espíritu democrático. Aquí el discípulo se opone a « las paradojas injustas del maestro », al aristocratismo de Renan, viéndose, en esto, el americano libre del

excesivo lastre de tradición de que al principio hablaba. La belleza es ahorro de utilidad, no hay que olvidarlo, y quien a lo útil atiende, tiende, aún sin quererlo a lo bello. Aunque no exento de cierta hostilidad a lo utilitario, e injusto acaso en demasía con la vulgaridad, Rodó lo comprende al hacer sereno e imparcial juicio del « americanismo » y de la « nordomanía » que amenaza « deslatinizar » a la América española (mejor es llamarla así que no Hispano-América como el hace). Sería interminable si quisiera seguir paso a paso el librito de Rodó: espero dedicarle todo un ensayo. Por ahora citaré su hermosísimo final: « Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa, indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de las manos de un sembrador ».

1900

MIGUEL DE UNAMUNO.

ARIEL

Dije, al terminar mi última carta, que el señor D. B. Rodríguez Serra, ha empezado a publicar en tomitos bien impresos y baratos (unos a dos pesetas y a tres pesetas otros), una biblioteca de filosofía y de lo

00103824

que llaman ahora sociología, vocablo híbrido que me repugna aunque diste yo mucho de negar la verdad y la utilidad de la ciencia que con el mencionado vocablo se designa.

Con sinceridad y vehemencia deseo yo que tenga buen éxito la empresa del señor Rodríguez Serra, pero dudo de ello por varias razones.

En España, hace ya mucho tiempo que tenemos muy descuidados los estudios filosóficos y que aprendemos lo poco que sabemos de su historia en libros franceses, ingleses y alemanes, cuyos autores arreglan las cosas a su gusto y manera y para completa satisfacción de sus respectivas vanidades nacionales. Todo lo han descubierto, lo han pensado y lo han inventado ellos, de suerte que la pobre España, antes de que acabasen de despojarla de su dominio territorial había sido ya despojada de cuanto poseyó o pudo poseer en las elevadas y luminosas regiones del pensamiento humano.

Algunas protestas y reclamaciones contra despojo tan cruel se han hecho recientemente. A mi ver, los que con más brío y copia de documentos han protestado han sido los señores don Gumersindo Laverde Ruiz, don Nicomedes Martín Mateos, don Francisco de Paula Canalejas, el padre Ceferino González, y recientemente don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Se citan los nombres y se pondera el mérito de multitud de filósofos españoles,

que han florecido desde la época del Renacimiento en adelante; pero como la mayor parte de ellos y los de más valer escribieron en latín, sus teorías y sistemas se han divulgado poco, y si los españoles no los tenemos muy en cuenta, en menos cuenta los tienen aún los extranjeros. Así es que de Vallés, Victoria, Domingo de Soto, Melchor Cano, Francisco Suárez, doctor eximio, Ginés Sepúlveda, el escéptico Sánchez y no pocos otros, la generalidad de la gente conoce a lo más los nombres y tal vez los títulos de algunas obras suyas. Aun así, más pasan los tales por teólogos y por jurisconsultos que por filósofos y sociólogos, como se dice ahora.

Persuadidos o casi persuadidos nosotros, en nuestro deplorable abatimiento, de que toda luz intelectual nos viene de fuera, estudiamos los libros extranjeros y descuidamos los propios. Cuanto se escribe de filosofía o de ciencias sociales en España, y más que en España en la América española, no suele tener más sello, carácter o signo de que su autor es un hombre de nuestra casta, que el estar escrita su obra en castellano, aunque a menudo plagada de galicismos en la dicción. Y lo que es en el pensamiento, no digamos nada. Yo admiro a veces el mucho saber, los variados conocimientos, el entusiasmo poético, la rara elocuencia, la sutileza dialéctica y el primor artístico del estilo, en algunas obras modernas escritas en nuestro idioma. Citaré, como ejemplo, el tra-

tadito que lleva por título ARIEL, cuyo autor es don José Enrique Rodó, residente en Montevideo. La intención de este tradito no puede ser más sana ni más noble. El señor Rodó combate el estrecho y exclusivo utilitarismo y propende a inculcar, en la mente y en el corazón de la juventud de su patria, ideales más altos y más dignos del espíritu, ideales que son los que hacen persistentes la gloria y el influjo de los pueblos y de su cultura, dilatando su imperio en las almas, muchos siglos después de la caída y disolución de los estados y repúblicas que dichos pueblos fundaron. Tan bien está todo esto, que lo aplaudimos muy de veras y nos pesa de no haber dado antes al señor Rodó las grandes alabanzas que su libro merece. Pero yo no puedo negarlo: en su libro hay algo que me apesadumbra: el olvido de la antigua madre patria, de la casta y de la civilización de que procede la América que se empuñan en llamar latina.

No culpo yo sólo al señor Rodó; reconozco la esterilidad de pensadores que en España tenemos desde hace dos o tres siglos: pero sin culpar al señor Rodó, puedo yo lamentar la absoluta carencia de lo castizo y propio que en su disertación se nota: cierta vaguedad en los ideales que para la juventud de su patria desea y que no se ven ni se columbran en nada de cuanto dice. El único ideal que recomienda consiste en el amor de un ideal indeterminado en que no pensemos sólo en hacer

dinero y en el bienestar material; en que no midamos con el mismo rasero a todos los seres humanos, nivelándolos democráticamente, y en que apreciemos y honremos a los sabios, a los poetas y a los artistas y no sólo a los que inventan la máquina de coser, pongamos por caso, o cualquiera otra útil maquinaria. Lo que dice el señor Rodó sobre los Estados Unidos, frisa ya en injusta severidad contra el supuesto utilitarismo de los hombres de aquella gran república. No veo yo que Channing y Emerson se hayan llevado al sepulcro todas las sublimes aspiraciones de por allá. Hombres hay en el seno de la gran república que las conciben hoy no menos altas y espirituales. Yo lo reconozco y lo confieso, aunque pudiera como español estar ofendido, ver lo malo y no ver o no querer ver lo bueno.

De todos modos, y en contraposición al utilitarismo de la gran república, ¿a qué quiere el señor Rodó que aspiren los americanos latinos, ya que así se empeñan en llamarse por no llamarse ibéricos o españoles? Elocuentísimo, discreto y espiritual es cuanto dice el señor Rodó. Cierto es además que, mirando como debemos mirar al porvenir, difícil es hallar en lo pasado de nuestra raza ideal o germen de ideal que nos satisfaga y contente y que baste a servirnos de guía. Pero el admirable estilista Ernesto Renán, que en nada cree, y otros pensadores franceses y alemanes que están muy por debajo de Ernesto Renán, como

Quinet, Taine y Guyau, y los que se volvieron locos, como Augusto Comte y Nietzsche, a quienes el señor Rodó cita a menudo, ¿son acaso muy a propósito para apóstoles de esos nuevos ideales que el señor Rodó quiere que los jóvenes amen? ¿Con qué empecatados profetas y santos padres va el señor Rodó a fundar la nueva iglesia de la América latina? La verdad es que todos esos autores, en cuya lectura el señor Rodó está muy versado, son divertidos o interesantes, y, lo que es a mí, me entretienen y me deleitan; pero tengo por cierto que de todas sus doctrinas, contradictorias y disparatadas casi siempre, hasta en un autor solo, que él mismo se contradice, no se saca jugo para el más mezquino ideal, aunque las destile en su alambique y las estruje en prensa el cerebro más poderoso.

Como quiera que sea, me complazco en entender que la vanidad de la predicación del señor Rodó no implica carencia de mérito en quien predica. Nada más bonito, más agradable de leer, más rico en imágenes y figuras poéticas, en nobles sentimientos y en consoladoras esperanzas, que el ARIEL del escritor mencionado.

Madrid, 1900

JUAN VALERA.

(Reproducida en el tomo XLIV de las *Obras completas de Valera* — Madrid 1916).

RODÓ Y SU «PROTEO»

Conferencia pronunciada el día 6 de Noviembre de 1910 en la inauguración de la «Sociedad de Conferencias».

Señoras y Señores :

Los jóvenes que componen el grupo de escritores, artistas y llanos devotos de las letras, a cuya iniciativa se debe la hermosa constelación de aristocracias sociales que hoy encierran estos blancos, siempre rientes muros, hechos al resplandor de viejas glorias, han creído oportuno que se explicara de algún breve modo, siquiera fuese como obligado introito de homenaje a la bondad de los amigos que han querido acompañarnos y al delicado optimismo de los extraños que de nosotros han esperado algo bueno, cuáles son las líneas de nuestro programma, cuáles son los alcances de nuestros designios, cuáles los horizontes de nuestras esperanzas, con qué derecho, en suma, de divina palabra o de revolucionaria fórmula, hemos venido a perturbar la tranquila superficie de nuestro elegante indiferentismo.

La casualidad, eterna directora de mundos, hizo que a mi cargo estuviera consumir el primer turno de esta serie, para la cual os hemos invitado; y ésta es la razón, no colmada de razón, tal vez, para que

corra también de mi cuenta esta primera e indispensable estación de nuestra cruzada. Por la modestia del intérprete explicaos la elemental sencillez de nuestro plan. Si algo transcendental y nuevo, flor de una civilización que madure, esperáis, sería dolorosa decepción... Si, por el contrario, habéis penetrado caritativamente en lo que entrañan estas caprichosas y ardientes agrupaciones de literatos, recordaréis sus locos entusiasmos, su necesidad de acción, su candorosa fe en el Evangelio de la Belleza, su especial tendencia a asimilarse lo que en otros medios encuentra de afín a su culto y pasión, su indomable manía — semejante a la de los fanáticos catequistas — de contagiar a todo el mundo en su fiebre. Y recordándolo comprenderéis que todo este movimiento se concentra en un simple deseo de expansión, cuyo egoísmo puede tolerarse porque no es la expansión de nuestros apetitos materiales, sino la de nuestros credos y nuestras inquietudes, aplicada esta vez a implantar en la tierra patria uno de los más fáciles y expeditos sistemas de comunicación de ideas que el moderno espíritu de propaganda ha combinado.

No nos duele confesar que nada nuevo presentamos. Para muchos de los que me oyen, hombres de la generación anterior, esta agitación no es más que la porfiada intencional para renovar una muerta tradición de nuestros viejos círculos literarios. Bajo sus frentes, nimbadas ya de blanco,

habrá pasado sin duda la fúlgida visión de aquellas veladas románticas del LICEO y de la CARIDAD, donde por un solo momento se reveló en Cuba la palabra de Martí, hecha de luz y de música. Acaso su recuerdo rondará sobre el muerto escenario de aquellos salones literarios de José Antonio Cortina y de Nicolás Azcárate, donde abría amplias justas el ingenio — reviviendo a su vez la impresión empolvada de los remotos cenáculos de Domingo del Monte y del Conde de Pozos Dulces. Estos afortunados amigos nuestros conocieron aquel curioso proceso de concentración intelectual de nuestro pueblo, refugiado en las letras, en las labores generales del pensamiento, por el ahogo político de todas sus otras facultades de acción. Para nosotros, testigos a una vez y personajes de una desorientada época de transición, tal ciclo de desinterés ideológico, de arte por el arte, representa ser cosa de otro pueblo y de otra edad.

Bien es cierto, no obstante, que esta bandera nuestra se levanta precisamente sobre una tribuna (1) que en el espantoso páramo de nuestra literatura ha sido, al paso de los últimos años, el oasis solitario donde se cultivó con cierta asiduidad este género de producción intelectual en cuya virtud tanto hemos confiado. Pero a excepción de esta alta cátedra — en que sensible es decirlo, ha colaborado más la palabra

(1) La del Ateneo de la Habana.

extrangera que la dulce, persuasiva, pintoresca palabra criolla — y de la estricta y demasiado exclusiva tribuna de la Universidad, donde una de las Facultades organizó un curso de conferencias de carácter científico utilitario, lo cierto es que en nuestra época el género ha sido punto menos que desconocido, y que, en su aplicación a la divulgación artística, no ha gozado jamás de un sistema estable que pudiera compensar medianamente a la ausencia de libros y revistas especiales que, como dolencia endémica de casi toda la América Latina, padecemos también aquí.

Precisamente estas flaquezas de nuestras cosechas literarias, — traduciéndose desde luego el concepto de literario en el amplísimo de todas nuestras preocupaciones morales y políticas — nos ha llevado a concebir ilusiones sobre la efectividad de esta forma de trabajo. La producción escrita, cerrada la época de Saco, el Padre Varela y don José de la Luz, ha sido en Cuba invariablemente fragmentaria. Pocos son los que como el señor Varona — cuya personalidad no necesita adjetivos — condensan en un libro el saber filosófico de su tiempo.

En los más, la filosofía se esboza por humoradas; la poesía se cultiva por breves *postiches* que alumbran apenas un fugaz estado de alma. Para una tan fatigada *élite* como la nuestra, para una sociedad todavía sin facilidades editoriales, ¿qué hay de mejor que este campo abierto de rápida

comunicación con el público, fácil desahogo de una completa impresión de lectura o quizás de alguna especialización de nuestros estudios, que muy humanamente nos ha hecho sentir la necesidad de decir a otros lo que en nuestro espíritu no cabe ya? Sostenido y alimentado el género en Cuba, estimulado el hombre de gabinete, que existe todavía bajo este loco panorama de exhibiciones, a cuánta útil y curiosa monografía pudiera dar ocasión! ¡qué colecciones de esa fragmentaria labor, compilada acaso por terceras y piadosas manos, entrarían a robustecer la pobre y frívola biblioteca nacional!

Y aun hay algo de más trascendental. Las conferencias y lecturas públicas, sobre todo si han de tener el carácter modesto y vulgarizador que nos proponemos, traen al acervo social de las ideas un inestimable concurso de inteligencias que por una preocupación de la pulida forma oratoria, que no se creen capaces de alcanzar, permanecen inéditas, restando a la sociedad lo que puede ser mina de redenciones y panorama de nuevos horizontes. Contra esta preocupación suicida es necesario reaccionar a tiempo, y para pronunciarnos contra ella estamos decididos a combatir los de este grupo organizador.

No. No es preciso ser artista de la forma oral para tener derecho a ser oído; no es preciso, porque de lo que está ayuno el país es de ideas, de ciencia, de observaciones, no de palabras. Cuba es, confesamos

que puede sentir tal orgullo, el país de América que más brillantes y arrebatadores tribunos ha producido. Pero ¿puede eso erigirse en precepto prohibitivo para el derecho que a exponer sus pensamientos tiene el que no nació tocado por el admirable don que fué en los griegos regalo de los inmortales...? Ah! no, señores. Puede carecerse de esta chispa divina y poseerse un formidable talento, un talento capaz de derribar mundos, dando a Arquímedes su famoso punto de apoyo. Los últimos años de nuestra historia nos han provisto de un doloroso ejemplo de esta preterición injusta de la ancha mentalidad que no va acompañada de la fácil verba. Este caso fué el de don Ricardo del Monte. Aquel gran poeta era también un gran estadista, una gran alma de combate; pero no estaba dotado de la abundosa palabra y su fatal sino quiso además que más duro contraste surgiera entre aquella magnífica pléyade de oradores que compusieron la Junta Central Autonomista. Pues bien, por ese solo defecto, aparentemente superficial, no ocupó don Ricardo del Monte los altos sitios que llegaron a escalar sus compañeros de trabajos políticos, no todos de su alta alcurnia intelectual.

Para honor de nuestra mentalidad nacional, es preciso que esta absurda divisoria de los que hablan y los que no hablan, tenga un rápido fin. A esos espíritus de selección, que en la íntima elocuencia de sus soliloquios, allí donde la majestad del

pensamiento no necesita del torpe vestido del vocablo, se reconocen capaces de dar un impulso pequeño a la labor de fundación moral de la patria, a ellos va en especial dirigida nuestra invitación. De su torpe palabra, de su denso pensar que ya sabremos traducir, de eso es de lo que estamos hambrientos.

Y es que de todas maneras, señores, y aun cuando seamos pequeños los que levantamos la voz es hora ya de que se toque a la puerta de nuestros intelectuales y se les exija el cumplimiento de su misión social de enseñar y aun de padecer en la enseñanza. Como nos hemos propuesto tener por única arma la sinceridad, permitidme que advierta la notoria impropiedad con que en Cuba se emplea esta preclara denominación de intelectual. El intelectual de los grandes centros de población es un hombre que reparte lo mayor y mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas, pero se distingue especialmente por su apostolado perenne e indirecto, escribiendo libros, organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contestando a las *enquêtes* de los periódicos, viviendo una vida que, ayudada quizás por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección. Lo que aquí llamamos intelectual, es seguramente — por causas económicas en gran parte — la mitad brillante de un abogado o de un médico que de vez en cuando tiene tiempo

de leer un volumen y pierde de leer cuarenta que esperan en vano en su biblioteca; la nostalgia de un profesional que anda siempre a pleito con las horas de su reloj, sin que ninguna le quede para vivir espiritualmente un poco con su pueblo; pálido cuarto menguante de una luna que no tarda mucho en desaparecer... Comprendido como en otros países el concepto, hay que convenir en que Cuba no posee intelectuales; sólo hay hombres inteligentes.

Para pasar de este al otro grado, hay que admitir una dedicación normal a cierta clase de trabajos, de esos que, sin propaganda sectaria, relevan a una sociedad de su esclavitud moral, a un principio o a una ley; hay que sentir la obligación política que implica la fortuna del talento y como a la sociedad pertenece en la justa proporción en que los dones han sido repartidos y lo mismo que los músculos del gañán y que el valor del héroe, la cantera de pensamientos en embrión que la casualidad puso bajo su cráneo y que es su deber pulir y pulir siempre como un diamante que da luz y raya el vidrio.

No creo, sin embargo, que deba insistirse sobre este tema, porque los intelectuales de la Habana, al menos en lo que nuestra gratitud puede contar, no han sido cremosos para sumarse a esta que nosotros creemos bella obra.

Al grupo que de ellos podía ejercer mayor influencia sobre la atmósfera nacional, pues que lo constituyen los jóvenes

que poseen el secreto del entusiasmo y la energía, nos hemos dirigido y generosamente nos han prestado la caridad de su promesa.

Es blanca la bandera que hoy levantamos, señores. Sobre su albura un solo nombre hay escrito: Belleza. La Belleza es fuerza y a su sol se depuran todas las doctrinas. Quien con este Evangelio cumpla podrá gozar de la seguridad de haber mejorado en una proporción infinitesimal la condición social de la humanidad.

Claro está con ello que no ponemos coto a la audacia de las doctrinas. Nuestra tribuna es precisamente para eso, para que salga a la superficie cuanto hay de original y propio en el pensamiento nacional... Acaso si un vago temor se levante ya presumiendo un enjambre invasor de teorías inmorales y disolventes. Si son bien intencionadas y sentidas no serán inmorales; al menos no suscitarán las malas acciones. Después de todo ¿cómo podemos condenar de un modo absoluto una inmoralidad, si alguien sinceramente la defiende hablándonos de su oculto sentido que tal vez no desentrañemos? Podrá ser esto inmoral para nosotros; podrá no serlo para nuestros hijos. Preguntadle a las sombras de los escribas, los fariseos, y os dirán que nada hubo más inmoral que aquella suave y tiernísima filosofía que se predicó en la orilla del lago Tiberiades. Al cabo, como advierte Anatole France, ¿qué es generalmente la inmoralidad actual sino la fór-

mula de la moralidad futura?

Señoras y Señores : un cronista francés de la última hora, uno de esos que justifican el orgulloso adagio parisiense de que allí el *esprit* corre por entre los castaños del *boulevard*, se admiraba de la existencia posible del conferencista, tipo moderno que realiza el milagro de hablar sólo mientras todos callan, atentando así virtualmente al más poderoso de los instintos humanos : el instinto de conversación. Parece que hay en esta frase algo más que la salde un fino *calembour*. El chocar ideas, el descargar lo que el espíritu ajeno va provocando en el nuestro, es necesidad de derivación orgánica. A través de los siglos resuena aún el diálogo socrático como expresión natural del trabajo mental en común, y con la gloria del maestro de la ironía griega nos han llegado los nombres de Critón, Adimantes, Fedón sus acostumbrados interlocutores, que, celosos de su derecho a la palabra, no permitieron nunca un discurso corrido y absorbente al padre de los filósofos.

No pudiendo evitar, puesto que el género está hecho, este abuso de la pasividad ajena, nos proponemos que nuestras conferencias se parezcan lo más posible a una conversación. Pocos recursos y ligereza de tiempo.

Ayudadnos, pues, en nuestras tareas.

Paralelamente a nuestro plan han surgiendo una serie de conferencias organizadas por el Señor Secretario de Instrucción Pú-

blica para los adultos pobres, aun en estado de reforma intelectual. Las nuestras serán, aplicadas a otra clase social, el complemento de esta generosa idea. Nosotros recorreremos nuestro campo amado del Arte y de las Letras, y en su obra lenta confiaremos. Confiaremos sí, porque la experiencia nos ha enseñado que sólo desde el oxígeno de las alturas puede verse la Tierra Prometida.

Pensando en estos nortes trascendentales de nuestra propaganda, es como he seleccionado entre todos los numerosos temas que a una devoción literaria podían ofrecerse, el de esta impresión de lectura que todavía un año después de gozada trabaja en mi espíritu y lo sacude a su recuerdo. *Motivos de Proteo*, el libro de que os voy a hablar, es la obra de un pensador optimista que al conjuro de su asombrosa fertilidad verbal y de su sensibilidad vibrante, hace sentir como una gran dádiva el hecho de vivir. Para las innumerables víctimas de la neurosis moderna, para los tristes y para los débiles, para los inadaptados por una extraña preocupación, para cuantos se han sentido derrotados por un primer obstáculo en que se quiso probar su energía, este libro es una dichosa panacea de redención. Allí está el retrato de lo que son y lo que poseen por sólo ser hombres, y cómo puede ser obra de arte y obra de trascendencia el cultivo perseverante de su yo triste y despreciado. Por la magia del arte de este libro crece la talla de la figura

humana, y en fantástico desenvolvimiento de sus facultades oprimidas se ven revelarse sus músculos de Atlas y levantarse contra los dioses su frente audaz de Prometeo.

Fué la aparición de este libro un gran suceso entre los cenáculos literarios de Hispano-América, al brotar con la primavera de 1909. En nuestra anémica literatura continental del día, hecha de reflejos del alza y baja de las escuelas francesas, mal seguidas siempre en una labor de improvisación y de amaneramiento, no existen en verdad frecuentes testimonios del gusto por las altas preocupaciones morales que fué cauce predilecto de los trabajos de nuestra precedente generación. Un volumen del denso fondo y de los lejanos alcances de la obra de Rodó tenía que levantarse en el horizonte como alta copa de baobab, y ser proclamado esporádica semilla en nuestro pequeño jardín de versos fragmentarios y crítica de impresión. Así fué que durante seis meses se llenaron las hojas periodísticas de elogios sin reservas a la nueva biblia de la esperanza; docenas de folletos surgieron como por ensalmo, prolongando los mil aspectos de la cuestión propuesta; las interpretaciones encontradas chocaron; y las tribunas de los Ateneos se coronaron de continuo con figuras jóvenes que surgían a tejer caprichosas teorías sobre la velada filiación científica del escritor uruguayo. Si en Cuba no se ha tomado nota del advenimiento de

este libro, a pesar de estar nuestra sociedad muy al tanto del movimiento literario extranjero en cuanto a Europa se refiere, si como es casi seguro hay pocos aquí que conozcan por frecuentación directa los escritos de José Enrique Rodó, consecuencia es de especiales condiciones de tiempo y lugar que nos hicieron vivir hasta ahora muy apartados de nuestros hermanos de América. Creo que no podíamos imaginar más delicado ni justo homenaje en su honor que el de dedicar a su personalidad y su obra la primera conferencia de nuestra serie.

Para la crítica de Hispano-América y para la que en España merece el nombre de tal, es José Enrique Rodó la figura eminente, — representativa como dicen los americanos — de los que escriben prosa en el Continente. Su edad, treinta y ocho años, lo hace figurar todavía entre la legión de los jóvenes, y su obra publicada puede reducirse a varios folletos publicados bajo el lema *La vida nueva*, el último de los cuales es *Ariel*; *Liberalismo y Jacobinismo*, también folleto, y *Motivos de Proteo*, que forma un volumen de quinientas páginas.

Su historia pública es de pocos y sencillos sucesos. Dirigió *La Revista Nacional*, publicación de carácter científico. Es actualmente catedrático de Literatura en la Universidad de Montevideo. « He tratado — dice en una autobiografía — de difundir en la literatura americana el interés por

las ideas, apartándola del estrecho y egoísta personalismo que ha caracterizado las manifestaciones novísimas de nuestra actividad literaria; encastillada en el arte puro y la pura emoción individual ».

Su obra total, marcada sobre todo en el libro de que ahora trato, es la de un generoso moralista. Con esta denominación está claro que no se trata de un frío analista del bien y sus orígenes, a la manera que lo fueron predilectamente los filósofos de la antigüedad, a la manera que lo han sido en los modernos tiempos Nietzsche o Renouvier; sino de un amable asesor de nuestras dudas prácticas, un verdadero « profesor de energía », dicho sea con una expresión de moda, que más bien evoca la sabiduría bondadosa de Marco-Aurelio, el ilustre emperador, o de Epicteto, ilustre esclavo, su maestro. Por eso no se puede llamar a su libro obra de filósofo. Su filosofía en todo caso no tiene nombre ni programa. Ya él prueba en sus páginas de oro cómo el programa y el nombre traicionan el espíritu de una doctrina, estrechándola en un círculo de hierro hasta engañar a su propio autor. Su filosofía se hace, deshace y rehace a lo largo de la disertación al modo de lo que se observa en Nietzsche o Schopenhauer. Como el tejido de las horas mitológicas, no tiene principio ni fin y es, como el mismo autor lo dice, « un libro en perpetuo devenir, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida ». Diríase que escuchamos la suelta y voluble pláti-

ca platoniana, que vemos al filósofo bajo el verde palio de los olivos, entre los discípulos que se suspenden de sus labios, de donde vuelan las abejas del Himeto rizando con el arrullo marino. Allí, como aquí, no hay sistema aparente; pero en cada espíritu, como si en él fermentara el sedimento de cada palabra, cuaja una robusta y homogénea filosofía.

Asistimos justamente en estos tiempos, a una crisis de la filosofía sistemática. La humanidad se ha rendido al trabajo de cuarenta siglos de interrogación perenne a la Esfinge, apenas vencida en la leyenda por el viejo Edipo. Los más robustos sistemas filosóficos han visto su ocaso en menos tiempo que la vida de su autor, y el mismo honrado positivismo, único que podía complacer al descontento espíritu moderno, puesto que era la sinceridad y se aplicaba sólo a la experiencia, vino a tener su confesión de impotencia para explicar el origen de las cosas en las conclusiones de sus dos grandes apóstoles ingleses: Herbert Spencer, que pone un valladar a la búsqueda tormentosa, marcando un más allá incognoscible, y John Stuart Mill, que en su doctrina de experiencia-lismo conviene en que no hay más que la crítica de Kant con su demostración de la subjetividad de todo conocimiento, sin que exista un absoluto derecho para estimar como realidad del mundo su fenomenología traducida por nuestras sensaciones. En todo el horizonte filosófico sólo queda

en pie el reconocimiento de una fuerza inmanente que da unidad al universo, especie de dinamismo aristotélico, traducida con diferentes nombres. Nuevas escuelas han surgido a hincar todavía en la montaña del Enigma, reclamando los viejos fueros de la metafísica y ora se llaman Nihilismo de Hartmann, Pragmatismo de William James o Neo-idealismo de Jules Gautier, Bergson, Boutroux, etc. En el fondo no son verdaderos sistemas por cuanto no entrañan, como fué siempre norma clásica de la filosofía, una hipótesis del Cosmos, sino son más bien críticas de los valores antecedentes, cuya fuerza negativa ayuda a la desorientación y al cansancio. Por donde quiera el misterio nos domina, y ni religión ni filosofía nos abren ruta segura: el hecho nimio, el hábito de nuestro organismo pueden ser océanos de dudas a poco que los sometamos a precisa observación. Se habla del misterio de la Muerte, pero ¿hay algo más cerrado e impenetrable que el misterio de la cuna? ¿Hay algo más enigmático que estos primeros vagidos de una vida que se desprende de otra vida para copiarla en su íntegra organización y cambiar acaso el curso de la humanidad? Melancólicamente viene a la memoria la copla elegíaca de Jorge Manrique:

« Partimos cuando nascemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenescemos. »

Lo que fué causa de fe y tal vez de consuelo para el mundo antiguo, es fuente de eternas dudas para el inquisitivo mundo moderno. Y de esta tempestad de decepciones sólo trasciende aquel inmenso respeto, aquella temerosa veneración que atestiguaba Carlyle al arrodillarse, como lo hiciera el salvaje frente a su fetiche, ante la penumbra gigante, fórmula de su descreimiento: OUR FATHER THE MISTERY.

Pero el positivismo, que abarcaba a todo el dominio de la ciencia y por eso no puede decirse que esté en su ocaso, dejó a la humanidad el regalo de un método, y por ello, si no ha adelantado un paso en la demostración del origen de las cosas, sí abrió amplios campos al estudio del ser humano, sustituyéndose a la vaga y clásica ontología. De sus trabajos sistematizadores y del noble estímulo que su renovación de todos los valores importó, ha surgido esta nueva ciencia de la Psicología Positiva, que en consorcio íntimo con la Biología tanta luz ha dado sobre el por qué de nuestras tendencias irresistibles y sobre lo que Rodó llama las reservas espirituales del individuo.

Esta ha sido la fuente científica de José Enrique Rodó al confiar en la potencia humana para el bien y para la acción. Su educación cerradamente positivista, como la de todos los de la presente generación, ha dado el fenómeno simpático que se observó en Renán, cuya escéptica crítica his-

tórica estaba teñida del vago misticismo que en su alma puso el seminario de Treguier, o más reciamente en Guyau, que de su choque de convicciones y sentimientos vino a sacar el más original y dulce idealismo materialista.

Rodó es tal vez un positivista en cuanto dice la estricta base fisiológica de sus premisas; pero no es un estrecho determinista hasta el punto de suprimir toda intervención de la voluntad en la dirección de nuestras acciones y someterlo todo a lo que manifiesta nuestra ley de herencia. De las conclusiones a que puede llegarse con una matemática aplicación de los principios deterministas, cabe un ejemplo en la paradoja de otro escritor sudamericano, el doctor José Ingegnieros, sobre los tres principios que en la Francia republicana han servido de lumínar a su pueblo y tal vez a todos los pueblos latinos: libertad, igualdad y fraternidad. No existe la libertad, dice Ingegnieros, porque no somos dueños de nosotros mismos, y descendemos fatalmente en la vida, según lo marcó nuestra tara hereditaria; no existe la igualdad, porque la biología demuestra la imposibilidad de dos individuos idénticos e idénticamente dotados, proclamando así una aristocracia natural; no existe la fraternidad, porque la lucha por la existencia, más acentuada cuanto más avanza el mundo, ha condicionado la felicidad nuestra sólo a expensas de la del prójimo, acallando así el cristiano precepto de *Amaos*

los unos a los otros.

Se comprende que de ser ciertos e irremediabiles estos términos, vendríamos a caer en el triste fatalismo musulmán del ESTABA ESCRITO. Si nuestro organismo no es más que el fenómeno parcial e incontrovertible del desenvolvimiento de las fuerzas ciegas de la naturaleza, si no tiene remedio lo que somos, ¿para qué esforzarnos en ganar este u otro ideal que no está quizás al alcance de nuestra materia y su secreción pensante?, ¿por qué arrepentirnos del acto vergonzoso o de la tendencia cruel si fueron producto inevitable de nuestra conformación craneana? El punto de partida será diferente, pero el resultado es el mismo: el plomizo estancamiento mahometano, y en la práctica el dejar hacer, el abandonarse a la suerte como el alga sobre las olas.

No; muy otra es la realidad psicológica. Nuestra vida arranca, en efecto, de un punto de partida que no dirigimos, que nos viene ya dado por lo que fué la vida de nuestros padres. «Cada individuo,—dice Guyau— por la serie de actos que constituyen la trama de su existencia y que acaban por coordinarse para sus descendientes en hábitos hereditarios, deprava o moraliza a su posteridad, al modo como ha sido moralizado o depravado por sus antepasados.» Pero en combinación con este principio coopera también a la marcha de nuestras acciones otra misteriosa fuerza de reforma, de modificación constante del

sér por encima de la conciencia. La moderna fisiología ha demostrado que, como en toda la materia, desde la piedra hasta la flor, hay una renovación y una muerte perenne de substancia en el organismo humano. Cada año que pasa encuentra nuevo sistema celular en nuestra economía, hasta el punto de ser postulado hoy en las ciencias físicas, que al través de un lustro ya no hay en cada cuerpo, para muchos de sus tejidos, nada de lo que antes los compuso. Si, pues, luchan en los individuos dos corrientes antagónicas: una la de conservar el modelo primitivo, otra la de reformarlo, según las condiciones de clima, de higiene, de alimentación a que se halle sometido el organismo, no es de extrañar que quede algo a la acción personal dirigida por la conciencia, y que en definitiva pueda ser materia de cambio nuestro sér por la obra de la voluntad, que pone conscientemente a contribución todos los elementos externos de influencia si se trata de cultivo físico, o todos los estímulos de estudio, sugestión moral, prácticas cívicas, observación de la naturaleza y medios superiores de cultura si se trata de reforma psíquica.

Què en esta potencia de reacción por parte del hombre contra sus instintos existe un efecto entre sus facultades, es cosa que también se defiende a la luz de la sola experiencia. El querer, el desear constante es algo dado por la Naturaleza al hombre como un corolario del instinto de

conservación, puesto que si ansiamos algo es porque lo pide nuestra economía para restablecer el equilibrio que le falta y perdurar en el mundo. Ahora bien, ¿cómo puede encauzarse la voluntad, que no otra cosa es este querer, determinante de nuestras acciones, hacia el bien y no hacia el mal? ¿En virtud de qué transposición puede ser aplicada a reprimir los instintos, que son las tendencias, las demandas espontáneas de nuestro organismo? ¡Ah! para eso está la conciencia, la conciencia que puede indicarle a este ciego apetito de mejora, cuál es el interés mediato, superior y más sabroso que el inmediato; la conciencia que señala al deseo el final excelso más allá de esta conquista grosera y eventual que momentáneamente pudo alucinarlos; la conciencia que da a nuestro impulso pristino, *the call of the wild*, que dicen los ingleses, el alto prestigio, la serena y augusta jerarquía de un ideal...!

Perdonadme, señores, que haya entrado con demasiada prolijidad en esta digresión especulativa, pero es que quería mostrar con cuánta base científica se lanza José Enrique Rodó a predicar su filosofía de la esperanza, de la vocación, de la confianza en nosotros mismos. Con este libro ha querido Rodó completar su cruzada anterior, que fué su libro *Ariel*. Aquel fué el Evangelio de la educación espiritual; éste es el Evangelio de la voluntad sirviendo a la vocación. *Reformase es vivir*. Son estas tres palabras las que brotan primeras de

su pluma y con ellas está sintéticamente escrito todo el libro. Aun más concentrada fórmula campea en su título: PROTEO. Proteo, aquella escurridiza divinidad que cambiaba constantemente de forma para escapar a los perseguidores del Oráculo. Esto es para Rodó el hombre mal de su grado, y toda su amplia disertación va encaminada a ponderar el provecho que una cuidadosa dirección puede sacar de esta mutación inevitable. « La esperanza como norte y luz- dice en un admirable resumen; la voluntad como fuerza; y por primer objetivo y aplicación de esta fuerza, nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada día más poderosos y mejores. » Claro que hay en esto una franca moral utilitaria. Pero a diferencia del punto de vista de Spencer, para quien la regla de las costumbres está provista por la adaptación recíproca del individuo y de la sociedad, traduciéndose por sentimientos en las conciencias individuales, en el de Rodó es el centro el individuo, y entre sus recursos de vida coloca el de la rebeldía y la inadaptación a la sociedad en que vive. De una completa y sumisa adaptación al medio ambiente actual puede originarse la desviación de un alma superior que tienda, precisamente con el desarrollo de su facultad cohibida, a desenvolver una misión sagrada de esa misma sociedad. Por eso la fe de Rodó en el perfeccionamiento del sujeto, descansa exclusivamente en el porfiado cultivo de su vo-

cación o, según su propia frase, de su *llamado interior*. Las vocaciones, dentro de la determinación aceptada de cada cosa en el universo, tienen su razón de ser al brotar en cada artista o pensador, y pudiera imaginarse con la bella expresión de Emerson, que todo grande hombre es la boca por la cual habla una sociedad cuando está necesitada de decir algo. « Hay una misteriosa voz, dice Rodó, que viniendo de lo hondo del alma, le anuncia, cuando no se confunde y desvanece entre el clamor de las voces exteriores, el sitio y la tarea que le están señalados en el mundo »

Pudieran, pues, resumirse estos *Motivos de Proteo* en una cadena parecida a ésta : realidad de la reforma constante, provecho de ella para servir a nuestra vocación, amor sin treguas a lo que comprendemos es nuestro llamado interior, desinterés para afrontar por él todos los reveses de la vida práctica, confianza absoluta en el poder de nuestra voluntad, erigida por Rodó en chispa de la divina omnipotencia. « La vocación- esta es su más breve definición - es la conciencia de una aptitud determinada ». Aun en el más débil sér, surgen, a veces, esos vagos avisos de nuestra naturaleza que vienen desde el escondido elemento heredado de nuestros abuelos. « Ráfagas, sugestión melancólica, estremecimiento de religiosidad, arranque de heroísmo, tentación perversa, relámpago de inspiración, asomo de locura ». Por esas páginas

de enciclopédico alarde, de prosa de lujo, desfila la procesión de los grandes trabajadores de la humanidad, seguidos en su lucha para hacer luz y espacio; y cada uno es un tipo de emulación para el desesperanzado y para el caído. Allí está el cuadro de la vocación que por causas de ambiente distraído, cuando no es hostil no encontró nunca calor ni renombre en la vida; el de esa otra que construyó la voluntad dogmática de las mayores, como en el doliente ejemplo de los oblatos de la Edad Media, dedicados por sus padres desde su nacimiento a la carrera sacerdotal; el de la que de pronto se despierta al calor del triunfo ajeno, como en el caso del Correggio joven, gritando estremecido ante un cuadro de Rafael: *¡ Anch'io sono pittore!*; también yo soy pintor! el de esas otras que surgen pálidamente como después de larga lucha interna, a la edad madura, cuando ya no está fresca la mente para estudios y disciplinas; el de aquellas otras tristísimas, arpas mudas de que habló el poeta, que llevan en lo hondo del alma, desde el albor de su razón hasta el ocaso de su vida, la predilección ternísima por un arte que adoran en las obras de los otros, sin que acaso hayan osado nunca, ni aun en la intimidad y el secreto, descórrer el velo que oculta los misterios de la iniciación». Sobre la escondida novela de esta clase de artistas, desenvuelve Rodó la más arrogante de sus imágenes al compararlos a los viejos mármoles sepul-

tos que, no tacados todavía por la azada del excavador científico, duermen su noche de grandeza en el subsuelo del Atica o del Lacio, o bajo el seno de las azules aguas del Mediterráneo.

Rodó es por la grandeza de estas cien páginas, no ya el filósofo sino el poeta de la vocación. Y para serlo complidamente tiene su filosofía la nota de la apelación calurosa al sentimiento, como estímulo indispensable de la obsesión puramente intelectual.

Por la virtud de un gran dolor, por el ímpetu de un amor violento, por el ardor de una fe religiosa, cómo hemos visto, a veces, hincharse y duplicarse nuestro poder de producción! Y en la historia del arte y de la ciencia, ¡ cuántas obras maestras no surgieron del estado sagrado de exaltación de la aptitud al ser puesta a contribución de un delirio ascético, como en San Agustín o en Santa Teresa, o de un torcedor de pasión amorosa como en Dante o en Petrarca. Del propio modo que actuamos en los otros, así actuamos en nosotros mismos cuando del sentimiento nos servimos. Si para propagar nuestra idea en las ajenas conciencias y hacerla sagrada y llamarla indiscutible vemos que nos basta transformarla en amor, en indignación, en patriotismo, en espíritu de cuerpo — así para fortalecer en nuestro mundo íntimo aquello que comendamos es nuestra vocación, nada hay más adecuado que un soplo de pasión que se adueñe de nuestro sér. Ima-

ginad qué sería la fuerza del huracán uncida a la servidumbre de un motor industrial; recordad el aprovechamiento de las blancas cataratas desmelenadas, resueltas por el ingenio humano en luz, alimento o joya de arte. « Toda potencia ideal que nos gobierna — establece Rodó — acendra una virtud disciplinaria que suple a los dictados de la conciencia. » Los que sufrieron en silencio, los que mucho han llorado, lo saben...

Con la otra parte del libro, dedicada a la ponderación de la voluntad y sus recursos, se apuntala la doctrina de Rodó. Para los que se reconocen aptos para una empresa de arte o de ciencia, nada hay conquistado si no se reconocen al propio tiempo hechos para la lucha perenne con la sociedad y la época, que conspirarán seguramente contra su especialismo, sus moldes nuevos, su pensamiento libre. El trabajador del cerebro, a cuyas vocaciones se refiere más concretamente Rodó, ha de probar desde su iniciación el vigor de sus alas, y entonces tendrá que aceptar la vida como un inmenso campo de batalla. Y la primera pelea será consigo mismo, con sus alucinaciones y su pereza, su amaneramiento. « El amaneramiento, que hace resumirse al artista dentro de sí propio, dice el autor de PROTEO — es frecuentemente una limitación de la voluntad, más que un vicio de la inteligencia. Viene cuando se enerva o entorpece en el alma la facultad de movimiento

con que salir a renovar sus vistas del mundo y a explorar en campo enemigo. Artista que se amana es Narciso encantado en la contemplación de su imagen. La onda, que lo lisonjea y paraliza, al cabo lo devora. La plena energía de la voluntad envuelve siempre cierta tendencia natural de evolución con que le obra se modifica al par que crece.

El polo opuesto de esta triste abulia se encuentra en el tipo del benedictino, siempre descontento de su cincel o de su buril, siempre acabando su obra que para su sed de perfección no tendrá jamás fin. Rodó toma de ejemplo prócer un episodio de la vida del divino Leonardo. Los que habéis admirado en el salón cuadrado del Louvre esa pequeña maravilla en gris y en azul que es el retrato de la Gioconda, no podríais imaginar que el artista llorase de decepción y de impotencia al dar las últimas pinceladas a su cuadro. « Y pensar que cuatro años de penas, mascullaba desalentado frente a la sonrisa enigmática de Monna Lisa, que cuatro años de penas lo dejaron imperfecto! » Decidme, señores, ¿qué cuadro ni poema podría desplegar la belleza serena, la belleza romántica de esta sublime tensión de la voluntad por un ideal?

Rodó, maestro de parábolas, seguro de la fórmula de San Marcos, « todo se demuestra con parábolas », ha escrito la más alta y trascendente en loor de esta facultad anímica que hace a veces del

hombre un superhombre. Oidle y aquilatad su enorme alcance :

LA PAMPA DE GRANITO

Era una inmensa pampa de granito ; su color, gris ; en su llaneza ni una arruga ; triste y desierta ; triste y fría ; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco ; enjuto, lívido, sin barbas ; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo ; y su nariz, tajante y dura como una segur ; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito ; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables : tres pobres niños que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de la mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la palma de la mano la simiente, y con voz comparable al silbo helado de una ráfaga, le dijo : « Abre un hueco para esta simiente » ; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

— Padre, — sollozó él, — ¿ cómo le podré abrir si todo este suelo es raso y duro ? — « Muérdelo », contestó con el silbo helado de la ráfaga ; y levantó uno de sus pies, y lo puso sobre el pescuezo lánguido del niño ; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar ; y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo : tanto que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo ; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor ; roía el pobre niño bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora ; y quien hubiera estado allí hubiese visto entonces una cosa aun más triste, y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de cañas ; y apartóle el viejo, con el pie, y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello. « Junta tierra para la simiente », — le dijo. — « Padre, preguntóle el cuitado, ¿ en dónde hay tierra ? » — « La hay en el viento ; recógela », repuso ; y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño ; y le tuvo así contra la dirección del viento que soplabá ; y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento, que luego el niño vomitaba, como limo precario ; y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni paciencia, ni anhelo, ni piedad, mos-

traba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fué colmada, el viejo echó en ella la simiente, y arrojó al niño de sí como se arroja una cáscara sin jugo, y no vió que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco; y luego, levantó al último de los pequeños, y le dijo señalándole la simiente enterrada: — «Has de regar esa simiente»; y como él le preguntase todo trémulo de angustia: — «Padre, ¿en dónde hay agua?» — «Llora, la hay en tus ojos», — contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía; y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Las lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de la tierra; y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto; y luego echó fuera el tallo incipiente, las primeras hojuelas; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo creaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto y copa anchurosa, y follaje y flores que aromaron el aire, y descolló en la soledad; descolló el árbol aun más alto que el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol,

y las aves del cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos; y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fué a situarse con ellos en cercano punto de la roca, y levantando uno de sus pies juntó los dientes del primer niño con el suelo: juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso, sobre la pampa de granito. »

Tal asombroso símbolo no podía ser desenvuelto más que por una filosofía proporcionada en audacia y por universalidad a la misma fantasía en él derrochada, y esa es la que prevee Rodó en esta imprecación que hace temblar la tierra:

«Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano.

«Un puñado de polvo suspendido, por un soplo efímero, sobre el haz de la tierra, para volver, cuando el soplo acaba, a caer y disiparse en ella; un puñado de polvo, una débil y transitoria criatura, lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia

emancipada y realenga que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: — « Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú, y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo! »

Pero es condición ineludible de la voluntad, para ser meritoria, la plasticidad para cambiar en determinado momento el rumbo de su energía. No merecería la voluntad el nombre de primera virtud psíquica si se constituyese en una fuerza ciega, independiente de la conciencia, a cuyo ímpetu podría peligrar nuestro propio ideal. De este principio fundamental saca Rodó material para insistir sobre su tesis de que REFORMARSE ES VIVIR y para forjar la más amplia e ingeniosa teoría de la inconsecuencia que jamás haya dictado el más caprichoso paradojista.

La inconsecuencia con sus ideas, cuando va condicionada por la sinceridad en el cambio, es la fórmula perfecta de la vida plena, y la única razón de ser de la exis-

tencia en sociedad. « ¿ Hay desde luego límpida conciencia — dice Rodó — por la que no haya pasado la sombra de algún instante infiel al orden que componen los otros? » Aquiles, que no había llorado nunca, derramó las más amargas lágrimas ante el cadáver de su amigo Patroclo. Simón, el discípulo predilecto de Jesús, tuvo entre los soldados galileos un momento de inconsecuencia, y negó su sagrada filiación que había de legar su nombre a la posteridad. Hernán Cortés, el moderno argonauta que para no volver a Castilla había quemado sus naves, sufrió su dura crisis de inconsecuencia y deseó adorosamente huir de aquel país enemigo al ocultársele el sol de Otumba al pie del árbol de Popotla. Rodó va a la cumbre de los humanos y trae el ejemplo de Jesús, el sublime rabí todo energía y acción, que también desfallece y duda, y sufre sudores de sangre en la noche del Monte de los Olivos...

Y si es así de débil y voluble nuestra alma, ¿ con qué derecho puede darse lugar de flaqueza y lacra humana a la inconsecuencia cuando va acompañada del cambio de convicción?

La convicción no puede ser algo monolítico e inorgánico que por toda una vida dé una sola fase a nuestra acción. Por lo contrario, si por evento vivimos con nuestra época y de cada fuente nueva abrevamos, es seguro que por entre los poros se nos colará cada día un enjambre de dudas

que minarán el fondo de nuestras creencias. Ahora bien, basta que asalte un punto a nuestra alma esta sospecha para que debamos comprobar con minucioso sondeo qué es lo que queda de lo que hasta entonces llamamos nuestra convicción. La sinceridad es virtud que, como el honor, debe suponerse en los hombres bien nacidos. Y bien, no sería sincero ni cumpliría su misión en la vida, quien después de comprobar la ruina de su antiguo dogma y encontrándose renovado en su propio espíritu, defendiera todavía por orgullo, por temor de su posición precedente y se vendiera al mundo por otro que no es ya, por otro que ya nunca volverá a ser.

Para poner funestas trabas a la franca proclamación del cambio, determina Rodó la reacción de varios elementos que son los mismos que siempre retringieron el libre juego de nuestras facultades. El primero y principal es el prejuicio de la firmeza de ideas. Es el fenómeno del hidalgo sorprendido en su vejez por la ola de las instituciones democráticas; llegará a estar convencido de que un telegrama llega con más rapidez que una carta, de que en automóvil se anda mejor que en calesa, de que la república ha abaratado los artículos indispensables. Para sostener, no obstante, su firmeza de ideas, huirá a la evidencia y vivirá dificultado y molesto, satisfecho de ser un estorbo para todos, como el guardacantón vetusto de la esquina que representa el pasado en el corazón de un

barrio en pleno desarrollo. No, señores. La antigüedad no prueba nada. No todo lo que fué tuvo razón de ser. « No hay orgullo más necio » — afirma Rodó — que el orgullo de la inmovilidad ».

El otro obstáculo a nuestra reforma es el temor indefinible al *qué dirán*. « Apóstata, traidor », nos grita una voz presentándonos un panorama de desprecio social. Acaso sea esta la causa primordial de nuestra rigidez exterior contrapuesta a nuestra honda modificación interna. Mas es aquí justamente donde encuentra el filo en que ha de probarse la estructura de nuestra voluntad. « Apóstata, traidor... » Pero ¿ es que tienen algún valor de realidad estas frases tan circuladas por las buenas gentes? Nó, no traiciona el que por sentirse libre en su alma se desliga abiertamente de un compromiso jurado un año antes. Apóstata es el que traiciona a su propia convicción nueva y la aherroja para que no pueda levantarse y dar su cosecha de acciones. Y de esa apostasía tiene que dolerse la sociedad entera, porque entraña la pérdida de un miembro antes activo y productor, hoy paralizado como quien lleva aprendido un papel... ¿ Qué sabe el extraño de lo que ha pasado en nuestro corazón? ¿ Es que lo que quiere son nuestros brazos que le ayuden como prometidos, nuestros labios que le mientan una fe que ya no tenemos? Entonces ¿ para qué hablar de espíritus ni invocar el nombre de una moral indignada?

Nó, señores; no hay traidores en punto a ideas, a menos que lo sean a su propia alma. « En el fuerte — dice Rodó — la duda no es desconcierto ni ocio; la duda laboriosa es, como la fe, principio de disciplina. »

De este libro de reflexiones encadenadas surge un respeto convencido y como tocado de arrepentimiento hacia esa virtud calumniada de la duda, deidad compañera del diablo en el misticismo de la Edad Media, y para quien va siendo ya menos injusta la humanidad. Toda la grandeza que tuvo, todo el manantial de acciones que fué la fe para los antiguos pueblos, puede atribuirse hoy a la duda. Gran rebelde del mundo moral, enemiga siempre vencedora del error, Argos eternamente en vigilia para la guardia de nuestro pensamiento, por ella se ha rectificado la ciencia a sí misma en una labor de afinación nunca bastante; por ella se ha venido abajo la trama secular de castas, jerarquías, razas, familias, que dificultaba el intercambio y la cohesión de todos los inteligentes y los aptos.

Por ella, en fin, ha llegado el hombre a una de sus más arduas e inapreciables conquistas morales: la extensión, a la clase culta a menos, del santo espíritu de tolerancia. Cuando nos encontramos débiles y tambaleantes en nuestras creencias, cuando empezamos a desconfiar de que poseamos la palabra divina y revelada, nuestra rigidez antigua se convierte en

piedad para los nuestros y para los errores de los otros. La intolerancia para con las creencias ajenas es solamente un reflejo de la absoluta seguridad en las propias ideas. Si no estamos seguros de lo que somos y por el contrario, tendemos a ser algo nuevo, ¿ con qué derecho podemos atribuirle error a la convicción de nuestro prójimo, que no sabemos si será mañana la nuestra?... Pero este razonamiento, que pudiera ser síntoma de displicencia y hastío para vivir, debe ser en sus orígenes fuerza de piedad y extensión de nuestra personalidad al universo circundante; como en el *nirvana* de los brahmánicos. « Es la más alta expresión del amor caritativo — escribe Rodó — llevado a la relación del pensamiento. » Es un transporte de la personalidad — que no se da sin un prejuicio de benevolencia y optimismo — al alma de todas las doctrinas sinceras; las cuales, sólo con ser creaciones humanas, obra de hombres, trabajada con los afanes de su entendimiento, y madurada al calor de su corazón y ungida por la sangre de sus martirios, merecen afecto e interés, y llevan en sí cierta virtud de sugestión fecunda; porque « no hay esfuerzo sincero encaminado a la verdad que no enseñe algo sobre ella, ni culto del Misterio infinito que, bien penetrado, no rinda al alma un sabroso dejo de amor. »

Coincide este pensamiento de Rodó con la reflexión de Spencer cuando en la Reconciliación de sus PRIMEROS PRINCI-

PIOS, invoca también como un gran purificador de las luchas ideológicas el mismo espíritu de tolerancia. Observa el gran reformador del positivismo que la diversidad de creencias forma parte, y no parte accesoria, sino esencial, del orden del universo. «Viendo como algunas de las creencias religiosas están difundidas por todas partes y progresan continuamente, y si desaparecen renacen con modificaciones apenas sensibles, forzoso es deducir que son elementos de la vida humana y que cada una de ellas es apropiada a la sociedad en que se desarrolla espontáneamente. Debemos reconocer, pues, en esas creencias, los elementos de la gran evolución, cuyo principio y fin están fuera de los límites del conocimiento, y aun de la imaginación humana; es decir, modos y manifestaciones de lo Incognoscible».

Ante tal enorme desarrollo y tan lejanas consecuencias, la tesis de Rodó debe llegar a una síntesis, y es la misma con que arranca del punto de partida: REFORMARSE ES VIVIR. Puesto que forzosamente hemos de modificarnos, en nuestra animalidad y en nuestra psiquis; puesto que la inconsecuencia es un resultado natural de nuestra susceptibilidad de reacción ante los innumerables agentes del mundo externo, pidamos a nuestra conciencia, por un perenne análisis de nuestro yo, que nos ilumine el camino por donde debe hallar más fácil desenvolvimiento lo que de excelente guarda nuestra alma;

pidamos a nuestra voluntad que para tomar con certeza este rumbo nos asista al través de la escollera de nuestros instintos y de la obstrucción ajena. Pero no rígidamente, sino como si sortearamos, por modo material, agudos y diseminados arrecifes: por sabias curvas, por elástica trayectoria, hábilmente, sinuosamente, calladamente...

Se columbra en toda la obra de Rodó, como antes dije, el trabajo de un esforzado moralista práctico. Su sistema, crudamente expuesto, acaso parezca peligroso a los jefes de religiones, no obstante hallarse fundado sobre el punto de vista máximo del *desinterés*. De buscarle filiación, tendríase que colocar al lado del de Guyau, ese otro insigne filósofo cuya cita continua os ruego me perdonéis. En su bosquejo de una MORAL SIN SANCIONES NI OBLIGACIONES, define a ésta como «la ciencia que busca todos los medios de conservar y acrecentar la vida material y moral; y como la más alta intensidad de vida — continúa — tiene por correlativo necesario su más amplia expansión, el desinterés es un hecho natural: el deber no es más que el instinto de esta fecundidad de la acción.»

Cierto es que chocará a los moralistas dogmáticos que, al calor de una predicación por la mejora de las costumbres, se llegue a elevar los más commovidos himnos a la ambición, a la duda, a la inconsecuencia, a todo lo que al niño se le en-

señó a tomar en horror desde la escuela. No sería, pues, motivo de sorpresa que por alguna crítica escolástica se le colgase esa interesante, paradójica calificación de inmoralista.

Inmoralista sea, pero ¿de qué clase? Se ha bautizado generalmente con este nombre, fuera de la verdadera familia de los filósofos, a tres extraordinarios escritores de nuestro tiempo: Gabriel D'Annunzio, Mauricio Barrès y Federico Nietzsche. Pero si con ellos forma familia José Enrique Rodó, por ser también de la sangre real de la impecable forma, muy otro es su punto de vista trascendente. Todos, junto con él, propenden a la elevación del yo por el pleno desarrollo de las facultades de acción; pero muy lejos están de la altruista fórmula del pensador uruguayo. Para D'Annunzio el cetro del mundo lo tiene la pasión, aún enfermiza, aun antinatural; y en su pira quema para satisfacer la sed de los instintos individuales, disfrazados de lirismos, amor, justicia, familia, honor, amistad, cuanto hace grande la vida en común. De Barrès es la fórmula seca y fría del yo; un yo sin indignaciones ni entusiasmos, burlón y hermético; planta sin fruto que se erige en el centro del mundo y combina como un quintaesenciado veneno la más cortante y gélida ironía. La fórmula de Nietzsche la conocida fórmula de Nietzsche es la implacable, la cruda justicia del más fuerte: el ideal superhumano está lejos, pero para

preparar su advenimiento es preciso ayudar a la selección de los tipos humanos por una espantosa reconstrucción de las hecatombes espartanas: guerra a los débiles, a los tristes, a los desheredados, devastación de su raza para extirpar la familia de los cloróticos y los irresolutos; la caridad es un instrumento de empobrecimiento que es preciso deshacer...

¡ Ah, no; contra esa férrea, antihumana tesis se levanta, el primero, el presunto immoralismo de Rodó, y condenando estas corrientes despiadadas, fórmulas del más feroz egoísmo, se revuelve desde las páginas de su libro ARIEL para decirle: « Podrá eso ser lo sabio; pero estad seguro de que no tomará ese camino la planta humana mientras haya en el mundo dos maderos que puedan ponerse en cruz! »

El culto del yo en el autor de PROTEO, es exclusivamente el de la sociedad entera por medio de su elemento individual, pero sin sacrificio del uno ni la otra, siempre tomando la palabra hombre por su concepto más hermoso, que es el fenómeno de su vida de relación. Confiado en que en el organismo humano, como ejemplo que es de una sociedad en embrión, ha de haber elementos buenos y malos, predice su perfeccionamiento por el trabajo constante de nuestras mejores aptitudes, fortificadas por la sinceridad. La sinceridad, éste es su *leit motiv*, aun para el acto más malo, es el único resorte de nuestro dichoso *devenir*; dejemos lo demás: el hombre

tiene su salvación en sus grandes reservas espirituales que no conoce. « Nada hay mezquino en la casa de Psiquis ».

Todo esto dicho en el más persuasivo, en el más elegante de los lenguajes, acaba por hacer amar a este filósofo como a un robusto hermano mayor todo lleno de salud y alegría. Contra lo que se observa en lo general de los moralistas, encendidos de indignación o de alborozo por modo alternativo, en el estilo de Rodó el equilibrio de la forma domina. Su forma, tesoro de fantasía y de plasticidad para todo repliegue del pensamiento, es siempre amable y comedida, y como la túnica de Alcibíades no pierde el ritmo aun cuando bajo ella se agiten las más crueles tempestades del sentimiento. Su espíritu es de Grecia, y su doctrina se desliza siempre en frase serena y concepto aristocrático, como en aquellas pláticas de los banquetes antiguos, donde se destruían mundos y creencias con menos ruidos que el de las flautas alrededor de la mesa y el del choque de las copas donde hervía el vino de la Tesalia. Para el horizonte de América, Rodó es el supremo Animador. Su sueño de refinamiento y de idealismo colectivo gira, aunque él no lo diga, sobre el paisaje vasto y prometedor de la América-Latina, por quien tanto latió su corazón al escribir su libro precedente, ARIEL. Nadie antes que él sintió de un modo tan penetrante el patriotismo continental. Dichoso ensueño, químera afortunada, y merecedora de

realidad, la de este gran poeta en prosa que pensó algún día resucitar en esta tierra joven, húmeda todavía del mar de que surgió en los tiempos geológicos, el panorama de serena civilización y proteica espiritualidad que se miró hace muchos siglos en las aguas del Egeo...

Y permitidme ahora, para acabar, una final digresión. Entre nosotros es una necesidad espiritual la lectura de ARIEL y la de estos MOTIVOS DE PROTEO, y es más necesaria aún la práctica de sus doctrinas.

A lo largo del siglo diez y nueve, dos tendencias abiertamente antagónicas se han disputado el predominio de la educación: la de los teóricos y la de los prácticos. Al salir del siglo diez y ocho, que fué una centuria exageradamente especulativa, y precisamente por obra de su propia acción espiritual hecha efectiva en la Revolución Francesa, tomó la ciencia práctica, — la física, la química que acababa de nacer, la mecánica aplicada a la industria — un desarrollo que nadie hubiera podido profetizar.... De si ha llegado lejos tienen testimonios los arduos elementos: los mares, cuyo misterio azul ha profanado el submarino; las montañas, cuyo vientre ha horadado la locomotora; los cielos, cuyos libres dominios ha invadido en sublime locura de nuevo Icaro, la máquina efímera y blanca del aeroplano.

Con razones para sentirse orgullosa, la ciencia práctica tenía que prevalecer en los

nuevos moldes de educación. No lo ha logrado, sin embargo, por completo, en los pueblos más adelantados, y puede decirse que en algunos, como en Alemania e Inglaterra, el equilibrio se ha sostenido por una hábil ponderación de los dos gustos distanciados, fortaleciéndose así al profesional y al obrero con un amplio horizonte de pensamiento afianzado sobre bases de filosofía y de arte.

En Cuba, notablemente después de lograda nuestra independencia política, — porque otra cosa dice la obra de las viejas generaciones — un triste exclusivismo utilitario ha dominado en nuestras aspiraciones sociales, en nuestros planes educativos, en nuestras combinaciones económicas. Diríase que hemos traducido mal el noble ejemplo que nos venía de la vecina gran república americana; que no sabemos cómo va venciendo allí el fecundo idealismo a la estrechez mecánica; que ignoramos cuánto amor se consagra en esa tierra sajona al estudio del latín; que es allí donde ha encontrado su más brillante desarrollo esa admirable ciencia nueva que se llama la Sociología; que de su horizonte grandioso ha surgido la moderna filosofía del Pragmatismo, renovación de todos los valores místicos y metafísicos.

Por esta u otra causa, es lo cierto que nuestro país ofrece hoy el más desconsolador alarde de utilitarismo mezquino y de desamor a cuanto significa reflexión, arte, poesía, noble ocio en el sentido fe-

cundo que concentraba esta expresión entre los antiguos. Y este descenso de nuestro nivel intelectual se acentúa si se compulsa bien lo que significa en realidad para el vulgo de Cuba esta noción del hombre práctico. El hombre práctico es el que se especializa en una forma de trabajo productivo y fuera de ella no encuentra campo ni estudio digno de observación. No hace muchas semanas, hablando en un centro de recreo, nuestro insigne doctor González Lanuza nos infundió convencionalmente el santo horror a los hombres prácticos: el hombre práctico — nos decía, después de ilustrar su idea con una de sus deliciosas anécdotas — es la negación de todo avance social. ¡ Oh! sí, tiene razón nuestro sabio amigo: el hombre práctico es la máquina de ganar dinero sin transcendencia para la sociedad; es el médico ignorante de la Biología, y que sólo sirve para despachar recetas o certificados de defunción; es el abogado sin ortografía, que desconoce lo que fueron Grecia y Roma, y no sabe ni siquiera la propia historia de su propia tierra; es, en suma, el comerciante para quien el universo se circunscribe en la cotización de los azúcares, para quien los magnos problemas de la patria están por modo exclusivo supeditados al próximo resultado de la zafra. Menguada clase dirigente a la que tal vez algún día habrá que pedir estrecha cuenta de la desmembración y de la ruina de nuestro país.

Contra este feroz mercantilismo que nos incapacita para saber cuáles son nuestros propios destinos, hay que reaccionar a tiempo. Nuestra sociedad está necesitada de desinterés, de vistas largas al mañana; nuestra sociedad se muere de provisionalismo, de impaciencia ignorante para hacer el negocio rápido y sobre andamios.

¿En dónde está la medicina? En el estudio, en la afición a ese campo de observación generosa, a esa lectura que no nos ha de dar su cosecha sino muy a la larga. En una conversación reciente con un mi amigo, compañero de mis tiempos de estudios matemáticos, me comunicó un plan que para estos días tenía en su sazón, y que fué para mí como la revelación de un mundo nuevo. Este amigo trabajaba desde hacía más de un año, consultaba libros y se sumía en extensas cavilaciones, llenaba de líneas y cálculos su pizarra, ¿sabéis para qué?... Para hallar la definición, todavía no encontrada por la ciencia, de la pirámide oblicua. He aquí — pensé — un hombre que se preocupa y se duele de que la ciencia esté falta aún de ese pequeño tornillo, de ese vago elemento sin el cual ha podido desarrollarse desde los remotos tiempos de Arquímedes. En aquel momento se me presentó mi amigo como la fórmula de una grata posibilidad; éste es uno de los nuestros, también un criollo de la época triste, y de nuestro desierto de ideas trascendentales ha surgido su ensueño. La salvación es, pues, posible.

Y así es como hay que proceder en nuestra educación personal. En esa búsqueda altruista de un abstracto elemento científico, está quizás el germen de una gran conquista de la humanidad, por la continua asociación de los esfuerzos. Esa es la espiritualidad que engendra la acción, pero la acción noble y de vastos alcances. La acción que tal vez no implica que se escriban libros, — como no los escribieron Sócrates ni Epicteto a pesar de haber dejado huella luminosa en la historia humana — pero que lleva consigo cuando menos la seguridad de una elevación intelectual y moral en el medio circundante.

Tened presente, señores que aquí representáis las altas clases sociales de Cuba, estas observaciones de quien para hacerlas no tiene otro título que la fe de sus dogmas. Hora es ya de que se cese de desdenar a los poetas, a los filósofos, a los hombres de gabinete, como partículas inútiles del conglomerado social. Si en la América andina estuviéramos, si en nuestro país, como en esos de revoluciones y juegos florales, ahogara toda tentativa de progreso mecánico una fiebre nacional de especulación literaria, — como delito de lesa patria cabe que la denunciaran las clases directoras y que se llegara a los extremos de aquel interesante Domiciano, tiránico emperador que, como planta perniciosa, expulsó de Roma a todos los filósofos.

En Cuba, hoy asaltada de peligros, los

poetas y los filósofos deben ser cuidadosamente cultivados. En su obra de idealismo, lenta y persistente, está la señal de nuestro transformación moral y política. Si en los ámbitos inmensos del pasado todo nos enseña que fueron los pensadores y los poetas los que mudaron siempre el curso de la historia, y que pudo más para la suerte futura de la humanidad Rousseau con sus cuatro libros que Bonaparte con su espada devastadora, ¿por qué no hemos de conceder que esa ley de la experiencia universal se cumpla fatalmente en nuestro pobre islote verde ?...

Poetas, artistas, filósofos de Cuba, vuestro reino se acerca por lo mismo que vuestro sino es cruel. Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados...

JESÚS CASTELLANOS
(Cubano)

CABEZAS

José Enrique RODÓ

El oficio de pensar es de los más graves y peligrosos sobre la faz de la tierra, bajo la bóveda del cielo. Es como el del aeronauta, el del marino y el del minero. Ir muy lejos explorando, muy arriba o muy abajo, mantiene alrededor la continua amenaza del vértigo, del naufragio, o del aplastamiento. Así, la principal condición del pensador es la serenidad.

En la América nuestra no hemos tenido casi pensadores; no ha habido tiempo. Todo ha sido fecundidad verbal más o menos feliz, declamación sibilina, « postiche » oratoria, expansión, panfleto. Con dificultad se encontrará en toda la historia de nuestro desarrollo intelectual este producto de otras civilizaciones : el ensayista.

José Enrique Rodó es el pensador de nuestros nuevos tiempos, y, para buscar siempre el parangón en el otro plato de de la balanza americana, diré que corresponde a Emerson. Un Emerson latino cuya serenidad viene de Grecia, y cuya oración dominical es la salutación a Palas Atenea, la plegaria ante el Acrópolis. Y advertid que, a pesar de lo que se afirme y comente, Rodó no es un renaniano, en

el sentido que en el común dialecto literario se da a esta palabra. Su tranquila visión está llena de profundidad. El cristal de su oración arrastra arenas de oro de las más diversas filosofías, y más encontraréis en él del más optimista de los ensayistas, que del gordo cura laico, biógrafo de N. S. Jesucristo, abate de Jouarres, *in partibus infidelium*,

Desde sus comienzos, la obra de Rodó se concreta en ideas, en ideas decoradas con pulcritud por la gracia dignamente seductora de un estilo de alabastros y mármoles. Solamente que él pigmalioniza, y el temor de impasibilidad o de frialdad desaparece cuando se ve la piedra cincelada que se anima, la estatua que canta. Nació con vocación de belleza y enseñanza, es decir, conducción de almas. A tal pedagogía es a la que se refiere el Dante en un verso referente á Virgilio. Cuando apareció su primer opúsculo, *Vida nueva*, se vió el surgir de un maestro en su generación, en la generación continental. Su segundo opúsculo sobre el autor de *Prosas Profanas*, o, mejor dicho, sobre este libro de poesías, le afirmó virtuoso de la prosa de erudición elegante, y, en la última parte de su trabajo, profeta. Altas y generosas especulaciones le ocuparon, y *Ariel* señala un nuevo triunfo de su espíritu y una nueva conquista de sus predicaciones, por la hermosura de la existencia, por la elevación de los intelectos hispano-americanos, por el culto nunca desfalleciente ni claudicante

del más puro y alentador de los ideales. Definíase más y más su personalidad, y se hubiera dicho un filósofo platónico de la flor del paganismo antiguo, resucitado en tierras americanas. Y tuvo el más bello de sus gestos, cuando, llevado a las controversias de la prensa y a las agitaciones de la Cámara, por los caprichos de la política, el adorador de los dioses de la Hélade salió a la defensa de nuestro pálido Dios cristiano, desterrado allá, como en Francia, de los lugares de la Justicia, por obra de la roja cosa jacobina.

Por último, aparece su obra magna hasta hoy, esos *Motivos de Proteo*, aires mentales, sinfonías de ideas que llevan dentro tanta virtud bienhechora, libro que ha sido acogido en todas partes con entusiasmo y con razonada admiración. Es un libro fragmentario, pero ¡cuán lleno de riqueza! fragmentario ocasional o decididamente. Ello hace que sus prosecución sea indefinida, y que el encanto y el provecho se prolonguen en la esperanza después de cada aporte. El tesoro está allí. Cada vez que Aladino baje, estemos atentos.

1909

RUBÉN DARÍO

**Carta abierta a José Enrique Rodó,
respondiendo al envío de**

MOTIVOS DE PROTEO

Si alguna vez la andacia es digna de tolerancia, es siempre que el espíritu, enamorado de una noble grandeza, pretende alzarse hasta ella, ya sea para comprenderla, admirarla o alabarla, transfundiéndose así con elementos de origen superior en un justo ideal de mejoramiento. Por eso es que, después de haber multiplicado las horas casi vanas de mis días, conviviendo en su libro glorias de los viejos siglos, enigmas del presente y ensueños del futuro, después de solazarme, en fin, ante la bella aurora que su pluma ha prendido sobre la vasta odisea humana, yo vengo a agradecerle el que Ud. haya querido aplicar su eximio numen al cultivo ferviente de la santa esperanza.

Su libro es en verdad un libro de redención y de esperanza, cuya voz resonante habla a todas las épocas, habla a todas las patrias, y, lo que es más, a todos los espíritus. Su libro es una gran ánfora de mármol, sólida y armoniosa, donde Ud. ha vertido, limpia de todo vicio e impureza, la miel consoladora y saludable cuyos preciosos atributos habrán de combatir a aquella otra pródiga fuente de males,

que es la tergiversación, desconocimiento o desdén del propio destino; así que, bajo una faz concreta y clara, sobre un plan consecuente, abarca Ud. un amplio desdoble de problemas, todos ellos de trascendencia múltiple y diversa, y para cada uno de los cuales brinda, con magistral habilidad, el recurso oportuno, removiendo y enfocando los prismas, a modo de una gran gema luciente y facetada cuyos iris distintos dominaran todos los matices, relucieran en todas las sombras y alcanzarán a todas las distancias. Cuánta amplitud de abiertos horizontes, cuánto radiar de soles, qué generoso hervor de semilleros sobre la inmensa placa ofrendaria y fecunda de los espacios vírgenes...

Cuánto eminente y sugestivo estímulo en aquella deslumbrante epopeya histórica... Shakespeare, Beethoven, Miguel Ángel, y todo aquel desfile de estrellas cuyos cuerpos volvieron al seno de la naturaleza, para surgir, de nuevo, disgregados en las mentes anónimas, en los errantes ruiseñores de los bosques y en la salvaje pompa de las selvas; pero cuyas almas de luz se escapan de la tumba de los tiempos, atraviesan con sus fúlgidas estelas los transitorios meridianos, iluminan las épocas sombrías de la decadencia, cruzan junto a nosotros, fugazmente, como los faros por las vías, alumbrando, de paso, nuestras pálidas cruces, clavadas al azar sobre el ancho cementerio de la tierra, y siguen su camino hacia quién sabe qué pueblos de

dioses inconcebidos o qué caos remoto de soluciones trágicas y arcanas...

¡ Cuánta selecta elevación, en suma, en aquel florecimiento final de parábolas, de cuya excelsa forma brota el aroma vivificante y fuerte que convida y arrebatada en sus ondas, en un afán constante de perfeccionamiento! Según mi opinión, es en el último tercio de su libro en donde se afirma y brilla más, si cabe, la personalidad de Ud.: cuando, después de su primera evocación á la potencia transformante y creadora y de aquel magnífico cuadro ilustrativo de vocaciones y reformas, el criterio de Ud., sin apartarse nunca de una misión benéfica, se extiende con mayor espontaneidad en conceptos y divagaciones sobre temas más varios y diversos. Y, sin que esto implique un juicio que no tengo resuelto en cuanto a los armonía o antagonismo de las tendencias, le confieso que nunca le admiro tanto como cuando, ausente de imposición filosófica, deja correr abiertamente el áureo surtidor de sus palabras. Y aquí, un problema que suele atormentarme se presenta, de nuevo, con respecto a este caso: mientras mi corazón cristiano reclama las nobles aptitudes de Ud. para la solución de los grandes problemas, mi intenso amor artístico querría que ellas se desplegaran libres de toda valla y restricción austera. Bien es cierto que Ud. consigue fácilmente aunar en fraternal consorcio esas dos ramas ideales, como en aquel salmo heroico a la voluntad que

Ud. titula *La Pampa de Granito*, y cuya inspiración emocionante y honda me recuerda los poemas geniales y fantásticos, hijos de las noches febriles en que la imaginación aguzada y vidente se puebla de mirajes sobrehumanos... Sin embargo, yo no puedo olvidar aquella admirable leyenda de *El Rey Patriarcal*, de su Ariel, y, en un arranque de sinceridad, no resisto al deseo de indicarle cual es, para mi gusto, la nota culminante de su último libro, la más sublime, la más subyugadora. Me refiero a cuando Ud., aludiendo a « las canteras de mármol », dice que « dan la carne de los dioses ». ¡ Salvé, oh frase! maravillosa frase ¡ Oh, marmol! no fueron, no, los bloques brutos que, profanando la ondulante liviandad de los mares, cruzaron hacia los puertos traficantes, á bordo de las naves civilizadoras: no fueron ni aún las lápidas piadosas tendidas sobre el dolor más infinito, lo que cristalizó tu consistencia al través de los demolidores milenarios, no. Fué la curva melodiosa de Venus, fué la lírica frente de Apolo, lo que te consagró para la gloria de las eternidades, imprimiendo en tu carne blanca y dura el prestigio inmortal de la Belleza. ¡ Oh, frase, bendita seas tú, bendita sea la mente que te creó, benditos sean los brazos que te desentrañaron de la sombra, a tí, que surges raudamente, como una nueva estatua espiritual y aérea... a tí, que no traes « misión » alguna con que abrumar aún más a estos pobres pere-

grinos del mundo; a tí, que no aburres como el deber, ni hieres como el amor; que no mueres con la tristeza de la vida, ni vives con la tristeza de la muerte; a tí, que te ciernes pura, desnuda e inocente, fresca, leve y flotante, quedamente sonora... a tí, que no acaparas con tu gracia un solo palmo del espacio; a tí, que no pides ni das nada, no comes, y sobretodo, no eres fecunda!... Y ahora, después de este pequeño desahogo caprichoso y personal, sólo me resta pedirle perdón por mi rudo pecado de «paganismo religioso»... Y bien: sepa que mientras, «como el árbol su nuevo follaje y otra cosecha la tierra de labor» queda Ud. «aprestándose otra alma», las nuestras se recogen a la espera, en actitudes místicas, respetuosas del sagrado Silencio.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

1909

(Uruguaya)

RODÓ (a)

PRIMEROS AÑOS

REVISTA NACIONAL

José Enrique Rodó nació en Montevideo el día 15 de Julio de 1872. Fueron sus padres don José Rodó, español, oriundo de Cataluña, radicado en el Uruguay desde años atrás, y doña Rosario Piñeyro y Llamas, de una patricia y acomodada familia del país. El matrimonio, que asentó su hogar en la casa ubicada en la calle de los Treinta y Tres, casi esquina a la de Buenos Aires (hoy señalada con el número 1287), tuvo siete hijos: José, el mayor, muerto de tifus, como nuestro malogrado escritor, a los veintiún años, en una casa-quinta, propiedad también de sus padres, del camimo Larrañaga (la misma que luego fué del general César Díaz), joven despejado, inteligente, docto en latín, amante de la lectura y del estudio; Alfredo, el segundo, que aun hoy vive, periodista y autor de un volumen interesantísimo de anécdotas sobre el doctor Julio Herrera y Obes; Eduardo, Rosario, Isabel, Julia y el menor José Enrique, — a quien se dió este nombre en memoria de su primer hermano fallecido y por haber nacido

(a) Capitulo de un interesantísimo libro sobre *Rodó*, obra de un colega y amigo que lo conoció de cerca.

el día de San Enrique y Camilo.

El ambiente familiar no pudo ser más favorable al futuro creador de *Ariel*. Casa honesta, grave, en buena posición de fortuna, bien vinculada socialmente, fué desde la primera hora un templo y una escuela para el niño. Don José Rodó, comerciante y curial en sus jóvenes tiempos, había sabido estrechar amistad con las personas más representativas de nuestro medio. Trabajó en unión de Florencio Varela, fué íntimo amigo de don Alejandro Margariños Cervantes, de quien poseía en su biblioteca todas las obras, entre ellas *Caramurú*, con fraternales dedicatorias, jugaba al billar con nuestro poeta Francisco Acuña de Figueroa, cultivó largamente el trato de Vicente Fidel López, y estuvo ligado a todos los personajes argentinos que vinieron emigrados a Montevideo el año de 1840. Hombre culto, atento al movimiento intelectual que se había iniciado dos años antes con tan inusitado brillo en Montevideo, poseía en su biblioteca las valiosas colecciones de los hoy tan reputados periódicos *El Comercio del Plata* y *El Iniciador* — ambos reflejo fidelísimo de toda nuestra vida intelectual — así como obras de Sarmiento, Echeverría, Juan María Gutiérrez, Juan Carlos Gómez, Alberdi, Acuña de Figueroa, Margariños Cervantes, etc. Un viejo ejemplar del Códice español, las Siete Partidas, era, según informes de la familia, una de las lecturas favoritas de José Enrique, así

como una antigua edición del Dante, ilustrada por Doré, lo deleitaba particularmente con sus grabados.

La señora madre de nuestro escritor, de cultura y educación religiosa, como lo fueron todas las de aquellos tiempos, vivió dedicada constantemente a sus hijos, a quienes aleccionaba con la virtud de su ejemplo, con el calor de su cariño y con su sencilla piedad, no exagerada y aparatosa, sino sincera y profunda. Pertenecía a una familia de claro nombre en nuestra sociedad. Un su hermano, don José Domingo Piñeyro fué varias veces senador y diputado, y durante el Gobierno del doctor José Ellauri alcanzó a desempeñar la Presidencia del Honorable Senado. Otros parientes han figurado con brillo en nuestros salones y son recordados con afecto por sus viejos conocidos.

Los primeros cinco o seis años de José Enrique sedeslizaron así, tranquilos y sonrientemente, en la casona familiar de la calle de los Treinta y Tres o en una hermosa quinta de recreo que su señor padre poseía en Santa Lucía. En aquellos tiempos, este pintoresco paraje, distante de Montevideo unos 60 kilómetros, alcanzó gran favor entre las familias pudientes de la capital, y constituía un lujo poseer en él una propiedad de recreo para pasar la estación veraniega. El detalle puede tener su importancia, pues que nos revela que Rodó niño vivió en íntimo contacto con la poesía de la naturaleza, que es tan es-

plendorosa en la vecindad del río Santa Lucía y en los montes cercanos de Juan Chazo y Melgarejo.

En el entretanto, aprendía a leer a los cuatro años, bajo la dirección de su hermana Isabel y recibía más tarde, en su casa, lecciones particulares del viejo y conocido maestro don Pedro José Vidal. Los domingos era conducido a oír misa por un tío paterno, don Cristóbal Rodó, persona también de fortuna y apreciada en nuestra sociedad. El señor Hugo D. Barbagelata, prologuista de los *Cinco Ensayos* de Rodó editado por la «Biblioteca Andrés Bello» que dirige con tanto acierto Rufino Blanco-Fombona, dice refiriéndose a este período de la vida de nuestro escritor: «Allá en sus cortos años fué niño mimado, de casa antigua y rica. Educóse en la primera escuela laica y libre que existió en su país, y sólo en el hogar recibió esa enseñanza católica que nuestras madres dan, exenta de clericalismo, aunque llena de religiosidad y de preceptos morales. Los que le predijeron seguro porvenir, le recuerdan aún cuando, de la mano de su tío don Cristóbal, vera efigie de Muley-Habas, iba camino de la iglesia, moviendo su cuerpo sobre sus delgadas canillitas y luciendo valioso traje de terciopelo con cuello blanco de encajes, al que realizaba un sombrero que el tierno adolescente echaba con donaire hacia atrás para dejar descubierta la frente en la que, acaso, ya bullía aquel algo misterioso de Chénier.»

Algunos reveses de fortuna disminuyeron el patrimonio de don José Rodó, y algún tiempo después, respetado y bien quisto por todos, moría en esta ciudad, cuando José Enrique contaba 14 años de edad. Era, en ese entonces, nuestro escritor, un jovencito alto, de rostro vivaz e inteligente, sumamente respetuoso, bien criado y culto, En la «Escuela Elbio Fernández», donde había ingresado hacía algún tiempo, muy pronto se señaló a la atención de sus maestros por su seriedad y contracción al estudio. Sus antiguos condiscípulos, algunos de los cuales ocupan hoy posición respetable, tales como los doctores Luis Alberto de Herrera, Ildefonso García Acevedo y J. J. Gomensoro, el señor escribano Pedro Tuboras, Enrique Lerena Joanico, etc. — se hacían lenguas de la dulzura de su carácter, recordándole siempre con hondo afecto. Tanto se destacó a su paso por aquella escuela que cuando sus condiscípulos quisieron honrar a uno de sus profesores, el señor José Gugliuci, regalándole un libro de Saint-Beuve, fué José Enrique el escogido por todos para redactar la dedicatoria.

Esto evidencia que ya por aquella fecha, — que era el año de 1883 — las letras le solicitaban con especial atención. Pero existe aún un dato más elocuente, revelador de la temprana vocación literaria del joven Rodó. Helo aquí. Con otros tres compañeros, fundó un periódico juvenil

que imprimió bajo el nombre de *Los Primeros Albores*. Yo conservo un ejemplar, el número 2.

En este periódico juvenil, José Enrique comenzó a descubrir su marcada inclinación hacia las bellas letras. Sobre todo, llama la atención la índole de los temas que escogía para sus pininos literarios. Con el número 1 había iniciado un estudio sobre la eminente figura de Benjamín Franklin, el inventor del pararrayos. Pero, fecundo y trabajador, no se concretaba a escribir un artículo para los *Primeros Albores*. Mientras Fernando Herrera elucubraba sobre «La Pampa» y el hoy inquieto pintor Milo Bereta se distraía con problemas aritméticos con caídas hacia los juegos de ingenio, Rodó tomada a su cargo la «Gacetilla» del periódico y además escribía otros artículos de más pretensiones. Y he aquí otro detalle bien sugestivo por cierto: en este número 2 que poseo, además del citado artículo biográfico sobre Franklin, el joven Rodó consagra otro a «El Centenario de Bolívar». Juzgo interesante reproducir aquí ese breve trabajo del escritor que, andando los años, había de ser el más alto y brillante panegirista del soberbio soldado de la independencia sudamericana.

«EL CENTENARIO DE BOLIVAR»

«El 24 de Julio de 1883 será un día glorioso en los anales de la historia americana, historia que consignará en sus pá-

ginas el justo regocijo con que los pueblos, los pueblos del antiguo continente, acudieron en ese día a celebrar en masa el centenario del prócer de su libertad, el inmortal Bolívar.

«Los inspiradores acentos del poeta, las dulces armonías de la rima se unieron en ese día con las palabras elocuentes de los oradores, para agregar nuevas flores a la brillante diadema que ciñe la frente del valeroso héroe de Junín.

«Estos tributos pagados por la posteridad al guerrero más grande de su siglo, son honrosos no sólo para él, sino también para los que los dirigen; pues prueban que el reconocimiento es un sentimiento innato en el corazón de los que se honran en llamarse sus descendientes; de los americanos en fin.

«Sin embargo, ¿quedarán con esto suficientemente pagados los esfuerzos del inmortal libertador?»

«Creemos que no.

«Celébrese en buena hora los festejos tributados a su memoria; pero no basta esto. Continúese la obra por él comenzada — no se desperdicien sus esfuerzos — límense, en fin, los hierros que aun sujetan a varios pueblos de la América, esclavos todavía de la dominación de un poder extranjero, y entonces podremos decir: «Hemos pagado a Bolívar la deuda con él contraída. Sigamos bendiciendo su memoria.

José E. Rodó.»

Este trabajito, naturalmente, no puede ser visto como una obra maestra, ni mucho menos; es un mero escrito escolar. Pero, si atendemos a la edad de su autor, fuerza nos será reconocer que asombran la seriedad del concepto y la buena redacción. Muchas personas mayores acaso no expresen su pensamiento por escrito con tanta claridad. Sobre todo, es digno de advertir la admiración que ya sentía el joven Rodó por el héroe de Junín y la seguridad de juicio que revela al parar su atención en un soldado que efectivamente es el más grande de América. Mientras otros niños, en esa temprana edad, se sugestionan con héroes más teatrales o con figuras más pintorescas, el futuro creador de *Ariel* repara en Bolívar, en el mismo personaje que celebrada más conscientemente en la plena madurez de su juicio.

Después de permanecer tres años en la « Escuela Elbio Fernández » la abandona para ingresar en la Universidad. Aquí adopta un plan de estudios libres un tanto desordenado, marcándose con mayor relieve las inclinaciones naturales de su espíritu. Cursa de preferencia las materias que tienen relación con las letras y se resiste un tanto a las de orden científico. La historia le seduce; pero la química le espanta. No obstante, es un buen estudiante, de fácil comprensión y de mucha retentiva. Aprende sin esfuerzo y sólo sus preferencias le mueven a obtener mejores notas en el bachillerato en letras. Pero, a

medida que avanza en sus estudios y se hace más mocito, tórnase más tímido. Era lo que podría denominarse « un refractario a los exámenes ». Estudiaba tan bien como el mejor estudiante todo el curso, dominaba a perfección la materia, y, no obstante ésto, cada vez se le hacía más dura y temible la prueba de los exámenes. No podía dominar sus nervios; tenía miedo de no poder responder a los examinadores. « La idea de que pudiera salir rechazado », me confiaba cierta vez, « me llenaba de espanto. Si eso me hubiera sucedido creo que me hubiera muerto de vergüenza ». — Hay estudiantes — todo el mundo sabe ésto — de un desparpajo admirable: sin poseer rudimentos de la materia cuyo examen van a rendir, se presentan ante el tribunal examinador y con mucha facilidad de palabra y buena dosis de osadía, salen del paso. Rodó, buen y concienzudo estudiante, desconfiaba de sí mismo y temía el examen; de ahí que su bachillerato empezara a prolongarse en demasía. Finalmente, hubo de abandonarlo. Caso curioso: él que iba a ser, antes que nada, un lógico admirable y un profundo moralista, al abocarse el curso de filosofía no gustaba más que de la metafísica: la lógica y la moral no pudo aprenderlas.

Fué entonces cuando abandonó decididamente las aulas universitarias y sufrió la influencia del primer « hecho revelador » — como él mismo babría de denominarlo en sus *Motivos de Proteo*. Huro-

neando en la biblioteca de su señor padre, tropieza con *El Iniciador*, aquel periódico que tan fielmente refleja en sus hojas el gran movimiento intelectual realizado en nuestro país en 1838 con la afluencia de ilustres emigrados argentinos. En los números de *El Iniciador*, en efecto, está acaso lo más fecundo de la obra de don Andrés Lamas y de don Miguel Cané, de Juan María Gutiérrez, Alberdi y Félix Frías. Para un espíritu estudioso y juvenil, este periódico, así como *El Nacional* y *Comercio del Plata*, constituye una alta lección de energía y de idealidad. Es como un vivo ejemplo de lo que puede una voluntad viril y consciente al servicio de una sólida y nutrida inteligencia. *El Iniciador* de 1838 es, en cierto modo, lo que fueron en 1881 los *Anales del Ateneo* y en 1885 *La Revista Nacional*. Toda el alma de una generación está allí; toda su fe, todo su ensueño, toda su vida espiritual. El despertar romántico que venía a substituir al viejo reinado del clasicismo, encuentra ambiente propicio en sus páginas. La gloriosa época de Rivadavia es reemplazada por la no menos gloriosa de la Defensa. Antaño se luchaba contra un virrey; ahora se lucha contra un tirano. Y los nuevos paladines, entusiastas y decididos, no traen menos amor a su causa que sus nobles antecesores. El ideal político se funde con el literario; la revolución que interesa a la democracia se hermana con la que atañe a la literatura. Así resultan

del mismo vigor, de la misma noble entereza, de igual trascendencia el artículo de Cané respecto de la educación popular, que el juicio literario del mismo escritor sobre la personalidad de Mariano José de Larra; así tenía el mismo brío, idéntica finalidad reformadora, la sátira costumbrista de Alberdi que la crítica noble y atildada de Juan María Gutiérrez.

La acción fecunda y enorme de *El Iniciador*, y, particularmente, la obra en él cumplida por el último escritor mencionado, conmovieron hondamente el espíritu juvenil de José Enrique Rodó. Recordemos aquí, ahora, lo que éste nos dice en cierta parte de *Motivos de Proteo*: « Pero ninguna manera de sugestión tiene tal fuerza con que comunicar vocaciones y traer a luz aptitudes ignoradas, como la *lectura*. Obstáculo a la acción del ejemplo es la distancia que, en el espacio o en el tiempo, aleja a unos hombres de los otros; y el libro aparta ese obstáculo, dando a la palabra medio infinitamente más dilatado y duradero que las ondas del aire. Para los espíritus cuya aptitud es la acción, el libro, sumo instrumento de autoridad y simpatía, es, aun con más frecuencia que el ejemplo real y que el modelo viviente, la fuerza que despierta y dirige la voluntad. » Esta acción estimuladora la halló nuestro escritor recorriendo las hojas de *El Iniciador*, y más de una vez nos ha hablado del nuevo mundo de ideas que le rodearon cuando su espíritu se dilató

por ellas. ¡Hacer un periódico semejante!
 ¡Reunir en un haz, como flores, todas las inteligencias dispersas de una generación!
 ¡Ser el centro de la cultura nacional e irradiarla a todos los puntos cardinales de América! Y ¿por qué no? ¿No había en este Montevideo de 1895 un manantial tan vivo de juvenil inteligencia como en el Montevideo de 1838? Pero, sobre todo, el *anch'io* del Correggio para nuestro Rodó, fué la obra de Juan María Gutiérrez. Recordad la fe, la adoración, el hondísimo cariño con que Rodó, allá en los comienzos de su carrera artística, nos habla de este escritor: « Gran condición del pensamiento de Gutiérrez es ese espíritu de fecunda y luminosa serenidad, el horizonte amplísimo en que se dilatan sus admiraciones y entusiasmos, no limitados nunca por exclusivismos de gusto personal ni por intolerancia de escuela, su capacidad para comprender todas las formas de lo bello dentro del arte literario e identificarse con los más diversos estímulos de inspiración. » ¿No os parece que Rodó al trazar este retrato, se ha pintado el mismo? ¿No veis como realza en Gutiérrez sus propias características? ¿No advertís con que inconsciente simpatía admira en el otro las modalidades de su íntimo espíritu?

Sí; Gutiérrez fué para Rodó lo que Rafael para el Correggio, lo que Beethoven para Wagner. Al descubrir las cualidades del espíritu del sereno y pulcro escritor

argentino, el futuro autor de *Ariel* halló la esencia de su propio espíritu. ¿Recordáis cómo Gutiérrez evoca aquella Lima colonial, con qué verdad y justeza, con qué arte tan personal y sugerente que no parece sino que estamos viéndola? Pues ved, cómo, andando el tiempo, nuestro Rodó evocará en su estupendo estudio sobre *Montalvo* las ciudades de Ambato y de Quito, con el mismo poder de visión evocadora y acaso con un arte aun superior en verdad y colorido al de aquél.

Es este uno de los momentos culminantes de la vida de nuestro escritor. Apenas deserta los claustros universitarios, concibe su primer ensueño de gloria. Aspira a la luz con todas las ansias de su ser. La lectura de « *El Iniciador* » y el examen de los donosísimos artículos de Gutiérrez le revelan su vocación. Entonces empieza a estudiar de verdad; a leer desafortadamente primero todos los libros de la biblioteca paternos; luego los que él mismo adquiere en las librerías. Poco a poco, va dominando uno de los más bellos períodos de nuestra historia literaria y el más estrechamente vinculado al de la cultura argentina. Ya veremos cómo sus primeros escritos son el fruto obligado de estas primeras lecturas.

A medida que descubre su yo, se hace más reconcentrado. No se le ve en paseos ni teatros; sale poco de su casa. Es un joven que ignora las distracciones y volubilidades de la juventud. Tiene muy pocos

amigos: los hermanos Martínez Vigil, Juan Antonio Zubillaga, Juan Francisco Piquet, Felix Bayley, tal vez uno o dos más. El tiempo le resulta breve para su afán de lectura; ¿cómo había de malgastarlo en inútiles amistades y en aun más inútiles conversaciones? Sólo busca aquellas almas que como la suya tienen sed y hambre de vida espiritual. Recordad también lo que se nos dice en *Motivos de Proteo*: «La conversación, ese común y sencillísimo instrumento de sociabilidad humana, con que los necios ponen en certamen su necedad; con que los frívolos hacen competencia a los ruidos del viento; con que los malvados tientan los ecos del escándalo; la conversación, ocio sin dignidad casi siempre, es influencia fecunda en sugerencias, que acaso lleguen a fijar el superior sentido de una vida, cuando vale para que entren en contacto dos *espíritus*.»

Conversando, precisamente, con Daniel y Carlos Martínez Vigil, con Felix Bayley y con Eduardo Pueyo, otro espíritu bien preparado, subdirector entonces de la Biblioteca Nacional y autor de un compendio de gramática, surgió entre ellos la idea de fundar una Academia Nacional, cuyo fin, semejante al de la Española, sería velar por el lenguaje. El propósito, que provocó largos e interesantes debates entre los entusiastas y soñadores contertulios, se llevó hasta redactar una acta de fundación, que suscribieron aquellos y algunos otros po-

cos muchachos, que hallaron momentáneamente en esa gestión un derivativo a sus ansias de trabajar, de hacer algo.... Por lo demás, la idea no fué mas adelante; mas ello se debió a que los incipientes académicos descubrieron ser más práctico fundar una revista literaria que reunirse en cónclave para vigilar la limpieza y esplendor del idioma.

Así, pues, abandonada la idea de la Academia, Rodó, Daniel y Carlos Martínez Vigil, esta vez sin el concurso de los otros mencionados anteriormente, dieron en considerar la pobreza de nuestro ambiente literario que no es propicia a la vida del libro y que toda la del periódico la reduce al comentario de la envenenada política. Entonces alguien manifestó que la nueva generación tenía necesidad de una revista propia, que fuera libre palenque de sus especulaciones espirituales. Pero ¿cómo arribar a ello si faltaba el elemento esencial, el dinero? Esa noche, Rodó tornó a su casa pensando más que nunca en *El Iniciador*.

Este tema fué abordado en subsiguientes conversaciones. Cada vez la idea de fundar un periódico literario se arraigaba más en el ánimo de aquellos tres muchachos. Un buen día, Rodó se decidió:—«Hay que hacer esa revista. Pero nosotros somos elementos poco menos que desconocidos; necesitaríamos a nuestro lado otro joven que ya tuviera cierta nombradía en el ambiente y que nos prestara así su apoyo.»

Daniel Martínez Vigil me indicó a mí, pero al cabo se inclinaron hacia Benjamín Fernández y Medina. Había publicado algunos libros de cuentos y de versos, escribía en los diarios, polemizaba, era « conocido », en fin. Fueron a verlo, piloteados por Víctor Arreguine; le expusieron sus propósitos. El les contestó que lo pensaría y que daría luego su contestación. Pero, evidentemente, en este caso el autor de *Cuentos del Pago* estuvo desacertado; por lo menos no supo adivinar lo que valían por sí mismo sus aspirantes a co-redactores. Con mucha habilidad y diplomacia, dió en sacarles el cuerpo. Ni en su casa, ni en el diario en que entonces escribía, *El Bien*, ni en parte alguna nuestros novatos pudieron darle palmada, como vulgarmente se dice. Desalentados, renunciaron a él y aceptaron el primer consejo de Daniel, es decir, verme a mí.

Yo me había iniciado en la crítica militante, un poco a lo *Clarín*, arremetiendo duramente contra todos los que consideraba malos escritores, y en poco tiempo esa campaña constante, ruda, combativa, me había dado mucha notoriedad. Se me odiaba cordialmente (aun todavía hay muchos que no me perdonan aquellas críticas y que hacen lo inimaginable porque mi labor literaria pase inadvertida o se la desprecie redondamente); pero se me temía y respetaba. Además había publicado una novela, *Gil*, y hecho representar un drama, *Cobarde*. Como Rodó no me conocía per-

sonalmente, los hermanos Martínez Vigil se ofrecieron de mediadores.

En frecuentes entrevistas, celebradas ora en la casa de Martínez Vigil, ora en la redacción de *Montevideo Noticioso*, que dirigía J. A. Zubillaga, quedamos todos de acuerdo. Yo también había tenido el propósito, más de una vez, de fundar una revista, — primero una revista literario-histórica con Carlos Travieso y Arturo Santa-Anna; después puramente literaria, con Juan Torrendell. Pero, la falta de editor, había dado al traste siempre con todos mis deseos. Júzguese, pues, si recogería con entusiasmo la idea de aquellos compañeros. Sin más rodeos ni ambages, discutimos el formato de la publicación, el nombre que le pondríamos, el tipo en que sería impreso, la elección de materiales, etc. Quedó desde luego establecido que todo el material debería ser inédito; que los trabajos irían siempre firmados, excluyéndose los anónimos y los rubricados con un pseudónimo; que se concedería a los colaboradores la más amplia libertad para exponer sus ideas y doctrinas, no exigiéndoles más que la cultura de la forma; finalmente, que procuraríamos reflejar en nuestra publicación todo el movimiento intelectual del país, sin distinción de círculos o banderías, sin reparar en simpatías o antipatías personales; y hecho esto, propender a la más estrecha vinculación espiritual de todos los pueblos de América.

El día 5 de Marzo de 1895, sin ninguna

clase de « reclame », sin que la prensa misma hubiera dicho una sola palabra respecto de su aparición, modesta y calladita vió la luz pública *La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. Entró al estadio de la prensa sin heraldos ni toques de trompeta, sin que se conociera su incubación, sin una mano amiga y protectora que la recomendara al respetable público y limpiara de obstáculos su camino y la ayudara en sus primeros pasos.

¿Qué impresión causó *La Revista Nacional* en el público y en la prensa? ¿Qué juicio mereció el primer número repartido? ¿Cuál era su mérito real? Recorramos los diarios y periódicos de aquella fecha y obtendremos plena satisfacción para nuestra curiosidad.

El Día, con el título de « Un acontecimiento literario », decía que « dados los caracteres que la publicación reviste, puede con razón calificarse su aparición como un verdadero acontecimiento literario », — agregando luego que *La Revista Nacional* « llega en un momento oportuno, cuando la fata de una publicación de su género más se hacía sentir para estimular las aficiones literarias, que andan de capa caída. »

El Siglo, en un suelto no menos elogioso que el que acabamos de mencionar para los cuatro redactores de la publicación, exhortaba a toda la clase culta de la sociedad montevideana para que dispen-

sara a la revista la acogida que se merecía.

La Tribuna Popular declaraba que « una publicación de esta índole sería, bien entendida, dedicada exclusivamente a cuestiones literarias y sociales, era una necesidad sentida en nuestro país, y merecen por lo tanto ser alentados sus iniciadores a fin de que la revista viva una vida próspera y larga. El primer número — agregaba — viene repleto de materiales escogidos e inéditos, subscripto por firmas conocidas, que constituyen por sí solas una garantía de la bondad de la publicación. »

La Nación se expresaba en términos parecidos, así como *Montevideo Noticioso*, *El Ejército Uruguayo*, *Caras y Caretas*, *L'Union Française* y *L'Italia*.

El Heraldo, por su parte, uno de los periódicos más caracterizados de la época, decía : « La redacción está compuesta de jóvenes inteligentes, activos y enérgicos. Esto salvará a la Revista. Es una cosa averiguada que cuando una publicación de ese género se la entrega a literatos, — a esos literatos que creen conmovier al mundo con la hinchazón roja de una hipóbole o con los conceptos paliduchos de una pasión llorosa, de luto, entonces las revistas que llevan en sus entrañas aquellos acentos y estos crespones están destinadas a cantar el último acto de la *Traviata*: mueren ojerozas, fijando la vista en un punto indeterminado del espacio, mientras la vida se les escapa entre breves suspiros y la

carraspera legendaria. Pero aquí no se trata de unos cuantos enfermos de fantástico romance, sino de jóvenes de filo y púa; de espíritus vigorosos y bien nutridos que no aparecen en el mundo tristemente plateados por un rayo de luna — el más zozco de todos los rayos — sino armados caballeros de una cruzada que viene a servir la causa del buen escribir y del bien decir nacional ».

El Noticioso, El Telégrafo Marítimo, La España y casi toda la prensa del interior de la República se produjeron en términos parecidos e igualmente elogiosos.

Como se vé, la acogida no pudo ser más risueña y halagadora para los directores de la *Revista Nacional*. El primer paso estaba dado, el más difícil, acaso, y no sólo se había triunfado, sino que se habían excedido los límites del éxisto en una medida que no lo soñaran los cuatro compañeros.

Pero, lo que no sabía la prensa, lo que ignoran todos aún, son las luchas, los afanes, que exigieron la presentación de aquel número y la de los que le subsiguieron. Hubo que vencer la apatía invencible de nuestros hombres de letras: todos prometían original, pero nadie escribía una línea. Es verdad que no se pagaban las colaboraciones. Fué necesario arrancar poco menos que a la fuerza los artículos, asediando a los escritores, visitándolos veinte veces cada uno, convenciéndolos de que no se trataba de un proyecto efímero,

pidiéndoles casi de rodillas una humilde página. Hubo que pelear con la gente de imprenta, con los tipógrafos, con el corrector, con el maquinista, con el regente del taller y hasta engolfarse en la enojosa tarea del reparto. Durante un par de meses, aquella vida fué casi imposible; pero quince días antes de la aparición del primer número, la cosa se trocó en un infierno. El día 5 de Marzo lo vimos amanecer, porque no nos acostamos, preocupados con la última corrección de las pruebas, el tiraje y el reparto. Nosotros mismos ayudamos a plegar los números. Cuando nos retiramos a nuestras casas, a las 5 1/2 de la mañana, un sol alegre ponía suaves pinceladas rubias sobre la modorra grisásea de la Ciudad.

Mas, ¿qué importaban tales sacrificios? Eramos jóvenes, teníamos un hondo respeto por el arte y soñábamos con la gloria. Aspirábamos hacer una publicación seria; queríamos revelar lo que llevábamos dentro de nuestro espíritu. Lo que nunca nos imaginamos, esto es la verdad, es que nuestra humilde publicación iba a imponerse a América en la forma en que luego se impuso.

Nuestro esfuerzo bien valía la pena de ser bien recibido. La juventud de pasadas generaciones había tenido campo propicio para sus especulaciones literarias en periódicos y revistas de la índole de *La Revista del Plata, El Iniciador, La Bandera Radical, Los Anales del Ateneo, la Revista*

Universitaria. Pero, desde la fecha de estas últimas publicaciones, nada había surgido que respondiera a los anhelos de los nuevos escritores. La política parecía absorberlo todo. Los periódicos cerraban sus puertas a los soldados del ideal. Cualquiera trabajo de crítica, la más breve poesía, un cuento o narración que se enviara a un diario, era tenido en menos, y sólo por excepción, como en mi caso, los directores de las hojas de publicidad admitían en sus columnas un artículo literario. No era, pues, una mera galantería, aquello de que la *Revista Nacional* «venía a llenar un vacío», La muletilla periodística era entonces una rigurosa verdad.

El primer número de *La Revista Nacional* había aparecido prestigiado con las firmas de Manuel Bernárdez, Orestes Araújo, Elías Regules, Luis D. Desteffanis, Víctor Arreguine, José P. Massera, José Espalter, Eduardo Ferreira, Tomás Claramunt, Francisco Pissano, María Eugenia Vaz Ferreira, etc., etc. Era un número realmente valioso. Pero, los cuatro directores de la Revista, obtenido aquel primer triunfo, debían cuidar muy mucho de no dormirse sobre sus laureles y hacer todo lo posible para superarse a sí mismos en los números sucesivos. Por esto mismo, y dado lo perentorio del tiempo, el número 2 de la publicación dió más trabajo que el número inicial. Teníamos todos el propósito de ofrecer al público diez firmas nuevas, es decir, que no hubieran apare-

cido en el número anterior, y para lograrlas había que vencer la apatía criolla de nuestros escritores y recorrer media ciudad en su procura.

— «Ahora hay que hacer trabajar las piernas,» — adujo uno de los redactores, algo refractario a que nosotros escribiéramos artículos demasiado largos; — «ya tendrán tiempo de hacer trabajar la cabeza.»

Y Rodó, que se gastaba unas bromitas e ironías que parecían sinapismos, adujo con su aire inocentón:

— Le dejaremos trabajar primero a usted; nosotros ya lo haremos más tarde.»

No hubo más remedio que ponerse a la obra. Y vuelta entonces a las visititas, a las cartas reiteradas, a subir y bajar escaleras, — un trajín endemoniado de que sólo pueden hacerse cargo los que han pasado por algo semejante. Yo perdí una tarde entera detrás de una colaboración del eximio poeta Juan Zorrilla de San Martín; es decir, no perdí la tarde porque la verba admirable de aquel donosísimo ingenio me reveló muchas cosas bellas de su espíritu; pero el hombre, que estuvo atentísimo conmigo, me retuvo tres o cuatro horas en su casa y al cabo me dejó partir sin la anhelada colaboración. A Martínez Vigil le acontecía algo parecido con otro poeta fecundísimo, Carlos Roxlo: inútiles eran todas sus epístolas, el hombre no quería favorecernos con sus letras. Y es realmente curioso este hecho: en nues-

tra revista, andando el tiempo, colaboraron todos los escritores de alguna nombradía en el país y los más aplaudidos y celebrados de toda Sud América; sólo los nombres de Zorrilla de San Martín, Carlos Roxlo, Eduardo Acevedo Díaz, y algún otro tal vez, no aparecen en sus índices. Continuamos, pues, como he dicho, nuestras correrías, a la caza de originales, y después de otra brega formidable con los cajistas, el regente, el maquinista y el repartidor, pudimos presentar el número 2 con estos nuevos colaboradores: Santiago Maciel, Orosmán Moratorio, Guillermo P. Rodríguez, Arturo Giménez Pastor, Alcides de María, Pedro Ximénez Pozzolo, José Antonio Mora, etc.

Al día siguiente, la prensa volvió a mostrárenos favorable. De todos los juicios vertidos, tiene especial valor el de *El Heraldo*, que decía esto: « Ya hemos hablado en otra ocasión de esta importante publicación nacional. Hoy hemos recibido su segundo número y, francamente, nos ha sorprendido satisfactoriamente la riqueza y la seriedad de sus materiales. Aun cuando no leamos revistas del terruño, porque siempre fueron y lo son aún, simples viveros de pavadas, fomentadas al calor de espíritus que se alimentan con los jugos ácidos de sus romantismos ojerosos, esta vez ojeamos *La Revista Nacional* en atención a los jóvenes que la sustentan y nos encontramos con que, según nuestro humildísimo concepto, jamás hemos teni-

do otra igual. El número de hoy es, sin exageración, magnífico. Es el caso que nuestro público le preste a esa revista todo su apoyo; es necesario que esa página periodística viva para honor de nuestra civilización y cultura intelectual. Al escribir así no nos mueve ninguna afección personal: no tenemos el placer de conocer, ni de vista siquiera, a sus redactores. Nuestra sensación en este caso es sincera, es vivo reflejo de la impresión favorable que nos ha causado su lectura. »

La protección del público que demandaba cordialmente *El Heraldo*, empezó muy pronto a ponerse de manifiesto. Apenas aparecido el número 2, nos vinieron, de *motu-propio*, numerosos suscriptores. Como eran muchos los que nos solicitaban el número 1, que habíamos agotado en razón de la propaganda, tuvimos que pensar en una reimpresión. Y esa reimpresión la hicimos conjuntamente con el número 3, poniendo a prueba toda nuestra resistencia física. ¡Calcúlese si estaríamos contentos con tamaño éxito! Ya nos creíamos unos potentados.

Sin embargo, no todo eran flores. Tienen particular interés estos dos casos que voy a referir. Un distinguido magistrado, que llegó a ser miembro del Superior Tribunal de Justicia, fué de los que voluntariamente concurrió a hacerse anotar como suscriptor de la Revista. Al propio tiempo nos enviaba un libro sobre administración y organización de justicia para que nos

ocupáramos de él. Así lo hicimos en la sección bibliográfica del No 2, y recuerdo que fui yo el que redacté la nota, bastante extensa y elogiosa que aparece allí sin firma. Pues bien: aparecido el número, nuestro suscriptor, con el que contábamos hasta el último día de la existencia, se nos borró de golpe y porrazo. Fué un desencanto terrible para nosotros. ¡Como! ¿Todo un señor magistrado, hombre de años ya, serio y bien conceptuado, no se había suscrito a nuestra revista más que para obtener un benévolo aplauso, lo mismo que cualquier tinterillo de esos que pululan por las imprentas? Para jóvenes, un tanto cándidos, era aquella una lección de «aprovechamiento propio» bastante terrible. — Y he aquí el otro desengaño, no menos cruel. Nuestro repartidor, que lo era el señor Miguel Santana (consigno complacido su nombre porque nos ayudó con pericia y conocimientos a conquistar nuevos suscriptores y en todo momento se condujo correctísimamente), fué a ver, como a otros muchos, a un conocido y reputado juriconsulto, que había sido nuestro maestro en la Universidad y que más tarde llegó a ser Ministro y personaje espectable, para ver si quería anotarse como suscriptor. Bueno, pues, ¿saben ustedes lo que le respondió nuestro hombre? — Esto: «A robar a los caminos». — Francamente; se nos podía tildar de ilusos; pero confundirnos con los sujetos de Sierra Morena tal vez era un poco exagerado.

Para preparar el número 3 tuvimos que luchar con nuevas dificultades. Las personas que habían colaborado en los números anteriores no podían ser molestadas tan pronto; por otro lado, persistíamos en nuestro propósito de seguir presentando nuevas firmas. Además, como hemos dicho, tuvimos que vigilar la reimpresión del número 1, que se había agotado, y que nos reclamaban los nuevos suscriptores. Vivíamos una vida incoherente. Durante el día andábamos a la pesca de los presuntos colaboradores; por la noche, corregíamos «pruebas» como unos desesperados. Abandonábamos nuestras tareas a las 4 o las 5 de la mañana, y salíamos a la calle como halucinados. Recuerdo que en uno de esos días, Carlos Martínez Vigil, que estaba empleado en la Biblioteca Nacional, se marchó a su puesto sin haberse acostado. Y ocurrió entonces el caso extraordinario de que sentado ante su mesa de trabajo, para catalogar un libro, más dormido que despierto, empezó a corregir las faltas que en la primera página de éste se le habían escapado al impresor. ¡Y cosa curiosa! cuando más tarde, bien despierto, advirtió con sorpresa que había garabateado en los márgenes del papel sus correcciones tipográficas en vez de catalogar el libro, pudo verificar que todas las correcciones de letras, acentos y puntuación estaban hechas con rigurosa fidelidad gramatical.

Apareció, al cabo, el número 3, y en él

halló el público las firmas de Antonio E. Vigil, Adela Castell, Federico Escalada, etc., aparte de los artículos de los redactores. Entre estos últimos, destacábase un admirable trabajo crítico de José Enrique Rodó sobre la personalidad de Juan María Gutiérrez. En el primer número, nuestro incomparable escritor había debutado con una crítica sobre *Dolores* de Federico Bart — artículo que tenía escrito desde 1894 y que por cortedad de carácter no se había atrevido nunca a enviar a ningún periódico. En los números 2 y 3, publicó su estudio sobre Gutiérrez, y con él, así como con ese otro estudio sobre *Americanismo literario*, inserto en los números 9, 11 y 17, revelaba a las claras cuáles habían sido sus primeras admiraciones. Poco después, su hermoso artículo sobre Juan Carlos Gómez, inserto en el número 6, y su profundo y vidente estudio sobre *El Iniciador de 1838*, publicado en los números 34, 37 y 38, habían de ratificar más acabadamente todavía la profunda huella que en su espíritu juvenil abrió la lectura de los libros y periódicos descubiertos por él en la biblioteca paterna.

A raíz de la publicación del número 3 de la *Revista Nacional*, sus redactores recogieron una amarga decepción. Como si se hubieran ya fatigado de prestarle atención, o les molestara su insistente visita periódica, casi ningún diario acusó recibo del ejemplar repartido. Poco des-

pués, a nuestros oídos, por diversos conductos, empezaron a llegar rumores extraños y malevolentes. Los enemigos personales de los redactores de la Revista se ponían en campaña, procurando el desprestigio de los unos y de la otra. ¿Quién era ese señor Daniel Martínez Vigil que aparecía entre los redactores? Un rabioso que se había hecho conocer con un discurso lleno de bilis en un aniversario de Quinteros. ¿Quién era José Enrique Rodó? Un desconocido. ¿Quién era Carlos Martínez Vigil? Otro desconocido. ¿Quién era Pérez Petit? Un desaforado que había « rajado » a medio mundo. Por lo demás, *La Revista Nacional* ya estaba dando las boqueadas: los suscriptores se borraban; los buenos literatos no querían colaborar en ella; los redactores tenían rencillas entre sí. La falsedad de estas aseveraciones es hoy evidente: ni los muchachos que dirigían la publicación dejaron nunca de ser buenos compañeros; ni la suscripción disminuyó, antes por lo contrario se duplicó y hubo que buscar nueva casa impresora, a partir del número 5, y aumentando esta cada vez más fué menester al fin ocurrir a la tipo-lito « Oriental » de los señores Peña e hijos; ni los buenos literatos cesaron de escribir en ella, según puede verse en el sumario de los 60 números repartidos en un plazo de cerca de tres años. Pero la campaña contra la Revista seguía a la sordina. En varias redacciones de diarios se le hacía el vacío

dejando de anunciar su aparición. Para contrarrestar esa campaña desleal, — hoy hay que decirlo en honor de la verdad — los propios redactores de la publicación escribieron varios sueltos, que llevaron a periódicos amigos, pidiendo por favor su inserción. Entre otros sueltos de esta índole hay uno que apareció en la *Tribuna Popular* a raíz de la aparición del número 10, que fué escrito entre bromas y veras, con el concurso de los cuatro interesados. Al leer aquel suelto pintoresco, resultado de la combinación de cuatro estilos diferentes, decía Rodó, con su buen humor proverbial, jugando con el apellido del propietario del periódico amigo: « Este suelto es de estilo *lapidario*. »

La guerra a la sordina contra la *Revista Nacional* duró algún tiempo, hasta que empezaron a llegar voces del exterior aplaudiendo a sus redactores. Primero fué Enrique Gómez Carrillo, quien se dirigió al que esto escribe; luego, Ricardo Palma, el celebrado autor de las *Tradiciones peruanas*, que envió sus letras a Daniel Martínez Vigil; luego, Clarín a Rodó; luego Eduardo de la Barra a Carlos Martínez Vigil. Después, ya fueron legión los que desde todos los países de América enviaban sus entusiastas saluciones a la *Revista Nacional*. De la Argentina, de Chile, del Brasil, del Perú, del Ecuador, de Venezuela, de Centro América, las más celebradas inteligencias, las reputaciones más valiosas, mandaban sus libros, sus

colaboraciones, sus voces de confraternidad literaria. Y entonces, aquí, en Montevideo, se empezó a tratarnos con otra consideración y nuestro periódico fué imponiéndose cada vez más.

Pero, para llegar a esa meta, ¡cuántos sacrificios no fué menester realizar! Escribíamos sin descanso, febrilmente, como desesperados, porque a veces, a última hora, no teníamos material inédito suficiente para llenar las 48 columnas del número; ha habido vez en que yo, por ejemplo, he publicado hasta tres trabajos en el mismo número de la Revista, una crítica, una novela y un estudio jurídico (véase el número 14); — luchábamos sin sosiego por obtener colaboraciones; pugnábamos como poseídos porque fuera lo más esmerada posible la corrección tipográfica. En este último punto éramos inexorables con los tipógrafos. Un sencillísimo acento, colocado indebidamente o dejado de colocar, nos conmovía más que un terremoto. Daniel bramaba como una fiera, despertando los ecos de la casa, por una simple letra invertida. Rodó, en más de una ocasión, hizo parar la máquina, ya comenzado el tiraje, a las tres de la mañana, para hacer colocar una «coma» cuya ausencia reparaba en los primeros pliegos tirados. Esta escrupulosidad la tuvo siempre, como pueden certificarlo en la Litografía de Peña, donde se imprimió su *Mirador de Próspero*. La anécdota vale la pena de ser referida. Estaba pronto para

ser tirado el 5º pliego, según me parece. Por la tarde, al retirarse Rodó de la imprenta quedó convenido en que no se daría comienzo al tiraje hasta que el volviera por la noche. Imagínese su contradicción cuando al llegar, a la hora convenida, advirtió que la máquina estaba ya funcionando.

— Pero ¿no habíamos quedado en que se me esperaría?

— Es verdad; pero como tenemos trabajos de apuro...

— No importa; podría haber algo que corregir.

— Todas las correcciones indicadas por usted en la prueba han sido hechas. Hasta hicimos una que se le escapó, — añadió el corrector.

Rodó sintió una especie de escalofrío.

— ¿A mí? ¿Se me ha escapado una...? ¿Y usted la ha hecho? ¡A ver! ¡pare la máquina! ¡A ver, un pliego, pronto, pare la máquina!

Le trajeron el pliego. En la penúltima línea, la palabra « nosotros » que al principio Rodó había dejado dividida así: « nos-otros », había sido dividida por el corrector en el plomo de este otro modo: « no-sotros ».

— ¡Lo ve usted! ¡Es una barbaridad! ¡Ustedes me van a poner en ridículo! ¡Hay que corregir ésto, como yo lo había dejado! ¡Pare la máquina! Y al canasto todos los pliegos que se habían tirado.

Carlos no era menos celoso en este

punto de la buena corrección. Cuando imprimía su folleto *Sobre lenguaje*, advirtió que se le había escapado, nada menos que en la primera página del primer pliego, un « he aquí » por un « he ahí »: Fue tan honda la conmoción que no había modo de conformarlo. « Si eso sale a luz pública de ese modo, estoy deshonrado para siempre », nos decía. Era en vano que le adujéramos que podía salvar la falta con una « errata » al final del libro. « No, eso no se salva así », replicaba angustiado; « los gramáticos verán el error, no la « errata ». « Y bien, corrija a punta de pluma como lo hacen muchos », — aconsejaba otro. Y Daniel, furibundo, tronaba: « Eso es, y en la portada del libro haces poner: — corregido a uña por el mismo autor. »

Aquella noche Carlos no quiso ir a dormir. Deseaba permanecer en pie para presentarse en la imprenta a primera hora, así que abrieran la puerta, para mandar inutilizar el tiraje y disponer otro nuevo. Estaba tan decidido, tan apesadumbrado, que Rodó resolvió acompañarle en su vigilia. Anduvieron rondando toda la noche por las desiertas calles de la Ciudad, comentado interminablemente el caso, hasta que apuntó el nuevo día. Cuando la imprenta abrió sus puertas, allí estaban nuestros dos jóvenes. Hicieron la corrección, se hizo el nuevo tiraje, se inutilizó el primero y recién entonces respiró el autor. Con la reimpresión del primer plie-

go le salió más caro el libro; pero es lo que decía: « Estas cosas no se pagan con todo el oro del mundo. »

Con estas preocupaciones y cuidados, imagínese la cara con que nos recibían en la imprenta cada vez que aparecíamos con un rollo de « pruebas » en la mano. A Carlos lo miraban como a un enemigo mortal. En la tipografía de *L'Italia*, cuando la Revista se imprimió allí, había un italiano, el señor Devoto, si mal no recuerdo, que no hacía más que decir « ¡Corpo de un cane! ». Rodó se empeñaba en convencernos de que aquel hombre debía haber sido mordido por un perro en su adolescencia. Para abonar su aserto, hacíanos reparar que cuando caminaba, llevando entre las manos una galerada de plomo, se miraba los talones: « ¿ Ven ustedes? Busca el perro. » Y el italiano decía que la única persona formal entre nosotros cuatro, era Rodó.

En la corrección Carlos nos daba cruz y raya a todos. Prueba que cayera en sus manos, aun después de haber pasado por las de sus compañeros, salía acribillada de garabados y enmiendas. El siempre hallaba nuevos errores; sus ojos los pillaban en todos lados, en los rincones más disimulados, bajo todos los disfraces. « Esta no es una c, es una e con el « ojo » roto! », — clamaba de pronto, y así era, en efecto. Corría de un lado para otro, explicando a los cajistas sus correcciones; y de pronto, exacerbado con la mala voluntad de éstos,

cogía él mismo las pinzas y ponfase a corregir en el plomo. Porque ha de saberse que el autor de *Sobre lenguaje* es un hábil tipógrafo; más de una vez, en horas de apuro, cogía un componedor, se plantaba frente a la caja y allí se despachaba él solo párrafos enteros. Cierta noche, al conducir una « forma mal justificada » se fueron al suelo cuatro páginas de la *Revista*: ¿ Han visto ustedes alguna vez un « empastelamiento »? Es algo que lo vuelve a uno estúpido. Ante aquel hacinamiento de letras negras en el suelo, nos quedamos con los brazos colgando. Es lo irremediable; no hay nada que hacer. A quien había que oír en aquella ocasión, era al regente. Parecía una fiera. Allí nadie se entendía. Responsabilizábanse los unos a los otros, no queriendo ser nadie culpable. El regente censuraba al maquinista por no haber apretado bien las roscas; el maquinista, entre dos ternos, argumentaba que el regente había dejado « fuertes » las columnas de composición; los tipógrafos arguían que eran los conductores que le habían dado un golpe a las « formas »; los conductores replicaban, — y las voces crecían, y el plomo seguía en el suelo, naturalmente. Daniel se cogía la cabeza; Rodó, que tomaba todo con gran filosofía y no perdía su buen humor, concluyó por decirme: « Yo voy a sentarme en una silla y a sacarme los botines para reirme a gusto. » Pues bien, esa noche, más práctico que todos, cogió un componedor y

empezó a rehacer el original empastelado. Allí le sorprendió la madrugada. Pero el número no se imprimió hasta tres días después.

Aparte de todos estos trabajos, teníamos aun que cuidar nuestra correspondencia. Cuando la *Revista Nacional* empezó a imponerse en los demás pueblos de Sud América, aquella adquirió verdadera importancia. Cada uno de nosotros tenía sus amigos y corresponsales a quien agradecer un libro o una colaboración; cada uno debía contestar las infinitas cartas que recibía. Pocos habrá que posean la cantidad y variedad de autógrafos que nosotros poseemos. De este hecho normal tomaron justamente pie los señores Rodó y Carlos Martínez Vigil para darme una broma que quiero consignar aquí — pues entiendo que con todos estos pequeños detalles que voy apuntando, se formará cabal idea el lector del carácter de mis compañeros de la Revista.

Entre mis corresponsales se contaba el señor José Pardo, literato argentino, que dirigía la revista *América*. Yo acababa de publicar un extenso artículo sobre *Literatura extranjera*, de Enrique Gómez Carrillo; y habiéndome solicitado aquel una colaboración, le ofrecí la reproducción de este estudio. En autos de la cosa, mis dos amigos fraguaron la epístola que va a leerse. Fueron a la casa de Peña, hicieron imprimir en un pliego de carta el mem-

brete « América », y luego, con mucho cuidado, escribieron lo siguiente:

AMERICA

Buenos Aires, 30 de Mayo de 1896.

Señor Dr. D. Víctor Pérez Petit,
Montevideo.

Distinguido señor:

La redacción de la revista « América » a la que pertenecemos tiene por misión el contribuir, en la medida de sus fuerzas, a estrechar la relación moral e intelectual de nuestros pueblos del Plata. Tal es el vivo anhelo que, unido a la alta estimación en que lo tenemos, nos decide a dirigirnos a usted solicitando de su benevolencia que se sirva remitirnos algún trabajo original que llene la condición de inédito. Al cumplir nosotros con tal designación que tiene tanto de honrosa y grata, protestámosle nuestra admiración.

De usted quedamos aftmos. S. S. S.

JOSÉ PARDO.

RAMÓN VILARDEBÓ.]

P. D. — Respecto al juicio sobre Gómez Carrillo, sentimos que pasado tanto tiempo desde que apareció, parezca el transcribirlo demasiado inoportuno. Sin embargo, no dudaremos, y muy de nuestro agrado será darle cabida en nuestro periódico en caso de ordenarlo usted.

VALE.

Rompí el sobre, que venía con su sello correspondiente, y leí la carta sin sospechar — ¡pobre de mí! — la broma de que era objeto. Rodó y Carlos me felicitaron muy cordialmente por la distinción de que era objeto; y, visto que se me requería un trabajo inédito, empezaron a dilucidar qué clase de colaboración debía enviar a la revista *América*. Rodó opinaba que escribiera un artículo crítico; Carlos insinuó la idea de que enviara una composición en verso, en octavas reales, por ejemplo. Yo, aunque me avergüence el decirlo, no sospochaba nada. De pronto, soltó Rodó esto:

— No me parece bien en octavas reales.

— ¿Por qué?

— Porque Pérez no sabe lo que son las octavas reales.

Entonces me tocó el turno de protestar:

— ¡Cómo!, ¿que no sé lo que son octavas reales?

— No lo sabe, me replicó Rodó. Dígallo, si sabe.

— Una octava real es una estrofa compuesta de ocho versos endecasílabos cuyas rimas se distribuyen así: el primer verso es consonante del 3º y 5º; el 2º, del 4º y 6º; el 7º y 8º pareados.

— Muy bien, — arguyó mi contrincante — usted sabrá, teóricamente, lo que es una octava real; pero si se encuentra alguna por ahí, no la reconoce.

— ¿Que no la reconozco? — repliqué yo picado. E iba a recitarle cuanto sabía

de memoria de *La última lamentación de Lord Byron*, de Núñez de Arce, cuando el me cortó la palabra, aduciendo:

— No hay que ir a España a buscar octavas reales. Lea esa carta.

— ¿Qué tiene que ver?

— Sáquela y léala.

— Desdoblé la pícara carta de José Pardo y Ramón Vilardebo y empecé a leer:

« Distinguido señor : La Redacción »:

— Es un endecasílabo perfecto, — advirtió Carlos con convicción.

— Es una casualidad, — aduje a mi vez adivinando ya la broma y no queriendo dar mi brazo a torcer.

— Siga leyendo, — replicó Rodó implacable.

No había otra cosa que hacer. Seguí leyendo:

« Distinguido señor : La Redacción de la revista « América » a la que pertenecemos, tiene por misión el contribuir, en la medida de sus fuerzas, a estrechar la relación moral e intelectual de nuestros pueblos del Plata. Tal es el vivo anhelo que unido a la alta estimación en que lo

tenemos, nos decide a dirigirnos a usted solicitando de su benevolencia que se sirva remitirnos algún trabajo original que llene la condición de inédito. Al cumplir nosotros con tal designación que tiene

tanto de honrosa y grata, protestámosle nuestra admiración. De usted

[quedamos
afmos. S. S. S. S.

José Pardo.

Ramón Viladebo.

P. D. — Respecto al juicio sobre Gómez Carrillo, sentimos que, pasado tanto tiempo desde que apareció, parezca el transcribirlo demasiado inoportuno. — Sin embargo, no dudaremos, y muy de nuestro agrado será darle cabida en nuestro periódico en caso de ordenarlo usted.

Vale »

Como se ve, toda la carta, inclusive la posdata, está en verso. Eran tres octavas reales, como tres piedras de sillería, que diría Martínez de la Rosa. La rareza de los consonantes, contruidos a veces con la conjunción de varios vocablos o descoyuntados hábilmente por una división de sus sílabas, me había desorientado por completo. Tuve que declararme vencido.

Así, con estas burlas amistosas, un tanto diferentes de las que se gastan hoy, alegrábamos nuestros días de febriciente trabajo. He de consignar aún otros casos, porque ellos son reveladores de nuestro carácter en aquellos buenos tiempos de la *Revista Nacional*. Y al entrar en tan mínimos detalles, que podrían ser tildados de inútiles por algún crítico rijoso, harélo

bajo el sabio consejo de altas e insospechables autoridades. Recordad lo que nos dice Plutarco, maestro en el arte de trazar biografías : « Las hazañas más gloriosas no nos proporcionan siempre los datos más ciertos sobre la virtud o los vicios de los hombres. En ocasiones, una cosa más o menos importante, una expresión, una chanza, nos hace conocer mejor los caracteres y las inclinaciones, que las batallas en que han sucumbido cien mil hombres, las grandes derrotas de ejércitos o los sitios de ciudades ». Por lo demás, si yo necesitara aquí una documentada y plena justificación, no tendría más que reproducir las páginas que Samuel Smiles consagra en *El Carácter* a comentar las « biografías » : « No hay hecho fútil, ni burla más o menos acertada, que no pueda tener su interés para los que saben adivinar un hombre al través de ellos ». Recordad lo que en aquel bello libro se nos dice de la cojera de Walter Scott y de Lord Byron, o de las jorobas de Scarron y de Pope. Recordad la importancia y trascendencia que se concede a las revelaciones más íntimas hechas por los libros de « memorias ». Recordad en fin, con cuanto encarecimiento se celebra la biografía de Johnson escrita por Boswell : « No desdeña referir una multitud de Pequeñas circunstancias. Por eso se disculpa al informar al lector de que, cuando viajaba Johnson « llevaba constantemente en la mano un gran bastón inglés de encina ». Gracias a Boswell, no pode-

mos imaginar lo que era Johnson; sabemos como se vestía, como hablaba y cuales eran sus preocupaciones. Le pinta con todas sus debilidades, lo que en él no ha sido obstáculo para que haga un maravilloso retrato: la imagen más completa de un hombre que jamás se haya dibujado con palabras.

Disculpado así por tan graves autoridades, he de narrar una serie de anécdotas que, no por ligeras o fútiles, dejarán de hacer bien en el retrato que voy haciendo de mi ilustre amigo. El mas leve toque del pincel suele ser necesario para la entonación total de una figura al óleo.

II

Gregorio Martínez Sierra, el donoso artífice de *Canción de Cuna*, tuvo el capricho de representarse al autor de *Ariel* después de leer esta obra: He aquí el retrato que nos ha trazado su fantasía:

« Sobre su persona podemos acumular todas las imaginaciones simpáticas: podemos suponer la palabra vibrante, el acento efusivo, los ojos soñadores, la frente grave, la sonrisa grata, la amable juventud y la madurez no menos llena de amabilidad, la lozanía del ingenio y la sal de la moderación, ya que así nos le muestra su obra, que es lo único que de él conocemos. »

El señor Crispo Acosta, que con el pseudónimo de *Lauxar* ha publicado un interesantísimo y bien documentado volumen rotulado *Motivos de crítica hispanoameri-*

canos hace cargo de aquel retrato fantasioso de Martínez Sierra y replica: « Es curioso este retrato, porque está hecho de acuerdo con la obra y a pesar de eso no corresponde con el escritor. Rodó era ya entonces, como se le puede ver en alguna fotografía de la época, de expresión adusta y reservada; sus facciones duras, sus ojos de mirada aquilina, todo su rostro decía una intención única: la de no entregar a nadie fácilmente el secreto de su espíritu. Sus maneras, entonces como ahora, encerraban en la más cumplida cortesía, el cuidado celoso de guardar, contra la indiscreción ajena, el fuero de su intimidad. Tiene su vida, como el rey hospitalario de Ariel, dos partes diferentes: una está en lo que libra al público, en sus obras, en su acción social y política; otra, en su existencia privada. No se le encuentra sino solo en las calles de Montevideo. Pasa entre sus conciudadanos, extraño a todos, descollante por su estatura, la cabeza erguida, el mentón casi apoyado en el cuello, los brazos largos y pendientes; las manos abiertas, con la rigidez altiva de una indiferencia que no mira a nadie porque a nadie busca. »

¿Cuál de los dos autores tiene razón? Qué retrato tiene más parecido con el original?, el de Martínez Sierra o el del doctor Crispo Acosta? Me parece que será muy fácil reconciliar a ambos, mediante una brevísima distinción.

Desde luego cabe hacer notar, que el

autor de *Mamá* ha visto a Rodó al través de su lectura de *Ariel*, sin concerlo en persona: lo ha retratado, pues, espiritualmente. En cambio, nuestro compatriota el doctor Crispo Acosta, ha retratado al Rodó que todos veíamos circular por nuestras calles; particularmente al Rodó de los últimos años. No se podría hacer uno de los retratos, y obtener así el verdadero?

Yo creo que sí. El Rodó de la época de *Ariel*, es decir, de pocos años después de la *Revista Nacional*, era un joven alto, delgaducho, un si es no es desgarbado, que andaba ya con el cuerpo tieso, los brazos caídos, las manos abiertas, — aquellas manos flácidas y muertas que al ser estrechadas se escurrían frías como algo inanimado — un hombre bastante caído, la cabeza rígida sobre el cuello echada hacia adelante; pero tenía el rostro juvenil y movable, no endurecido por una mirada aquilina, sino más bien dulcificado por otra de miope que en los momentos de recocijo se encendía y vibraba detrás de los vidrios de sus lentes; apuntábale un bozo casi rubio, que más bien le deslucía el rostro que no se lo agraciaba; su expresión no era adusta, sino sólomente grave, por lo menos en público, toda vez que en privado, en el seno de la amistad, su carácter retozón le inclinaba frecuentemente a risa, y entonces era de ver su modo peculiar de reírse, una risa de todo el cuerpo, viboreante, en zig-zags, las lar-

gas piernas echadas por un lado, los brazos por otro, el cuerpo agitándose sobre la silla; y si había algo de reservado en su ser, ello estaba en la frente, una frente amplia, que aun más lo parecía porque peinaba sus cabellos hacia atrás; una frente tersa, fría, detrás de la cual ya se anidaba un pensamiento propio, altivo, una voluntad de conquistador, reflexivo y sereno.

Martínez Sierra, juzgando por la gracia helénica con que está trazado el *Ariel*, se lo representó como un bello doncel ateniense, pero si acertó en la parte espiritual de nuestro biografiado, se equivocó en cuanto a su físico; y Lauxar, por su parte, habiendo conocido a Rodó en estos últimos años y no habiéndole tratado en su primera juventud, le ha prestado rasgos que sólo acusó su persona en estos últimos años, pero que acaso ya estaban en embrión en los de aquélla. Ahora, si a este retrato físico de José Enrique Rodó debiera agregar, para completarlo, las calidades que en aquel entonces tenía su espíritu, fácil me sería la tarea: bastaría-me reproducir la semblanza literaria que en el mismo año 1895 publiqué en un periódico de Montevideo. He aquí algunos de aquellos conceptos que hoy volvería a suscribir. Entre todos los escritores jóvenes y entre los más instruidos, no conozco otro que como él escriba más correctamente y posea un mayor caudal de conocimientos sobre literatura americana. Sus

estudios de crítica, publicados en su mayor parte, en la *Revista Nacional*, delatan una inteligencia poderosa y bien cultivada, un criterio sereno, tolerante, ecuaníme, un pensamiento razonador y clarovidente. Su estilo límpido, diáfano, de una tersura marmórea, nos dice claramente que nadie como él conoce el lenguaje. Sin temor de que se me tilde de exagerado y sin incurrir en las gratuitas alabanzas a que tan aficionados se muestran los chismosos de café y los « ratas de imprenta », puede compararse ese estilo con el de don Juan Valera. Castizo en el decir, un sí es no es ático en la forma, maneja el lenguaje con primor, desarrollando su pensamiento en largos párrafos fluidos y sonoros, donde la naturalidad y la sencillez corren parejas con la elegancia y la pulcritud. Pule y corrige sus páginas con una paciencia única, persiguiendo los gazapos que pudieran habersele deslizado en los momentos de irreflexiva inspiración con una tenacidad implacable de cazador furtivo, y no se encontrará seguramente en ninguno de sus escritos una de esas elocuciones que tuercen y martirizan el idioma, un gangosismo, una deshonesto falta de concordancia o de régimen, un simple vocablo impropio o malsonante. Por esta corrección de su estilo y por la seriedad de sus ideas, ha merecido el aplauso de Leopoldo Alas, — ese señor Clarín, de un paladar tan exigente que ha desconchado a media humanidad literaria.

Sus conocimientos son vastísimos, en historia, en literatura, en filosofía; pero en lo que nadie le pondrá el pie delante es en su dominio de la literatura española y de la americana. Parece mentira que en aquella cabeza de muchacho joven aniden tantas ideas y tantos conocimientos. Pero él es modesto, apenas mete baza en las discusiones y parece refractario a lucir lo que sabe: por eso nunca se le apreciará en lo que vale realmente, a menos que se le trate en la intimidad. Sin embargo, para el observador una simple frase, un pensamiento como dicho al acaso, una cita oportuna, una reflexión atinadísima, más de hombre grave que de muchacho inexperto, revelan todo el poder de su excepcional inteligencia y toda la hombría de su carácter.

Es un poco indolente y parece que escribiera siempre de mala gana. Es que tiene el temor y el respeto de la forma. Parece escritor fácil por la donosura de su estilo, pero nadie imagina la lidia incruenta a que se entrega para hilvanar sus párrafos. Y tiene el modo más original de escribir. Hace su artículo, estudio o ensayo mentalmente: distribuye el plan, combina las grandes líneas, apunta las ideas generales. Andando por la calle medita. A veces, sobre un punto determinado, le ocurre una observación: la anota en el papel de un sobre que lleva en el bolsillo. Pasando luego por un escaparate, por ejemplo, una joya le sugiere una imagen: se detiene y

la apunta en el puño de la camisa. Otro día, descubre el adjetivo adecuado que había andado buscando y llena el hueco que dejara en una de sus apuntes trazadas rápidamente en el dorso de una tarjeta de visita. Y sigue reflexionando. Al fin se decide a trasladar al papel su artículo. Escribe entonces, a grandes rasgos, dejando espacios en blanco, que rellenará luego con todas las notas y apuntes que tiene en el puño de la camisa, en el dorso de la tarjeta, en el papel del sobre, en el reverso de un libro, en cualquier parte en fin. Concluido este primer esbozo, empieza el trabajo de «cimentación», como el dice: expurgar de lo escrito todo lo que huelga y agregar todo lo sólido que falta. Ya está el trabajo en pie, bien cimentado. Luego, ¿está concluido? No; ahora es que empieza la labor del artífice; ahora viene lo más rudo de la tarea, el minucioso examen gramatical, la elección de los vocablos sinónimos, el pulimento de la frase, la substitución de unos calificativos por otros el pequeño golpecito que da suprema elegancia a todo un cuerpo escultural. Las páginas se llenan de textaduras, de enmiendas, de entrerreglonaduras, de líneas que suben y bajan para alcanzar los márgenes del papel y señalar un texto agregado. A poco todo aquello parece un geroglífico, el mapa de un pensamiento incoherente, un capricho infantil. A veces, cuando la labor ha sido ruda y muy numerosas las enmiendas, el escritor no tiene más reme-

dio que sacar otra copia de las páginas más trabajadas. ¿Ya está todo concluido? Todavía no. El artículo va a las cajas, es cierto, pero los señores cajistas no sospechan lo que les aguarda. Cuando Rodó se lleva una «prueba» a su casa, nadie sabe lo que va a suceder. La gesta de la forma se reanuda en el silencio de su gabinete, y el papel empieza a llenarse de signos de garabatos, de letras, de frases enteras corregidas o rehechas. Da a corregir aquello y pide «prueba de 2ª.» Para arrancarle luego esta segunda prueba, hay que perseguirlo como a un deudor desconfiado. Nunca se decide a entregarla, porque siempre tiene alguna duda, o busca una nueva corrección, o teme haber descuidado algo. Así anda con el bendito papel en el bolsillo días y días. Al cabo, se decide a devolverlo a las cajas. Entonces, con el consiguiente estupor de todos, pide «3ª.» El tipógrafo le da la tercera prueba porque no puede darle un tiro. Es verdad que ya en este período no abusa. Hace correcciones fundamentales, nada más, lo que se le ha ocurrido en sus paseos solitarios, repasando en su memoria el texto del escrito. Porque a fuerza de leer y releer, de corregir y enmendar, de pensar siempre en lo mismo, ha concluido por aprenderse de memoria todo su trabajo. Con estas últimas correcciones devuelve la prueba a la imprenta. Entran las formas en máquina, ruge el motor, pone en movimiento todo el barraje y empieza

a salir el papel impreso. ¡Gracias sean dadas a Dios! Ahora sí está todo concluído.

No; todavía no. Falta un detallecito. Rodó hace parar la máquina hasta que haya concluído de leer las diez y seis páginas del pliego. Compara el texto con la última prueba, relee las páginas, examina si los tipos marcan bien o no. A veces pilla un « espacio » que se ha subido o una letra algo gastada: entonces exige la corrección en el plomo, sobre la misma máquina. El maquinista reniega entre dientes, el tipógrafo entre dientes reniega, y el impresor se marcha porque en el Código Penal el artículo 317 condena a doce años de Penitenciaría al que da muerte a un hombre. Por fin todo queda pronto y empieza el tiraje ensordecedor. Rodó coge el pliego definitivo para volverlo a leer a solas en su casa, y se va dejando caer esta frase estúpida:

— ¡Con tal que no se nos haya escapado algo con estas precipitaciones!

Como carácter, — decía en aquella mi semblanza de 1895 — Rodó es el polo opuesto de Daniel Martínez Vigil: frío, sereno, contemporizador; no obra sino después de maduras reflexiones y no se deja arrastrar nunca por los primeros arrebatos de la pasión. Con la sensatez y la parsimonia de un viejo, todo lo mide y todo lo pesa antes de determinarse por un extremo; pero tomada una resolución, luego resulta más inflexible y terco que aquel turco Keraban, de Julio Verne. Mas,

ya no es la pasión quien lo guía, sino el cerebro, la convicción que en su espíritu se ha hecho, la conciencia de su deber únicamente. Con todo, resuelto y encastillado en sus ideas, Rodó es siempre bueno, cultísimo, sencillo, sin intrasigencias injustificadas ni rencores para nadie: por eso no debe tener enemigos, y el que llegare a odiarle sería un estúpido o un malvado.

Es también retraído para con los extraños, un poco por timidez y otro poco porque cultiva « la vida interior. » Es modesto; ya lo he dicho; no pretende ser más que nadie. Y sin embargo, yo no sé de quien le ventaja en méritos. Con lo que él sabe y escribiendo como escribe, podría ser un gran escritor en nuestro país, superior cien veces a los que por aquí gozan de indiscutible fama; pero no conoce la « pose », ni se da « bombo », ni busca el aplauso de los tontos, ni adula a los gacetilleros expendedores de patentes de literatos, y por eso podrá un día, el día en que se haga justicia a sus méritos, enorgullecerse de haber llegado a la cumbre sin otra ayuda que la de sí mismo.

Con legítima satisfacción puedo decir hoy que este juicio mío del año 1895 ha sido plenamente ratificado por las más grandes personalidades de la crítica contemporánea y por todos los pueblos de América.

He hablado ya por dos veces, según creo, de la timidez de Rodó. Esta era grande en su primera juventud; luego,

andando los años y cogido por el torbellino de la política y de la vida social, se hizo más « atrevido »; mas siempre en su contextura espiritual guardó cierto temor de « muchacho grande ». De esto que aquí digo, lo conocemos sus íntimos por reiteradas pruebas. En los tiempos de la Revista, por ejemplo, no había forma de hacerle coger un tranvía. Cuando por excepcionalísimo caso se le veía pasar en alguno, tened por cosa ciertísima que había subido a él en el punto de partida y que no se apearía hasta el punto extremo de parada. Por no subir a un tranvía, caminaba leguas a pie. ¿Y sabéis por qué? Sencillamente porque no sabía treparse al vehículo cuando éste estaba en marcha, según lo hacen entre nosotros la generalidad de las personas, y a él le daba mucha vergüenza tener que mandar parar el coche. Sólo empezó a vérselo con alguna frecuencia en los tranvías desde el cambio de la tracción a sangre por la eléctrica; entonces, como es obligación de los conductores parar en las bocacalles, el pudo subir sin que padeciera su amor propio. — Otro ejemplo. En aquellos tiempos nos veíamos y visitábamos a diario. Pues bien, siempre que Rodó, acompañado por otro naturalmente, se presentaba a la puerta de la casa de un amigo, lo primero que preguntaba era « si estaba la familia ». Si estaba, ya era sabido, no entraba; prefería esperar en la vereda. Cierta noche nos hallábamos en casa de los Martínez Vigil, engolfados en

no recuerdo que endiablada discusión literaria. De pronto, entró a la biblioteca una de las señoritas hermanas de aquéllos para decirnos que se hallaba de visita en la casa una señora que tendría especial agrado en conocernos personalmente. Sabiendo que los cuatro estábamos reunidos, había deseado aprovechar la coyuntura. Daniel contestó: — Bien, es señora de confianza, tráela aquí; estaremos mejor que en la sala. — Y bien, ¿no se imaginan ustedes lo que aconteció? Apenas hubo vuelto la espalda la gentil mensajera, ya estaba Rodó abriendo la puerta de salida y pronunciando una épica disparada. Daniel salió tras él, llamándole. Y Carlos, que se había quedado conmigo, exclamó, arrastrándome en su huída: — « Ah, no! Yo sólo no sufro « latas »!... A saltos, entre exclamaciones, risas y llamadas, descendimos la escalera; pero, como Rodó no se detuvo sino dos cuadras más allá de la casa, a dos cuadras de distancia fuimos todos a celebrar el animado cónclave. Todavía hoy estoy representándome el estupor de las gentes de la casa, cuando el penetrar en la sala de la biblioteca la hallaron vacía. — Otra vez, al ir a entrar en un café, como Rodó y Daniel fueran delante, y yo con Carlos, que íbamos detrás, prefiriéramos ir a otro café, dimos una voz, llamando: — Rodó! — Rodó salió espantado del café, y durante toda la noche no hizo más que repetir: — « ¡Qué grito; pero qué grito! Y ya nunca, jamás, quiso volver a entrar en

aquel café. Le parecía que todos iban a mirarle curiosamente.

¿Fue esta misma timidez la que le retrajo siempre del trato con las mujeres o era en realidad un poco misógeno? No he podido nunca averiguarlo. Lo cierto es que yo no le he conocido más que dos aventuras en su vida, y las dos muy platónicas por cierto. He aquí la primera.

Nuestro amigo era particularmente reacio a penetrar en las salas de espectáculos. No sé de que artes se valió Daniel que una noche logró conducirlo a un teatrillo, el denominado « Pabellón Nacional », que entonces había en la calle 18 de Julio, donde años atrás estuvo ubicado el Cementerio Inglés, y donde durante la presidencia del doctor Williman, se empezó a construir el proyectado Palacio de Gobierno. Roto el hielo, volvió nuestro amigo allí una y otra noche para oír a aquella deliciosa tiple de zarzuela que fue Lola Millanes. La gracia andaluza y los ojos de infierno de la saladisima mujer, cautivaron a Rodó, y entonces concurrió como un abonado a su butaca. Todas las noches ocupaba su asiento, con Daniel, en el teatrillo, y allí fantaseaba sobre la aplaudida tiple. Un buen día le confió a su compañero que le había escrito una poesía a la dama de sus pensamientos; el otro quiso leerla, y Rodó se la envió, rogándole particularmente que no la mostrara a nadie. Porque esto es lo más curioso del caso: la había escrito para desfogar

su entusiasmo; mas nunca procuró ni deseó que la conociera la interesada. Daniel, por una infidencia amistosa, envió esa poesía a un periódico ilustrado, *La Carcajada*, que la publicó en su número primero 1.º, de fecha Enero 4 de 1897. Como entiendo que Rodó no ha escrito más versos que el soneto « Lecturas », publicado en el tomo II, página 55 de la *Revista Nacional*, el soneto a Carlos Reyles, que luce a la cabeza de *El Terruño*, de este escritor, y las mencionadas cuartetas, voy a reproducir aquí la composición que, por lo demás, es muy hermosa.

A.....

De pié sobre la escena, desatada
En ondas la profusa cabellera,
Alta la sien, radiante la mirada,
Como jovial, emperatriz impera!

Una purpúrea flor se abre sangrienta,
Como en copa de ébano, en la cima
Del casco negro que su frente ostenta
Y un acerado resplandor anima.

Suena su voz, y en nuestra mente cruza,
Como en un dulce sueño, al escucharla,
La hechicera visión de la andaluza
Que imaginó Musset para adorarla!

Cada rayo que vibra, atravesando
De sus pestañas por el tul sedeno,
Es un hilo de luz que va bordando
El tejido impalpable del ensueño.

Y a cada giro de su cuerpo airoso,
Las vueltas del mantón, batiendo el aire,
Semejan el ondear, raudo y glorioso,
De un pendón en las justas del donaire.

.....

En la ficción el arte ha modelado
Su espíritu. Es ficción su vida entera.
¡Quién su fingide amor, su amor soñado,
En real amor transfigurar pudiera!

La aventura no pasó de aquí. Probablemente aquella retozona y graciosísima Lola Millanes, que tan trágica muerte tuvo en el naufragio del «Sirio», años después, se fué de la vida ignorando que había despertado un ensueño en una de las más bellas y grandes almas contemporáneas.

El otro inconcluso amor de Rodó fué una distinguidísima niña porteña. A la vuelta de un corto viaje a Buenos Aires, donde había ido con Carlos para descansar de las fatigas de la *Revista Nacional*, hallaron en el vapor a dos hermosas señoritas. Es el caso de creer en la avasalladora influencia del mar sobre el corazón humano. Desde la primer mirada Rodó quedó flechado. Carlos por acompañarlo, inició un flirteo con la segunda niña. Y aquella fué una noche de poesía y de amor. Al día siguiente, muy tempranito mis dos amigos estaban en tierra, esperando al desembarco de las que les habían robado el corazón. Tras una regular espera descendieron al fin las jóvenes, acompa-

ñadas por un caballero que conocía Carlos. ¿Quiénes podían ser las dos encatadoras desconocidas? Para averiguarlo las siguieron y así fueron a dar hasta una casa de la calle Cerrito. Conocido el nido, no había por el momento para que permanecer allí. Cada uno se marchó a su casa. Mas apenas caía la tarde, en esa hora melancólica del crepúsculo que parece preferida de los enamorados, volvieron ambos a la calle Cerrito, a contemplar las cerradas celosías. Porque el hecho fué que ni aquel día ni los subsiguientes pudieron tener la fortuna de contemplar a sus adorables tormentos. Y he aquí que llegan los días de Carnaval. Una noche en el corso, ven cruzar en carruaje a las niñas, y sin vacilar empiezan a seguir las al través de la hirviente y alborozada multitud. Después de un buen rato de persecución, y siendo ya cerca de las doce de la noche, planean entre los dos un movimiento estratégico. — «Lo más práctico para hacerles advertir nuestro interés, — aduce Carlos, — es ir a esperarlas a la puerta de su casa.» — «No hay tiempo que perder, — responde Rodó, — el corso está por concluir y en cualquier momento regresan allá.» Ambos abandonan el corso y van a estacionarse frente a la casa de sus presuntas novias.

Un reloj lejano suena las doce y cuarto, — ya deben llegar. Suena luego la media, y luego la una. ¿Se habrá prolongado tanto el corso? Puede ser; la gente que se di-

vierte no mide el tiempo con la avaricia del que espera. Rodó diserta y filosofa al respecto; Carlos le hace callar a cada vehículo que se acerca. Suenan la una y media. — «A dormir tienen que venir — reflexiona Carlos; y establecida esta gran verdad, ambos se sientan sin más ceremonias en el cordón de la vereda. Y suenan las dos. — «¿Qué es eso? ¿Las dos ya? Entonces estas señoritas no duermen?» — dice Carlos. — «En todo caso no duermen en su casa,» — agrega amargamente Rodó. Y tras otra espera de un cuarto de hora más, ambos se retiran a sus respectivos domicilios, con una dolorosa espina clavada en el alma.

Al día siguiente, cambio de táctica. En vez de ir a la calle Cerrito al atardecer, van a las once de la mañana. ¡Inspiración genial y feliz! Apenas han transcurrido cinco minutos sale de la casa el caballero aquel que acompañaba a las niñas la vez pasada. Carlos, por medio de un gran movimiento envolvente, de una notable estrategia, se hace el contradizo con él. Saludos. Preguntas. — ¿Vive usted aquí? — Le he visto entrar otra vez con unas señoritas que venían de Buenos Aires..... — Ah, si es verdad!... ¿Usted también venía de Buenos Aires?... ¿Son hermanitas tuyas? — No señor, no, amigas de mi familia. Una es argentina y la otra uruguayana. Viven allá por el Cordón, etc., etc.

Cuando se cercioraron que habían hecho «el oso» a las paredes, mientras las jóve-

nes habitaban en el otro extremo de la ciudad, los dos amigos tuvieron para reírse una semana entera. Pero la risa produjo en cada uno un efecto diferente: en Carlos un redoblamiento de pasión; en Rodó, la muerte de su ensueño. Carlos buscó a su desconocida y la halló. Rodó, no: su idilio de una noche había terminado para siempre. Y desde entonces no he le conocido conatos de líos amorosos.

He hablado también de su carácter jovial y bromista en el seno de la amistad. En corroboración de esto, puede mencionarse la carta en verso que he reproducido en el capítulo anterior. Pero, conservo en en la memoria muchos otros ejemplos, dignos de ser hechos públicos. En medio de las luchas y afanes que debíamos afrontar, para llevar a cabo la obra de la revista, siempre encontrábamos un momento propicio para dar rienda suelta a nuestro buen humor juvenil.

Aquellas bromas y juegos con que mutuamente nos asaltábamos, aquellas inocentes burlas con que a las veces flechábamos a extraños, sin ánimo de zaherirles o perjudicarlos y sí sólo por reír un rato o hacer un chiste o redondear cuatro versos disparatados, eran como oasis floridos abiertos en el campo inmenso y fatigoso de nuestra febriciente tarea. Véase un ejemplo:

Carlos Martínez Vigil mantenía una interesantísima polémica en la *Revista Nacional*, sobre acentuación ortográfica, con

el notable escritor y gramático chileno Fidelis del Solar. Es uno de los temas más interesantes que honran la Revista, como que era tratado por dos adversarios de excepcional preparación y de igual caballeridad. Un día, como un aerolito que caído del cielo, llegó a nuestra redacción una carta que desde Tacuarembó enviaba a Carlos un joven que, por lo visto, deseaba terciar en la polémica. No habría habido inconveniente en ello siempre que del texto se hubiera desprendido la competencia de su autor. Pero es el caso que éste, con una irreflexión propia de sus pocos años sin duda alguna, proponía como transacción, algo verdaderamente risible: que se acentuaran todas las palabras que se suprimieran totalmente los acentos. La carta nos causó inmenso regocijo y estábamos todavía comentándola, cuando Rodó ya esbozada la idea de una broma a su oficioso autor. — « Hay que contestar esa carta, » — afirmó. — « ¿Cómo? » — replicamos. — « Enviando a un cuerno al joven tacuarembotudo? » — « No señor, — explicó entonces aquél; — hay que decirle, muy seriamente, que nos felicitamos de la preparación en asuntos de gramática que revela poseer un joven que vive lejos de los grandes centros intelectuales; que ello nos ha sugerido una idea de fundar una « Academia ortográfica », con miembros correspondientes en el interior de la República, y que para hacerlo, contamos desde luego con su oficiosidad

y buen consejo. » No hubo más que hablar. Se envió la carta; el colaborador contestó muy convencidamente; se le volvió a escribir, y así, durante un par de meses, nos entretuvimos con un cambio de epístolas descoyuntadas. Ya habíamos comunicado, al fin, a nuestro corresponsal, que contábamos con casa, que la habíamos amueblado, que el Reglamento estaba aprobado y elegidos los miembros de la Academia: sólo nos faltaba designar los corresponsales de los departamentos y en esa tarea estábamos: ¿no nos podría él indicar cuáles eran las personas más competentes en gramática? El joven, vislumbrando ya su propia designación, nos remitió una carta entusiasta, cuajada de elogios, diciendo que aparte de él, si él algo valía, acaso no había en Tacuarembó más que el Inspector Departamental señor Casas que valiera para el puesto. ¡Y aquí de la respuesta de aquellos locos!

— ¡Hombres como Casas, amigo mío, hombres como Casas son los que necesitamos nosotros para llevar a feliz término nuestra Academia!

Así, al cabo de dos meses, terminó aquella broma. He aquí otra:

El doctor Angel Floro Costa había publicado una de sus célebres « Menipeas ». Un par de días después, combinados Rodó y Carlos, me preguntan:

— ¿Ha leído usted el artículo del doctor Floro Costa?

— Tenía el propósito de leerlo y no sé

cómo lo he extraviado.

— Pues valía la pena de leerlo. Le da una manteada a Carlos Reyles que lo deja hecho albondiguilla.

Yo me encalambriné enseguida. Tenía gran estimación ya en aquel entonces por Reyles y había escrito un artículo elogioso sobre su novela *Beba*. ¡Demasiado lo sabían ellos!

— ¿Tienen ustedes el diario?

Rodó hizo como si fuera a buscarlo y volvió diciendo que no lo encontraba. « Pero, — agregó, — en el café lo hallaremos. » Fuimos al café. Naturalmente, habían advertido al mozo que no lo encontrara. — « En la casa de Peña está con seguridad » — arguyeron. Pero allí, prevenidos, tampoco apareció el diario: le habrían roto o extraviado. — « Vamos a casa », — propuso Rodó. ¡Claro! También allí se había perdido. Entonces Carlos, adujo: — « ¡No vamos a estar perdiendo al tiempo en buscar eso! En resumen, lo que dice el artículo es esto y esto » — Rodó corrigió algunos términos, envenenando la situación.

— Mañana yo le contesto al doctor Floro Costa — aduje.

— No se meta con él — replicó Rodó, mefistofélicamente; — es un polemista temible.

— Yo le contesto mañana, — insistí enardecido. — Quiero conocer bien el ataque, nada más; las palabras exactas no me importan.

Entre los dos precisaron entonces el supuesto cargo a Reyles, que era injurioso; pero todavía agregaron para excitar mi amor propio:

— Piénselo bien; no vaya por lana y salga trasquilado...

Me marché en seguida, y esa misma tarde escribí mi artículo. Era un sinapismo.

Pero, he aquí que esa noche, en vez de reunirme a mis amigos, me largué al teatro. Esto trastornó sus planes y los convirtió de bromistas en embromados. Era necesario dar conmigo para evitar que esa noche entregara el artículo a algún diario y apareciera al siguiente, provocando quien sabe que serie de complicaciones entre ellos, el autor de *Nirvana* y yo. No habiendo concurrido al café a la hora de costumbre, donde me esperaron en vano, echáronse a recorrer media ciudad para hallarme. Fueron a mi casa, a la de cada uno de ellos, volvieron al café, recorrieron los sitios que frecuentábamos, y allá, a la una de la mañana, cuando se decidían a volver a mi casa, pues querían impedir a toda costa la publicación de mi artículo, me encontraron en una esquina esperando el tranvía.

— ¿Y el artículo? — clamaron los dos.

— Aquí lo tengo, mañana de mañana, le llevo a la *Tribuna Popular*.

— Hay que leerlo ahora.

— Vamos a leerlo en el café.

Le leí; festejaron buen rato mi tremen-

da filípica, y de pronto, sin rodeos, me aconsejaron que no lo publicara.

— ¿Por qué? — inquirí.

— Porque el doctor Floro Costa no ha escrito nada contra Reyles. Es una broma nuestra.

No salían mejor parados nuestros amigos y conocidos. Es verdad — replicarán éstos — que tampoco salía bien librada la poesía. Pero hay que tener en cuenta que los versos que les aplicábamos los hacíamos en menos tiempo del que tarda en santiguarse un cura loco, metiendo baza cada cual por su lado. Por otra parte, según he dicho, no había maldad en nuestros juegos poéticos y sólo los hacíamos por reír un momento.

Ibamos, una noche, por la calle Juncal. — « Miren ustedes qué apellido », dijo Carlos señalando el letrero de una casa de comercio. Todos leímos: « Vivo ». Poco después, al doblar por la calle 25 de Mayo, observó Rodó: — « Y este otro: « Ganzo » ¿Qué me dicen? »

Sopló la musa y resultó esto:

En las comerciales riñas
No hay un negociante manso,
Si Vivo lo agarra a Ganzo
Lo despluma, como hay viñas.

Otra vez iba Rodó hacia el Teatro San Felipe, donde se ofrecía un gran banquete a la Guardia Nacional y se esperaba una buena sesión de oratoria. Era en aquellos tiempos en que nuestro amigo Julio Ma.

Sosa empezaba su carrera política pronunciando discursos en todos los clubs partidarios. Para entretener la marcha, sin duda, compusieron esta estrofa:

Sería terrible cosa
que en el momento de entrar
oyéramos resonar
la voz de Julio Ma. Sosa.

Y cuando entraron al teatro, tenía la palabra, efectivamente, el actual Director de *El Día*.

Otras personas, no menos dignas de respeto, tampoco escapaban a este flujo poético. Teníamos, y tenemos por supuesto, grande estima y consideración por ellas; pero en aquel entonces le hubiéramos hecho un chiste o una redondilla a N. S. Jesucristo que se nos hubiera cruzado al paso. ¿Cómo podían escapar dignísimos caballeros a este desborde de alegría juvenil, si era una tentación para nosotros cualquier actitud política y hasta la simple enunciación de un nombre? Y he aquí los resultados de algunos de esos accesos de buen humor:

Un excelente caballero, ya extinto, que fué tesorero casi a perpetuidad de la Comisión Directiva del Partido Colorado, se encontró cierta vez conmigo.

— ¿Qué tal amigo, cómo vá esa salud?

— No muy bien; — me repuso, — creo que tengo un poco de neurastenia.

Al referir el caso a Rodó, no obstante tener éste gran consideración por aquél,

según se verá por la anécdota siguiente,—
arguyó :

— No puede ser.

— ¿Qué cosa no puede ser?

— Eso de la neurastenia. Es cosa averigüada que la neurastenia no da sino a las personas inteligentes.

Pues este mismo Rodó que, por hacer un chiste, lanzaba esa ironía, en otra ocasión (y es el caso a que me referí antes) defendió valientemente al señor tesorero.

Alguien, de quien se decía que había malversado fondos ajenos, atacaba duramente a aquél.

— Es un hombre que, por lo visto, no sirve más que para ser tesorero de todas las tesorerías.

— En todo caso, — observó finalmente Rodó, — *él guarda el dinero; otros, se lo guardan.*

También a un señor rematador le tocó su rociadita.

Fué, en cierta ocasión, a pedir a Rodó un discurso, poesía o algo por el estilo, para no sé qué exámenes. Para «ablandarlo», sin duda, algo turbado y sin cuidar mucho lo que decía, arguyó delante de nosotros : — «Yo admiro la obra que están haciendo ustedes, muchachos inteligentes; pero sobre todo usted, amigo Rodó, que tiene tanto talento, etc.»

Y apenas se marchó, surgió este diálogo :

— ¿Quién es este buen señor?

— Es don Fulano de tal.

— Pues nos partió por el eje.

— Cabal.

A veces, dábanos el santo por reirmos de la ingenua credulidad de algunos amigos, aprovechando del memorió que por aquel entonces gastábamos. Recuerdo a este propósito que habiéndonos propuesto, Rodó y yo, estudiar el griego, sin maestro, con una gramática elemental y una traducción de *Dafnis y Cloe*, que contenía el texto original, un íntimo nuestro, gran lector del Quijote, del que se sabía parrafadas enteritas al pie de la letra, tuvo la duda de que nunca saliéramos adelante en nuestra empresa. Para sacarlo de su error y convencerlo definitivamente que hablábamos y traducíamos el griego como Messire Amyot, no aprendimos el griego, naturalmente, pero si nos encajamos, cada cual, en la memoria, por lo que pudiera acontecer; uno de los trozos que nuestro incrédulo amigo creía saber él solo de la obra de Cervantes. Y aquí de la prueba.

— Es imposible que, sin maestro, sin diccionario y en tan poco tiempo, ustedes traduzcan nada del griego.

— ¿Imposible? — exclamó Rodó; — ahora va usted a verlo. ¿Qué quiere que le traduzca?

— Lo que quiera; de todos modos yo no sé griego, — repuso el otro, lógicamente.

— Pero lo sabe Pérez Petit y basta. Yo voy a traducir un texto cualquiera... Mire: aquí tengo casualmente el *Quijote* (por

casualidad estaba el *Quijote* a mano)... Yo traduzco un párafo al griego, y luego, cerrado el libro, Pérez Petit lo vuelve a traducir al castellano. Vd. comparará y verá si está bien.

Aceptado, — dijo el otro.

Y allá se puso a la obra el gran Rodó. Hizo como que abría al azar el libro y eligió el párrafo que yo había aprendido de memoria. Muy suelto de cuerpo, se puso a llenar varias cuartillas de papel con caracteres griegos. Era un amontonamiento infernal de letras pintorescas que no querían decir nada, par supuesto. Concluido su trabajo, se lo dió al otro y lo invitó para marchar en mi busca.

— Llevemos el *Quijote* para comparar, — dijo.

— Es inútil, — arguyó el otro; — yo sé todo ese texto de memoria.

— Llémosle, — insistió Rodó; — así no hay discusiones.

Me hallaron en mi casa y en pocas palabras me pusieron al corriente de lo que deseaban de mí. Muy suelto de cuerpo, a mi vez, con una frescura congénere a la de Rodó, empacé a mirar aquel enjambre de letras griegas escritas a capricho por mi cómplice, y de pronto rompí a leer, haciendo como que traducía: — « Porque, ¿ qué mayor disparate puede ser, en el sujeto que tratamos, [que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbudo? ¿ Y qué mayor

que pintarnos un mozo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán, y una princesa fregona? ¿ Que diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Africa, la tercera se acabó en Asia... etc. etc. », que hasta aquí me alcanza ahora la memoria, pero en el tiempo de la burla me llegaba hasta el fin del discurso que el bueno del Cura le espeta al Canónigo.

Turulato se quedó nuestro censor, porque no sospechando la combinación y creyendo, sin duda, que el sólo era capaz de aprenderse toda aquella parrafada de memoria, que oía caer lentamente de mis labios, tuvo a bien tragarse que efectivamente Rodó tradujo al griego lo que yo tan sin tropiezos volvía a verter al castellano. Desde aquel punto y hora, nuestro buen amigo se convirtió en nuestro más entusiasta panegirista; y quiera el cielo que al leer estas líneas no se trueque, para mí, en un duro censor, que en todo esto, como en los demás casos mencionados, no hubo propósito hiriente, sino necesidad juvenil de reír un poquito.

Ved otra historia todavía. Hacía mucho tiempo que insistíamos cerca del poeta Carlos Roxlo para obtener su colaboración, sin resultado. Un buen día, se presenta Juan Francisco Piquet en la redacción,

radiante de júbilo. — Una carta que me ha dado Roxlo para ustedes.

— ¡A ver! ¡A ver!

— Es la colaboración que le he pedido, — aduce Daniel.

— O una nueva excusa, — replica Carlos hipócritamente.

Abrimos el sobre, que contiene una poesía. « Cave ne cadas ». La leemos. Exclamaciones, comentarios. ¡Soberbia! ¡Magnífica! Es lo mejor que ha escrito Roxlo en su vida! ¿No les decía yo que nos enviaría algo para la Revista? ¡Qué buen compañero! ¡Pero que hermosa poesía! ¿Vamos a leerla otra vez? Y hemos ahí relejendo aquel « Cave ne cadas », entre gritos de admiración. Entonces Carlos empieza a formular ciertas observaciones, críticas menudas: no lo dejamos concluir. Daniel, su mismo hermano, quiere comérselo crudo:

— ¡Cállate! Es que le tienes envidia a Roxlo!

— ¿Qué yo le tengo envidia a Roxlo?

— Sí, tú; en tu vida escribirás versos como esos.

Para cortar la discusión, Rodó propone enviar la colaboración a la imprenta. Así se hace. Daniel se encarga en seguida de corregir las pruebas; no quiere que vaya a deslizarse algún error. Carlos, sarcásticamente le recomienda que la firma « Carlos Roxlo » la ponga en caracteres bien grandes, como que nunca la Revista ha publicado versos mejores. Y aparece al fin

el número.

¿Qué es esto? Nuestros ojos no creen lo que ven. Allí está la poesía « Cave ne cadas », en efecto; pero no luce al pie la firma de Carlos Roxlo, sino la de Carlos Martínez Vigil. Nos miramos los unos a los otros. Y desde un rincón de la estancia empieza a deslizarse, como una sierpe, una carcajada aguda, frenética, que no acaba nunca, mientras, Daniel, tragando saliva, mastica:

— No le veo la gracia a la broma...

Esta misma poesía iba dedicada a una excelente persona que presumía de poeta. Creyóse ésta obligada a corresponder la fineza, y, cuando menos lo esperábamos, se nos descolgó con toda una serie de sonetos, una docenita en total, que se titulaba « Desde la arena ». El último de la serie, titulado « Los brutos », era malo de verdad, un verdadero dolor de muelas.

— ¡Caramba! ¿Y cómo le decimos que este último no puede publicarse? El primer perjudicado, con semejante poesía sería el autor.

— Nosotros le hablaremos, — propusieron Rodó y Carlos.

Y fueron, efectivamente; pero, al aducir que la publicación del soneto respondía al deseo de evitarle al autor algún disgusto, contestóles éste:

— ¡No importa! ¡qué vengan los brutos a pedirme explicaciones! Yo asumo la responsabilidad de mis actos.

Tan equivocada estaba aquella buena

persona sobre el mérito de su soneto, que luego lo remitió a *El Siglo* con una carta en la cual nos reprochaba un poco amargamente la no publicación de « Los brutos » en nuestra *Revista*. ¿Qué hemos de hacerle?

Esta falta de juicio o criterio estético para apreciar los propios trabajos, también lo habíamos advertido en otro colaborador, poeta de onomásticos y banquetes. Excelente persona, como la anterior, nos tenía lisiados con sus ripios y prosaismos. Un flemón que le salió a Carlos, fué atribuido por mucho tiempo a la lectura de unos versos de este vate. Cierta día iba por la calle 25 de Mayo nuestro gran Rodó con el poeta liliputiense. Un caballero, ajeno a la literatura, y, por lo visto, ajeno también a discernir los méritos de cada cual, surgió de pronto entre ellos, los cogió por un brazo y se descolgó con esta atrocidad: — Yo, en el medio, entre las dos columnas de la literatura uruguaya.

Cuando Rodó, con chispeante alegría, nos refirió el caso la musa no pudo tenerse más. Para tal poeta, tal estrofa:

Piensa, vate que te exhalas
En rimas y formas toscas,

Que a pesar de tener alas,
No son aves no, las moscas.

Y como sería el cuento de nunca acabar, vamos a la broma con que yo me vengué de las que me venían dando aquellos excelentes amigos. Es el caso que el

doctor Julio Margariños Roca nos envió, para ser publicada, una serie de pensamientos, entre los que había uno que decía: « La criatura humana sabe ser a veces un coloso con pies de barro. »

Indignación de Carlos. ¡Esto no es un pensamiento! Es una trivialidad! Réplica contundente de Daniel. Declaración mía de que Carlos tenía razón. Intervención conciliadora de Rodó: « Hemos publicado cosas más flojas que eso »... Tras dos horas de discusión, allá van los originales a la imprenta. Daniel, que apreciaba particularmente al doctor Margariños Roca, se encarga de corregir con meticulosidad las pruebas. ¡All right! Todo está bien; marche la máquina!

Y aparece el número 23 de la *Revista Nacional* con aquel pensamiento impreso así: « La criatura humana sabe ser un coloso con pies de burro. » ¡Figúrense ustedes que tremolina! ¡Burro en vez de barro! — « Eso no estaba así, » clama Daniel. — « Es que tú no sabes corregir, » — contesta Carlos. Daniel se pone rojo de ira y vocifera: ¿Qué yo no sé corregir? Estoy seguro que la prueba decía barro y no burro. ¡Aquí hay una mano criminal!»

La discusión no concluía más. Se trajo la prueba. Efectivamente, decía *barro*. ¿Entonces, cómo aparecía escrito *burro*? — « Se habrá caído la letra y los cajistas la arreglaron por su cuenta »... explicó Carlos.

Callandito, me marché a averiguar el

caso por mi mismo. Muy en secreto me confiaron en la imprenta que una vez colocadas las « ramas » en la máquina, Carlos en persona había hecho la substitución de letras. Satisfecha mi curiosidad, volví al escritorio de Rodó : los hermanos Martínez Vigil se habían marchado.

Bajo la fiebre de mi descubrimiento, sin duda, rompí a hablar en verso :

— *Buenos días, señor don José Enrique.*

Mi amigo, tomando la embocadura, no quiso ser menos, y se soltó con otro endecasílabo :

— *Buenos días, don Víctor, ¿ qué me [cuenta ?*

Puesto en este tren, por fuerza teníamos que aporrear a las Musas. Y así continuamos dialogando yo y él :

Yo — Que vengo horrorizado de la [imprenta

El — ¿ Pues qué ha sido ? Su horror, al [fin, publique.

Yo — Hay que impedir que Carlos [modifique

Su texto a los autores...

Al llegar aquí, la Musa me abandona traicionera y me quedo buscándola por el aire. Rodó, que mantiene a la suya bien sujeta y no la deja escapar, me saca del atolladero :

El — Me impacienta

Que no encuentre usted pronto [rima en *enta!*

En prosa o verso su pecado [indique.

Yo cobro ánimos, y ya no hay quien me detenga :

Yo — En una prueba que decia *barro*
Cambió la *a* por *u* y escribió [burro.

El — ¡ Al fin, amigo, ha destapado el [tarro!

Y contra quien se despechó el [cazurro ?

Yo — Contra don Julio Magariños Roca.

El — Entonces esa enmienda no me [choca.

Ya ven ustedes si es cosa fácil hacer un soneto. Pero no era para hacer sonetos que yo había vuelto al escritorio de Rodó. En pocas palabras le expliqué mi propósito.

— Hay que darle una buena broma a Carlos. Le diremos que el doctor Julio Margariños ha hecho lo que yo hice, es decir, averiguar en la imprenta quién era el autor de ese cambio de letras. Tenemos que agregar que está hecho una fiera ; que no quiere entender razones, y que nos ha venido a ver para que seamos sus padrinos. Nosotros le explicaremos a Carlos que hemos aceptado únicamente para procurar de evitar el duelo.

— Me parece muy bien, — contestó Rodó.

Esa misma tarde, nos llegamos ambos a casa de Carlos. Empezamos con infinitos

rodeos, para ponerlo nervioso, explicándole que el doctor Magariños había estado en la redacción rugiendo y pateando; que sabía quien era el autor de la broma; que en la imprenta uno de los empleados había caído en la zoncera de decírselo; que no admitía explicaciones; que deseaba batirse.

— ¡Es una barbaridad!, — agregaba Rodó. Nadie se bate por una nimiedad semejante. Nosotros hemos aceptado el padrino para evitar ese duelo absurdo. Si nosotros renunciáramos al padrino, como decíamos con Pérez, aquel hombre nombra otros dos, quién sabe quién, y entonces no hay solución amistosa.

Dado este primer paso, nos marchamos, dejando a nuestra víctima convencida de la realidad del duelo. Por el camino comentábamos contentos la facilidad con que Carlos nos había creído. — «Para que aprenda a dar bromas», — repetíamos regocijadísimos.

Volvimos por la noche a la carga. — El doctor Magariños no quería saber de arreglos. O Carlos publicaba una carta pidiéndole excusas o se batían. Comentando el caso de mil modos, interminablemente, salimos a la calle y enderezamos al café que existía entonces en la calle de los Treinta y Tres esquina Sarandí, donde hoy tiene su sede «La Industrial».

— A las 9 tenemos que entrevistarnos con Magariños, — le dijimos luego a Carlos. — Usted, pues, nos espera en el

café, hasta que regresemos. No se mueva de aquí.

Y nos marchamos al teatro. A la salida, encontramos al otro en el café, esperándonos impacientemente. No había arreglo posible. O el duelo o la carta.

— Yo no escribo esa carta, — vociferó Carlos.

— Es lo que pensábamos. Así, pues, no hay arreglo. Por eso mismo hemos renunciado al padrino. Mañana Magariños designará otras dos personas, que irán a verlo en sus casa. Usted no debe moverse de ella.

Aquella noche, implacablemente, dejamos a Carlos bajo la amenaza del duelo.

Al día siguiente lo tuvimos prisionero todo el día, esperando los anunciados padrinos. Por la noche, nos presentamos a explicar los nuevos sucesos que habíamos ideado. Dijimos al contrincante del doctor Magariños que habíamos ido a ver a éste para presentarle verbalmente las excusas de Carlos. Pero el otro insistía en que se le dirigiera una carta, firmada siquiera por nosotros.

— ¡Yo no los he autorizado para eso! ¡Yo no los autorizo para enviar esa carta!, — protestaba Carlos.

Discutimos toda la noche, tratando de convencerlo. Al fin le manifestamos que a nuestro pedido se había postergado el envío de los nuevos padrinos. Estos vendrían al día siguiente; Carlos tampoco debía moverse de su casa. Y nos marchamos.

Pero, aquello de tener a un hombre casi tres días seguidos con la amenaza de un duelo sobre su cabeza, me pareció un poco cruel. Ya había dado yo su «vuelto» a Carlos; ahora me tocaba hacer caer en el lazo al propio Rodó. Por la tarde del nuevo día me fuí a ver a mi primera víctima.

— ¿Qué hay de nuevo? — me interrogó nervioso.

— Hay que no hay duelo.

— Y entonces me detuve a explicarle que todo había sido una broma fraguada con Rodó. Pero, ahora, — agregué, — debemos continuarla contra Rodó. Vamos a decirle que se ha molestado usted por las excusas que, sin su autorización, le presentamos ayer al doctor Magariños, y que éste no quiso aceptar; que le ha enviado usted a éste una carta injuriosa, y que nos nombra a nosotros dos padrinos para el duelo que tiene que producirse. Yo me arreglaré para que Rodó no vea a Magariños. Ahora voy a verlo, y luego llega usted.

Dicho y hecho. Rodó estaba esperándome en su escritorio para resolver la conclusión de la broma dada a Carlos. Yo entré desolado, en medio de un sofocón.

— ¿No sabe lo que pasa? Carlos ha enviado una carta a Magariños.

— ¿Pidiéndole excusas?

— ¡Qué excusas ni qué! ¡Insultándolo! Le comuniqué, atribulado, el nuevo incidente surgido.

— ¿Y qué hacemos ahora? Carlos quiere batirse. El otro ha recibido una carta insultante, sin saber por qué. Pedirá explicaciones. Carlos sabrá que por nuestra culpa se halla metido en ese lío. ¿Qué va a resultar de todo esto?

Rodó se había inmutado. No sabía que partido tomar. Por fin, insinuó la idea de hablarle francamente a nuestro amigo.

— Ni lo intente, — argüí yo. — Está hecho un tigre. La pegaría con nosotros. Vamos a aceptar el padrinazgo de este duelo, que ahora es de verdad, y yo me encargo de ir a ver al doctor Magariños, para explicarle que todo es resultado de una broma nuestra.

— Me parece bien, — contestó mi cómplice, conturbadísimo.

Cuando llegó Carlos, Rodó empleó todos los recursos de su dialéctica para convencerlo de que no debía batirse. Aquél se mostró inflexible.

— ¡Ahora soy yo quien quiere el duelo! — rugía.

Jamás en nuestra vida habíamos visto un hombre más furioso. No lo podíamos aplacar. Como yo había dicho que esa noche debía entrevistarme con el doctor Magariños, Rodó nos invitó a cenar a todos. Después de comer, salí con Rodó y nos dirigimos a casa de Magariños. Entré yo solo, según lo convenido, y éste quedó a la puerta. ¡Cualquier día entraba Rodó a dar semejantes explicaciones! Allá arriba hablé de cualquier cosa con el dueño de

casa, para dejar pasar el tiempo, y luego descendí.

— ¿Tan pronto? — inquirió Rodó. — ¿Qué hay?

— Que la hemos hecho buena, — re-
puse. Por la carta de Carlos, Magariños ha
averiguado lo que no sabía, es decir, que
fué él, Carlos, quien substituyó la letra. Y
ahora él también quiere batirse.

— ¡Qué hacemos, Señor, qué hacemos?
exclamaba angustiadísimo Rodó. — No
podemos dejar matarse a estos dos, por
nuestra culpa. Hay que hablarle a Carlos.

— ¿Para qué, si el otro quiere batirse
por lo de cambio de «barro» en «burro»?
Mañana le manda los padrinos, y esta vez
de verdad. Dejemos las cosas como están
y mañana resolveremos.

Al día siguiente, Carlos nos vino con la
nueva de haber recibido los padrinos, un
general y un diputado. Con esto se com-
plicó más el enredo. Yo tenía que contener
a Rodó, que a cada instante quería confe-
sar el caso.

Entonces, durante dos o tres días más.
fué un ir y venir endiablado de los unos
a casa de los otros. Con Carlos combiná-
banos nuevos enredos. Rodó no vivía. A
cada instante estaba en mi casa, para sa-
ber lo que había hablado yo con Magari-
ños, con Carlos o con los padrinos. El no
quería saber de nada. Hallábase desespe-
rado. Sólo acertaba a repetir: — «No los
podemos dejar matarse... Confiese usted
la verdad... Arregle como le parezca»...

Al séptimo u octavo día, caí como una
bomba en casa de Rodó:

— ¡Todo está arreglado!

— ¿Sí? ¿Cómo?

— Comiendo. Hay que ir a comer jun-
tos. Usted nos invita.

Rodó era generoso. Accedió contentí-
simo. Pero quería conocer el arreglo.

— En la mesa, en la mesa lo explicaré.
Es un poco largo y complicado.

Y en la mesa, en efecto, reunidos los
tres autores de la intrincada y complicada.
trama, le fué dado averiguar a Rodó que
todo ello no había sido otra cosa que una
broma mía en represalias por la cartita en
verso de José Pardo y la supuesta menipea
del doctor Angel Floro Costa contra Carlos
Reyles. — Mas como no había caso, o su-
cedido, palabra o discurso, que no se con-
virtiera en su espíritu, como por natural flo-
ración, en una máxima o sentencia,
denunciadora de su sagacidad crítica, o
acaso del hondo sentido filosófico que
más tarde habría de revelar, — dijo por
todo comentario de aquella «fumada».

— No puede negarse que maneja usted
los hilos de los títeres con soltura y habilidad.
¿Por qué no se dedica a escribir
para el teatro o a político intrigante?

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo, 1919. (Uruguayo)

EL MIRADOR DE PRÓSPERO

Un libro de Rodó es un dón raro, una etapa literaria, un acto de fe en la virtualidad artística de nuestra raza. Representa, en nuestra incipiente literatura, más que un ensayo de Renán, en la plenitud de las letras francesas, o una disertación de Walter Pater, en el mundo inglés, poblado de cantos y de ideas. Es un esfuerzo solitario en democracias bárbaras. Le saludan como a maestro cuantos confiesan su provisoria labor frente a los libros magistrales del escritor uruguayo.

El Mirador de Próspero no es obra orgánica. Demasiado rico de páginas, hubiéramos querido que sus editores le dieran otra forma y encerraran en dos volúmenes esos asuntos tan ricos y diversos. Han reunido ensayos, prólogos, libres comentarios al margen de la vida, interrogaciones angustiosas y evocaciones serenas, dulce arcaísmo, hirninos al porvenir. Este libro « sobre una perspectiva indefinida », como quiere hacerlos ahora el maestro admirable, nos revela mejor que *Ariel* o *Los motivos de Proteo* a un Rodó integral, crítico y pensador, conferencista y ensayista, poeta a quien la naturaleza

« habla siempre el lenguaje del espíritu », para quien el ideal lírico sería « cincelar con el cincel de Heredia la carne viva de Musset », prosador incomparable, rotundo y sutil, musical y profético que ha sentido todas las voluptuosidades en la lucha con las palabras — « esos monstruos minúsculos » — que lo exaltaba como « una desesperada contienda por la fortuna y el honor ».

Nada le es extraño en el diverso escenario del mundo : ni el fervor de los caudillos, ni la música de los poetas, ni el tumulto de la lucha obrera, ni el tesón benedictino de los eruditos. Atento a todos los rumores de la tierra mudable, como su Proteo simbólico, vive en la menuda realidad circundante y en el vasto mundo de las ideas y de las formas. Desinteresado y nobilísimo, indiferente a toda presión, hostil a todo jacobinismo, parece que a medida que avanza hacia la grave mitad de la vida, llega a su obra, como un sol de otoño, la serenidad de Goethe. Ni indiferencia ni pasión agresiva : curiosidad benévola y simpatía universal. No es suya la muelle ironía de Renán, sino el calor de una fe invulnerable. Las Gracias le concedieron, aún en la sonrisa de su prosa, una leve apariencia magistral, la nobleza de una autoridad indiscutible. En él no separamos el escritor del hombre : su vida sin claudicaciones, su erudición honrada, precisa, sin vanidoso apresuramiento, la perpetua elevación de sus ideas, platonismo elegante

sobre el tráfago vulgar, le conceden en nuestra América doble superioridad intelectual y moral,

¿Qué preferir en el *Mirador de Próspero*, cómo señalar la obra suprema, la cumbre insuperable para una inteligencia en plena robustez? Si algo hubiéramos de separar, sería algunos estudios definitivos sobre Juan Carlos Gómez, sobre Bolívar, Montalvo y Juan María Gutiérrez. En reciente entrevista, anuncia Rodó que prepara nuevos escritos de este género, perfiles de escritores y de caudillos, de Martí, quizás de antiguos cronistas como el inca Garcilaso o de formidables conquistadores. Bello proyecto que nos dará páginas que nadie sino él puede escribir. Su estudio sobre Montalvo me parece igual a los mejores de Taine, hasta por el esfuerzo en estudiar la época y el hombre. Desde Montevideo, ha reconstruido Rodó el medio ecuatoriano con erudición e intuición sorprendentes. Las páginas en que analiza el arte literario de Montalvo son de las mejores que escribiera el maestro, y no creemos que haya en la España actual quien pueda superarlas.

Dos corrientes literarias se juntan en América: la una más adecuada a la tierra ancestral, indisciplinada, abundante, a veces bárbara; la otra, que tiende a la elegancia académica, armoniosa, selecta, clásica, rica de ideas. En esta última, que podría derivarse de Bello, culmina José Enrique Rodó. Diríase que los

esfuerzos anteriores iban preparando su obra, como anuncia al vástago glorioso la lenta ascensión de una familia secular. Desde *Ariel*, figura el ilustre uruguayo, fuera de las ondulaciones de la moda y de las sonoridades de la *réclame*, como director intelectual de una época.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN
(Peruano)

Paris, 1914.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(Páginas de una Conferencia pronunciada en el Ateneo de Santiago de Cuba, Teatro Martí, Santiago de Cuba, el 9 de Junio de 1918.)

EL MEDIO

Maravilla el espíritu el sorprendente desarrollo, intelectual, económico y político que alcanza en nuestros días el Uruguay. Y, sin embargo, hasta los albores del siglo XX no pudo considerarse el Uruguay una tierra de paz. Largas y cruentas han sido allí las luchas políticas. La independencia tuvo una gestación difícil y dolorosa. La concepción atrevida y genial de Artigas, el *blandengue* extraordinario, de constituir una nación en la Banda Oriental del río Uruguay, encontró, como primer obstáculo, la porfiada obstinación del Directorio de Buenos Aires, que deseaba asegurar la existencia de una sola nación en las vastas regiones del Plata. Sabido es que muchos años más tarde, en 1857, un distinguido intelectual uruguayo, Juan Carlos Gómez, arriesgó su prestigio en la

defensa de la misma idea de vincular los destinos del Uruguay a los de la República Argentina, y condenado al destierro, en el cual continuó más tarde voluntariamente, no volvió al suelo uruguayo sino muerto, casi medio siglo después. La concepción de Artigas no era una idea caprichosa y sin base: razones topográficas e históricas la abonaban, y la rápida formación de una conciencia nacional uruguaya, depurada en el crisol del sufrimiento y del esfuerzo, comprobó desde temprano que aquel pueblo tenía derecho a poseer una patria propia.

La primera independencia del Uruguay, al desvincularse de Buenos Aires la Banda Oriental, sólo puede decirse que duró algunos meses. La dominación portuguesa, convertida más tarde en brasileña, por haberse constituido el Brasil como nación aparte, pareció haber sepultado para siempre el ideal de Artigas. El viejo guerrero, retirado al Paraguay, murió allí muchos años más tarde. El desembarco de los « treinta y tres » en la playa de la Agra-ciada, en 1825, señala el comienzo de la libertad definitiva del pueblo uruguayo. El ideal de Artigas no había muerto: renacía, con nuevo vigor, en cada pecho uruguayo; y en la última etapa de esta lucha suprema, la República Argentina, presidida entonces por Rivadavia, prestó su concurso armado a los patriotas orientales. Algún tiempo después, el Uruguay supo corresponder a ese auxilio, bajo la

segunda presidencia de Rivera, declarándole la guerra al tirano Rosas — no al pueblo argentino — y cooperando, después de ingente lucha que duró casi una década, a derrocar al despótico mandatario, cuyo ejemplo no encuentra parangón con ningún otro en la vida contemporánea.

Constituída la nación uruguaya, y reconocida por el pacto de paz de 1828, las rivalidades surgidas entre los dos jefes más conspicuos de la guerra separatista — Rivera y Lavalleja — ensombrecen el horizonte. De esa rivalidad tradicional parte la existencia de los dos partidos antagónicos del Uruguay: los que el pueblo llama « colorado » y « blanco », y que a pesar de las grandes transformaciones y subdivisiones circunstanciales que en el seno de los mismos han señalado los tiempos, continúan siendo los dos polos políticos de la vida nacional uruguaya. Esa rivalidad culminó en frecuentes revoluciones, algunas de ellas salpicadas de episodios nefandos, como la llamada « hecatombe de Quinteros », en la cual fueron fusilados el caudillo rebelde, general César Díaz, y cincuenta y un compañeros suyos (1858), o como la toma de Paysandú, en la cual el defensor de la ciudad y del gobierno constituido, general Leandro Gómez, fué igualmente pasado por las armas en unión de sus tres oficiales más distinguidos (1864). Muchas batallas han sido sangrientas, como la de no remota recordación en que murió Aparicio Saravia (1904), cau-

dillo « blanco » o « nacionalista » de la última revolución que ha tenido el Uruguay. Los atentados personales contra los dictadores o mandatarios no han escaseado tampoco: en un mismo día, durante un motín, fueron muertos de manera violenta en la capital los dos jefes más significados de opuestas tendencias políticas: el ex presidente Berro, jefe del motín, y el general Flores, que acababa de abandonar el título de dictador y esperaba ser elegido presidente constitucional (1868); el presidente Máximo Santos fué agredido, al entrar al teatro, por un oficial que se suicidó acto continuo, creyendo haberle dado muerte (1886); el presidente Idiarte Borda fué muerto de un tiro al salir de un teatrum (1897). Acaso temiendo análogas represalias había renunciado antes la Presidencia el ex dictador Latorre (1879).

La República Oriental del Uruguay ha tenido hasta la fecha diez y ocho presidentes constitucionales y ocho interinos, y ha sufrido seis dictaduras. Ha tenido más revoluciones que gobiernos; pero hay que hacer la salvedad de que la mayor parte de los presidentes han cumplido íntegro su período y han entregado el poder a su sucesor; y de que, por mandato constitucional que nunca se ha modificado, ninguno ha podido reelegirse para un período inmediato. Algunas revoluciones uruguayas podrán tildarse de innecesarias o de injustas, pero en ciertos casos el pueblo uruguayo no ha hecho más que demos-

trar de ese modo su derecho a ser mejor gobernado. El papel de tirano, según los ejemplos de la historia, ha sido siempre allí un puesto de peligro.

El pueblo uruguayo es laborioso y ha sabido explotar los veneros inmensos que la naturaleza le brinda. En menos de un siglo ha realizado una evolución tan asombrosa como rápida. La producción y la riqueza de aquel país, así como su adelanto material y su bienestar económico, son prodigiosos. Las cifras comparativas de la población de Montevideo, a lo largo de ese lapso, bastan, por sí solas, para demostrar el progreso gradual del país: en 1830 tenía la ciudad 15,000 habitantes; en 1852, 34,000; en 1895, 175,000; en 1915, 309,000. Al mismo tiempo ha habido una evolución positiva, intelectual y social, que ha contribuido poderosamente, junto con la riqueza económica, a la actual estabilidad y al buen orden de la vida política.

Pudiera creerse que en un país que ha sido víctima de continuas agitaciones revolucionarias, no eran posibles el bienestar económico ni el desarrollo de las fuerzas vivas de la nación. Los hechos ofrecen, sin embargo, la prueba en contrario. La epidemia de las luchas civiles no es causa, sino efecto de las condiciones especiales en que cada país se desenvuelve. Si algunas repúblicas hispano-americanas marchan con lentitud en el camino de la civilización, a muchas causas, de muy diversa índole, hay que atribuirlo; y el *virus re-*

volucionario, en vez de ser la fuente de ese mal, es tan sólo una de sus resultantes.

El derecho a la revolución es un recurso supremo que tienen los pueblos para librarse de los sistemas y organizaciones políticos que sean contrarios al bienestar público y a la dignidad humana. El fenómeno que se ha producido en algunas repúblicas hispano-americanas, debido a las condiciones precarias de la vida nacional, es el de que ese derecho, reservado para casos extraordinarios, se falsea, y a él se apela a cada instante, intentando justificarlo con alegaciones bizantinas que no se afianzan en una lesión profunda del derecho y de la libertad de los hombres: por ese camino se cae por fuerza en un sistema continuo e insoportable de tiranías, que se sustituyen unas a otras, y que las revoluciones, en vez de suprimir, contribuyen a perpetuar. Pero no basta con la simple supresión del fenómeno de las revoluciones para que se destruyan las condiciones negativas en que se desenvuelven esos pueblos y que dependen de su misma estructura, tanto social como económica. El morbo revolucionario podrá ser contenido en la apariencia; pero, mientras subsistan las causas que lo producen, estará llamado a reaparecer. Muchos tiranos han logrado sofocarlo temporalmente, pero las revoluciones han vuelto a enseñorearse del país cuando el obstáculo — el hombre y su sistema — ha desaparecido. Otros mandatarios han querido extirparlas

buscando el apoyo de las bayonetas extranjeras, como hizo el presidente Flores en el Uruguay, en 1854, al obtener que el Brasil interviniera en su apoyo con un nutrido cuerpo de ejército: la intervención del Brasil fué infructuosa, pues en ese interregno, que duró aproximadamente dos años, estalló más de una asonada y hubo una administración revolucionaria, la que presidió Luis Lamas, que duró dos semanas y sentó sus reales en la capital de la República. Hoy, sin ajenas intromisiones, el período de las revoluciones ha pasado, y el Uruguay, grande por el esfuerzo de su hijos, entra en una era de inalterable prosperidad y de creciente bienestar.

CONCILIACIÓN Y ECLECTICISMO

José Enrique Rodó vino al mundo el 15 de julio de 1872, en el momento crítico de la evolución nacional del Uruguay. Su infancia y su adolescencia alcanzan todavía períodos de agitación y desconcierto; pero ya, cuando le toca actuar, el cuadro empieza a ser diferente, y la oportunidad le depara el derecho de ser, desde su torre de marfil, uno de los sembradores de ideas que señalan nuevos horizontes. Las luchas políticas, todavía enconadas al llegar Rodó a la temprana madurez de su intelecto, buscaban ya lentamente el cauce normal y sereno por el cual corren desde hace algunos años. El país, rico y próspero, anhelaba la paz; pero no la paz impuesta por

dictadores audaces, sino la paz jurídica y justa, única compatible con la dignidad del hombre.

Si agitada era la vida política, no lo era menos la vida de las ideas en la época en que florecía la mentalidad de Rodó. Los problemas literarios se discutían con tanto ardor como los filosóficos. Desde 1872 — el mismo año en que nació Rodó — existía el Club Universitario, que más tarde se llamó Ateneo del Uruguay y que tuvo su época más brillante de 1880 a 1885. Allí se desarrolló el espíritu del libre examen frente a la ortodoxia. No se ha apagado aún el eco de aquellas contiendas de la idea: la polémica de Rodó, en 1906, sobre la expulsión de los crucifijos de las salas de hospital, demuestra que el choque de esas tendencias opuestas, aunque atenuado, subsiste aún. Los artículos escritos por Rodó durante el curso de esa polémica han sido recogidos en el folleto *Liberalismo y Jacobinismo*, y nos dan a conocer los puntos de vista del autor sobre problemas que se relacionan íntimamente con los debates del Ateneo del Uruguay. Rodó asume una posición conciliadora entre las más opuestas tendencias. Es posible que esa actitud de conciliación fuera una modalidad de su carácter, porque en otros aspectos del pensamiento Rodó se manifiesta de igual suerte. No es extraño, de todas suertes, que tan alto espíritu se consagre a buscar fórmulas de conciliación. Le tocó florecer en un momento en que para el Uruguay consti-

tuía una necesidad nacional y un público anhelo encontrar soluciones armónicas que garantizaran la paz y consolidaran el bienestar general. Esta necesidad, hondamente sentida por quienes, como Rodó, sabían escudriñar el futuro, ¿no influiría quizás en hacerle temer toda clase de radicalismos y exaltaciones, transplantando a la vida de las ideas y de las abstracciones esa posición adquirida en la esfera práctica de los problemas nacionales?

Así, Rodó, liberal, huye del jacobinismo intolerante y protesta de «la expulsión reiterada e implacable de la imagen de Cristo del seno de una casa de caridad», declarando que esa resolución no puede ser calificada como un «acto de extremo y radical liberalismo».

«No — exclama Rodó — digamos mejor: «jacobinismo». Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluida en toda legítima acepción del liberalismo, cualesquiera que sean los epítetos con que se refuerce o extreme la significación de esta palabra.

Un profesor de filosofía — dice más adelante — que, encontrando en el testero de su aula el busto de Sócrates, fundados del pensamiento filosófico, le hiciera retirar de allí; una academia literaria española que ordenase quitar del salón de sus sesiones la efigie de Cervantes; un parla-

mento argentino que dispusiera que las estatuas de San Martín o de Belgrano fueran derribadas para no ser repuestas; un círculo de impresores que acordase que el retrato de Guttenberg dejase de presidir sus deliberaciones sociales, suscitarían, sin duda, nuestro asombro, y no nos sería necesario más que el sentido intuitivo de la primera impresión para calificar la incongruencia de su conducta.

Y una Comisión de *Caridad* que expulsa del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad* — del que la trajo al mundo como sentimiento y como doctrina —, no ofrece, para quien desapasionadamente lo mire, espectáculo menos desconcertador ni menos extraño. Aun prescindiendo del interés de orden social que va envuelto en el examen de este hecho, como manifestación de un criterio de filosofía militante que se traduce en acción y puede trascender en otras iniciativas parecidas, siempre habría en él el interés psicológico de investigar por qué lógica de ideas o de sentimientos, por qué vías de convicción o de pasión, ha podido llegarse a tan contradictorio resultado: la personificación indiscutida de la caridad, expulsada de un ambiente que no es sino la expansión de su espíritu, por aquellos mismos que ministran los dones de la caridad.

Pero no es necesario afanarse mucho tiempo para encontrar el rastro de esa lógica: es la lógica *en línea recta* del jaco-

binismo, que así lleva a las construcciones idealistas de Condorcet o de Robespierre como a los atropellos inicuos de la intolerancia revolucionaria; y que, por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente a los más absurdos extremos y a las más irritantes injusticias, cuando se la transporta a la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos.»

Rodó se revela, según se ve, en este folleto, no sólo un gran polemista, sino también un amplio y comprensivo espíritu, enemigo de la intolerancia de partido o de creencia. En la infancia, había recibido de sus mayores una educación honda y sinceramente católica. Más tarde, sus gustos y lecturas fueron diferentes, y sus ideas variaron, siguiendo el cauce de su vasta cultura filosófica. Pero aun en el terreno filosófico Rodó rehuyó las fórmulas radicales; y de tal suerte, en *Motivos de Proteo* buscó una íntima armonía entre el principio cosmológico de la *evolución creadora* y el ideal de someter nuestra personalidad a una norma fecunda en el desenvolvimiento de las actividades humanas, según ha hecho observar uno de sus críticos (1).

Rodó no esclaviza su pensamiento a ningún dogma, y busca, en lo posible, fór-

(1) *Conferencias del Ateneo de la Juventud*; México, 1910. La obra de José Enrique Rodó, por Pedro Henriquez Ureña, págs. 61-83.

mulas armonicistas o eclécticas. Su actitud frente al problema religioso se asemeja en muchos aspectos a la de Renán, a quien sonsagró una gran devoción intelectual. La fe de sus mayores le acaricia a veces como el eco de una tradición poética y dulce. Siempre encuentra su espíritu, en esa fe ya apagada, un poco de emoción y de belleza, sin que ello venga a perturbar su independencia de criterio.

«Por lo que respecta a la personalidad y doctrina de Cristo—declara—mi posición es en absoluto independiente, no estando unido a ellas por más vínculos que los de la admiración puramente humana, aunque altísima, y la adhesión racional a los fundamentos de una doctrina que tengo por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre.»

EL CULTO DE LA FORMA

Rodó pertenece a la generación literaria más brillante del Uruguay, la que se inicia con hombres como Samuel Blixen (nacido en 1868), Daniel Martínez Vigil (1868), y Carlos Martínez Vigil (1871), y se completa con Carlos Reyles (1870), Víctor Pérez Petit (1871), Javier de Viana (1872), Benjamín Fernández y Medina (1871), Julio Herrera y Reissig (1875) y muchos más.

La tribuna desde la cual manifestó Rodó sus altas aptitudes fué la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*,

fundada en marzo de 1895 por los hermanos Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit y el propio Rodó, que entonces no contaba veintitrés años. Esta admirable publicación influyó de manera notable en el movimiento intelectual del Uruguay durante los últimos años de siglo XIX. Su aparición señala una época. Escasas son las publicaciones hispanoamericanas de igual índole que pueden parangonarsele. En sus páginas se sentía el estremecimiento intelectual de Europa y de América, comentado y difundido con un espíritu amplio, conciliador y ecléctico. Allí publicó Rodó sus primeros artículos de resonancia, entre ellos múltiples estudios de crítica literaria, no todos recogidos después por su autor para formar volúmenes, y la bella página, modelo de « ensayo » imaginativo, *El que vendrá*. Más tarde, esa página admirable, unida al estudio sobre *La Novela Nueva*, constituyó el primero de una serie de folletos que, al amparo del título común de *La Vida Nueva*, publicó Rodó. Los dos folletos siguientes—únicos que completaron la serie—fueron *Ariel* y el estudio sobre *Rubén Darío*.

La merecida nombradía que le dieron sus primeros trabajos lo elevó a la cátedra de literatura de la Universidad de Montevideo, en 1898, cuando apenas contaba veintiséis años, sin poseer títulos académicos, que más tarde tampoco adquirió. Fué también, en 1900, interinamente

Director de la Biblioteca Nacional, y abandonó la cátedra en 1902 para ocupar un puesto en el congreso. Fué redactor de algunos periódicos diarios como *El Orden*, *Diario del Plata* y *El Telégrafo Marítimo*. Dondequiera que su palabra o su pluma encontraron campo para manifestarse, dejó la huella de su apostolado de belleza. Años más tarde, cuando su fama, proclamada desde temprano por *Clarín* al formular un juicio sobre *Ariel*, se vió consolidada en todos los países de lengua castellana, la Academia Española lo eligió como miembro correspondiente.

La posición de Rodó frente a los problemas literarios es ecléctica, de igual modo que frente a otros problemas del espíritu. Conocía a fondo, y gustaba de citarlos frecuentemente, los grandes modelos de la literatura clásica de todos los tiempos; sabía comprender el romanticismo en toda su alta significación histórica; sabía admirar el naturalismo sin inútiles exageraciones; sabía solazarse ante la más genuina expresión del realismo, si se veía avalorada por sagaz don de observación; sabía defender, con sereno espíritu de justicia, el modernismo, en su sentido más comprensivo y extenso, si el esmero y aun el rebuscamiento de la forma no degeneraban en vana e incongruante palabrería, porque esto último no es modernismo, sino pseudomodernismo.

« Yo soy un modernista también — decía en su estudio sobre Rubén Darío —, yo pertene-

nezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior; es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo; aunque no lo sea—porque no tienen intensidad par ser nada serio—la obra frívola y fugaz de los que le imitan, el vano producir de la mayor parte de la juventud que hoy juega infantilmente en América al juego literario de los colores.»

Rodó se consagró al cultivo de una forma literaria llena de serenidad y de gracia, sin efectismos, sin crudezas y sin enervamientos. Su credo artístico se inspira en la aristocracia suprema de la forma. El aspecto más efectivo de su influencia en la literatura de la América española—influencia que traciende a España, como la de Rubén Darío y otras figuras representativas de las letras hispanoamericanas—estriba en su silencioso apostolado por la forma y en su deliberada animadversión a todo efectismo. Rodó entretejió la malla de su prosa impecable, pulcra y severa, sin que una sola frase delatara el artificio de su estructura.

Empero, a ese culto a la aristocracia de la forma va unido el de la aristocracia del pensamiento. Rodó no aspiraba a escribir sin decir nada, sino a “decir las cosas bien”. Es verdad que ante un libro de versos de Leopoldo Díaz, reclamaba, en 1895—con su criterio ecléctico de siempre—, que se dejara «a la poesía la fuerza de su libertad» y exigía que fuésemos «siempre gratos al beneficio de sus dones divinos, ya se nos aparezca como deidad armada y luminosa, en nuestras luchas, ya se retraiga en la dulce intimidad del sentimiento; ya extinga en sí la llama de la vida, como adurmiéndose sobre el lecho de mármol, y deje sólo en nuestro espíritu la caricia helada de la forma.»

Pero también es cierto que, un momento antes, había hecho la salvedad de que él tenía fe «en el sublime magisterio de la palabra de los poetas».

Y luego (1896), en un primoroso camafeo tallado para el álbum de un poeta, exclama:

«Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer sentir; que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento.»

Y agrega:

«Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos

cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset ».

Nueva expresión alcanza, años después (1899), su amor a la forma, poniendo en paralelo la aptitud de producir la obra bella con la aptitud de realizar la obra de bien:

«Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?...»

Hablad con ritmo; cuidado de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad. »

Y más tarde (1900), en *La gesta de la forma* — otra página breve y honda, donde pinta Rodó su cotidiana lucha con la palabra rebelde — declara:

«La lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles en-

carnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡Oh *Ilíada* formidable y hermosa; *Ilíada* del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.»

La plasticidad armoniosa que Rodó supo imprimir a la prosa castellana no ha sido superada en nuestro tiempo. Es la más brillante manifestación de la forma literaria de nuestra lengua en la edad contemporánea. Nadie, excepto acaso Montalvo, ha logrado sumar tanta fuerza expresiva junto a tanta fuerza original.

A juicio de Ventura García Calderón, se observa un cambio de *manera* en Rodó durante la última etapa de su producción:

«Como los simbolistas arrepentidos, Moreás o Régnier, volvían al clasicismo nacional, Rodó ensayó visiblemente, en sus *Motivos de Proteo*, la estructura literaria de los clásicos. Desaparecen el período breve, la simplicidad perfecta y armoniosa. Hasta la gracia efusiva de antaño cede el paso a una pompa castellana». ¹

¹ *La Literatura Uruguaya* (Extrait de la *Revue Hispanique*, tome XL), por Ventura García Calderón y Hugo D. Barbagelata (Paris, 1917). En una nota que aparece en el capítulo consagrado a Rodó (pág. 81), se hace constar que en ciertos casos ha prevalecido la opinión del Sr. García Calderón y que el Sr. Barbagelata conserva la libertad de su criterio personal.

El fenómeno, sin embargo, es ocasional y no permanente; pero, ante todo, hay que declarar que en algunos capítulos de *Motivos de Proteo*, como aquellos consagrados a la « disciplina del amor y la calidad del objeto en que el amor se cifra » (CXI y CXII), alcanzó el estilo de Rodó una de sus manifestaciones más diáfanas y perfectas, y, sin embargo, en esos capítulos es donde más resalta la imitación, voluntaria o no, de la estructura literaria de los clásicos españoles, a los cuales conocía, aunque no tan a fondo como a los escritores franceses. Pero si bien es verdad que Rodó adoptó a veces ciertos giros sonoros del más puro clasicismo de nuestro idioma — cosa que en modo alguno podrá censurarse —, este fenómeno no se revela de manera constante en su estilo, sembrado de neologismos y pródigo en modalidades nuevas, que sólo son compatibles con el posterior desenvolvimiento que ha sufrido la prosa castellana al paso de los siglos.

No es otra la diferencia que separa a Rodó de Montalvo: el escritor ecuatoriano amaba el castizo amaneramiento clásico, y sabía reproducirlo con pasmosa naturalidad en su prosa deslumbradora y magnífica. Rodó, artífice original y supremo de una forma nueva, no podía encontrar fácilmente en la imitación de los clásicos españoles su forma propia y adecuada de expresión, y algunas veces, después de aventurarse en la empresa, él mismo se

traiciona y vuelve, sin sentirlo acaso, a su estilo habitual.

En determinados pasajes de *Motivos de Proteo* encontramos a veces cierta ampulosidad, pero hay que atribuirlo a otras causas, y no siempre al deseo de imitar la pompa castellana. Acaso para suavizar la enumeración fatigosa de los múltiples ejemplos prácticos que cita en *Motivos de Proteo*, como comprobación humana de sus ideas y observaciones (y conste que esta enumeración ejemplificadora es lo único que resta, por momentos, su alto interés al libro, que mejor hubiera podido mantenerse, abreviando los ejemplos, en el terreno de las ideas puras), acaso para alejar de sus lectores el cansancio momentáneo que podían producir tan repetidas citas y anécdotas, quiso Rodó decorarlas con pompas retóricas que las hacían más extensas sin darles mayor brillo; pero, en cambio, ni aun en las más bellas páginas de *Ariel* pudo Rodó superar la armonía majestuosa de los capítulos fundamentales de *Motivos de Proteo*, ni el arte maravilloso de *La Pampa de Granito* y de sus otras encantadoras parábolas.

No hay que extrañar, por ello, que Rodó hubiera tenido en su juventud trato con las musas. El cultivo de la poesía, en su forma rimada, suele ser la debilidad de los grandes artífices de la prosa. Ejemplo ilustre tenemos en Cervantes. Por lo que a Rodó respecta, en sus versos hay a veces más erudición que sentimiento. Bastará a

comprobarlo este soneto, escrito en la época de su primera juventud :

De la dichosa edad en los albores
amó a Perrault mi ingenua fantasía,
mago que en torno de mi sien tendía
gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
fué Lamartine mi cariñoso guía.
Jocelyn propició, bajo la umbría
fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y
[escuda
al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,
amé a Cerventes. Sensación más ruda
busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa
[extraña!
vuelvo a Perrault, ¡me reconcentro y
[ríe!

No perdió con los años su afición a la poesía. Poco antes de emprender Rodó su viaje a Europa, Carlos Reyles, el hondo novelista uruguayo, le pidió que escribiera el prólogo de la novela *El Terruño*; y Rodó, al acceder a la petición del amigo, le contestó con el siguiente soneto, que acusa estructura clásica, de igual suerte que aquellos fragmentos en prosa en los cuales observó idéntico fenómeno el brillante escritor Ventura García Calderón :

Corcel de tan cumplida gentileza
cual la heredad de su merced los cría,
no otra gala mejor requeriría
que aquellas que le dió Naturaleza.

Desnudo el lomo, libre la cabeza,
más claro su donaire luciría,
y el tosco arreo de la industria mía
parecerá baldón de su belleza.

Pero, obediente, compondré el arreo,
en que todo ornamento fuera escaso,
a hacerle digno de tan alto empleo,
y si sobrado ruin saliera acaso,
arrójelo de sí, de un escarceo,
y humíllelo a sus cascos de Pegaso !

LABOR CRÍTICA

La cultura literaria y filosófica de Rodó, con ser muy vasta, es principalmente francesa. En sus obras menudean las citas, siempre oportunas y sabias. Rodó poseía especial habilidad para encajar la cita, con naturalidad y sencillez, sin alarde pueril de erudición, dentro de la estructura de sus párrafos. Confrontando estas citas es como puede apreciarse, principalmente, la marcada preferencia que tuvo por los autores franceses. Si se hace un recuento de los nombres que él menciona en sus obras, con conocimiento de causa, a veces reite-

radamente, se advertirá que en su obra aparecen más de doscientos de autores franceses diferentes, a trueque de encontrar menos de setenta de autores españoles. Desde luego su cultura en ambas literaturas era mucho más vasta, porque a ningún lector asiduo le es dable hallar ocasión de citar todos los autores que conoce, aunque, en cambio, no falten eruditos *a la violeta* que citen a muchos más que no han leído nunca. Pero el dato matemático de que se hace mención, comprueba que Rodó estaba en más constante contacto con la literatura francesa. De las restantes citas que hace, no pocas corresponden a las literaturas clásicas y a las literaturas contemporáneas de otros países; pero todas éstas, en conjunto (salvo las que se refieren a la América española), apenas se igualan a las de autores franceses.

Seguramente si la historia de la literatura española hubiera constituido para Rodó un objeto de preferencia constante, no hubiera incurrido en dos errores que se advierten en *Motivos de Proteo*, y que son inaceptables en una obra publicada en 1909. Uno de ellos es el atribuir a D. Diego Hurtado de Mendoza « la joya exquisita de *El Lazarillo de Tormes* », a pesar de que modernas investigaciones establecen, sin lugar a dudas, que no puede atribuirse a tan ilustre autor esa admirable y anónima narración picaresca. Otro es el de aseverar que Alfonso el Sabio « hizo » la *Grande e General Estoria*. no

obstante ser cosa comprobada que esa obra, que no llegó a terminarse, fué inspirada, sin duda, por el sabio monarca, y compuesta por orden suya, pero que la « hicieron » otros, algunos de cuyos nombres han podido rescatarse al olvido.

No indica esto, en modo alguno, desamor a España ni a sus tradiciones literarias, sino poca consagración al estudio de estas últimas como una especialidad. Es indudable que Rodó conocía a fondo las obras originales de los clásicos españoles. Su insuperable página *El Cristo a la jinetá*, en la cual establece un ingenioso paralelo entre Cristo y Don Quijote, no es tan sólo una exquisita concepción imaginativa, sino que revela también una perfecta y superior comprensión de la obra de Cervantes.

Además, Rodó aprendió a amar desde la infancia los aspectos más gloriosos y amables de la nación descubridora. Este sentimiento, difundido en no pocas de las páginas que escribió, estalla, de manera vibrante, en un expresivo artículo intitulado *La España Niña*. Rodó declara que nunca ha dudado « del porvenir de esta América nacida de España », pero quiere ver un reflorecimiento de grandeza, allá, en la vieja casa de la leyenda y del idioma; porque si bien es verdad que la gloria que alcance América se reflejará sobre España, él quiere también a España aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua.

Y exclama :

« *Soñemos, alma, soñemos* un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a este y a aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros ».

Estos párrafos, en que Rodó profetiza el advenimiento de « la plenitud de la grandeza de América », bastan para poner de relieve uno de los aspectos más importantes de la labor de Rodó : el americanismo. La confraternidad y el engrandecimiento de los pueblos de nuestra América son para él un credo, una religión, una profesión de fe.

Así, Rodó desea que la literatura magnifique y difunda ese ideal. Dirigiéndose a Federico García Godoy, dice :

« Epocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispanoamericana, el *genio* propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y su cultura. Para esta obra, un arte hodamente inte-

resado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

Pero, aparte de esa función de transcendencia social que puede hermanarse a la obra literaria sin menoscabo de su esencial sentido artístico, la literatura hispanoamericana debe tender a adquirir gradualmente un carácter propio que corresponda al desenvolvimiento progresivo de estos pueblos en el orden de la civilización, aunque sin oponerse a la influencia europea, que es necesario aceptar y encauzar sabiamente para no caer en imitaciones incongruentes. Al emitir su juicio sobre la antología de *La Joven Literatura Hispanoamericana*, publicada por Manuel Ugarte en 1906, Rodó concretó su apreciación sobre este problema del siguiente modo :

« Es indudable que, dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispanoamericano no ha podido ni puede aspirar aún a una autonomía literaria que lo habilite a prescindir de la influencia europea. No siendo la literatura una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos, sino un órgano de la vida civilizada, sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituida y enérgica. La dirección, el magisterio del pensamiento europeo, es, pues, condición ineludible de nuestra cultura, y pretender

rechazarlo para salvar nuestra originalidad sería como si, para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina neumática. Pero si la independencia y la originalidad literaria americanas no pueden consistir en oponerse a la influencia europea, sí pueden y deben consistir en aplicar a esta influencia el discernimiento, la elección, que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente, y rehace lo fundamentalmente inadaptable, y modifique, con arreglo a las condiciones del medio, aquello que deba admitirse y adaptarse.»

Y años después, en el prólogo de *El Terruño*, de Carlos Reyles, expuso Rodó estos conceptos, relativos a un aspecto de positiva importancia, del americanismo literario:

«En literatura americana, el olvido o el menosprecio de esa relación filial de la obra con la realidad circunstante ha caracterizado, o mejor, ha privado de carácter a la mayor parte de la producción que, por los méritos de la realización artística y por la virtualidad de la aptitud que se revela, compone dentro de aquella literatura la porción más valiosa. Junto a esta porción selecta, pero, por lo general, inadaptada, una tendencia de nacionalismo literario que, salvo ilustres excepciones, no ha arrastrado en su corriente a la parte más noble y capaz del grupo intelectual de cada generación, se ha mantenido, por

esta misma circunstancia, dentro de un concepto sobrado estrecho, vulgar y candoroso del ideal de nacionalidad en literatura. Debemos, sin embargo, a esa tendencia artísticamente feble y provisional, lo poco que ha trascendido a la expresión literaria de la originalidad de vida y color de nuestros campos; del carácter de esa embrionaria civilización agreste, donde aún se percibe el dejo y el aroma del desierto, como en la fruta que se vuelve montés la aspereza de la tierra inculta. La vida de los campos, si no es la única que ofrezca inspiración eficaz para el propósito de originalidad americana, es, sin duda, la de originalidad más briosa y entera, y por lo tanto, la que más fácil y espontáneamente puede cooperar a la creación de una literatura propia. Suele tildarse de limitado, de *ingenuo*, de pobre en interés psicológico, de insuficiente para contener profundas cosas, al tema campesino; pero esta objeción manifiesta una idea enteramente falsa en cuanto a las condiciones de la realidad que ha de servir como substancia de arte.»

No hay que extrañar, después de conocer el fervor con que Rodó estudiaba las cuestiones americanas, que la mayor parte de su labor crítica — contenida principalmente en *El Mirador de Próspero* — esté consagrada a la producción hispanoamericana. Es cierto que escribió estudios de conjunto, como el de *La Novela Nueva*, que abarca aspectos generales de la litera-

tura contemporánea, y que lo mismo analizó una novela de Pérez Galdós, que la labor crítica de *Clarín* o el espíritu recóndito de los versos de Juan Ramón Jiménez; pero la parte más extensa e importante de sus trabajos de crítica literaria es la que gira en torno de la poesía de Guido Spano, de los estudios sociales de Carlos Arturo Torres, de las novelas de Carlos Reyles, y culmina en tres estudios magistrales, como son los que consagró a Rubén Darío, a Juan María Gutiérrez y a Montalvo. Ocioso sería señalar, por otra parte, que sus citas y comentarios a la obra de autores hispanoamericanos, son los únicos que se aproximan en número a las citas que hace de autores franceses.

No ha faltado quien critique, empero, la circunstancia de que en el estudio consagrado a Rubén Darío se encuentren alusiones frecuentes a la literatura francesa de nuestros días, hasta el grado de que muchos autores que Rodó menciona no son los más conocidos de una gran parte del público en la misma Francia; por lo cual, para comprender bien el estudio de Rodó, se requiere una cultura especial que no está al alcance de la mayoría de los lectores¹. La objeción carece de valor, si se tiene en cuenta que Rodó analiza en ese estudio un solo aspecto de la producción de Darío: el que se halla contenido

¹ Miguel de Toro y Gisbert: *Los Nuevos Derroteros del Idioma*, París 1918.

en *Prosas Profanas*, o sea el aspecto *más francés* del gran poeta hispanoamericano. Sería imposible hacer verdadera labor crítica sin ir a buscar a Francia las raigambres, cercanas o remotas, de la poesía de Darío; el conocimiento de los autores parnasianos, simbolistas y decadentes, se hace necesario para analizar una poesía en la cual se encuentran, a cada paso, reminiscencias felices del movimiento modernista francés. Es crítica, si se quiere, para elegidos, porque se trata de analizar una producción poética que, en ese aspecto al menos, sólo halla su plena comprensión en el cenáculo o en la academia. El mismo Rubén Darío dijo:

«Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.»

Igual puede decirse del estudio de Rodó. Este trabajo demuestra tan íntima penetración con la obra del poeta, que Darío lo eligió para figurar al frente de la segunda edición de *Prosas Profanas*, aunque, por una inadvertencia inexcusable de la casa editora, se omitió la firma de Rodó al final del trabajo, y durante algún tiempo, mientras no se hizo una nueva reimpresión, hubo quien — tal hizo un joven y conocido escritor — lo designara como «el anónimo y eminente prologuista de *Prosas Profanas*».

El estudio de Rodó sobre *Juan María Gutiérrez y su época*, es una apreciación de conjunto sobre la literatura del Río de

la Plata hasta mediados del siglo XIX. En torno a la personalidad del insigne escritor argentino, Rodó traza un cuadro, animado e intenso, del movimiento literario que tuvo su principal asiento en la ciudad de Montevideo en la época en que los emigrados argentinos, contrarios a la tiranía de Rosas, cultivaban en los jardines de Academos la flor de la literatura romántica, en amable consorcio con la filosofía de la historia, y preparaban la redención de la patria sojuzgada al más abominable caudillaje político. En ese mismo estudio hay consideraciones de carácter general sobre la literatura hispanoamericana, como son las que se refieren a las primeras manifestaciones de la poesía de la naturaleza en América. El comentario que con tal motivo consagra a las dos famosas composiciones de Bello y de Heredia, es admirable por la sagacidad crítica que revela.

El estudio sobre Montalvo es una de las producciones más hondas e importantes de Rodó. Es, a la vez que una biografía crítica, un análisis político-social del medio y de la época. No en balde tuvo Rodó marcada predilección por Taine. A la concepción crítica de Taine podrán oponerse los reparos que caben a toda tesis exclusivista, pero es indudable que Taine no escribió para un día ni para una generación. Rodó ha seguido sus huellas, aunque no servilmente, y ha logrado dar extraordinaria claridad y precisión al cuadro y a la figura que se destaca en su cen-

tro. La visión del Ecuador a mediados del pasado siglo, surge de esas páginas cálida y palpitante; la descripción de la naturaleza resulta, por el arte supremo de la palabra, una maravilla igual a la que puede ofrecer la realidad; el análisis de Montalvo, esto es, de su carácter y de su obra, revela tal penetración crítica que nadie podrá superarlo.

LA « MAGNA PATRIA »

El estudio sobre Montalvo tiene, además, una significación importante en la exposición de las doctrinas americanistas de Rodó. Esas doctrinas se afianzan en el ideal de una confraternidad estrecha y positiva entre todas las naciones que en el Continente tienen cultura y tradición latinas, de modo que, a merced de esos vínculos de solidaridad, pueda la América, en los días de grandeza que el porvenir le reserva, realizar mejor la misión que le está encomendada dentro de la marcha de la civilización humana. No se trata, pues, de vana palabrería diplomática para sostener relaciones de gobiernos, sino que se trata de ideales que revelan una exacta y racional apreciación del porvenir político del mundo. Comete un error imperdonable el hispanoamericano que crea que los problemas de las demás naciones del Continente no afectan directamente a la patria propia: la suerte de cada patria americana está firmemente vinculada a la suerte de

las demás patrias, y la desaparición de cualquiera de ellas señala el momento de peligro en que las otras también pueden desaparecer.

«Patria es para los hispanoamericanos la América española, — dice Rodó. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral — el sueño de Bolívar — es aun un sueño, cuya realidad no verán quizás las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la «expresión geográfica» de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.»

Igual concepto desarrolla, aún con más energía, en un discurso pronunciado ante los restos de Juan Carlos Gómez:

«Alta es la idea de la patria; pero en los

pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aun más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur. Ni sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.»

Así, todo buen americano debe consagrar las fuerzas de su espíritu a afianzar esa unidad y a contribuir, con el mejoramiento de las condiciones en que se desenvuelve la patria propia, al engrandecimiento de América.

«Sólo han sido grandes en América—dice Rodó—aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento *americano*. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aun más, con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra.»

Y todavía desde Roma, poco antes de morir, en un artículo consagrado a *La unión espiritual de América*, escrito al concluir el año 1916, predicaba Rodó su evangelio de solidaridad americana :

«Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría : Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla, o en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males : todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad.»

Estas mismas ideas, que desde temprano se manifestaron en la obra de Rodó, inspiraron a este su *Ariel*, que ha sido considerado, con justicia, el evangelio de la juventud hispanoamericana. Las páginas de *Ariel* se animan con la visión profética de una América regenerada, «hospitalaria para las cosas del espíritu, y

no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme, a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave...»

Ariel tiende, pues, a despertar la conciencia americana con el «sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos,» según frase del propio Rodó en su estudio sobre Montalvo. *Ariel* es un libro de esperanza y de ideal : por eso es fuerte y saludable. Si en América la masa ignorante necesita instrucción, la clase dirigente necesita ideales.

Volviendo los ojos a la Magna Grecia, Rodó se extasia en la evocación de aquella civilización prodigiosa que parece más bella al través de los siglos, porque vivió bajo la caricia del entusiasmo y la esperanza. Rodó aboga por el culto de la belleza como una gran cualidad para el bien y se lamenta del desbordamiento del utilitarismo en el siglo XIX. En nuestra época, los Estados Unidos de Norte América encarnan el verbo utilitario; Rodó señala el peligro de que la admiración por la grandeza y por la fuerza de esa nación poderosa guíe a los pueblos de nuestra América a someterse a una conquista moral, que ya hoy trasciende al orden político. Se ha dicho que, a la distancia, Rodó no podía juzgar con absoluta exactitud todas las cualidades de la civilización norteamer-

ricana. Podrá ser que, a pesar de la serena imparcialidad de su espíritu, no apreciara en toda su magnitud los factores de inteligencia, de sentimiento y de idealidad, que también concurren en algunos aspectos de la vida norteamericana; pero, en lo sustancial, no se equivocó al señalar el espíritu que anima aquella civilización que, por asombrosa que sea, es hoy solamente *voluntad y utilidad*; es hasta ahora « un boceto tosco y enorme que ha de pasar por sucesivas rectificaciones. » Mas no dejó de advertir tampoco las principales virtudes norteamericanas, como son la de poseer el sentido absoluto de la libertad, la de haber demostrado el poder del trabajo, la de haber hecho del espíritu de asociación el instrumento de su grandeza, la de haber construido en la escuela un taller prodigioso de hombres útiles, y la de mantener el culto de la destreza, de la fuerza, de la voluntad.

Diez años después, al saludar la aparición de *Idola Fori* (1910), del malogrado Carlos Arturo Torres, Rodó volvió a ocuparse en este problema, si bien apreciando el principio de una reacción saludable en favor de sus ideas :

« No creo engañarme si afirmo que éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos: la superioridad absoluta del modelo anglo-

sajon, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte América aparecían como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto, que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección,— como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es

eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y finalmente, que aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno.»

La América española debe esforzarse por ser «ella misma» en la vida de la civilización humana. No debe trastocar su «yo» por una personalidad distinta a su genio propio. No debe ser como *Peer Gynt*, el héroe ibseniano, que no pudo realizar su destino porque, ayuno de voluntad, falseó y desconoció la esencia íntima de sí propio. Para realizar mejor y más libremente su destino conquistan los pueblos su independencia: mantener los ideales que recibe cada pueblo como legado de su tradición, de su historia, de su raza, de su idioma — ya que el idioma significa por sí solo muchas facetas espirituales —, es mantener, en suma, el ideal de su independencia. Los pueblos de América representan un conglomerado de naciones que tienen un mismo ideal y un mismo destino. Según Renán, el concepto de patria nace de la conciencia común de muchos hechos y sufrimientos pasados y de muchos hechos y sufrimientos por venir. Esa conciencia común existe entre todos los pue-

blos de nuestra América, que, sumados, son la «magna patria» preconizada por Rodó. Estuvieron unidos ayer bajo el azote del coloniaje; estuvieron unidos y coligados siempre, para ampararse unos a otros, en la hora de la independencia; estuvieron unidos, prestando con ello un gran servicio a la civilización, al consolidar, con sus constituciones políticas, de manera firme y estable, el principio democrático en el mundo; y a la hora en que Europa los llamó a la grandiosa asamblea de naciones celebrada por segunda vez en La Haya, como realización mundial del pensamiento de Bolívar, estuvieron también unidos para decidir allí las votaciones en el sentido más liberal y más avanzado, prestando nuevamente un gran servicio a la causa de la civilización.

La concepción de Rodó no es un mito. No es más que la repetición armoniosa del voto de nuestros grandes fundadores de patrias. La América libre, nuestra magna patria, tiene derecho a ser. ¡Oh, sí! Tenemos derecho a subsistir, para gloria de la humanidad, y para bien de la humanidad, que nos debe el afianzamiento de los principios políticos más respetuosos para la dignidad del hombre. Hemos llenado de resplandores el camino de la historia. Hemos puesto una aureola de púrpura y de fuego sobre la frente del pasado siglo, que gracias a nosotros fué un siglo de libertad. Nuestros héroes no han sido sólo guerreros, sino también sembradores

de ideas. Uno de ellos se llama Bolívar : de su cerebro surge la concepción ciclópea de una asamblea de naciones, que abre nuevos y amplios derroteros al desenvolvimiento futuro de la comunidad jurídica internacional ; es un creador y un redentor ; es un apóstol que forja constituciones y tiene al mismo tiempo fuerte brazo para la acción ; posee el genio militar y posee también el genio político ; y ese hombre extraordinario, semejante a un semidiós de los tiempos homéricos, camina por entre cráteres ignívomos ; en delirio supremo, trepa sobre la cresta fulgurante del Chimborazo ; atraviesa bosques colosales ; siembra patrias a cada centella que arrancan de las piedras calcinadas por el sol ecuatorial los cascos impacientes de su caballo, y, cual si se irguiera, a merced de un gesto impetuoso del bruto encabritado, sobre la cumbre más alta de la cordillera, arranca el cortinaje de nubes que cubre el cielo de la historia americana y pone el sol de la libertad en el horizonte de un mundo.

Otro — el último en llegar — se llama José Martí : también ha soñado una fuerte hermandad de naciones y quisiera fundir en un haz, a modo de confederación de amor y de fuerza, las islas de oro, las islas desventuradas que el Caribe baña con sus aguas fosforescentes y que la ígnea caricia de los rayos del sol del trópico abrasa en reverberación deslumbradora ; también ha soñado una patria propia, y al concebirla

revela su genio de estadista y su clara percepción del porvenir ; su palabra es flor de luz y estrépito de epopeyas ; ha sentido, al través de las vértebras del siglo, llegar hasta él el estremecimiento fecundo de Bolívar, y quiere esculpir en la frente de la historia la última estrofa del poema inacabado de 1810 ; recorre, con febril actividad, las tierras hermanas donde ya había echado simientes la libertad ; implora y exige, suma abnegaciones, unifica sentimientos, coordina voluntades, pone vigor y fortaleza en los ánimos desfallecidos, y se entrega por entero al amor de la patria por venir, de esa patria que es para él una novia y una madre, pero que es al mismo tiempo la creación portentosa de su numen y de su esfuerzo. ¡Y todo esto lo hace sin ambicionar nada para sí, a no ser el que manos piadosas coloquen un día sobre su tumba un ramo de flores y una bandera ! Y cuando, al fin, celoso en acudir al llamamiento de su amada, viene a desplomarse sin vida en la manigua llena de sacudimientos de titanes, la luz solitaria de una estrella nimba su cuerpo en apoteosis de gloria y convierte en resplandores de esperanza y de fe los albores del nuevo siglo, que se inicia con la fundación de una patria nueva, gracias a la cual se completa el equilibrio político del mundo y se termina el ciclo de la independencia de todo un continente.

IDEAS POLÍTICAS

A la personalidad genial de Bolívar consagró Rodó uno de sus más bellos e inspirados trabajos. Si no existiera el Bolívar de Montalvo, no sería posible encontrar ningún otro estudio análogo comparable al de Rodó, por la elevación del pensamiento y por la majestuosa elegancia de la forma. A esta serie de estudios americanos debió pertenecer el que prometió a la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, sobre Martí — cuya figura atraía y encantaba a Rodó —, y que por desgracia no llegó nunca a escribir.

En esa clase de trabajos palpita la misma elevada concepción americanista que Rodó estampó en toda su obra y que trascendió también en su vida política. Rodó perteneció al partido comúnmente llamado « colorado » en el Uruguay, y fué diputado al Congreso uruguayo durante ocho años. Aparte de algunos trabajos de gran trascendencia, como el extenso y notable informe que presentó sobre *El trabajo obrero en el Uruguay*, comentando un proyecto de ley presentado en la Cámara de su país, dos aspectos concomitantes se pueden señalar en su actuación: en lo nacional, en lo interno, un gran amor a las fórmulas armónicas y a la paz fecunda y provechosa; en lo internacional, un gran amor a la cohesión política hispanoamericana. De ambas tendencias hay huellas

aun en algunos trabajos que no son de índole política.

Respecto a la primera, es interesante recoger su concepción del caudillo histórico, al hablar de Rivera, glorificando su memoria y negándoles esa misma gloria a los caudillos de ocasión, surgidos de la discordia civil:

«Caudillo de los grandes, es decir, de los primitivos, de aquellos de los tiempos genésicos en que ardía, como en el antro de los cíclopes, el fuego con que se forjan naciones, y en que las fronteras se movían sobre el suelo de América a modo de murallas desquiciadas. Estos, éstos fueron los caudillos gloriosos. Porque así como hay especies vegetales que, persistiendo al través de las distintas latitudes, se empequeñecen y desmedran a medida que se apartan del calor y la luz, y siendo colosales en el trópico son enanas en los climas fríos, de igual manera la talla del caudillo se empequeñece a medida que él se aleja de la veneranda semibarbarie de la edad heroica y se aproxima a la plenitud de la civilización; y siendo, los caudillos, titánicos en las porfías de la formación nacional, donde representaban una energía necesaria y creadora, resultan pálidos remedos conforme nos acercamos a las postreras convulsiones de nuestras discordias civiles, donde apenas han solido representar una fuerza de regresión y de desorden».

Y en el brindis pronunciado en un banquete afrecido a Anatole France, con

motivo de la visita de éste al Uruguay, esculpió Rodó estas frases :

«Del pueblo en que os encontráis, acaso sólo había llegado hasta vos, en rumor apagado y confuso, el eco de las discordias civiles que, renovándose con porfiado encono, han dado tan claras pruebas de nuestro valor como dudosas de nuestra madurez política. Este ha sido ante el mundo el testimonio de nuestra existencia. Testimonio demasiado violento, sin duda ! Pero nosotros, que queremos la organización y la paz, y que marchamos definitivamente, y con fe profunda, a conquistarlas, no nos avergonzamos ni nos desalentamos por esos revoltosos comienzos, porque sabemos que ellos son, en los pueblos como en los hombres, la condición de la niñez. Tuvimos el arranque atrevido de optar por la libertad ; hacemos su duro aprendizaje : tal es nuestra historia.»

Y generalizando después el concepto a la América latina, añade más adelante :

«Lo que acaso no conocíais suficientemente es que, a pesar del vértigo que nos ha arrebatado, y aprovechando las treguas precarias y luctuosas, hemos aspirado, con incesante y no siempre estéril afán, a saber, a comprender, a admirar, y también a producir ; hemos reconstruído cien veces los fundamentos de cultura arrebatados por el huracán de las discordias ; hemos tendido, en una palabra, a la luz, con la fidelidad inquebrantable de la planta que, arraigada en sitio oscuro, dirige sus ramas

anhelantes hacia el resquicio por donde penetra, pálida y escasa, la claridad del día. Y bien : esta conciencia de los deberes de la civilización, este sentimiento de dignidad intelectual, que, a pesar de todo, ha velado en nuestro espíritu, es lo que nos asegura que el triunfo será nuestro en la lucha con los fieros resabios del pasado.»

Y luego, afirma :

«Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual.»

En el orden internacional tuvo Rodó una oportunidad feliz para exponer sus ideas americanistas, dándoles el carácter que la comisión oficial que se le había conferido les prestaba ; y fué la sesión solemne celebrada en el Congreso chileno con ocasión de las fiestas del centenario de la independencia de Chile, a las cuales concurrió Rodó en representación del Uruguay. Allí formuló esta concisa y concluyente declaración :

«Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de Méjico, yo siento y percibo el centenario de la América Española. En espíritu y verdad de la historia, hay un solo centenario hispanoamericano ; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana. Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la

armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y pagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fué alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.»

La opinión de Rodó sobre los destinos de América frente al conflicto mundial que hoy estremece al mundo, está inspirada también, con una noción exacta de las responsabilidades y amagos del porvenir, en el deber que tiene América de ser consecuente con todo lo que representa su tradición espiritual y su historia política. Apenas había estallado el conflicto, su voz se hizo oír de todo el Continente, y fué un incansable defensor de la « entente » de naciones que lucha frente a los imperios centrales de Europa. Desde un principio declaró que América no podía ser imparcial en esta contienda, al menos de un modo absoluto:

« La conciencia latino-americana — dijo — tendría que ser inconsecuente con sus fundamentales tradiciones de origen y de

educación, tendría que perder el instinto de sus más altos intereses, para no sentir magnificada, en estas horas inciertas, la solidaridad que la viucula a la gran nación de su raza y de su espíritu, que tiene para nosotros el triple prestigio de su latinidad dirigente, del magisterio intelectual que ha ejercido sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad encarnada en su gran Revolución, madre de la nuestra, y en el triunfante arraigo de sus instituciones democráticas. Hemas reconocido en todo tiempo tal vinculación espiritual, y hemos devuelto a Francia, en simpatía veheméntísima, esa inmensa irradiación de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu francés.

Si esa alianza de la Europa Occidental cayese vencida — agrega después — no sabría ahora preciarse por qué rumbos oscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza, pero es indudable que sería en el sentido de normas y principios absolutamente divergentes de aquellos que la naturaleza y la historia señalan como ideal a las jóvenes naciones del Nuevo Mundo. Esto por sí solo, debería decidir nuestros votos. No olvidemos, por otra parte, que para los elementos reaccionarios y guerreros del Viejo Continente, América no ha dejado de ser del todo « la presa colonial », el país de leyenda abierto a la imaginación de la conquista. Un imperalismo nacional que fuese el vencedor del resto de Europa, y por tanto sin límites

que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector.»

* * *

En el orden de las doctrinas políticas puras, tiene alta significación dentro de la labor de Rodó su concepto de la democracia, expuesto claramente en *Ariel* y ratificado después en cuantas oportunidades encontró para reproducirlo. La democracia mal entendida se convierte en fuente de utilitarismo desmedido y sin freno, porque estimula el desenvolvimiento de todas las ambiciones individuales, con perjuicio de la alta cultura. Por eso Rodó sostiene que dentro de la universalidad e igualdad de derechos hay que mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas. La mediocridad encumbrada «odiará al mérito como una rebeldía», consagrará al pontífice «Cualquiera» o coronará al monarca «Uno-de-tantos». La democracia mal entendida conduce fatalmente a lo que llama Rodó «la irresponsable tiranía del número.»

El concepto democrático de Rodó se afianza sobre la necesidad de la selección. El mérito y las ventajas del sistema demo-

crático consisten en el derecho que de ese modo tienen los pueblos a escoger a los más aptos y a los mejores.

«Racionalmente concebida — dice Rodó, — la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero la resuelve a favor de las calidades realmente superiores — las de la virtud, el carácter, el espíritu —, y sin pretender inmovilizarlas en clases constituidas aparte de las otras, que mentengan a su favor el privilegio execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor.»

Para llegar a tal objeto es preciso educar la democracia, de modo que «progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.»

De esta suerte la educación popular, según Rodó, encarna un interés supremo, considerada en relación con tal obra.

Rodó aceptó para sí la responsabilidad y el deber de cooperar, con su esfuerzo en la vida política de sus país, a que fueran posibles, algún día, tan altas finalidades.

Un hombre dotado de capacidad superior y amante de la soledad y del estudio, no se decide a tomar parte en la actividad política de nuestras democracias sin antes vencer, merced a la conciencia de los deberes que la misma superioridad intelectual impone al ciudadano, la natural resistencia del espíritu. Y Rodó da a conocer, en los siguientes párrafos consagrados a la obra de Carlos Arturo Torres, las palpitaciones de esa lucha interna, que abona la nobleza de su esfuerzo :

« ¿ Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los *partidos políticos*, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, las torturas de la adaptación ; la resistencia de su personalidad a las uniformidades de la disciplina ; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más ; las repugnancias del contacto forzoso con lo torpe, con lo servil : la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre ?... Y sin embargo, esas organizaciones colectivas, a las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiramos, en lo posible, a educarlas. »

« REFORMARSE ES VIVIR »

Las ideas filosóficas de Rodó se encuentran reunidas en *Motivos de Proteo*, que por su unidad y su carácter, puede considerarse como la más importante de sus obras. *Motivos de Proteo* es un empeño de largo aliento, que puede parangonarse a las más brillantes manifestaciones del intelecto humano en la hora presente.

« Reformarse es vivir... », he ahí el leit-motivo de esa filosofía. « Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno*, sino *muchos*. » Estamos sujetos a la ley del cambio ; nuestra vida es constante evolución. Hay en nosotros un fondo desconocido donde se opera, lentamente, la transformación, el *devenir*. A veces, el cambio nos sorprende, pero su incubación ha sido larga y misteriosa en esa región desconocida.

« Hija de la necesidad es esta transformación continua ; pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad. »

Tales son los postulados fundamentales del libro, que se desenvuelve, como dice su autor, « sobre una perspectiva indefinida. » Estamos, pues, sometidos al cambio, y es posible orientarlo para actuar en un sentido concorde con nuestro destino. Pero para actuar en tal sentido es necesario un antecedente : el conocimiento propio. Hay

que huir del «yo» ficticio. De ahí la importancia esencial que Rodó concede a la vocación, cuyo estudio casi abarca la mitad del volumen.

«La vocación es el sentimiento íntimo de una aptitud; la vocación es el aviso por que la aptitud se reconoce a sí propia y busca instintivamente sus medios de desenvolvimiento.»

Casos hay, extraordinarios, puesto que sólo se refieren a espíritus superiores y universales, en que falta la vocación concreta y determinada, por causa de una aptitud diversa y múltiple. Hay, en cambio, ocasiones en que la vocación está en desproporción con la aptitud; otras en que se anticipa a la aptitud, o en que espera, por el contrario, un «hecho provocador» que haga estallar el «Anch'io», lleno de ingenua alternaría, de Correggio. Otras veces se acierta con el género de la vocación, pero no con la especie; o bien la vocación sólo llega a manifestarse por eliminaciones sucesivas; o es la casualidad la que la obliga a brotar a flor de luz en la conciencia; o bien sobreviene el paso de una vocación a otra, como rectificación de las primeras inclinaciones. Pero frente a todas estas vocaciones que tarde o temprano encuentran su vía, están las que, o bien se truncan porque no encuentran el auxilio de una voluntad vigorosa, o bien no aciertan a revelarse jamás. A veces es el medio ingrato el que «deja sin nacer superiores aptitudes», o

«en ciertos casos empequeñece y deforma, por la adaptación a límites mezquinos, la función de aquellas mismas a que consiente vivir.»

Señala Rodó, especialmente, cómo en América el «hado social» se impone y agota las energías, de donde resulta que «el cultivo de la ciencia, la literatura o el arte, suele ser, en tierra de América, flor de mocedad, muerta apenas la Naturaleza comenzaba a preparar la transición del fruto».

y que, en consecuencia,

«el bosquejo como forma definitiva, la promesa como término de gloria: tales han sido hasta hoy, en pensamiento y en arte, las originalidades autóctonas de América.»

La firmeza de la vocación no excluye, empero, el principio constante de la renovación. La renovación no es el *dilettantismo*, no es el *snobismo*. La fácil volubilidad del cambio indica ausencia de individualidad propia. La renovación gradual requiere orden y armonía. La soledad, y, sobre todo, los viajes, contribuyen a renovaciones fecundas, porque libertan al individuo de las influencias circunstanciales y lo hacen penetrar dentro de sí mismo para encontrar tesoros ignorados que el tiempo ha acumulado lentamente, y que esperan el momento de manifestarse, o lo ponen en contacto con el «hecho provocador», sumiéndolo en éxtasis ante la perspectiva de nuevos horizontes.

Pero en la edificación constante de nuestra personalidad actúan otros elementos que a veces surgen de nosotros mismos, y sin los cuales toda obra educadora se desvanece o se desvía: el amor es uno, la voluntad es otro.

«Quien no tiene amor o aspiración donde se afirme, como sobre base de diamante, su voluntad, se expone a ceder a la influencia que primero o con más artificiosidad lo solicite en los caminos del mundo, sustituido luego por otro y otros más, con el sol de cada día.»

Y en párrafos llenos de profana exaltación mística, Rodó inquiriere después:

«¿Valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor, o amor consagrado a quien sea indigno de inspirarle?... Dame que mire al fondo del alma donde está el norte de tu amor, y yo te diré, como visto en cerco de nigromántico, para dónde vas en los caminos del mundo, y lo que ha de esperarse de ti en pensamientos y en obras.»

Si esto fuese absolutamente verdadero, una helada impasibilidad valdría más que el amor que se cifra en quien no merece ser amado. Sólo que en la misma esencia de la amorosa pasión está contenido, para límite de esa fatalidad, un principio liberador y espontáneo, de tal propiedad y energía, que con frecuencia triunfa de lo inferior del objeto; y así, aun aplicado a objeto ruin, infinitas veces el amor persevera como potencia dignificadora y fecun-

da; no porque el amor deje entonces de adecuar la personalidad del enamorado a un modelo, ni porque este modelo sea otro que la imagen de su adoración; sino porque es virtud del alma enamorada propender a sublimar la idea del objeto, y lo que la subyuga y gobierna es, más que el objeto real, la idea que del objeto concibe y por la cual se depura y magnifica la baja realidad, y se ennoblece, correlativamente, el poder que, en manos de ésta, fuera torpe maleficio... Este es el triunfo que sobre su propio dueño logra a menudo el siervo de amor, siendo el amor desinteresado y de altos quilates: redimir, en idea, de sus maldades al tirano, y redimido el tirano en idea, redimirse a sí mismo de la tiranía, valiéndose para su bien de aquella soberana fuerza que en la intención del tirano iba encaminada y prevenida a su mal...»

Aun en la creencia y en la convicción más arraigadas, aun en el amor, nos acecha a veces el cambio. Así como el que, falaz y versátil, aparenta someterse a una creencia que en el fondo no siente, puede llegar gradualmente a sentirla en el fondo de su espíritu, también «el que cree que cree» se entrega por entero al fantasma de una fe que ha desaparecido ya y ha sido sustituida por otra en los repliegues de la conciencia, sin atreverse él mismo a confesárselo, acaso por temor a la propia inculpación de apostasía. ¿Cuál, sin embargo, es el apóstata? ¿El que, sintiendo

una nueva fe, se aferra a la antigua para engañar al mundo con sentimientos que no encuentran en su alma un eco sincero; o el que, consecuente con la renovación de su espíritu, la deja manifestarse libremente, en vez de renegar con actos externos de aquella creencia que hoy domina su pensamiento?

Rodó se pronuncia en favor de la omnipotencia de la voluntad. La voluntad debe ser nuestra fuerza; la esperanza debe ser nuestra luz. Sobre el hombre pesan influencias remotas, que arrancan del pasado; la vocación tiene arraigo inconsciente en su espíritu, pero está sometida, como todo lo que vive, a la ley del cambio y del desvío. Para llenar su misión en la vida, el hombre debe propender a desarrollar, por medio de la voluntad, sus verdaderas facultades, y regular, armónica y ordenadamente, su propia evolución. No es otra la doctrina que se desprende de los dramas filosóficos de Ibsen: la necesidad de no hacer traición de nuestro propio «yo», y de encauzar, en el sentido que nos depare nuestro destino, las energías reveladoras de nuestra personalidad.

De las numerosas parábolas que, de manera encantadora, exornan las páginas de *Motivos de Proteo* y prestan vida y animación a sus enseñanzas, ninguna tan bella ni de significación tan profunda como la consagrada al poderío de la voluntad: LA PAMPA DE GRANITO.

.....

« EL QUE VENDRÁ »

En la obra literaria de Rodó existe una página juvenil intitulada *El que vendrá*, en la cual, después de estudiar la grandeza y decadencia de las escuelas literarias francesas de la segunda mitad del siglo XIX, se encuentra formulada una interrogación hacia el futuro, en la esperanza de que aparezca el nuevo profeta que resuma y simbolice en sí los anhelos no satisfechos de la generación presente.

Esa página, donosamente escrita, tuvo extensa resonancia en América, porque planteaba un problema espiritual que ofrecía universal interés. Toda generación que surge anhela su profeta; desea que de su seno salga la voz del siglo, la que ha de vibrar siempre como síntesis ideal de un momento histórico del pensamiento humano. Y nuestra América, más que ningún otro conjunto de naciones, deseaba ver brotar de su seno al revelador de la palabra nueva.

¿Cómo representaba Rodó, en su imaginación, al profeta de la nueva hora? He aquí el apóstrofe que le dirige:

«Cuando la impresión de las ideas o de las cosas actuales inclina mi alma a la abominación o a la tristeza, tú te presentas a mi ojos como un airado o sublime vengador. En tu diestra resplandecerá la espada del arcángel. El fuego purificador descenderá de tu mente. Tendrás el símbolo de tu alma en la nube que a un

tiempo llora y fulmina. El yambo que flagela y la elegía constelada de lágrimas hallarán en tu pensamiento el lecho sombrío de su unión.

Te imagino a veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza. Sobre tu frente brillarán las tintas del iris. Asistiremos, guiados por la estrella de Betlem de tu palabra, a la aurora nueva, al renacer del Ideal, — del perdido Ideal que en vano buscamos, viajeros sin rumbo, en las profundidades de la noche glacial por donde vamos, y que reaparecerá por ti, para llamar las almas, hoy ateridas y dispersas, a la vida del amor, de la paz, de la concordia. Y se aquietarán, bajo tus pies, las olas de nuestras tempestades, como si un óleo divino se extendiese sobre sus espumas. Y tu palabra resonará en nuestro espíritu como el tañir de la campana de Pascua al oído del doctor inclinado sobre la copa de veneno.

Yo no tengo de ti sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma empeñada en rasgar el velo estrellado del misterio puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor de lo Divino. Pero sé que vendrás: y de tal modo como el sublime maldecidor de *Las Blasfemias* anatematiza e injuria al nunciador de la futura fe, antes de que él haya aparecido sobre la tierra, yo te amo y te bendigo, profeta que anhelamos, sin que el bálsamo reparador

de tu palabra haya descendido sobre nuestro corazón.»

A medida que se leen esos párrafos, ¿no surge a la mente la imagen de José Enrique Rodó, el apóstol dulce y afectuoso que vino hacia nosotros con la nota de amor y de esperanza, que señaló el renacimiento del Ideal, que simbolizó las más bellas y más hermosas aspiraciones de nuestra América y fué el profeta del nuevo siglo para estos pueblos que esperaban ansiosos la palabra de fe en sus propios destinos? Mientras su espíritu generoso buscaba al revelador en otra parte y soñaba con verlo aparecer en su camino, nosotros habíamos comprendido ya que José Enrique Rodó era «el que vendrá». Pasarán los años, y en el corazón de América se acrecentará día tras día la magnitud de su recuerdo. Su obra se extenderá y difundirá por el mundo; y su gloria, que ya tiende las alas, ingentes y majestuosas, del uno al otro continente, se elevará de tal modo ante la conciencia de los hombres, que nadie osará discutirle un puesto junto a los grandes iluminadores de nuestro tiempo, y no habrá espíritu enamorado de la belleza y del bien que no palpite de admiración, de amor, de fe, al evocar la memoria de ese apóstol del optimismo, que vino hacia nosotros para decirnos con unción evangélica: «Reformarse es vivir».

MAX HENRÍQUEZ UREÑA
(Dominicano).

RODÓ

Ariel — Mine would, sir, were Y human.
 Próspero — And mine shall...
 Shakespeare (*The Tempest.*)

Tuvo Rodó en la casa de su espíritu tres dioses lares a quienes consagró como una ofrenda sus obras: los dioses legendarios que se llamaron Proteo, Próspero y Ariel.

Recibió de Proteo esa íntima potencia de formas donde templábase la virtud de su vida y la elegancia de su arte, vibrando con la elástica flexión del acero.

De Próspero recibió la curiosidad y la simpatía, un dulce amor por las cosas terrenales y el poder de evocarlas, como en el mirador de aquel mago gentil, al conjuro de la palabra melodiosa.

Ariel, por fin, le dió la necesaria capacidad del ideal, que es vuelo y rumbo; y así, bajo el magisterio de aquel espíritu alado, salvó unidad y altura entre lo terreno y múltiple de su vida.

Vuelvo a ver a Rodó como lo viera en su Montevideo natal hace dos años, conversando, una tarde en su casa, otra en mi hotel, o divagando juntos por los rincones de la *Ciudad vieja* con la curiosidad evocadora de Próspero, o por el *Parque*

*Urbano*¹, bello como los sueños de Ariel, o por la orilla del mar, que inspiró a los antiguos el mito de Proteo modernizado por él en sus alegorías de la conciencia humana.

Hablábamos de su patria y de la mía; del error que las separó; de la necesidad histórica de reconstituir en nuestros pueblos esa unidad esencial que vive aún en los más bellos espíritus del Plata.

Vosotros recordáis las páginas henchidas de cívico amor que en el libro nombrado con el nombre de Próspero consagra a los poetas argentinos, que estuvieron en Montevideo cuando el sitio grande, o a Guido o a Gutiérrez, y bien sabéis, por esa confianza, que Rodó sentía nuestra patria común como una profunda realidad.

Para quien contemplaba las cosas desde el elevado mirador del mago shakespiriano, nada extraño que viera la realidad espiritual, más allá de las vanas apariencias políticas, y que como Juan Carlos Gómez, Andrés Lamas, Florencio Sánchez y Zorrilla de San Martín, comprendiese que constituimos dos estados, pero que somos una sola nación.

Pero qué extraño que así intuyese la realidad espiritual de nuestra vida en el Plata, si a fuer de buen vidente, comprendió asimismo la realidad espiritual de toda nuestra América, y por encima de sus go-

¹ Hoy *Parque Rodó* (N. del D.)

biernos regionales, vió, en superiores cielos, el alma azul de todo el continente.

Esa fué la lección de Ariel, mensaje que oyó la juventud americana de todos los países, como oyó las palabras de Sarmiento y Darío, nacidas también para vibrar con resonancias continentales.

Así empezó aquel apostolado de Rodó, cuyas fuentes inspiradoras las encontraréis en Platón y en Shakespeare, como lo denuncia hasta el título de sus obras y la preferencia que sintió por los nombres de la mitología helénica y de la nueva mitología que crearon los genios del renacimiento.

Mas a pesar de ser europea su cultura, con qué armonía se fundieron los diversos metales en la nueva y valiosa liga de su espíritu, concertando en él un tipo de partidario que amaba su partido, de ciudadano que amaba su ciudad, de patriota que amaba su patria, de americano que amaba su América, de hombre que amaba su humanidad, de pensador que amaba todas las formas nobles del pensamiento.

Supo ser un filósofo, sin dejar de ser un artista y un hombre de acción. Apasionábase por las reyertas del club y del bando, con el mismo peligroso fervor que ponía en las altas idealidades de la belleza, viniendo a explicarse así mucha de su simpatía por Italia, donde ha concluído su vida, y por el renacimiento italiano, cuyas reminiscencias abundan tanto en sus obras.

No fué en tal semejanza caso único en nuestra América, y por el contrario ese tipo de plenitud humana repítese con frecuencia en nuestras turbulentas repúblicas, y así hemos tenido nosotros, como todos los países hermanos, hombres de militantes pasiones civiles a la vez que de credos platónicos sobre el arte y la filosofía, como algunos artistas de la república florentina.

Lo que presta a Rodó, entre los hombres americanos de su especie, un rasgo personal, es la fusión tan íntima que en su ser alcanzaban esas múltiples pasiones e influencias, sin despintarle la casta, sin romperle la individualidad, sin sacrificar la superior armonía de su vida.

Las necesidades del momento le hicieron ser, alternativamente, periodista, político, profesor, poeta y filósofo; pero fué siempre él mismo, mostrándose capaz de esa múltiple actividad de la inteligencia, que constituye en América, más que una imposición del medio embrionario, el galardón herácleo de sus hombres superiores.

La virtud proteica y el ensueño ariético, diéronle también, con esa fe, esperanza continua de mejoramiento, anhelando la elevación progresiva de su gente al par que su propia elevación espiritual, con aquel optimismo sereno que constituye el rasgo moral de su doctrina.

Su rasgo intelectual fué la persecución de la palabra bella, del pensamiento elegante, del gesto armonioso; y ahora que el grande y querido amigo ha muerto,

queda la parte más generosa de su alma en libros que ya son patrimonio de su tierra, y donde esa alma vibrará todavía por largo tiempo, sutil como el aire que canta, potente como la onda que se mueve...

RICARDO ROJAS.

1917.

(Argentino).

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Entre los despachos cablegráficos que comunican los desastres de la guerra, ha llegado uno que contiene esta simple noticia : ha muerto en Roma Enrique Rodó. Ni una palabra más ni un comentario. Y sin embargo, comparando ese despacho con otro en que se anuncia la muerte de millares de soldados, no puede uno dejar de pensar cuánto más representa para la humanidad la vida de un hombre superior que la de muchedumbres de seres anónimos. América ha perdido con Rodó uno de los más altos exponentes de su cultura intelectual; la lengua castellana uno de sus más brillantes cultivadores; y sus amigos un ejemplar de lealtad, benevolencia y discreción.

Rodó fué un maestro de la juventud americana : y lo fué sin exhibir prentensiones de tal, ni tratar de ejercer la dictadura sobre el pensamiento ajeno. Había nacido para enseñar, como otros nacen para combatir; para armonizar cerebros y corazones, cuando otros tienen el triste privilegio de disociarlos. Pero su enseñanza no tenía carácter didáctico; no se encerraba en formas silogísticas; era una influencia difusiva, ejercida por medio de

la palabra y del ejemplo : una educación estética, que acrece el poder dinámico de las ideas, revistiéndolas con los esplendores de la imaginación, y comunicándoles el hechizo inefable del sentimiento. No es maestro el que quiere ; ni basta para serlo el poseer una intelectualidad poderosa ; es preciso tener ciertas condiciones nativas de elevación y serenidad de pensamiento ; un prestigio personal, que cautive a los corazones juveniles ; ese conjunto de cualidades intelectuales y morales que constituyen el dón del magisterio. Hay genios hoscos, nacidos para vivir solitarios, como el león de las selvas : otros son hospitalarios, tienen el instinto de la sociabilidad y llevan en torno suyo cortejo de oyentes y discípulos.

Esta observación se ilustra si comparamos a Rodó con el otro grande americano del sur que, en época anterior a la suya, se hizo célebre como autor de ensayos sobre temas estéticos y morales : el ecuatoriano Juan Montalvo. Fue éste un insigne maestro de la lengua castellana, que manejaba con incomparable desenfado y bizarría ; un luchador formidable, todo fuego y pasión ; más artista que pensador ; más enamorado de la belleza que de la verdad desnuda y humilde. Todo en él era personal, desde el vocabulario y el estilo, hasta el razonamiento, que se desparramaba en chispas luminosas, en caprichosos juegos de artificio. Extremaba los amores y los odios, estos últimos en par-

ticular, y los expresaba con trágica ferocidad. De aquí resulta, en *Los siete tratados*, un conjunto abigarrado y tumultuoso, que a un tiempo atrae y desconcierta, despertando, en una misma página, la admiración más viva y el más enérgico deseo de contradicción. Montalvo no tuvo discípulos ; y vivió en glorioso aislamiento. ¿Quién podría atreverse a escribir con su vocabulario, rico pero extraño, y que sólo la pujanza de su instinto filológico logró organizar y reducir a la armonía ? ¿Qué voz podía ponerse al mismo diapason de aquel trueno de profeta que endiosaba o maldecía ? ¿Quién podría compartir aquellas vehementes y personalísimas pasiones ? Montalvo, en lo bueno y en lo malo, es único ; y por la misma razón debemos felicitarnos de que no dejara escuela de estilistas ni de pensadores anhelosos de seguir y emular sus procedimientos literarios.

Rodó era un talento más sereno y equilibrado que Montalvo ; sorprende menos, pero deja en el alma una impresión más igual y definitiva. No es su voz la del polemista irritado y agresor, que deja estallar las iras acumuladas en su pecho ; es la del pensador convencido, que habla en tono suavemente velado por la emoción ; poniendo el mayor cuidado en no exitar los nervios ni oscurecer el tranquilo esplendor de la inteligencia. Su pensamiento fluye en ondas plácidas y transparentes por ancho cauce de oro : y se explaya en

el mármoleo seno de deliciosos remansos. No tiene el castizo léxico de Montalvo: usa el vocabulario moderno, si no con corrección perfecta, con nobleza y distinción señoriales; sabe cincelar sus frases, como el orfebre trabaja y pule los elegantes contornos de una magnífica ánfora de plata; y da a sus luminosos períodos una música tan noble y bien acordada, que producen ese efecto aquietador considerado por los griegos como el fin supremo del arte.

En frente de los adoradores del cálculo utilitarista; de los radicales negadores del ideal, levantó Rodó su cátedra para celebrar las excelencias de la vida del espíritu, la belleza del sacrificio, la alteza del deber, el eterno imperio moral de la cruz, signo de redención. Sin poseer la firme base de una creencia dogmática, sino movido por los generosos impulsos de su corazón, que era naturalmente cristiano, Rodó combatió en más de una ocasión al lado de los pensadores ortodoxos, en defensa del derecho a creer y a esperar, que quieren negar a la humanidad dolorida los mismos que se proclaman apóstoles del pensamiento libre.

En la lucha entre Ariel y Calibán, que siempre ha existido, pero que en esta época de imperialismo industrial ha tomado agravantes caracteres, Rodó estuvo siempre afiliado bajo las banderas del primero; y se esforzó por que la juventud prefiriese mirar hacia la altura, a arrastrarse torpemente por el suelo. En un pe-

riodo de confusión de ideas, en que los intereses materiales han querido ahogar con su potente e imperiosa voz las manifestaciones de la vida espiritual, Rodó habló, con unción de apóstol, de las cosas del alma; y al desencadenamiento de los apetitos opuso el sereno equilibrio del hombre recto y prudente que sabe ordenar sus anhelos, dando la primacía a cuanto representa la parte superior de nuestra naturaleza, sin desconocer ni desdeñar los legítimos requerimientos de la vida práctica.

En una República como el Uruguay, donde el radicalismo anticristiano ha logrado llevar sus extremadas soluciones a la legislación y a las prácticas del Gobierno, Rodó tuvo el valor de rendir público homenaje de respeto a la cruz del Redentor; y abogó por que este símbolo del sentimiento religioso se conservara en los sitios donde el dolor tiene su imperio y donde, extinguidas las ilusiones del goce terreno, sólo pueden reverdecer y cubrirse de flores las plantas indestructibles de las eternas esperanzas.

Rodó fué un espíritu helénico; entendiéndolo por tal aquel que, sin dejar de vivir dentro de las complicadas condiciones creadas por la vida moderna, guarda esa serenidad ideal y hermosa, esa armonía entre el pensamiento y la palabra; esa elevación moral, que depura los anhelos y calma las pasiones. Los libros de Rodó están llenos de luz intelectual; el pensa-

miento brota, se expande y juega en atmósfera esplendorosa; la tempestad no altera el equilibrio de los elementos, ni nubes borrascosas tienden sus negros velos para turbar la calma del firmamento. Es como un hermoso día de primavera, en que el trabajador que sale al campo siente que sus músculos se tonifican con el beso del aire sano y con la caricia vivificante del sol; y oye que de toda la naturaleza surgen voces de vida y esperanza. Esto no significa que en las obras de Rodó no haya notas de melancolía, como las hay en la naturaleza y en todas las grandes manifestaciones del arte. La inestabilidad de la vida, la visión inevitable de la muerte, infunden pensamientos graves aun al ser más equilibrado y optimista; pero lo que en ciertos espíritus reviste apariencias tétricas, en temperamentos ponderados como el de Rodó no llega a tomar formas que inspiren horror o desesperación. La melancolía de tales almas no es hosca como la noche; es como «le soir d'un beau jour», según dijo Lafontaine en un verso divino.

Las obras de Rodó ofrecen una muy agradable variedad. *Ariel* es para muchos la producción más original y típica de un escritor en quien encarnó el espíritu de aquel aéreo y sutil personaje shakespeariano. Para otros la obra más simpática es *Liberalismo y Jacobinismo*, porque en ella vemos al artista consumado revistiendo los arreos del lidiador; y defendiendo

con denuedo, pero sin descomponer las correctas líneas de sus gallardas formas, altos y nobles ideales. *Motivos de Proteo* constituyen un tesoro de observación psicológica y de peregrinos datos sobre la vocación de los grandes hombres. *El mirador de Próspero* contiene algunos de los más profundos y hermosos ejemplares de crítica moderna que puede presentar la literatura de la América española. Es el cenit de un astro que tuvo en el estudio *Vida nueva* su brillante aurora.

Ariel es probablemente la obra que mejor caracteriza el talento de Rodó y que mejor expresa su aspiración a realizar una síntesis del espiritualismo cristiano y de las formas perfectas del arte helénico; del idealismo más puro y de la justa apreciación de las exigencias de la realidad. Es obra armónicamente pensada y artísticamente construída, que deja la impresión de lo acabado y de lo definitivo, y que puede considerarse como el testamento literario y moral del autor.

Motivos de Proteo revela una fertilidad imaginativa que permite revestir la observación psicológica de colores y formas y aun comunicarle movimiento e interés dramático. ¡Curioso y atrayente estudio el de la vocación, ya sea en los genios del arte, ya en los hombres de acción! ¡Qué extraordinaria variedad en la manera como han sentido el llamamiento de lo alto, la voz interior, el despertar de un germen dormido quizá por largos años, y que se

abre al primer rayo de sol primaveral que logra llegar hasta él! ¡Cuántas contradicciones antes de que el genio adquiera la plena conciencia de su destino; cuántas inesperadas desviaciones de la brújula antes de que la nave rectifique el rumbo y se dirija, con marcha firme, al nuevo mundo! Y aquí es la ocasión de admirar el influjo enorme de las causas pequeñas, de los incidentes mínimos, de coincidencias que parecen obra del acaso y que son quizá la manifestación misteriosa de un designio providencial! Rodó acumula los ejemplos, con el propósito de inspirar aliento al que, tímido y desconfiado, pudiera acallar los impulsos de su genialidad, antes que exponerse a bochornoso fracaso; pero también demuestra la necesidad de precaverse contra los falsos llamamientos, contra la audacia insensata de quienes llevados únicamente por la ambición o el orgullo, acometen empresas para las cuales no habían nacido y remedan torpemente al genio, como el grotesco simio imita los gallardos movimientos del hombre. Circula por *Motivos de Proteo* un aire de salud y de optimismo, muy propio para dar aliento y brío a los talentos juveniles que se hallan en el duro período de la iniciación, abundante en frutos acerbos. El autor, que se manifiesta aquí poeta en prosa, como lo fueron en trabajos análogos Taine, Renán y Guyau, abunda en símbolos y alegorías, que fijan, en las formas imperecederas del arte, los

conceptos abstractos y filosóficos. Conocido es, por ejemplo, el bello trozo titulado *La respuesta de Leucónoe*.

En *El Mirador de Próspero* sobresalen dos ensayos literarios y uno histórico. En los primeros, estudia Rodó a dos insignes personalidades de la América del Sur, el argentino Juan María Gutiérrez y el ecuatoriano Juan Montalvo. Son trabajos de largo aliento, en que el autor no se limita al análisis literario de las obras de esos ilustres escritores, sino que traza, en un amplio cuadro, el panorama de la época en que les tocó vivir; y coloca esas figuras en el medio que les correspondió en suerte y que influyó sin duda en la formación y desarrollo de su genio. Es el método de Taine, que pocos críticos han sabido aplicar al estudio de las letras españolas. Rodó no entra en el examen minucioso de las obras de Montalvo, sino que expone las características de su temperamento de hombre y de artista, como quien estudia un ejemplar famoso en un gabinete de historia natural. Como trabajo sintético, el estudio de Rodó es admirable; pero para hacer una apreciación justa de Montalvo, de sus grandezas y de sus defectos, convendría leer, al par que ese estudio de conjunto, la aguda crítica de pormenor, gramatical, estética y filosofía que hizo de los *Siete tratados* un escritor de la propia escuela heterodoxa de Montalvo, el eminente cubano Rafael María Merchán, el cual sometió el metal com-

puesto del estilo de su ilustre cofrade, a los reactivos de su crítica, distinguiendo el oro de los otros elementos de más baja ley.

El estudio sobre Bolívar es un bloque pentélico, trabajado por un historiador y un sociólogo a quien ungieron las musas y las gracias. Como estudio sintético, quizá no haya nada tan hermoso sobre el Libertador de Colombia. Y es más digno de estimarse este homenaje de Rodó, cuanto ha sido frecuente en escritores del Sur el afectar desdén por Bolívar con el propósito de enaltecer a San Martín; como si estos hombres no brillaran con luz propia, que nadie puede obscurecer. Tipo de esta desgraciada tendencia fué el famoso General argentino don Bartolomé Mitre, polígrafo insigne, historiador de Belgrano y de San Martín en obras que revelan su excepcional competencia como investigador, narrador y crítico militar; pero que empañó no poco tan grandes cualidades con el injustificable empeño de empequeñecer al vencedor de Boyacá en beneficio del Protector del Perú. Pero es tal el poder de la verdad, que Mitre, después de hacer esos paralelos, con tanta sombra de un lado y tanta luz del opuesto, se ve obligado a reconocer en Bolívar un glorioso rival de San Martín. Rodó estudia al hombre y al guerrero, al genio múltiple, emparentado, como Bonaparte, con esos colosos del Renacimiento, en quienes parece que se hubieran albergado muchas

almas, cuyas varias y a veces divergentes actividades, se funden en una superior armonía. Para Rodó no es Bolívar el héroe impecable, que fantasearan sus admiradores románticos de otro tiempo, ni el sér anormal, que han querido pintar modernos sociólogos; sino un hombre, en toda la amplitud de sus múltiples facultades; con grandezas angélicas y caídas de simple mortal; que realizó, en el campo de la acción, un ideal de belleza como el que les sumos artistas han encarnado en el suyo. Rodó no admiraría tanto a Bolívar si no viera realizado en él un hermoso tipo de humanidad.

Rodó ha muerto en Roma, la Ciudad Eterna, la de los grandes recuerdos y de las esperanzas inmortales; donde el historiador, el filósofo y el artista, hallan materia inagotable de meditación y de enseñanza, y fuente siempre fresca de inspiración; pues allí lo antiguo y lo moderno; lo clásico y lo cristiano; el arte de Virgilio y el del Dante; el de Fidias y el de Miguel Angel, se unen en síntesis suprema, para ofrecer al mundo la más alta revelación de la belleza, y satisfacer las aspiraciones de quienes, como Rodó, aman intensamente la hermosura artística; pero aspiran a encontrar en ella la expresión de un ideal, que satisfaga los anhelos espirituales del hombre. El, el amigo de la conciliación y de la armonía, ha muerto contemplando de cerca el espectáculo destructor que hoy ofrece la civilización euro-

pea; pero, con todo, no debe haber flaqueado su confianza optimista en la humanidad, que parece destinada a progresar padeciendo. Recogería su blanco manto de pensador, para que sus orlas no se mancharan en las humeantes charcas de sangre; pero fijando su mirada en las siete colinas que coronan a Roma, se aumentaría su fe en la inmarcesible eficiencia del bien y de la justicia.

Rodó ha desaparecido en toda la madurez de la vida y del talento. Mucho tenía derecho a esperar la América de tan insigne maestro. Por eso su duelo será general en todos los países de habla española. Por nuestra parte, rendimos con emoción este postrer tributo al noble y generoso amigo, que nos proporcionó tantas horas de placer estético con la lectura de sus obras; y cuya evolución hacia la cumbre del ideal espiritualista quizá algún día se habría coronado con una afirmación plenamente cristiana. ¡Descanse en paz el evocador de *Ariel!*

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

1917

(Colombiano.)

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

La muerte tiene también su vida. Hay quienes al morir nacen muertos a la vida de la muerte, los hay que llegan débiles y otros caen prematuros en ella con la esterilidad de los frutos verdes. Mas, también suelen morir hombres que alcanzaron en su existencia la madurez que necesitan los frutos para alentar en ellos el poder de germinar en una nueva vida: la vida de la muerte.

Si, de germinar, desarrollarse y crecer. ¡Ay de la obra de un muerto si permanece siempre igual! Cada nuevo día trae un hombre diverso y cada generación, desechando costumbres, ideas y deseos, no comprende a las anteriores. ¡Ay de la obra de un muerto si siempre ofrece las mismas y únicas cosas!

Para vivir en la vida o en la muerte se requiere cambio incessante; sólo los que pueden seguir la rápida marcha que imprimen nuevas ansias, eternamente cambiantes, son guías fieles y capaces en la jornada infinita.

He aquí que muere José Enrique Rodó y todos, aunque le sabíamos joven y dueño de nuevas bellezas y verdades inexpresadas, vemos que cae en la muerte como un fruto maduro.

Y no hay temor de que en su nuevo estado sea su vida breve. No hay temor, porque en su obra no se describe a la verdad, que quien hace tal descripción demuestra ser exterior a la verdad misma; en su obra se viven las verdades, y por eso, si queremos resumirlas, no podemos hacerlo sin destruir la característica de toda manifestación vital: la inestabilidad del dinamismo, ese ir y venir, ese completarse y corregirse, ese quedar anhelante por saberse, trémulo, esclavo de las palabras al decir, y esclavo de las propias fuerzas al hacer.

Pero en las palabras que rebosan como copas donde hierve ardiente y vivo el vino, en la sangre que fluye de las manos destrozadas por romper el límite de las propias fuerzas, en el dar la vida por quererla llevar fuera de sí misma, alienta un idéntico heroísmo.

El heroísmo no es sino el germen que, despedazando el vaso que lo aprisionaba, busca en la infinitud de la muerte una paz en llanura, una libertad sin límites ni dependencias donde proseguir la evolución privativa de toda existencia real y eterna.

Y en Rodó latía ese heroísmo. En casi todas sus parábolas y ensayos vemos que no cierra sus pensamientos; algo de ellos queda desbordando como en ansia de posesión de los horizontes que evocan.

*
* *
Desgracia es no tener el alma siempre

lista, el pensamiento obediente, la palabra solícita; vivir, en veces, lejano del que nos habla y nos advierte, y sufrir la imposibilidad del convivir oportuno.

Así me duelen las palabras que otros esperan de mí y que no profiero, la ayuda que no presto, la esperanza que no aliento, la tristeza que no comparto. Así me duele la soledad real, la mudez verdadera, el no sentirme amo sino siervo de mí mismo y el no acudir allí donde debiera estar en voz y en acción y en compañía. Pero confío en el tiempo y no me torturo; yo sé que, si bien padezco el de no servir de compañero del instante, sirvo de compañero del largo tiempo que en pos de cada instante viene.

Ha muerto Rodó, y se dijera que no comprendo bien lo que ocurre. No me encuentro capaz de decir lo que debiera decirse. Y nunca, como ahora, había sentido la obligación de hablar y, nuevo dolor, la carencia de la palabra justa.

PEDRO PRADO.

(Chileno).

1917.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

SU OBRA ¹

Traspasó su voz por primera vez las márgenes del Plata, cuando, con inquietud contagiosa y música hasta entonces tal vez no oída, preguntó por *El que vendrá*. La juventud hispanoamericana, al oírle interrogar el horizonte con esa ansiedad como de hermana Ana, quedó suspensa de esa expectativa.

Sería preciso evocar el espíritu de aquella época, que parecía cargada de presagios, para comprender cuán inevitables eran, aun en los como él, tan seguro de sí y del rumbo, las emociones de esa grande espera... Ellas dan, a este su primer examen de conciencia propia y colectiva, aquel tono patético, ansioso, que no volverá a resonar en la calma alciónica de su obra.

En pocas épocas de la historia pesó sobre la humana angustia del porvenir mayor amenaza de desamparo y esterilidad. Hasta en esa América primitiva, que muchos imaginaban preservada aún por un candor

¹ Capítulo de un estudio publicado en la *Revue Hispanique* dirigida por R. Foulché-Delbosc (1919), quien, de acuerdo con su autor, nos ha autorizado a reproducirlo.

de idilio, «virgen que duerme sobre la arena de la playa», una generación febril, desencantada tras prematuras iniciaciones, erraba en busca de la palabra que le devolviera, con la fe en sí misma, el amor de obrar. Rodó hubo entonces de repetir, en la remota orilla, la invocación al *axiome, religion ou prince des hommes*, por quien, *Sous l'œil des Barbares*, clamaba atormentado y lúcido el Barrès de entonces.

«Revelador, Revelador, la hora ha llegado»...

Esperósele, sin embargo, con una ansiedad que aun nosotros, venidos más tarde, conocimos en su última forma.

Volviendo de escuchar, en la extrema linde, las revelaciones de los últimos hierofantes, y sabiendo, como Barrès, de esos *endroits intacts où veillent mille chefs-d'œuvre*, pudo aparecer como un precursor; pero sólo trajo la nueva de la dispersión y la incertidumbre: «Los cenáculos, como legiones sin armas, se disuelven; los maestros, como los dioses, se van». Quizás hubieran preferido, todavía, los jóvenes poetas, un cómplice más, que les agravara el delicioso mal imaginario de su «deca-dencia»; pero vieron sin duda en Rodó, si no el Maestro, que él mismo anunciaba y que a su vez ellos deseaban y no deseaban, una especie de hermano mayor, libre ya de fiebres, aunque estremecido aún al soplo del contagio, el *médecin consultant*, como se llamó a sí mismo Taine, que

sabría acaso, — sin desconocer las necesidades de la nueva, ambigua y cara, sensibilidad, — desatar la inerte desesperanza que les tenía paralizados ante la vida y la obra.

Esa diáfana manera de pensar, que era casi orar; esa actitud, como penetrada ya del sentimiento de una misión, con que se alzaba a otear, fué lo primero que conocimos de Rodó. Pareció *El que vendrá* en el primer tomito de *La Vida Nueva* (publicado en Montevideo a fines de 1897). Periódicos y revistas de toda América reprodujeron aquel ensayo, de acento tan inolvidable, revelando por lo pronto el advenimiento del anunciador.

Ya, en anteriores primicias, si bien todas de menos aliento, había dejado entrever, a los que le rodeaban en su ciudad, aquella temprana y suave gravedad que le valdrá luego el dictado de maestro. Pero este acento de emoción intelectual, esta melopeya como de almuecín que anuncia la hora del recogimientó, son, a mi ver, cosa única, y aparte, en la melodía espiritual de su obra y de su vida.

El segundo estudio del opúsculo trata, más en especial, de la novela nueva, pero en el mismo tono de lirismo contenido y cálido. Prolonga la inquietud intelectual de espera, que tan inconfundible aire de gravedad y de poesía meditativa dió al primer ensayo. Insiste en pedir, a los noveladores, en la epopeya de lo cotidiano, el trasunto de su propia época, el reflejo

fiel de nuestras almas aquejadas por tanta fuerza inexpresada aún; y haciendo suya, una vez más, la imagen de Taine al hablar de Musset, pide a los poetas se arranquen de las entrañas la idea y la muestren «ensangrentada pero viva».

Advirtió, como era natural, cuán inmenso campo parecía brindar a la novela nuestra América, aún virgen para ella, y cuánto podía hacerse, desde la narración histórica en que revivieran la conquista y el coloniaje, hasta la que dijese nuestra singular complejidad de ahora. Celebró antes, en breve estudio no reproducido, las tentativas, hoy anticuadas y preteridas, que encantaron a algunos de nuestros abuelos, dándoles a gustar, ya transfigurados por un primitivo arte de novelar, figuras y acaecidos americanos: *La Novia del Hereje*, o el suave y castizo *Capitán de Patricios*, o, después, *La Loca de la Guardia*, y los ensayos de animada y viviente reconstitución de sucesos nacionales, como en la *Crónica dramática de la Revolución*, de Juan Bautista Alberdi, o en el monstruoso y sin igual *Facundo*. En estos ensayos, como en todo lo que a la vida, pasada o por venir, de América se refiere, halla ocasión y deleite su interés más vivo. Así como ensalzó en Montalvo las pocas notas de color o de sentimiento que pudiera llamarse propiamente americano, así está siempre pronto a entonarlas y realzarlas donde quiera se destaquen sobre la gris imitación de lo forastero. Pero

no ha de llevarle su vivo empeño a generalizar en demasía, ni menos a excluir, en nombre de lo propio, de lo peculiar y privativo, todo lo extranjero, o lo universalmente humano. Antes bien, es en este estudio donde más felizmente insiste en delimitar su americanismo: — No ha de ser éste único alimento de nuestras almas; ni Próspero cerrará nunca la ventana de su mirador abierta a lo lejano: toda la tierra es nuestro dominio, pues hombres somos, y bien está que el rincón que nos ha formado nos retenga y nos seduzca y nos enterezca, pero no que nos aprisione ni disminuya. Es la evidencia misma.

*
* *

En tanto que se difundía esa especie de espera mesiánica, un poeta de milagro la colmaba para muchos o nos la hacía olvidar. Andaba por el continente, encantando al son, antes inaudito, de su siringa, a los espíritus juveniles. Pasaba desconcertando a viejos maestros y aun a jóvenes decrepitos, y la burla de éstos era más senil que la cólera de aquéllos; mas de unos y otros la incomprensión era igual. Aun en el puro ardor y la fe de los admiradores, tal candor de ignorancia había, su anhelo de saber era tan ingenuo y ávido, que acogían con premura igual cuanto acierto y cuanta incongruencia dábanse por signo de la poesía nueva. Los mejores la vislumbraban tan sólo como a la luz de relámpa-

gos lejanos, tenían adivinaciones de niños precoces y viciosos para imaginar encantos no conocidos. — Sin embargo, Darío triunfaba. Mas, no obstante la seguridad del triunfo, quería, sin duda, el poeta, que el admirarlo no dispensase de comprenderlo, y aun que se le comprendiese antes de admirarlo. Comenzaba a crisparle el horror del aplebeyamiento de su manera, venida a manos de los innumerables imitadores, ardorosos y prolíficos. Hasta los más remisos, mal manumitidos de otras servidumbres, ingresaban ya a su séquito, y la simiesca cacofonía ahogaba casi la música del Silvano. Nadie había fijado entretanto la verdad y el alma del iniciador ni las distancias que le separaban de su cohorte. Pero halló luego en Rodó, si no una sensibilidad gemela o igual concepto ideal del arte, la inteligencia más abierta y mejor preparada, el don del gusto exquisito más reflexivo. Halló el poeta desterrado « de un Versalles doliente » quien le impusiera a la multitud con ademán principesco.

Poeta y pensador eran espíritus muy disímiles, unidos tan sólo en el puro amor y la sutil comprensión de aquel género de belleza, hasta entonces no visto por esos climas. Y esa conjunción, feliz como hay pocas en la historia de las literaturas, señala el punto culminante de la nueva era, la más brillante en la cultura literaria de esos países, a menudo mal informados, pero, a la verdad, inteligentísimos. Gracias

a tal conjunción, pasó en un solo estremecimiento, a lo largo de los Andes, el *frisson nouveau* que había sacudido antes tan sólo a pocos iniciados. Nunca la palabra que comenta y la poesía que sugiere consonaron en música más tenue. Uniéndolas en haz, Darío y Rodó abreviaron, para América y para España, un trabajo de iniciación, asimilación y refinamiento, de quien sabe cuántos lustros, dado lo fragmentario e intermitente de nuestros aprendizajes directos.

El admirable ensayo formó el segundo tomito de *La Vida Nueva*, en edición que circuló poco en América. Puesto luego de prólogo a *Prosas profanas*, salió sin el nombre del autor, por descuido en la corrección de las pruebas. Mas no hubo lector que, recordando el ritmo aéreo, la alta elegancia espiritual de otras páginas de Rodó, vacilase en atribuírselo. ¿Quién, sino él? En España, ninguno de los que ya habían elogiado a Darío, ninguno de los escritores conocidos, solía poner en su prosa aquella contenida música palpitante. En América, Ventura García Calderón, que ha publicado sobre el poeta páginas densas y magníficas, igualmente armoniosas, era entonces un desconocido, adolescente apenas. Aquel saber tan airoso y seguro, aquella sensibilidad de *paysage choisi, que vont charmant masques et bergamasques*, como en Verlaine, no podían ser sino de Rodó.

Y el poeta de *Prosas profanas* está ahí

entero. Darío se mostró más tarde algo olvidadizo, al decir, como en son de queja o quizá de vago reproche, aludiendo a la definición de su impasibilidad de entonces: « se creyó mármol y era carne viva ». Si Rodó no descubrió, o mejor dicho, no insistió en desentrañar del mármol aquella alma que había de mostrarse luego « sentimental, sensible, sensitiva », fué porque tal alma, si en verdad alentaba ya ahí, si en algún ritmo suspiroso pasaba furtiva y lédica, más bien rehuía antes que reclamaba la atención curiosa; el poeta habría reputado entonces por de mal gusto el que se tomara su ademán mismo de esquivar el alma pudibunda y exquisita, por encubierta invitación a perseguirla. Prisionera encantada entre estatuas puras y joyas raras, mostraba los tesoros del recinto, mas no sus penas cautivas ni su angustia bajo el encanto. Acaso habría huído entonces de quien intentara despertarla y traerla a la realidad.

Después, el poeta avanzó hacia la vida mortal y cantó con alta melancolía. Pero en aquel libro egregio no fué sino el « poeta exquisito » y, por lo mismo, solitario, admirablemente glosado por Rodó.

¹ La opinión de Ventura García Calderón envuelve quizá igual reproche. No cabe aquí sino aludir a sus dos admirables ensayos (*Mercur de France*, 1 Avril 1916, y prefacio a *Pages Choisies de Rubén Darío*, Alcan 1918). A ellos remito al lector: hallará ahí la más patética y la más profunda comprensión del « poeta franciscano », « que no nació sino para quejarse », y participará de la justísima predilección

*
* *

Delicioso diletantismo el de Rodó en poesía. Pero, detrás del crítico ondulante, se adivinaban en él, madurando ya, más hondas predilecciones de pensador. El ardiente y perplejo invocador que parecía no poder abrazar otro ideal que el que sobrepasa todos los credos e incapacita para la acción, héle aquí que se adelanta, con todas la gracias de un arte grave y suave, a decirnos también su evangelio, un evangelio entre platónico y renaniano, entre cristiano y helénico. Por encima de las bellezas innumerables del arte, quería recordar a los hombres la esencial belleza de ser hombres. Su precóz y dulce seriedad no había sido sino el sentimiento de esta vocación de apóstol delicado e íntimo, misionero de todos los ideales en lo que tienen de más ideal, y de la perfección del alma en lo que la perfección tiene de más humano.

Cuando, junto a la estatua de Ariel propicio, dirigió a una juventud pensativa su exhortación, toda nuestra América reconoció que un guía espiritual había surgido, anunciando quizá tiempos nuevos. Corrió de mano en mano y de lengua en lengua el precioso libro. Irradiaba una helénica gracia de persuasión y de serenidad. Era, sin embargo, el fruto de una angustia.

por « las cortas lamentaciones » y « la ternura humilde de la confesión » que el incomparable ensayista descubre en los *Cantos de vida y esperanza*.

Libro tan bello y tan diáfano, comentarlo sería enturbiar su transparencia. Presérvannos varios ejemplos. Y guardémonos de reincidir en antigua culpa, que ya no nos excusarían candor ni celo de neófito.

Digamos tan sólo, y muy brevemente, la oportunidad de su aparición y la eficacia de su elocuencia.

Reclamábalo aquel momento de incertidumbre y desorientación. Si el positivismo, en el espíritu de nobles pensadores, conducía a una estoica exaltación de toda la verdad y a una total sinceridad, llena de fuerte candor, ante la vida real, en la consciencia inferior de los pueblos había rebajado la calidad de los ideales. Y si fué el bienvenido entre nosotros, por los muchos verbalismos y quimeras que había de destruir, pronto bastardeó en la práctica su interpretación de la realidad. Empobreciéndola, mutilándola de todo anhelo superior y desinteresado, la lógica positivista, con lo que tenía de más grosero, superficial e inmediato, bastó al sentido común instituido en criterio supremo. Erigió en ideal de la conducta, a lo más, una cordura basada casi únicamente en la utilidad del bien. Rebajó, para hombres y pueblos, el concepto del destino humano, haciendo de las verdades muy relativas de lo útil y de lo cierto, ídolos absolutos, en la superstición de la ciencia. Y como todo lo esperaba, nuestro mestizaje, de la democracia más irrestricta, el cundiente

aplebeyamiento en todos los órdenes y propósitos, no podía hallar ambiente más favorable que el creado por el positivismo con las agravantes del utilitarismo y el cosmopolitismo. Evidentemente, en los países maestros de la civilización, la cultura secular, la fuerza de la tradición, los hábitos de selección intelectual y social, el respeto — así no fuese más que puramente estético — a un gran pasado, mantenían enhiestas ciertas categorías espirituales, cierta jerarquía ideal, indispensable a la nobleza del mundo. Sociedades de aluvión, sin estructura de tradiciones, ni médula de herencias afianzadas por la continuidad de la misma sangre, no tenían las nuestras mayores diques que oponer al igualitarismo nivelador. La impaciencia de democracias desprovistas aún de todo, conspiraba, con necesidades materiales y flaquezas espirituales, para entronizar el criterio utilitario, la primacía de lo inmediato y de lo útil. Primacía inaplazable donde todo estaba por hacer. La instalación del aparato material de la civilización en el suelo virgen y desnudo requería para su obra urgente todos los esfuerzos. En las dormidas aldeas coloniales, en los aduares indígenas, la novedad y el exotismo de una fábrica, de una industria; el prodigio de un ferrocarril que abrevia la pampa donde se perdían la vista y el ánimo, y atraviesa montañas en que iban a romperse los arrebatos del intermitente esfuerzo, cambiaban las proporciones, los valores, el

sentido de esos instrumentos, convirtiéndolos en fines dentro de la estrecha perspectiva. Luego aprendieron nuestros pueblos a juzgar de su importancia en el mundo según su estadística de exportación; tuvieron como única conciencia de su vitalidad el número que cifraba la resultante de su trabajo; adoptaron como única manera de progresar la implantación del artefacto extranjero, de la ley extranjera, del artículo *tout fait* y listo a servir. Única norma de grandeza el imitar o comprar a los grandes los signos exteriores de su bienestar. La fascinación del « progreso », en la única forma inmediatamente asequible, aumentaba el prestigio del único medio con que se le conseguía rápidamente; y a esta sed de riquezas, a esta urgencia que resucitaba en nosotros, en otra forma, un rasgo ya borroso del español ancestral, del áspero buscador de oro, del conquistador adormecido en el largo sopor colonial, vino a añadirse, adulterando el antes heroico espíritu de la búsqueda, el apetito de los inmigrantes que acudían presurosos por satisfacer viejas privaciones. La advertencia mezclanza desdibujaba los perfiles, de suyo inciertos, de las nacientes nacionalidades. Substituía a la sobria *non-curanza* colonial la pasión del lujo; al trabajo casi patriarcal, la especulación. Apetitos, en suma, todos, de colectividades nuevas, carentes de lo más necesario, tan vanidosas de poder adquirir a precio de oro los ustensi-

lios y maquinarias para satisfacción de sus necesidades o de sus placeres, como pudieran estarlo de haberlos inventado o de crearlos ellas mismas. Si la especialización consiguiente a la división del trabajo mutila y deforma el ejemplar humano, para el cual Rodó pedía la integridad más armoniosa, en la América latina era el vicio contrario, el de la improvisación y la suficiencia, lo que falseaba la capacidad del individuo. Donde nadie sabe nada, el que sabe un poco todo lo puede. En viejos países, organizados de suyo por el profundo curso de la historia, secularmente encauzados en instituciones hechas como a su cuerpo y medida, donde toda actividad consciente e inconsciente marcha siguiendo el impulso venido de antiguo, poco o nada puede en su daño el « Pontífice cualquiera ». Pero en países en formación, inciertos y plasmables, hondamente se imprime la marca de sus hacedores. Necesitaron creadores de civilización, reflexivos adaptadores de sistemas complejos a pueblos simples, organizadores en un día del ajeno trabajo de siglos, cuando sólo tenían a mano caudillos audaces o bárbaros, déspotas ignorantes y atropellados. Clases sociales improvisadas e instables, sujetas al empuje de inmigrantes sin patria; lucro, ignorancia, premura; todo ello revuelto en la lucha contra una naturaleza aun indócil, agravaban entre nosotros, y más en ciertas latitudes, el mal de todas las democracias.

Pero, ¿no eran las mismas, o muy semejantes, o quizá peores, las condiciones en que se había alzado la gran democracia del Norte? ¿De dónde tomaba, pues, impulso para triunfar de ellas y surgir, candorosa y hércúlea, a imponerse como dechado? Todos a una, pensadores e historiadores, filósofos y diletantes, proclamaban por entonces que lo debía al gran factor, el primordial, el dominante, el decisivo: la raza. Un pseudo-científico criterio histórico había sentenciado la decadencia de la raza latina y decretado la superioridad de la anglosajona, a quien pasaban cetro y predominio. Y pues participábamos de la raza condenada, por el lado español, el más enfermo e insalvable, demasiado se inclinaba nuestro desaliento a aceptar esa explicación del malestar y desasosiego en que se debatían nuestras repúblicas. Fatalista, lejana y abstracta, esa excusa parecía disminuir nuestra oscura responsabilidad.

Veíamos, reflejada en la actual postración de España, nuestra inaptitud. Hasta sus virtudes, en ella como en nosotros, si las teníamos, parecían anacrónicas, incompatibles con los indicios del porvenir. Imputábanse a la herencia todos nuestros males, que no a nuestra inexperiencia; pues que de experiencia no necesitábamos para no más de copiar modelos o aprender usos. Y no siendo posible borrar del todo sus estigmas, buscábase el medio de volverla, hasta donde fuese po-

sible, inoperante e inocua, así en lo individual como en lo político. Desvaneciase en sarcasmos todo orgullo de abolengo histórico, toda tradición antigua. Desecábase en el menosprecio y el abandono toda raíz secular, todo sentimiento de solidaridad con lo heredado, que era como simplemente reivindicado. Queríamos creernos de ayer, comenzar en nosotros, con la independencia, sin lazo alguno de antigua fatalidad. La independencia entendió darnos, no sólo una autonomía, sino un nuevo sér, distinto, en nada solidario de lo anterior. Agravó la ruptura, más que con ingratitudes de hijo rebelde llegado a la mayor edad, con desconocimiento de la continuidad de la sangre: ¡reconocíamos como progenitores y deudos naturales más bien a los indios vencidos, humillados y desposeídos, y reivindicábamos como pasado *nuestro*, interrumpido por la dominación extranjera, el para siempre abolido imperio incáico, que, a la verdad, nos era tan extraño como pudiera serlo un fabuloso Oriente prehistórico! Y fuera de las vanas exclamaciones sentimentales de algunos hispanizantes de ocasión, o de la obstinación de estrechos conservadores, no había en el fondo de la nueva raza sino desdén por lo español. Desdén que en algunos iba hasta el rencor, no ya por el recuerdo de las luchas de la independencia, aplacado y satisfecho en la gloria del triunfo irrevocable, cuanto por la sensación del tiempo perdido en el con-

fuso sueño de larva del coloniaje, bajo la incapacidad y la incomprensión de la más ignorante de las tiranías; sentimiento casi nuevo, despertado por el estudio de nuestra oscura Edad Media.

Minado el orgullo de raza, abatido el sentimiento del abolengo histórico; en el total desapego del pasado anterior a la independencia y en el desaliento infundido por cuanto a ella siguió; en el pesimismo y la desorientación consiguientes a los primeros ensayos vanos, bien endeble tenía que ser la resistencia a influencias extranjeras, y bien tentadora la ilusión de poder cambiar de espíritu sin más que trocar los herrumbrosos residuos de españolismo por estímulos nuevos, concordes con los nuevos tiempos.

Impulsábanos a arrostrar todas las zozobras y dificultades del descastamiento la fascinación del ejemplo del Norte.

Cerca de nosotros, frente a la decrepita madre España, se alzaba la raza contraria. La evidencia de sus triunfos se nos entraba hasta por los ojos, no sólo en todas sus *grandeurs de chair*, como diría Pascal, sino en su mismo espíritu, consagrado por la nueva filosofía: sancionaba sus conquistas y su moral el positivismo avasallador. La admirábamos, pues, no sólo por el titánico empuje de sus maquinarias, sino por el rotundo sentido que solía dar a la existencia. De admirarla, bien queríamos pasar a imitarla. Y sobre tímidos rezagos de sentimentalismo, comenzaban

a triunfar de hecho los codiciables reclamos.

Absurdo habría sido negar la grandeza del modelo. Pero, ¿era en verdad tan digno de ser imitado en todo, cual se lo representaba la candorosa y ansiosa idealización? Y, sobre todo, ¿era, en verdad, posible, dado que fuese conveniente, aquella imitación? Aparte de lo desdorosa, por la abdicación de la personalidad y del orgullo de sí que esa sumisión implica, ¿no era un error esperar de la copia servil de lo externo y asequible, la virtud que radica en formas internas y orgánicas? Desviándonos de lo castizo, el secreto del triunfo adventicio permanecería ajeno, intransmisible, inapropiable.

Rodó reaccionó contra el vano empeño. Otros autores, mediocrementemente los más, habían exacerbado el temor de nuestros pueblos débiles, de ser absorbidos por lo que llamaban el imperialismo yanqui. Conjeturas medrosas o acusaciones de odio receloso, más bien que razones o hechos, apoyaban el anatema de esos profetas de infelicidad. Rodó no impugnó el peligro político que, de existir de veras, habría hecho, hace tiempos, irrisoria toda prédica. Su propósito era fundado en temor más sutil y más noble: quería preservarnos de un peligro más cierto, si bien menos visible: la conquista espiritual, la imitación del tipo triunfador, que deseaban aun los mismos enemigos agoreros de la otra conquista y precisamente

como preventivo remedio a ella.

De ahí la diferencia de razones, de tono, de alcance. Había en los tiempos nuevos demasiadas sollicitaciones que inclinaban el espíritu a tomar la vida y la acción a la yanqui, y a ver en el *struggle-for-lifer*, que dijo Darío, el tipo humano predestinado y único. No es que Rodó no reconociese la nobleza y fortaleza de este bello ejemplar. Al contrario, nadie quizá reconoció como él la viril poesía de su rudeza, la grandiosidad de su esfuerzo, la voluntad que en ellos ha modelado «el torso del atleta para el corazón del hombre libre», y ha dado «al genio humano una nueva e inesperada belleza ciñéndole el mandil de cuero del forjador».

Son páginas imperecederas las en que reconoce, ensalza y canta, por decirlo así, la hermosura del genio de esta raza. Su crítica toda es de sabio y es de poeta, doblemente iluminada; y en el vasto cuadro que traza, arrogante y firme, su justicia pone la nota exacta y delicada, junto al toque soberbio y audaz. Sin embargo, quizá si exageró un tanto el peligro de la imitación, y la acusación de materialismo. ¿No son los rudos yanquis los verdaderos idealistas? Nuestro idealismo latino, ¿no es una forma de la voluptuosidad, mientras el de ellos es de esencia más espiritual, más desinteresada y libre? Su inapetencia al arte, ¿no la compensan con el respeto casi candoroso que le profesan como de lejos? Mientras que para noso-

tros son una forma sublimada del placer, arte, poesía, misticismo, ¿no son para ellos regiones etéreas? Civismo, idealidad religiosa, solidaridad social, responsabilidad individual, respeto del derecho ajeno, ¿no son para ellos obligaciones de idealismo cotidiano, y no las desarrollan bajo formas que no conocemos en nuestra falta de ingenuidad ante el deber? ¿Y no practican el idealismo en tantas otras virtudes que ni siquiera entendemos?

Al reconocerlas, tan magníficamente como lo hizo, el mismo Rodó las propuso como modelo. Pero, con tiento sutil, quiso apartarnos de la imitación de otras tendencias suyas. El peligro, para él, estaba en no hacer el deslinde neto. Sin embargo, parece haber contradicción en su teoría. Tal vez no existía el peligro, — sin contar con que bien quisiéramos como cualidades algunos de esos defectos, o que una mitad, por lo menos, de cada uno de nuestros pueblos se yanquizara, mientras la otra mitad velara... — Pues si advirtió que la raza contraria acendrababa en forma intransmisible a otras, el secreto de su sér, a su vez la nuestra velaría, como numen tutelar inextinguible, a preservarnos de exceso en la deformación de lo congenital. Quizá no había sino ventajas en la imitación, que nunca pudo ser excesiva, porque a ello se oponían las infranqueables barreras de nuestra naturaleza.

Espíritu conciliador, Rodó quisiera juntar la más noble herencia española a la

más pura energía anglosajona : pero en el sér viviente, más aún que en toda obra humana, defectos y cualidades van tan íntimamente entrelazados, tan orgánicamente dependientes, que es ilusión de lógica abstracta su linderación. Con todo, Rodó fijó el punto sensible de la medida con maestría suprema. Y su *Ariel* fué el fiel de esa exquisita balanza.

De él data en nuestra América la moderna reacción idealista. La armoniosa nobleza de su enseñanza halagaba a los espíritus delicados, al mismo tiempo que su cordura, tan elocuente como discreta, atraía a los más desconfiados y recelosos de utopías. Un nuevo idealismo se levantó así. No parecido al romántico, ni divorciado de la naturaleza, ni tampoco supeditado a ella, sino dominándola conforme a su genio; no ignorante de la realidad, sino amoldándose a ella o moldeándola al espíritu; no vagante en sueños, sino operante en cultura y acción; no revolucionario ni utopista, sino cauto, sutil, y que explora mareando según el viento y según la mar. Del positivismo, pues, que había informado la actividad toda de la generación precedente, en arte, en ciencia, en religión, en literatura, no desconoció la oportunidad histórica, ni repudió el legado magnífico. Despedidos los fantasmas, implantado el espíritu crítico en todos los dominios, admitida la relatividad de todo lo humano, la necesidad de adaptar los medios a los fines y a las condiciones de

lugar y tiempo, la desconfianza de las afirmaciones absolutas, el valor de los hechos y los números vivificados por el espíritu, hizo del positivismo la « piedra angular », pero no « la cúpula » del edificio.

Tal fué la obra de depuración y complemento. A ella vino Rodó traído por nuevas corrientes. Había leído otros libros, además de los evangelios anteriores. Por su mente habían pasado, refrescándola, las ráfagas de esperanza universal y simpatía venidas con Guyau a nuestras riberas. Había asistido a la reconstrucción de la posibilidad metafísica con Renouvier, Boutroux, Bergson; y había admirado en el nuevo renacimiento la persistente virtud de la cultura clásica.

E hizo un libro que no ha envejecido.

Al proclamar la belleza, no de la estética como moral — que eso podía llevar a un neroniano diletantismo, — sino de una moral estética, regulada por el sentido interno del buen gusto, de la armonía y la mesura, no tuvo, sin duda, en mientes sino dirigirse a espíritus selectos y capaces. Sin embargo, llamó a todos a fraternizar por lo alto, en la unidad trascendental de los ideales. Quiso fraternizar no sólo en Cristo, sino también en Renán. Siendo el arte el dominio más amplio, quiso que a él suban todos, a abarcar la vastedad del horizonte humano. La eficacia de un arte generoso le parece redentora. Predicar el amor a la belleza, probar

la virtud de lo hermoso, hacer sentir la poesía del precepto, es para él un « género de oratoria sagrada ». « La virtud es también un género de arte, un arte divino », dice. Y añade: « dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia ». Con helénica gracia despoja a su « virtud » de toda adustez. Y su balsámica unción nada tiene de un misticismo reblandecido. Quisiera despertar en los más remisos, en los más olvidados de sí propio, el sentimiento de la alta nobleza humana; ver en todo hombre, en cada hombre, la integridad de lo humano, y no tan sólo ejemplares más ó menos mutilados de la especie. Para eso enseña el cultivo de la vida interior, donde duermen las innumerables posibilidades. Quisiera que cada cual, en una tregua íntima, se acuerde de su propio sér y de su verdad, se ayude de la soledad y del silencio, practique la meditación desinteresada, la contemplación ideal, y tienda sobre las cosas una mirada serena y libre.

Con él pasamos, de exaltar sentimentalmente las voces de la raza, a oír en razón los llamados más íntimos de lo castizo y los más íntimos aun de lo puramente americano y *nuestro*. Desde entonces restauramos el blasón y cultivamos el huerto propio. La eficacia de *Ariel* fué así mayor que será luego la de *Motivos*. Pues si éstos se dirigen al hombre de todas las latitudes y condiciones, aquél hablaba a americanos y, en especial, a almas y pueblos en formación.

Cundió como el anuncio de la «Vida Nueva» por la que clamara él mismo en su crisis de juventud. Desataba allí, en plenitud y armonía, las fuerzas que un conato de barresismo había un momento tenido en impaciente inhibición. El don de persuasión, la pureza cordial del llamamiento eran tales, que nadie reparó entonces en lo inadecuado y tal vez nocivo para América de lo mejor de esa enseñanza tan sana. De no sentirse en su acento la imposibilidad de ironía que caracterizó su dulce y austera generosidad, habría hecho sonreír el peligro de predicar el desinterés en casa de pródigos, la devoción del héroe en la tierra de promisión de los caudillos, el dulce *otium* clásico a gente de molicie y ociosidad proverbiales, el cultivo de la vida interior a índoles refractarias a la acción, la moral de lo bello en una época que refinaba la estética del mal, la universalidad en el país de la improvisación...

Tal evangelio era más bien para predicado en los Estados Unidos, cuyo sentido de la vida hemos visto analizaba ahí mismo en páginas de maravillosa sagacidad, dándonos su progreso como el modelo de perfección que, precisamente, no debíamos imitar.

Mas la inoportunidad no era sino aparente. Y el peligro no estaba sino en no comprender bien. Rodó fijaba con exquisita precisión y sentido de matices la parte

de la acción y la del ensueño, o más bien, la compenetración del ideal en la realidad cotidiana, por el cuidado del perfeccionamiento interior.

Aunque hubiese sido inactual o superabundante el predicarnos el idealismo, no por eso era menos bella ni menos persuasiva su exhortación. Su verdad estaba en su belleza. Propagóse con el encanto de una religión para hombres buenos y exquisitos. Y su belleza estaba en su música, música puramente espiritual, a la cual sirve apenas de leve acompañamiento el ritmo de la frase, y que proviene más bien de la armoniosa rotación de las ideas. Resonando se queda en nosotros largo tiempo después de cerrado el libro. Su maravilloso epílogo, prolonga en íntimos acordes el canto de Ariel aeriforme.

*
*

Todo el mundo, desde entonces, llámole maestro. Y así comenzó, con el éxito ante la primera prueba de su vocación, la fatalidad de una *mision*.

Con los años y la ciencia de las almas, que él ha profundizado a través de todas sus lecturas, y estimulado por la autoridad que se le ha reconocido, este don de persuadir, que es su aptitud capital, se convierte en necesidad de preservar, de guiar, de restablecer el orden en los espíritus desquiciados, la belleza interior en las existencias más desapacibles. Tal fué siempre el lado cordial, la impulsión de-

cisiva de su obra. Es ahora la fuerza viva de perseverancia, su vocación ya irrevocable. Esta se ha exaltado a ideal redentor, casi en forma de piedad. Si los « intereses del alma » fueron siempre su más alta preocupación, quiere ahora servirlos de más cerca, más concretamente, en la conciencia de cada uno. Ve las posibilidades sin número que esperan el llamamiento eficaz en el alma más devastada. Contempla la infinita virtualidad de la vida, no con el vértigo, la tristeza y la perplejidad de un Amiel, sino con una voluntad operante y lúcida. Su fin es el de suscitar esas resurrecciones de tantos vivos como yacen sepultados en su propia inconsciencia. Por su amor de la vida y su orgullo de hombre, quiere compartir con el tiempo y las leyes universales la dirección de nuestros cambios de alma. Y con una potente abundancia, con una obstinación inventiva de misionero, renueva infatigablemente — y tales son sus *Motivos de Proteo* —, todas las razones de esperar, cambiantes como nosotros y con nosotros.

Inclínase sobre los enfermos de la voluntad, sostiene las vocaciones vacilantes, hace brotar nuevas fuentes allí donde el total desaliento ha secado las antiguas. Cree salvar riquezas ignoradas aun en los más pobres de espíritu. Ejerce en verdad cura de almas.

Hasta su figura física toma el aspecto de esta autoridad casi paternal y de este cuidado. Ved en cierta fotografía el emaciado

rostro juvenil. Parece devorado por un ardor claro. En sus ojos titilan la inteligente curiosidad y la lucidez feliz, sin inquietud interior, del diletante seguro de sí y de la bondad del mundo. Después, la carnación abundante viene a dar, con su plenitud, serenidad y sosiego al continente, que no pierde la expresión de espiritualidad, merced a la dulzura meditativa que se concentra en la cuenca de los ojos miopes. Es el semblante de tolerancia de quien todo lo comprende, y el aire ensañado, sujeto a *ausencias*, del trabajador ensimismado y solitario que se olvida de cuanto no es, a la verdad, esencial.

Tan grande ánimo eleva, vivifica estas páginas densas, que todo el mundo, olvidando la aérea, la exquisita levedad de *Ariel*, creyó en *Motivos* como en su obra maestra. Con ellas nos hace pensar en la alteza de alma de un Marco-Aurelio, no desengañado por la experiencia del imperio, más bien que en las lecciones de *savoir-vivre* de un Lord Chesterfield que hubiese sabido escribir en tan alto estilo. El magnánimo aliento que encumbra su propósito salvador, bastaría a redimirlo del vago tedio que se desprende de ciertas obras, de cordura excesiva, escritas explícitamente para guiarnos, aconsejarnos y precavernos, si allí no estuviera, además, a recordarnos la presencia de un gran artista, aquella ordenada opulencia, aquel prolijo fausto con que se vierten en cada página las mayores riquezas de la lengua,

las más puras imágenes de poesía plástica y sonora, todos los alardes de quien posee, en supremo grado, un arte sabio y un inexhausto poder de estilo; y si los pasos más singulares de biografías ilustres, las más bellas figuraciones de la fábula, no dieran forma viviente o representación insigne a todas sus ideas.

Quisiéramos tributar tan sólo elogios a esta obra ingente, la más amada por su autor, a juzgar por los años, el celo y el obstinado genio de paciencia empleadas en darle tal perfección. Quisiéramos seguir el general dictamen, que tiene por la obra maestra del artista y del pensador ésta que, en efecto, reúne la plenitud de los dones en madurez al dominio de la cultura más vasta. Pero no hallamos en él, desde luego, ese perfume de encanto, esa gracia de juventud comparable a la que el mismo Rodó veía en ciertas obras cuya sola hermosura es ya bastante prueba de su verdad.

Frescura y sazón que no volverán son las de *Ariel*. Rara vez, en la vida de un artista, hay concordancias tan felices y tan únicas; ni llega a reemplazar al toque, breve y certero, de la hora fugaz, la aplicación reiterada e igual.

Ahora agrava la tendencia que antes no pesaba sobre la levedad del primer vuelo. No que obedezca ahora a propósito didáctico propiamente, ni que sacrifique el arte a la enseñanza; pero al querer levantarlo precisamente a su expresión suprema, lle-

nándolo de pensamientos reguladores y velando por la nobleza al propio tiempo que por la utilidad moral del consejo, le ha vuelto, ni podía ser de otro modo, laborioso y digámoslo, a la larga algo pesado. Admirable libro, cargado de humanidad y magnificencia, tallado como en granito, para durar; concebido, por encima de lo transitorio, en su designio de servir en todas las latitudes y enseñar a todos los hombres a ser hombres, a serlo cada día más y mejor. Pero también vasto esfuerzo sin alegría, como no sea la solitaria de vencer en la « gesta de la forma », y la de concertar razones aunque no hagan falta; sin voluptuosidad, como no sea la de haber visto, « en el reposo del mediodía », que la obra es buena. Comprendió Rodó la abnegada sublimidad de su propósito, y alzó el consejo a la altura de su genio literario; pero, si bien transforma en visiones poéticas las consideraciones de un simple educador, y si bien sus apólogos de moralista sobrepasan en alcance y en belleza a aquellos que un Franklin, pongo por caso, usaba con familiar bonhomía, algo queda, sin embargo, bajo la amplia suntuosidad del estilo, de la índole, no del todo transfigurada, de su misión.

Enseña, en suma, que la virtud, no la felicidad, es el mayor bien. Esta, ni la busca, ni la define, ni, a la verdad, le preocupa. Apenas si en la vida se acordó de ella; aquí, no la nombra siquiera.

Considérala, sin duda, como natural y otorgada de suyo al hombre que dignamente llena el objeto para el cual se siente predestinado o capaz. No la buscó, como tampoco se buscó a sí mismo. Halló en seguida su verdad y con ella la solución de todos sus problemas. Y si buscó la *terra lontana*, el « espacio », de Leuconoe, fué como dominio de acción y conquista, no como región paradisíaca de quietud y perfección inmóvil. Nada más pueril ni decepcionante, es claro, que los manuales de perfecta felicidad. Nada más patético y desastrado que los esfuerzos por fijarla, vanos hasta para concebirla, aunque los veamos en la filosofía estremecida y la poesía misericorde de un Sully-Prudhomme. Y a la verdad, y pues no hay felicidad que no se parezca a nosotros mismos, hallemos nuestro empleo y centro y hallado habremos nuestra pobre y resignada felicidad. *Je tresse de la paille pour oublier*, decía Alfredo de Vigny. A darnos este empleo y centro se aplica Rodó, no ya en transacción forzada con el destino o en dolorida renuncia, sino como gloriosa solución y fin.

Para él la vida tiene su fin en sí misma, o se lo asigna, no como límite, pero sí como deber. Y este fin es el incesante perfeccionamiento, la educación indefinida de la voluntad, el sobrepasarse y el ser cada vez más y mejor, no en el sentido nietzscheano, que, por brutal que parezca, implica una grandiosa concepción del uni-

verso y una heroica teoría de la vida, sino en el sentido « humano, demasiado humano » de que es preciso hacer algo.

Plantea sin cesar el problema de la vocación; nunca el drama del destino. Bajo la incertidumbre ante el camino por emprender, no ve la perplejidad más trascendental ante la existencia sin razón ni fin.

No parece preocuparle nuestra significación de hombres en medio del universo, ni este enigma de sentir un alma que interroga en vano por el objeto de nuestra vida.

Lo cual sorprende en él, que se mostró tantas veces celador de la vida profunda, silencioso del reino interior, vigía de todas las cosas que salen del alma empapadas aún en misterio. Aparta el enigma del mundo y se limita a ver claro en sus apariencias, tratándolas como última realidad. Le bastan, como a un griego, la acción y la palabra para ennoblecer la vida.

Artista de la perfección interior, no le tentó, sin embargo, el arrebató místico, ni tuvo el arranque loco, ni el sublime desprendimiento. La faltó quizás hasta el calor de alma de San Francisco de Sales, para escribir esta su laica *Introducción* a la vida activa, pero también devota en cierta modo. Ni es la perfección del alma y su cultivo por sí y en sí, de los estoicos inmóviles, la que profesa. Quiere hacer de ella un instrumento. La acción es su fin y su reino. Ni la vida interior depurada

por el análisis, ni la estancada contemplación nirvánica son de su preferencia, o cuando más, como medios preparatorios de virtud actuante.

Ayuda así tan sólo a las almas en formación. Pero, ¿hay alguna que no lo esté, en el perpetuo devenir que somos? Enseña a descubrir en sí más de lo que uno cree, más de lo que uno espera. Conforta desfallecimientos, apuntala voluntades, guía incertidumbres, procura estímulos y fines, prodiga ejemplos y esperanzas...

Condescendencia generosa, pero excesiva.

Quizás a alguno sirvió, que le buscó en desánimo y confusión de espíritu. Pero tales estímulos y consejos, para ser bien aprovechados, presuponen, sin darse cuenta, un principio de voluntad allí donde el supuesto es precisamente que no queda sino su ruina. Faltan el método y la precisa regla de conducta con que educadores menos elocuentes, pero « más prácticos », que miran el mal de menor altura, ayudan al claudicante o al abandonado por su alma. Gran esfuerzo abstracto y genérico, o inadvertida tautología, no puede este libro magnánimo servir de guía sino a quienes en suma no lo necesitarían: que los verdaderamente enfermos y necesitados han menester de andaderas más humildes, más inmediatas y simples, más prácticas. Y donde se necesitara suscitar un cordial tumulto para arrollar las voluntades paralizadas, más fuerza tendría quizás,

a modo de conjuro, un poderoso sacudimiento lírico o trágico, que no la razón razonante ni los fríos modelos ilustres. Allí donde Emerson no basta, más necesario es Payot. Donde no bastan sugerencias, huelgan las pruebas. « Es potente porque es vulgar, es útil porque es estrecho » — dice Taine de Addison, refiriéndose al empeño por el cual le llama « predicador laico ». — Mientras que aquí, este poner magníficamente a contribución — para comprobar una evidencia ineficaz — el arte, la ciencia, la historia, la filosofía, agrava la instancia del libro sin aumentar su virtud.

Vasto y prolijo repertorio de casos y razones, quienquiera que lo lea hallará entre ellos su imagen y su remedio. Pero al dar como ejemplos pasos de vidas insignes, parece olvidar lo personal e *irrepetible* de cada vida, pues que partió él mismo del postulado de que la vida, en cada uno, es invención perpetua e imprevisible, infinitesimal y múltiple, y no hay dos combinaciones semejantes en todo el haz de la tierra. De ahí que nunca puede la ejemplaridad ser sino exterior e ilusoria; la mecánica de las almas carece de leyes fijas y aplicables. Bien es cierto que Rodó no aduce la paridad en rigor de prueba, sino como ornato e ilustración al discurso.

Pero aun allí donde un ánimo dolorido necesitara ver la emoción de una sensibilidad, o sentir la caricia sedante de la ter-

nura hermanable, halla, imperturbable y bella, la llama fija de la razón, alimentada por una indefectible esperanza racionante. Sí, talvez fueran más eficaces en muchos casos algún canto ingenuo, algún grito elíptico, el dolor del viril gemido, la imprecación, o algún donisíaco júbilo. Rodó prefiere emplear, inagotablemente, la persuasión lenta y discursiva.

« A veces, — dice Ventura García Calderón —, a veces, nos importuna que Próspero, para consolarnos, vulgarice los consejos de higiene sentimental que aprendimos en los manuales anglicanos de Smiles... » No nos obliga nunca a esa « gimnasia emersoniana » que nos haría, como quiere García Calderón, « ir de cumbre en cumbre » con « una alma erizada como de infinitas puntas para el rayo ». Rodó cree que eso asustaría a los que vienen en busca de confianza en sí.

Así y todo, sólo es guía para válidos viajeros, no titubeante Cireneo que compartía con nosotros el peso de la cruz. Comprende todas las tristezas del desfalleciente; pero nunca quizá participó de ellas hasta saber cómo son por dentro. Acaso el hombre tuvo caídas y flaquezas que le hermanaron a nosotros, míseros; en el escritor, ningún rastro ha quedado de ellas.

Es este libro el esfuerzo paciente y asiduo de un maestro seguro de sí y atento a seguir los meandros por donde se pierden los inciertos y los claudicantes. No es

la conversión de un pecador, ni la convalecencia de un enfermo, con sabor de confianza y de fraternidad. Su simpatía por los débiles y necesitados de ayuda y guía es la del hombre magnánimo, un interés trascendente, el sobrante de una naturaleza generosa, cordial, sin desfallecimientos ni complicidad en ensueños lánguidos o muelles abandonos. Y aunque su voz se dirige en particular a la imaginación y a los sentimientos, por encenderlos de esperanza y apasionarlos y lanzarlos a la acción vibrando, más mueve el espíritu a convicción, que no el alma a un ímpetu férvido. Puede ser que ayudara a muchos desorientados a salir del laberinto interior. Pero muchos, seguramente, cerrarán el libro sin haber recibido el choque revelador. Falta ahí no sé qué que se espera y al fin no viene.

Su virtud enteriza y sin combate hace de Rodó, es claro, un nobilísimo ejemplar de la más alta especie. Pero, de Rousseau a Verlaine, se nos ha estragado el gusto, y vuelto más sensibles a la piedad, a la simpatía dolorida y al orgullo *quand même* que inspiran pecadores como Darío — por no citar sino a un hermano suyo, — que no a los puros apolíneos.

Enhiesto hasta en su bondad más comprensiva y piadosa, inmune en su afán redentor, sin tragedia interior visible, no se lo siente ahí como un hombre igual a nosotros; no es un redimido, sino un exento. Por eso quizá su palabra no en-

ternece ni exalta: sólo convence. Y por eso quizá se le admira tanto como se le respeta; pero no arrastra consigo la efusión del alma tras la adhesión de la mente.

El libro a que ha querido dar, ante todo, una virtud dinámica, un impulso conductor, resulta así un libro estático, inmóvil en su perfección. La misma vida incesante, la renovación continua, que invoca como ley y de que parte en principio, no llegan a animarlo ni lo renuevan. Ideas y ejemplos gravitan, bien acordados, alrededor de temas poco diversos, dando vueltas que agravan la sensación de enervamiento de la voluntad, contra la cual precisamente quisiera la obra reaccionar. Propagan sus capítulos concéntricos el leve movimiento que fenece como el del agua en un estanque sin derivación. Bastaría el índice para mostrar los giros envolventes del mismo pensamiento indefinido. Prolija divagación, aplicada e insistente y como atada a un plan en que todo converge, o, más bien dicho, se resuelve en una sola proposición. Sin principio ni fin, su uniformidad parece monotonía, y es acaso un tanto excesiva; 450 páginas tupidas para probarnos, en suma, que cada cual debe seguir su vocación, son tal vez muchas en un solo libro. De ahí el deseo de leerlo, todo, sí, quizás, pero no de seguido; de demorarse en el placer de hojearlo, de entrar en él por diversos puntos, esperando brote del encuentro, con

tanta y tan constante hermosura como por doquiera se halla, el ánimo de afrontarlo todo con tesón. Desgano tal vez proveniente de lo que dió Rodó como principal y característica cualidad del libro: de su falta de «arquitectura», de su «perpetuo devenir», de ser, conforme lo definió él mismo, «un libro abierto sobre una perspectiva indefinida». En arte, como en metafísica para los griegos de la mejor época, lo perfecto no es lo infinito, sino lo finito, bien delimitado e independiente. Se nos recordaría en vano que Schopenhauer estimaba como una excelencia más de su sistema, la interdependencia de todas sus partes y el que no tuviera propiamente principio, medio ni fin, sino que el pensamiento vivificante circulara en él como va la sangre del corazón al cerebro y refluye de todos los miembros. La contextura misma de nuestra lógica y la medida del arte exigen, a la verdad, algo más orgánico.

Más habría valido, sin duda alguna, que Rodó nos hubiese dado separadamente, aunque fuera uno tras otro, los cuatro o cinco libros que se advierten, apenas diferenciados, en lo macizo de este volumen. Aisladamente, habrían parecido, si bien sacados todos de la misma cantera inagotable, frescos renuevos y alardes de una abundancia sin fatiga, prodigiosa en lo de hallar formas a su «perpetuo devenir». Ya que ninguno de esos cinco libros es de desecho; ya que todos son

bellos y profundos; ya que muestran a toda luz las fases del problema cotidiano más importante, dénoslos todos, pero no a la vez: — Dénoslos en tomitos esbeltos y ligeros como los tres de su *Vida Nueva*. — (Así sería, por lo menos, de desear que los reeditasen en lo sucesivo). — Y hasta podría hallarse en la tabla puesta al fin del volumen la vaga indicación para el reparto de la materia.

Desde luego (y ya algunos aficionados lo han realizado), reclamaríamos — pero incólume de exégesis, — el más bello y el más *útil*, el que realizaría por sí solo y con mayor y más graciosa eficacia el propósito de la obra toda: el tomito de las parábolas, mondas de todo comentario, sin exordio ni epílogo ni aditamento alguno; con todo su poder de sugestión encerrado en la breve alegoría.

Muy bellas son las parábolas, y muy tuyas. ¿Pero a qué, si es tanta y es tan vívida su claridad, rodearlas con cauta y prolija mano de comentarios y de tan explícitos desarrollos? Precédelas un fácil apotegma, pero a modo de tesis por probar; y ya su sola enunciación es bastante a fijar su alcance y significado, y aun a volver inútil la alegoría, como no sea de puro adorno; luego viene ésta, en que la idea encarna con seductora precisión; pero al símbolo viviente y a la idea clara sigue todavía la comprobación de la adecuación del uno a la otra. La encantadora fábula pierde así lo que le quedaba de su atrac-

tivo secreto. A la sugestión alada sigue la maniática explicación. Entre el exordio y la peroración, presurada la pulpa lozana, exprime hasta su última gota.

Si el encanto de la parábola está sólo en sugerir; si es su virtud y su secreto de vida el impresionar de suerte que cada cual la haga suya, interpretándola a imagen de su verdad interior, Rodó contraría un tanto este inefable poder y le limita al interponerse para imponer, no sólo el símbolo literario, sino su prolija y personal interpretación. Será sin duda menos bella o menos elevada la que le demos, pero, por ser nuestra, es en nosotros más eficaz. Rodó no consiente en dejarlas repercutir libremente. Impuestas en su perfección inicial y suprema, parecerán siempre bellas, cierto; pero ahí se estarán como inmovilizadas en su exactitud. No cambiarán con el alma de los lectores. Siempre iguales a sí mismas — y ya que su moraleja no se distingue del fondo universal de la cordura humana, — irán al acervo de nobles lugares comunes en que se abreva indiferentemente el buen sentido de los hombres y de los pueblos.

En tanto que si se las dejara en evangélica desnudez, en su gracia de poemas primitivos, vivirían, no solamente como trozos de antología, dentro de un libro, sino con la espontaneidad de pequeños mitos familiares e íntimos, mezclándose a nuestra vida cotidiana como una gracia de la memoria y no como un consejo de tutor

vigilante y preciso.

En cuanto a los demás tratados, en orden indistinto podría darse: el de la renovación e innúmeras posibilidades interiores; luego el más especial de la vocación; el del diletantismo en sus contactos y diferencias con el propósito de restificación constante y ordenado; y el de la vida como arte y los artistas como buscadores de su propia verdad y perfección, etc.

Y, pues, cada pequeño opúsculo se bastaría a sí mismo, ¿para qué escalonarlos ni ligarlos? *Ces choses de spiritualité ne sauraient se donner en grande quantité à la fois*, dijo Sainte-Beuve. Sabio consejo que Rodó debiera haber seguido, continuando así su primera manera, grave y leve a un tiempo. Parece aquí haber perdido la feliz medida de *Ariel*. Alguien le acusó quizá, ante la parvedad de los otros tomitos de *La Vida Nueva*, de no ser capaz de construcción imponente. Echó entonces, en largos años de labor solitaria y asidua, echó uno sobre otro esos bloques, del mismo tamaño y aspecto, idénticamente labrados; y soliviándolos luego en alarde de su fuerza hercúlea, los amontonó « sin arquitectura » en una a modo de muralla incaica sin necesidad de argamasa para las juntas. Al disgregarlos, perderíamos en tedio regio y agobio de majestad; pero ganaríamos en placer, en elegancia manuable y en poder de sugestión.

Poder que Rodó desvirtúa a veces, recargándolo inútilmente aun en el detalle.

Rodó es el más preciso de los poetas.

En *Motivos de Proteo*, cuadros, símbolos, parábolas, son pruebas; cubren ricamente la recia subestructura lógica, no sugieren, no *chatouillent*, como ya quería hasta el mismo Boileau. Ni digresiones ni abandonos: inútil la diversión, cuando dentro del terreno circunscrito cabe verter todo el tesoro acumulado. Razón e historia, ficción y alegoría, todo sirve y se pliega al designio primitivo. Rodó embellece la exposición, no sobreañadiendo galas sino ajustándolas al designio primitivo. Así, el aprovechamiento de su saber vuélvese sistemático. Hasta se diría que para lograrlo ha acudido a procedimientos de mnemotecnia; que todo lo ha clasificado en orden a su libro « en perpetuo devenir », que ha puesto el Vasari, los diccionarios biográficos y las colecciones de anécdotas, en papeletas y compartimientos, con el objeto de aducirlo todo en corroboración de su razonar y a su debido tiempo. Todo lo ha leído y visto, a la manera de Taine, en busca premeditada de *preuves à l'appui*. La cultura de sus años juveniles tuvo eso de precioso, que fué desinteresada — como él quería que toda actividad espiritual fuese —, y libre; quiero decir, que leía por leer, por el placer de la belleza o de la verdad, cediendo, sin segunda intención de estudio o de argumento, a la fantasía de un encuentro, a la seducción de un estilo.

En definitiva, y dadas las dificultades

del fin que se ha propuesto, imposible, en verdad, alcanzarlo con arte más gallardo. La confianza optimista en la razón es poco propicia al lirismo que preferimos. ¡Es tan fácil conmovernos con las patéticas voces de la duda y de la ansiedad del alma, que tantos ecos despiertan en cada cual! Era menester un potente artista para hacer resplandecer de belleza estas esperanzas deslustradas por la familiaridad del sentido común panglosiano. Lo ha logrado Rodó maravillosamente.

Mas cuando se piensa en tanta región inexplorada de la vida y la historia de América, que pudieron dar a su pluma la ocasión de pintar frescos tan impresionantes como aquellos en que se destacan las singulares figuras, que hizo revivir poderosamente, de Bolívar y de Montalvo, contrista, en verdad, ver a tan alta inteligencia, de tan prestigiosa fuerza, empeñada en probar, largamente, cosas de evidencia inmediata.

* * *

El placer de leerle cobra como un sabor nuevo, un interés de realidad viviente, una como alegría familiar al contacto de la vida libre, y es, en suma, como un asueto, cuando, de esta larga meditación de psicología, de la abstracción de esta abnegada y ardiente terapéutica espiritual, de esta divagación sostenida y aplicada — vivificada sólo cuando encarna en parábolas

las y en imágenes, inolvidables por la potente precisión de estilo —, pasamos al *Mirador de Próspero*, libro vario, palpitante en figuras retratadas de cuerpo entero, en problemas originales y peculiares a nuestra América.

Tampoco este volumen tiene « arquitectura » « ni término forzoso », mas no por la misma razón de estar « en devenir perpetuo », sino en razón de su múltiple y viviente diversidad. Se acoge Rodó con razón al gusto que Taine declaró tener, al tratar de los *Ensayos* de Macaulay, por esta clase de libros que « son como el diario de un espíritu ». Y bien hizo en darnoslo Rodó en su compleja abundancia de materias. Cuando no son dispersión y pura incoherencia, cuando no son vanidad de periodista que en su caza a la actualidad perdió la presa por seguir la sombra y se empeña, luego, en hacer durar lo efímero o galvanizar una abolida curiosidad, estas vistas y fragmentos son indispensables para completar el panorama de una cultura. Y el *Mirador de Próspero*, en la espiral de su torre excelsa, tiene multitud de pequeñas ventanas, abiertas al infinito espectáculo de la vida. Rodó, que no consintió nunca en digresiones, padeció menos aun de dispersión de espíritu. Nadie encauzó más rectilíneamente caudal más abundante. Pero, si llevó el afán de la unidad hasta no bastarle, en *Motivos*, la unidad del asunto y de la dirección, y añadió a esta uniformidad la

del tono, la manera y la atmósfera, en el *Mirador* le basta con la esencial unidad de alma que cela su diversidad. Todo en ella despierta un son acorde; — y hemos visto que, aun herida, aun en la famosa disputa (que sólo él pudo mantener en tan armoniosa medida), antes que prorrumper en una disonancia de acre desdén o de soberbia autoritaria, apenas si cambió el tono de su discreta elocuencia. *Liberalismo y Jacobinismo* se volvió así la continuación de *Ariel*: fué Ariel actuando en la liza, puesto por obra en la vida, realizando su evangelio entre los gentiles.

Es el *Mirador de Próspero* el libro que mejor muestra, no sólo la excelencia, que hemos proclamado, del crítico, sino también la consecuencia de todas sus épocas con los comienzos, la gracia y la fuerza con que su curva vuelve al dominio de que partió. Al mostrar en un solo haz copioso las gavillas más tempranas y las de su otoño colmado, hizo ver cuán substancial era todo lo que escribía; pues poco o nada tuvo que eliminar y nada que contradecir. Al recolectar artículos diseminados en su juvenil *Revista Nacional*, es muy poco, y puramente externo, lo que tiene a bien corregir; y tales artículos dan el mismo son, parecen del mismo tenor que los posteriores. Desmintió así, no sólo su tardío « reformarse es vivir », sino, precisamente, su creencia de neófito, que decía en 1896, al iniciarse en la crítica: « El crítico que al cabo de dos lustros de

observación y de labor no encuentre en aquella parte de su obra que señala el punto de partida de su pensamiento, un juicio o una idea que rectificar, una página siquiera de que arrepentirse, habrá logrado sólo dar prueba, cuando no de una presuntuosa obstinación, de un espíritu naturalmente estacionario o de un aislamiento intelectual absoluto¹ ».

En su primicial madurez se encierran todos los gérmenes. Y su unívoca tendencia le impedirá derramarlos luego al azar; antes bien, le llevará a coronar las primeras aficiones con la fe suprema, sus ensayos y adivinaciones americanizantes con el prodigio, de maestría y certeza, que es su *Bolívar*. Ya no es solamente ardor intelectual, doble curiosidad especial de lo propio e inexplorado, lo que le lleva a consagrarse a América; sino esperanza magnánima y certidumbre ubérrima.

Su *Bolívar*, el más alto alarde de fuerza y seguridad en el pensamiento, de originalidad en la afirmación, de vehemencia lúcida en el estilo, sale de la fragua resplandeciente de vida física y arrebatado por un dinamismo heroico. Tan sólo le es comparable el *Bonaparte* de Taine.

Aquí sí que de cumbre en cumbre vamos soliviados como en un vuelo de cón-

¹ « Notas sobre crítica » (*Revista Nacional de Literatura*, 1896, tomo I). — Notas sueltas, no recogidas en volumen, por lo escasas y cortas, sin duda; algunas en forma de aforismos, manera que no volverá a tentarle, y para la cual le faltaba acaso el don primero, la concisión epigráfica.

dores. Poderosa y escueta síntesis, corona suprema al héroe. Prosa a la vez de poema y de lápida, por el ímpetu lírico y la tenacidad gráfica. Durará lo que dure la gloria del Hombre de América. Desde la obertura heroica: — « Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza » — hasta el final de la marcha, a un tiempo fúnebre y triunfal, esa sinfonía acompañará el paso del Héroe al través de las edades.

Ahí está también su *Montalvo*, trazado, se diría, con el cariño reparador de un igual, con el orgullo y devoción de un hermano menor que, aunque sereno y plácido, admiró sobre todo en él la perenne rebelión del hombre libre; y compartió con él « la vocación de la caballería y el amor de la libertad ».

Toques hay, en este estudio, de tan señalada predilección, que le imprimen no sé qué aire de secreto resarcimiento, algo de coloquio interior con la sombra evocada, algo de vaga nostalgia de su compañía. ¿Platicaba, pues, en sus adentros, este solitario, con sus elegidos, para olvidar la mediocridad del ambiente y hacer más llevadera la obligación de agradecimiento que le imponían sus admiradores familiares, sus discípulos vulgarizadores? Hay un son que no engaña cuando dice, en

aquella página, una de las más bellas salidas de su pluma: « Hermoso sueño de inmortalidad es la inmortalidad de los Campos Elíseos, donde las almas bienaventuradas mantenían, como en una tierra mejor, pero no esencialmente distinta de la realidad del mundo, los rasgos característicos de su personalidad terrena y las formas de su envoltura corpórea. Allí los que dedicaron su vida a las ideas podían seguir consagrándose a tan altos amores; iluminados de nueva y más serena luz: en los bosques de laurel donde Virgilio vió, ceñidos de ínfulas blancas, a los poetas y los sacerdotes... Interesante cosa sería encontrar, en tan amable eternidad, la sombra de Montalvo. Conversaríamos allí de la maravillosa condición y divina virtud de las palabras; de la música de su son y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos huyen, y el don de evocar y hechizar que en sí tienen. Conversaríamos también de los heroísmos de la historia, de la vocación de la caballería y del amor de la libertad ».

Notas dispersas y fácilmente y unificables corren, en los últimos años, por su obra, delatando este amor que reflúa de su solitaria altura de meditación, a seres y cosas desaparecidos, y no sin breve dejo de amargura, amargura que da a su esperanza vigor más estoico y entero.

*
*
*

Esta melancolía, venida no sólo de haber tenido que luchar por fuerza con inferiores, sino de mil cosas desapacibles de en torno, y del fracaso, no precisamente de su ambición, pues quizá no la tuvo dominante, sino de su ideal de amplitud bien concertada, de tolerancia comprensiva y mutua, le impulsará luego a viajar, a olvidar, a cambiar para renovarse y para, en las nuevas reservas de su espíritu, poder luego refugiarse...

A ella debemos los primeros indicios del hombre secreto que en el viajador apenas si comenzábamos ya a entrever; del hombre nuevo quizá, si bien no como quería él, y que la muerte vino a frustrar. Acentos de meditación como algunos suyos frente a la tumba de Leopardi, ya que no pueden tomarse por presentimientos de su fin cercano, muestran que su alma se ensombrecía magníficamente y que un viril amargor iba macerando su corazón, como madurándole para la muerte.

GONZALO ZALDUMBIDE.

(Ecuatoriano.)

RODÓ

Escribe estas líneas un amigo de Cuba, que de tiempo atrás se ha acostumbrado a convivir espiritualmente con vosotros. Un día, entre los azares de un viaje, pasó algunas horas en vuestra ciudad; pero nunca le ha sido dable robustecer con las eficacias del trato directo la amistad, ya intensa, que le une a algunos de vosotros. Permitidle que evoque el recuerdo de Jesús Castellanos — su primer amigo de la Habana —, para que sea este nombre a manera de santo y seña que de una vez predisponga vuestra benevolencia y os asegure de una vez de su voluntad.

¡Qué ensanches los del alma! A uno y otro lado del mar, estamos juntos en la misma celebración. Rodó para nuestros corazones es símbolo de alianza, y su muerte es luto continental. Ni hojear sus libros, ni registrar otra vez sus páginas hace falta: él es una parte de nuestra vida. Adentro de nosotros mismos hemos de buscar lo que con él hemos perdido.

En vuestra isla, cruzada por las inquietudes de los cuatro puntos cardinales, nunca habéis perdido el sentimiento del contacto con vuestros hermanos de raza. No sé si os asombrará lo que os digo;

pero hubo un día en que mi México pareció — para las conciencias de los jóvenes — don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos, sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso terror del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas « pequeñas repúblicas revolucionarias ». ¡Y teníamos un concepto estático de la patria, y desconocíamos los horrores que nos amenazaban, sólo para que gimiéramos más el día del llanto! Y creíamos, — o se nos quería hacer creer, que hay hombres inmortales, en cuyas generosas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.

Y entonces la primer lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana. ¡Y hasta por estar a mil leguas de las mecánicas preocupaciones políticas era más exacta esa noción! Hasta por desentenderse de toda esa andamiada jurídica del panamericanismo, y fundarse sólo en un impulso de colaboración superior que dicta el sentimiento y que la razón corro-

bora. Porque son una gran mentira todos esos centros de propaganda, todos esos congresos parlantes, todas esas tramas diplomáticas. Porque la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como una *alma*,

Para la época en que los primeros libros de Rodó cayeron en nuestras manos, ya los maestros escépticos de Europa nos habían hecho oír su voz. Con esa precocidad de despecho que caracteriza los comienzos del siglo, sabíamos de la negación de valores, de la duda de la razón, y — en fin — de ese vago misticismo sin Dios que vanamente quería sustituir la robusta fe de otros tiempos. Sólo nos quedaba aquel frío regocijo técnico del arte por el arte; y vivir para escribir, sin amar la vida.... Ya sabéis lo del Hombre-pluma de Flaubert: « Vivir no es mi oficio, no me importa: a mí sólo me toca contar la vida. » Quisiera que, en un magno esfuerzo de sinceridad, volvieran a sí mismos los ojos los adolescentes de hace quince años, y dijeran cuántos de ellos hicieron a solas el pacto de aceptar la vida, solamente para ver cumplidas las promesas de su arte. Y en esa hora tan frágil — tan temerosa que pudo romperla el menor flaqueo, cualquier fracaso, o aquella acidez incurable de la primera pasión — en esa hora que es la más solemne de toda una mitad

de la vida, porque en ella volvemos a nacer voluntariamente: cuando todavía los dulces cuidados de los años no nos han revelado el verdadero sabor del mundo, — Rodó trajo una palabra de bravura, un consejo de valentía aplicado a la metafísica de la conducta. Ya suena a vuestros oídos la palabra mágica: « el altanero *no importa* que surge del fondo de la vida ». Un nuevo entusiasmo semejante al chorro de la fuente que se recobra al tiempo que cae. Un optimismo sin complacencias pueriles. Porque todos esos rodeos del razonamiento con que se nos quiere hacer aceptar el mal de la vida, no son más que un grande pecado. *No importa*: un optimismo vital; parte mínima, pero preciosa del optimismo: la única en que la dignidad de la mente podía consentir, mientras se restablecía la razón de sus heridas.

Y ahora que, si bien se luche por una idea, el nivel espiritual de los hombres puede descender; cuando las verdades provisionales de la acción se escriben cada día para borrarse al siguiente, ¡qué consoladoras las palabras del que nunca perdió su fe en el hombre, en la naturaleza y en la educación incesante! « No desmayéis — repetía Rodó — no desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios. » Firme en las virtudes fundamentales, nunca se dejó vencer a los asaltos de este gran derrumbamiento social.

El que tantas sabía, una sola cosa ignoró: mientras afuera las ideas iban cada vez más confusas y los hechos más acelerados, él persistía en su ritmo lento y amplio, en divino sonambulismo, oponiendo al atropellamiento de la historia aquella su serenidad provinciana... *Oh! felix culpa!* A éste no le despedazó la guerra, y pudo salvar su conciencia intacta, para que un día reconstruyamos por ella una imagen de las armonías perdidas.

En el *Diálogo de bronce y mármol*, una de sus últimas páginas escritas en Florencia, oíd cómo llora, por boca del Perseo de Benvenuto Cellini, sobre las mutilaciones del odio y de la incuria:

« El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dió con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó, como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesco Israel (le dice al David de Miguel Angel). Los que hoy se llaman hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínimas partes. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos, no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente, muestran hundida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar, no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero

y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su normal social es la igualdad, el sofisma de la pálida Envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial ».

Fabulista moral ¿qué árabe le enseñó el secreto de la gracia insinuante? ¿Qué místico de oro le enseñó — filósofo práctico — a sorprender las pisadas inefables del Dios entre los trabajos y los días humildes? Su confianza en la razón, procede de los mentores de Francia. Maestro de claridad latina, su párrafo es una estrofa de perfecta unidad. No necesitó renunciar a ninguna de las fragancias de la lengua castiza, ni le estorbó la herencia elocuente, ni se le enredaba la pluma en la frase larga. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante fórmulas artificiosas y externas. Aquí, como en todo, sabía que el problema está en el espíritu, y que el espíritu tiene que engendrar de por sí sus formas adecuadas.

Ignoró la guerra literaria, el escándalo

editorial y la propaganda de librería. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante combinaciones de infinita malicia. Era el que escribía mejor, y era el más bueno. Su obra se desenvuelve sobre aquella zona feliz en que se confunden el Bien y la Belleza. Y hoy nos volvemos hacia él como en busca de una arquitectura sagrada que resista al fuego de la barbarie, mientras le enviamos, arrobados, el vuelo de nuestras más altas promesas, — y a Palermo, que recogió sus despojos, nuestras bendiciones.

ALFONSO REYES.

1918.

(Mexicano).

ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA

(La Gazette de Lauzanne, de la ciudad Suiza del mismo nombre, registró, en número del 21 de Mayo de 1918, el siguiente artículo).

Hace un año (exactamente el 1.º de Mayo de 1917), moría en Palermo un hombre que fué uno de los maestros del pensamiento sudamericano: el escritor uruguayo José Enrique Rodó. Es una superioridad de aquellos países sobre los nuestros, — que allí reconocen gustosos, los valores intelectuales, sin fijarse en la influencia política de los Estados donde florecen aquellos valores. El Uruguay es una nación pequeña. Pues bien: Rodó era tan célebre en el Brasil, Venezuela y Perú, como en su país natal. Era una autoridad, algo, — por ejemplo, — de lo que Renan entre nosotros. Está por crearse allí, un Estado de espíritu que apenas concebimos nosotros, — ciudadanos de una Europa siempre dividida, — un estado de espíritu que tiende a unificar todas las divergencias nacionales. Es lo que podríamos llamar el estado de espíritu latino-americano. Esto no interrumpe para nada el patriotismo, separándose claramente un boli-

viano de un mexicano o de un argentino. Pero, esto demuestra, por comparación con otros pueblos, con nosotros mismos, por ejemplo, lo que hay de común entre todos los nativos de ese continente austral y del cual van tomando cuerpo conscientemente.

Era fatal que así sucediera. Al volver a esta unidad moral, los pueblos de Sud America, no hacen más que obedecer al pensamiento primordial del gran Bolívar, el Libertador, que no tomó las armas sino para afianzar a su patria entera y no para verla enseguida dividida y despedazada en otros tantos organismos políticos agresivos. A cien años de distancia, es interesante volver a encontrar bajo la pluma de un ensayista y de un pensador, esta misma idea, y comprobar como vuelve a encontrar partidarios. Rodó se preocupó toda su vida de los problemas expuestos a nuestra inquietud por la complejidad de la vida moderna. Enamorado de la perfección, soñó unificar, fundir, armonizar las tantas tendencias que al primer golpe de vista parecen contradictorias. En la América latina, país nuevo, nada es más evidente que el formidable y vertiginoso movimiento de la democracia. Rodó lo ve, lo comprueba y de cierto modo lo admira. Pero, naturaleza artística y delicada la suya, espíritu alimentado de antigua cultura, de altruismo, de bellos recursos históricos, no puede sacrificar el principio aristocrático.

Necesita una aristocracia, pero, más lógica y legítima que cualquier herencia del pasado, no le trasmite formas fijas, cristalizadas, — vínculos — le falta una aristocracia formada por selección natural, en lo más selecto creado por la cultura de los más nobles sentimientos humanos. El especifica claramente que no se trata de una casta, sino de una falanje, indefinidamente alimentada por los méritos personales; de ahí, siempre fresca, viva, capaz de justificar los derechos que ejerce por los deberes que asume. La verdadera aristocracia de la democracia, la aristocracia de mañana.

Tal punto de vista, constituye un progreso evidente sobre el de Renán algo desdeñoso y sobre todo, desencantado, — y más aún sobre el de Nitzche, de una furiosa injusticia. Hay, por otro lado, la ventaja de resolver todas las objeciones que los delicados, los poetas, los soñadores, todos los « estetas », tenían el derecho de hacer a la democracia utilitaria, pues, en la concepción de Rodó, si la democracia debe llegar a crearse una aristocracia, no lo logrará, sino cambiando no solamente sus métodos, si que también su espíritu. Ella debe repudiar la idea antinatural, del igualitarismo, y admitir, con la ciencia, la gran ley de la selección universal; ella debe encerrar la jerarquía. No le está prohibido, — por el contrario, — desear para cada uno de sus miembros, la posibilidad de alcanzar, por el trabajo,

es decir, por el descubrimiento racional de los dones naturales, los planos más elevados de aquella jerarquía. La igualdad existe, pero, en el punto de partida. Fuera de este punto, reina la legítima desigualdad racional, la desigualdad natural.

Rodó, espíritu altamente liberal, es decir, — generoso y consciente a la vez, no cesó de profesar el noble odio al jacobinismo, este sueño envidioso de una baja igualdad, de una igualdad artificial e inorgánica, cuyo resultado histórico, es siempre el de destruir todas las resistencias de superioridades individuales y libres de la tiranía abstracta y centralizadora del Estado. En este problema, tan delicado y tan urgente de la educación de las democracias, el cuidado de vivir en belleza, el deber de cultivar antes que todo las actividades más desinteresadas del espíritu, parecíale a Rodó, « esteta » ardiente y sincero, la solución única. Tal vez eso lo más puro de su gloria, el haber persuadido, — de esta verdad magnífica y fecunda, altamente civilizadora, — a las jóvenes repúblicas americanas, tan vivaces y tan prontas a manifestarse en todas las vías ofrecidas a su desarrollo. Y sería gloria, de ellas, la de precipitar el reino de la democracia jerarquizada.

FRANCIS DE MIOMANDRE.

(Francés).

PAGINAS ESCOGIDAS

.....

Es de la América Latina, que nos llegan hoy las « *Pages Choisies* » de José Enrique Rodó, recogidas y prologadas, por el señor Hugo D. Barbagelata, traducción de nuestro colega Francisco de Miomandre, aparecidas en la excelente biblioteca « France-Amérique » publicada por la librería de Félix Alcan. Narrador y ensayista, historiador y polemista, José Enrique Rodó, nacido en 1872, y fallecido en Mayo 1917, tuvo ocasión — antes de su fin prematuro, — de ver, no solamente estallar, sino desenvolverse la crisis guerrera. Y viendo a Francia amenazada, en sus horas más sombrías, — por Setiembre de 1914, — determinó en LA RAZON de Montevideo, lo que llamaba « Vinculaciones de la raza Uruguaya con la noble cultura nacida en las riberas del Sena ». La página es muy bella, el sentimiento y la razón se unen en una impresionante armonía:

« Sería necesario que la conciencia latino-americana, fuera inconsecuente con sus tradiciones fundamentales de origen y de educación y perdiera el instinto de sus intereses más elevados, para no sentir que en estas horas inciertas, se exalta la soli-

daridad que la une a la gran nación de su raza y de su espíritu, que tiene para nosotros, el triple prestigio de su latinidad soberana, del dominio intelectual que ejerce sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad, encarnada en la gran revolución, madre de la nuestra y en la culminación triunfal de sus instituciones democráticas. Hemos reconocido siempre sus dominios espirituales, y hemos puesto en Francia, con la mayor vehemencia, la inmensa efusión de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu latino. Hemos visto en los tres colores de Valmy y de Jemmapes, el símbolo de la más culta tentativa de civilización humanitaria, liberal y generosa que se haya ensayado en el mundo, después de la Atenas de Pericles y la Florencia de Medicis. ¿Como no estar con este pueblo, que representa todo, cuando un golpe que se pretende mortal — le amenaza sin piedad? »

Al amigo de Francia, que hablaba de la segunda patria, de la patria ideal de todo latino-americano, con ese entusiasmo y esa elocuencia, a los señores Barbagelata y Miomandre, debemos agradecerle el hacernoslo conocer. Fué una noble personalidad literaria, que desempeñó una misión singular en la orientación intelectual del Uruguay. Sus comentaristas nos revelan que él actuó en una hora crítica. La juventud de su país, confundiendo los « simbolistas » y « parnagianos », se extraviaba en

un « decadentismo » lamentable, que sin permitirle penetrar en el naturalismo se perdía en inútiles especulaciones. En este medio turbulento e inquieto, marcó Rodó sólidas direcciones, — las escogió muy bien. Partiendo del positivismo de Augusto Comte, que según él, es la piedra angular de nuestra formación intelectual, se sintió atraído, — en los últimos tiempos, — por la poderosa corriente de reconstrucción metafísica, de Renouvier, Bergson y Boutroux. No era contradecirse, sino completarse con Renan, Guyau, Emerson, ejerciendo Amiel, también, una influencia notable, sobre este cerebro eminentemente ecléctico. Ha tomado de todos estos maestros sus enseñanzas mejores, para hacérselas conocer de sus compatriotas, en un curso de obras que han sido numerosamente editadas, aun en regiones lejanas del Uruguay : « La Vida Nueva », 1897 ; « Rubén Darío », 1899 ; « Ariel », 1900 ; « Liberalismo y Jacobinismo », 1906 ; « Motivos de Proteo », 1909 ; « El mirador de Próspero », 1913. Ninguno de estos libros, que el señor F. de Miomandre ha traducido de modo tan fiel como literario, ninguno resulta común. Pero, tal vez sea « Ariel », el que contenga la lección más interesante, o mejor dicho, la más oportuna. Poniendo en escena a un personaje ideal, calcado del brujo mágico de « La Tempestad » de Shakespeare, José Enrique Rodó le hace predicar a sus discípulos la necesidad de evitar la « especialización »,

cuando se encuentran de frente a la vida ; « Vosotros seréis, — les dice él, — arrasados, cada uno, por la divergencia de las vocaciones personales, los unos hombres de ciencia, los otros artistas, aquellos hombres de acción ; pero, guardad la conciencia de la unidad fundamental de vuestra naturaleza, guardad la profesión universal que es la de ser hombre, como admirablemente lo ha dicho Guyau. Aspirad a desenvolveros tanto, cuanto sea posible, no por un solo aspecto, sino en la plenitud de vuestro ser. No os mostréis indiferentes ante ninguna manifestación noble y fecunda de la naturaleza humana, con el pretexto de que vuestra organización individual os atrae de preferencia a manifestaciones distintas. Sed espectadores atentos, allí donde no podáis ser actores. . . . No ser capaz de ver en la naturaleza más que una de sus faces, y entre las ideas y los intereses humanos no ver más que uno — equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño iluminada por un rayo de sol. La intolerancia y el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica obsorción de un entusiasmo elevado, de un ideal desinteresado, pueden merecer justificación y hasta simpatía, — se transforma en la más detestable de las inferioridades, cuando, en el curso de una vida ordinaria, prueban la limitación de un cerebro, incapaz de reflejar más que una apariencia parcial de las cosas ».

Lo que José Enrique Rodó decía a los jóvenes uruguayos hace diez y ocho años,

no se repetirá bastante a los franceses del día — ni, sobre todo, a los de mañana. Las necesidades de la lucha económica, los empujan a la «especialización», pero, nada les debe impedir el contacto de las múltiples y diversas manifestaciones de la idea. Utilidad práctica: sí. Utilitarismo loco: no. Esas enseñanzas de la América Latina, vienen a su hora, para los representantes del viejo mundo latino.

CAMILO LE SENNE.

(Francés).

NOTA. Este artículo, publicado en el diario *La France* (Paris, Julio 1918), fué traducido, lo mismo que el anterior, por un redactor del diario *La Razón*, de Montevideo.

EL TESTAMENTO DE RODÓ

LA ESPAÑA NIÑA

«... Me he habituado así a borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y a asociar la idea de España a ideas de niñez, de porvenir, de esperanza.

Creo en la España niña...»
(José Enrique Rodó — *El Mirador de Próspero*.)

Por éstos días, hace un año, supimos que Rodó había muerto. Meses antes había estado en Madrid, de paso para Italia, unas horas. Nos buscó y, no encontrándonos, dejó en una tarjeta su saludo. De esta tarjeta, que guardamos como una reliquia y como un escudo de armas, porque tiene un glorioso autógrafo del maestro, hablamos en «Nuevo Mundo», lamentando que el paso del gran escritor por Madrid hubiera sido, como el de un apóstol del silencio, de puntillas.

Por espacio de algunos meses, sus crónicas a «Caras y Caretas», de Buenos Aires, fueron delicia del espíritu y regalo del entendimiento. Seguimosle en sus viajes por Italia, maravillados y conmovidos. Eran sus impresiones, de una categoría superior, dignas de Byron, por lo

plásticas y suntuosas; de Goethe, por lo precisas y profundas; de Taine, por lo ponderadas y sutiles. La Italia, de Torcuato Tasso, resurgía deslumbradora y paradisiaca, en los jardines mágicos de Armida. El Renacimiento, enjorjado, audaz y epicúreo, como en el « Diario », de Bouchard, o en los cuentos de Eneas Silvio Piccolomini, era evocado por Rodó con el primor y la finura cortesanos de un Castiglione.

Inolvidables son sus emociones ante las ruinas del Coliseo, bajo el arco de Adriano, sobre las losas de Caracalla. Su Roma, como la de Goethe, « es una pesadilla de entusiasmo ». Su Florencia, santificada por el sol que encendía a Dante y el aire que aspiró Beatriz, es, más que una impresión moderna, un cántico antiguo. En Pisa, en Siena, en Rávena, la sensibilidad de Rodó llega a « la angustia histórica », dulce mal de filósofos y de poetas.

Por fin, su crónica postrera, la que escribió ya en los umbrales del Misterio, desde Sorrento, en una tarde clara y dulce, como una « tarantela » del país, es un « scherzo » delicioso, durante el cual la fatiga del intelecto magno se orea con las brisas marinas y el magno corazón descansa en las canciones pescadoras.

Y de aquí que una mañana, al desdoblar « El Liberal », vemos que ha muerto « el peregrino ilusionado ». Su tarjeta en la mano — « me propongo volver a España en el próximo invierno » — es ahora, en estos

días de aniversario, de una tristeza indefinible. La Historia y la Poesía, que tanto, en vida, se lo disputaron, se abrazan hoy, ante su muerte, como las dos figuras de un sarcófago.

Rodó murió en Italia, como Byron en Missolonghi, manteniendo en sus manos de escritor el cetro de un idioma contemporáneo. Y su muerte, como la del cantor de « Childe Harold », no fué el acabamiento de una vida sino el descanso de una apasionada peregrinación.

* * *

La predilección de este genial americano por España ha flotado, como una Musa, sobre la hermandad espiritual de Hispano-América. Con estupendas excepciones — aquí, la de un gañán gramático que ha negado ¡a José Enrique Rodó! cultura helénica; allá, la de un grupo pedante de filósofos « chez Alcan » y literatos « al Mercure », que exhibieran, con arrogancia insoportable, pueril y criolla, sus atropelladas lecturas de Le Dantec y de Benedetto Croce, para hablar de Rodó, el cual, mucho antes que a Le Dantec, conoció á Bacon, y muchísimo antes que a Croce, había penetrado a Ruskin —, con esas estupendas excepciones, la necrología de Rodó responde a su glorioso testamento espiritual.

Ese testamento espiritual se halla en *El Mirador de Próspero*, su último libro,

Allí, en una breve crónica de dos páginas — «La España niña» — formula, con sencillez noble, el verdadero *Ideario* de Hispano-América.

Rodó comenta un admirable libro, «Camino de perfección», del novelista venezolano Díaz Rodríguez.

«Yo no he dudado nunca — escribe el patriarca de *Ariel* — del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcanza en el tiempo la huella del hombre.

«Pero yo — añade — no me he conformado jamás con que éste sea el único género de inmortalidad o, si se prefiere, de porvenir a que pueda aspirar España.

«Yo la quiero embebida, transfigurada en nuestra América, sí; pero también la quiero aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua.

«Mi orgullo americano — que es el orgullo de la tierra, y es, además, el orgullo de la raza — no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pie y muy firme y muy pulcra y muy reverenciada.

«Por eso me deja melancólico lo que a otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que «España se va»,

con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América. Y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que «España se va»...

«Y cuando me parece que vislumbro algún signo sensible de que «*vuelve*», de que torna a ser original, activa y grande, me alborozo, y empeño en el crédito de ese augurio todos mis ahorros de fé.

«Me he habituado así a borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y a asociar la idea de España á ideas de niñez, de porvenir, de esperanza. Creo en la España niña...»

¡Maestro! ¡Amigo! ¡Peregrino ilusionado! En el primer aniversario de tu muerte, ninguna ofrenda más propicia que la de abrir tu testamento espiritual, sellado con los siete sellos, rubricado con la gloriosa y firme rúbrica de tu nombre. Por él verán los Sanchos de ambas orillas oceánicas cómo tú, que hermanabas, como el día y la noche, el pasado y el porvenir, en tu orgullo de americano y en tu prosapia de español, fías en el engrandecimiento de América y esperas en «la España niña».

Y verán, sobre todo ello, todos los Sanchos, cómo tú, fuerte pensamiento, fuerte espíritu, no podías creer en una España sin América, ni en una América sin España...

CRISTÓBAL DE CASTRO.

Madrid, 1918. (Español).

FIN



INDICE :

	pág.
<i>A manera de prólogo</i>(H.D.B.)....	5
<i>Ariel</i>(L.A.).....	39
»(M. de U.)...	50
»(J.V.).....	51
<i>Rodó y su Proteo</i>(J.C.).....	57
<i>Cabezas</i>(R.D.).....	105
<i>Carta abierta</i>(M.E.V.F.)..	108
<i>Rodó</i>(V.P.P.).....	113
<i>El Mirador de Próspero</i> .(F.G.C.) ...	194
<i>José Enrique Rodó</i>(M.H.U.)... 198	
<i>Rodó</i>(R.R.).....	258
<i>José Enrique Rodó</i>(A.G.R.)... 263	
<i>José Enrique Rodó</i>(P.P.)..... 275	
<i>José Enrique Rodó</i>(G.Z.)..... 278	
<i>Rodó</i>(A.R.).....	325
<i>Aristocracia y Democracia</i> (F. de M.)	332
<i>Páginas Escogidas</i>(C. le s.) ..	336
<i>El Testamento de Rodó</i> ..(C. de C.) ..	341

PQ8519
.R6
Z3

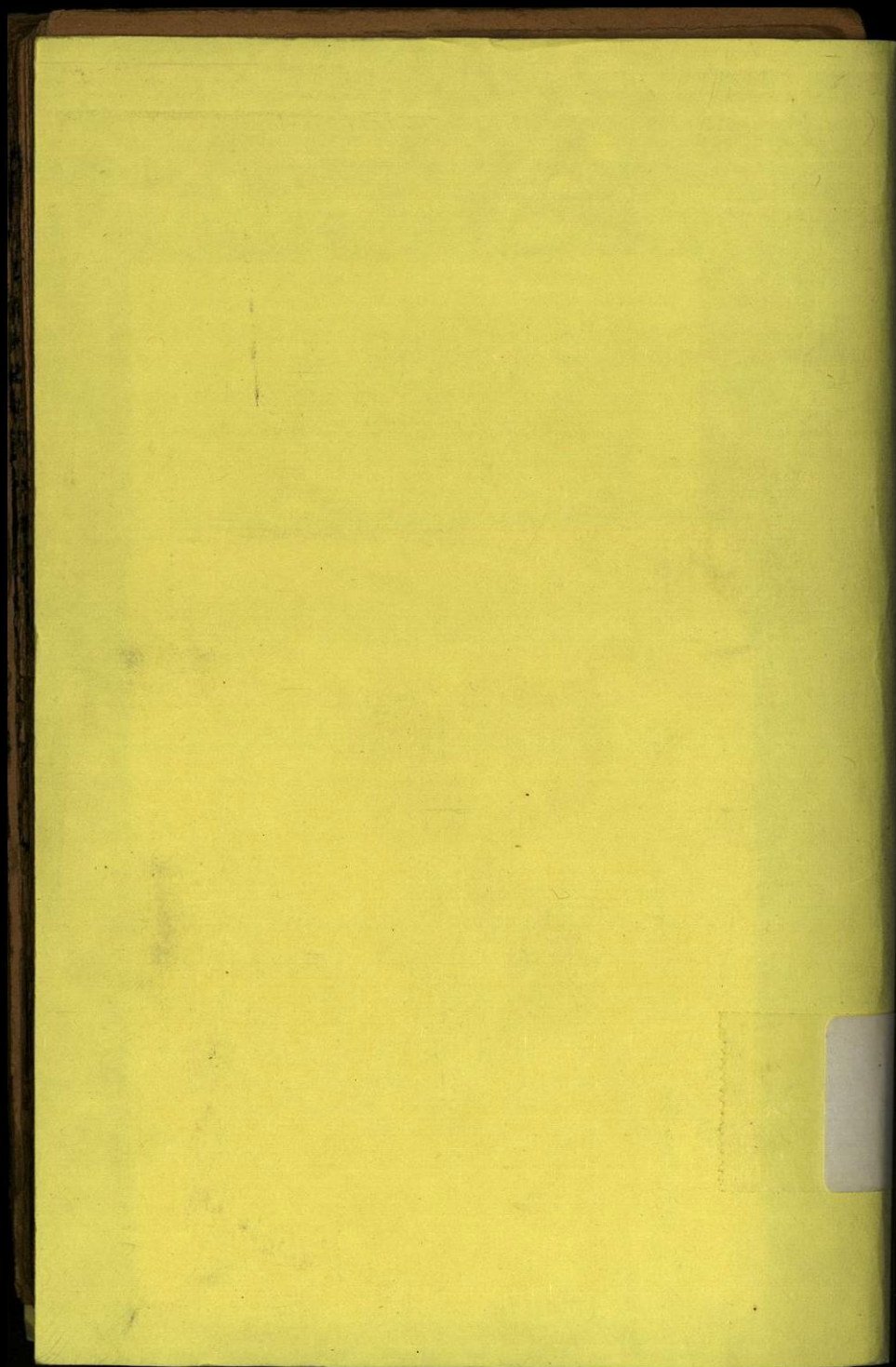
Capilla
Alfonsina
1020103824
FAR

V 16-06-24

Autor
RODO, José Enrique

Título





Small rectangular label with illegible text, possibly a library or archival stamp, located in the top right corner.

Small rectangular label with illegible text, possibly a library or archival stamp, located in the bottom right corner.